

THEA HARRISON



Dragon
Bound

Agradecimientos:

Muchas Gracias a todas y cada una de las personas que participaron en la Traducción de este libro. Moderadoras, Traductoras, Correctoras, Recopilación y Diseño. Queridos Lectores, sin los cuales no tendría sentido nuestro trabajo, esperamos que lo disfruten tanto como nosotras,

Moderado por:

Flochi y elamela

Traducido por:

Shellene y flochi

Corregido por:

CyeLy DiviNNa, aldebaran, V!an, Niii, Sera, majo2340, Marina012, masi, Angeles Rangel, Nanis y larita*

Recopilación y Revisión:

CyeLy DiviNNa

Diseño:

CyeLy DiviNNa

Índice:

Sinopsis	Pág. 5	Capítulo 13	Pág. 193
Capítulo 1	Pág. 6	Capítulo 14	Pág. 210
Capítulo 2	Pág. 19	Capítulo 15	Pág. 228
Capítulo 3	Pág. 47	Capítulo 16	Pág. 244
Capítulo 4	Pág. 57	Capítulo 17	Pág. 257
Capítulo 5	Pág. 69	Capítulo 18	Pág. 276
Capítulo 6	Pág. 85	Capítulo 19	Pág. 291
Capítulo 7	Pág. 102	Capítulo 20	Pág. 299
Capítulo 8	Pág. 114	Sobre la Autora	Pág. 310
Capítulo 9	Pág. 131	Próximo Libro	Pág. 311
Capítulo 10	Pág. 147	Adelanto 1	Pág. 313
Capítulo 11	Pág. 160	Adelanto 2	Pág. 317
Capítulo 12	Pág. 179		

Sinopsis:

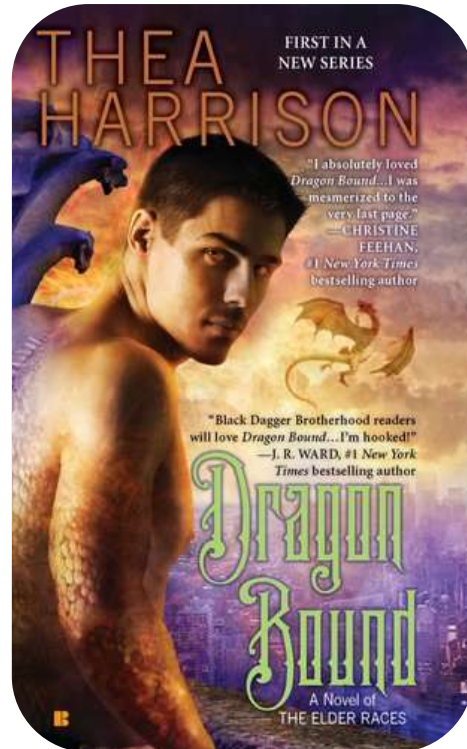
Traducida por Shellene

Corregida por CyeLy DiviNNA

Medio humana y medio Wyr, Pia Giovanni pasó su vida manteniendo un perfil bajo

entre los Wyr y evitando el continuo conflicto entre ellos y sus enemigos las Hadas Oscuras. Pero después de haber sido chantajeada para robar una moneda del tesoro de un dragón, Pia se encuentra siendo el objetivo de uno de los más poderosos y apasionados de las Razas Antiguas.

Como el más temido y respetado de la especie Wyr, Dragos Cuelebre no puede creer que alguien haya tenido la osadía de robarle, mucho menos de tener éxito. Y cuando atrapa al ladrón, Dragos le perdona la vida, reclamándola como propia para fomentar la exploración del deseo que se ha encendido entre ellos.



Capítulo 1

Traducido por Shellene

Corregido por CyeLy DiviNNa

Dia fue chantajeada para cometer un delito más suicida de lo que se podía haber imaginado, y no tenía a nadie a quien culpar sino a sí misma.

Saberlo no lo hacía más fácil. No podía creer que hubiera estado tan carente de buen juicio, gusto o sensibilidad.

Francamente, ¿qué había hecho? Le había dado un vistazo a una cara bonita y olvidado todo lo que su madre le había enseñado sobre la supervivencia. Era malísimo, tan malo que bien podía ponerse una pistola en la cabeza y disparar. Salvo que no poseía armas porque no le gustaban. Además, apretar el gatillo de una pistola era bastante definitivo. Tenía problemas con el compromiso y ella estaba tan malditamente muerta de todos modos, así que por qué molestarse.

Un claxon de taxis sonaba. En Nueva York, el sonido era tan común que todos lo ignoraban, pero esta vez la hizo saltar. Ella lanzó una mirada sobre un hombro encorvado.

Su vida estaba arruinada. estaría huyendo por el resto de su vida, todos los quince minutos más o menos de la misma, gracias a su propia conducta tonta y al *idiota* de su ex, que la había jodido, luego la jodió tan magníficamente que no podía superar la sensación parecida a un cuchillo en la boca del estómago.

Se encontró con un callejón con basura esparcida por un restaurante coreano. Destapó una botella de agua de un litro y se bebió la mitad, con una mano apoyada en la pared de cemento, mientras miraba el tráfico de la acera. El vapor de la cocina del restaurante la envolvió en los ricos olores de pimienta roja y salsas de soja *gochujang* y *ganjang*, superponiéndose al de la putrefacción de la basura de un contenedor cercano y a los acres gases de los tubos de escape del tráfico.

La gente en la calle se veía como siempre, impulsados por fuerzas internas mientras caminaban por la acera y gritaban en los teléfonos móviles. Algunos murmuraban

mientras rebuscaban entre los cubos de basura y miraban al mundo con ojos perdidos y cautelosos. Todo parecía normal. *¿Hasta ahora todo bien?*

Después de una larga semana de pesadilla, acababa de cometer el delito. Había robado a una de las criaturas más peligrosas de la Tierra, una criatura tan espantosa que sólo imaginársela era más espeluznante de lo que nunca quiso encontrarse en la vida real. Ahora casi había terminado. Un par de paradas más para hacer, una reunión más con el idiota, y luego podría gritar por oh, digamos, un par de días o así mientras descubría dónde corría a esconderse.

Aferrándose a ese pensamiento, se dirigió calle abajo hasta que llegó al *Distrito Mágico*. Situado al Este del Distrito de la Moda y al Norte del barrio coreano, el *Distrito Mágico de Nueva York* era llamado a veces el Caldero. Se componía de varias manzanas en la ciudad que bullían con las energías de la luz y la oscuridad. El Caldero ostentaba —a riesgo del comprador— como la capa de satén de un boxeador. El área estaba apilada a varios pisos de altura con quioscos y tiendas que ofrecían lecturas de Tarot, consultas psíquicas, fetiches y hechizos, vendedores minoristas y al por mayor, importaciones, los que trataban con mercancías falsificadas y los que vendían artículos de magia que eran mortalmente auténticos. Incluso desde la distancia de una manzana de la ciudad, la zona asaltaba sus sentidos.

Se dirigió a una tienda ubicada en el borde del Distrito. La fachada estaba pintada de verde salvia en el exterior, con la moldura en las ventanas de cristal y puertas pintadas de amarillo claro. Dio un paso atrás para mirar hacia arriba. *DIVINUS* estaba escrito en letras normal de metal cepillado sobre la ventana frontal. Hacía años que su madre había comprado ocasionalmente los hechizos de la bruja que poseía esta tienda. El jefe de Pia, Quentin, también había mencionado que la bruja tenía uno de los mayores talentos mágicos que había conocido en un ser humano. Se miró en el escaparate. Su borroso reflejo le devolvió la mirada, una joven cansada, fornida en lugar de larga y juguetona, con rasgos tensos y una enmarañada coleta rubia pálida. Miró más allá de sí misma al oscurecido interior. En contraste con el entorno ruidoso no demasiado limpio de la calle de la ciudad, el interior de la tienda parecía fresco y tranquilo. El edificio parecía brillar con el calor. Reconoció los hechizos de protección en el lugar. En una vitrina cerca de la puerta, las energías armónicas chispeaban a partir de un seductor arreglo de cristales, amatista, peridoto, cuarzo rosa, topacio azul y celestita. Los cristales tomaban la luz del sol inclinada y lanzaban brillantes fragmentos de arco iris de la luz en el techo. Su mirada encontró el único ocupante dentro, una mujer de altura regia, tal vez hispana, con una mirada que se conectó a la de ella con un chasquido de Poder.

Fue entonces cuando comenzaron los gritos.

—¡No tienes que entrar ahí! —gritó un hombre. Luego una mujer gritó—: ¡Detente antes de que sea demasiado tarde!

Pia se sobresaltó y miró detrás de ella. Un grupo de veinte personas estaban cruzando la calle. Sostenían varias señales. Un cartel decía

MAGIA=CARRETERA AL INFIERNO. Otro decía, *DIOS SALVARÁ A EE.UU*. Un tercero declaraba, *RAZAS ANTIGUAS: UNA PATRAÑA ELITISTA*.

Su sensación de irrealidad se hizo más profunda, provocada por el estrés, la falta de sueño y una constante sensación de miedo. Le estaban gritando a ella.

Una parte del género humano persistía en un beligerante escepticismo de las Razas Antiguas, a pesar de que muchas generaciones atrás los cuentos populares habían dado paso a la prueba cuando el método científico se había desarrollado. Las Razas Antiguas y la humanidad habían vivido juntas abiertamente desde la época Isabelina. Estos humanos con su revisionismo histórico tenían tanto sentido como los que declaraban que los judíos no habían sido perseguidos en la Segunda Guerra Mundial.

Además de estar desconectados de realidad, *¿estaban vigilando con piquetes a una bruja humana para protestar por las Razas Antiguas?* Negó con la cabeza.

Un tranquilo tintineo trajo su atención de nuevo a la tienda. La mujer con Poder en su mirada abrió la puerta.

—Las ordenanzas municipales pueden funcionar en ambos sentidos —le dijo a Pia, su voz llena de desprecio—. Las tiendas de magia tienen que permanecer dentro de un Distrito determinado, pero los manifestantes tienen que permanecer a quince metros de distancia de las tiendas. No pueden cruzar la calle, no pueden entrar en el *Distrito Mágico* y no pueden hacer nada más que gritar a los potenciales clientes y tratar de ahuyentarlos a distancia. ¿Te gustaría entrar? —Una impecable ceja se levantó en imperioso desafío, como si la mujer sugiriera que entrar en la tienda requiriera un verdadero acto valentía.

Pia la miró parpadeando, con la expresión en blanco. Después de todo lo que había pasado, el desafío de la otra mujer estaba más allá de lo insignificante, no tenía sentido. Entró sin un parpadeo.

La puerta tintineó en su lugar detrás de ella. La mujer se detuvo por un instante, como si Pia le hubiera sorprendido. Luego se puso delante de Pia con una suave sonrisa.

—Soy Adela, la dueña de *Divinus*. ¿Qué puedo hacer por ti, querida? —El rostro de la comerciante se volvió sorprendido y buscando mientras examinaba a Pia.

Murmuró, casi para sí misma: —¿Qué es?... Hay algo en ti...

Mierda, no había pensado en eso. Esta bruja podría recordar a su madre.

—Sí, me parezco a Greta Garbo —interrumpió Pia, su expresión pétrea—. Sigamos ahora.

La mirada de la otra mujer se fijó en la suya. La cara de Pia y el lenguaje corporal transmitían una señal de *CERRADO*, y el comportamiento de la bruja cambió a la vendedora profesional.

—Mis disculpas —dijo con su voz como el chocolate con leche. Ella hizo un gesto con la mano—. Tengo cosméticos a base de hierbas, remedios de belleza, tintes en esa esquina, cristales cargados de hechizos de curación...

Pia miró a su alrededor contemplándolo, aunque notó un olor picante. Olía tan maravilloso que respiró profundamente sin pensarlo. Pese a sí misma, los músculos tensos en el cuello y los hombros se aliviaron. El olor contenía un hechizo de bajo nivel, con la clara intención de relajar a los clientes nerviosos.

Mientras que el hechizo no causaba daño real y no hacía nada para embotar sus sentidos, su naturaleza manipuladora le repugnaba. *¿Cuántas personas se relajaban y gastaban más dinero por ello?* Sus manos se apretaron mientras empujaba la magia. El hechizo se aferró a su piel un momento antes de que se disipara. La sensación le recordó a telarañas arrastrándose por su piel. Luchó contra el deseo de sacudir los brazos y las piernas.

Molesta, se volvió y se encontró con los ojos de la comerciante.

—Vengo recomendada por fuentes fidedignas —dijo en un tono cortante—. Tengo que comprar un hechizo vinculante.

La actitud suave de Adela cayó.

—Ya veo —dijo, igualando el tono seco de Pia. Sus cejas se arquearon en otro débil desafío—. Si has oído hablar de mí, entonces sabes que yo no soy barata.

—No eres barata, porque se supone que eres una de las mejores brujas de la ciudad —dijo Pia mientras se dirigía a un mostrador de cristal cercano. Bajó la mochila de su hombro dolorido y la apoyó sobre el mostrador, sacando su enredada coleta de debajo de la correa. Rellenó la botella de agua del interior y cerró la mochila.

—*Gracias* —dijo la bruja, con voz suave.

Pia echó un vistazo a los cristales en la vitrina. Eran tan brillantes y hermoso, llenos de magia, color y luz. *¿Cómo sería sostener uno, sentir el peso fresco y fuerte en la palma de su mano, mientras cantaban a la luz de las estrellas y los espacios profundos las montañas? ¿Cómo se sentiría poseer uno?*

La conexión se quebró cuando ella se volvió. Miró su propio desafío en la otra mujer.

—También puedo sentir los hechizos que tienes dentro de la tienda, incluyendo los hechizos de atracción de estos cristales, así como también el que se supone que hace relajarse a los clientes. Puedo decir que tu trabajo es lo suficientemente competente. Necesito un hechizo de juramento vinculante, y tengo que salir de la tienda con él hoy.

—Eso no es tan fácil como puede parecer —dijo la bruja. Las largas pestañas bajaron, ocultando su expresión—. Esto no es un auto-restaurante de comidas rápidas.

—El vínculo no tiene que ser elaborado —dijo Pia—. Mira, ambas sabemos que vas a cobrar más porque lo necesito de inmediato. Todavía tengo mucho que hacer, ¿así que podemos simplemente pasar directamente la siguiente parte, donde bailamos una alrededor de la otra y negociamos? Porque, sin ánimo de ofender, ha sido un día malo y largo. Estoy cansada y no estoy de humor.

La boca de la bruja se dobló.

—Evidentemente —dijo—. Aunque con un enlace, hay tan sólo un tanto que pueda hacer sobre el terreno, y hay algunas cosas que no haré para nada. Si necesitas algo a medida para un propósito específico, llevará algún tiempo. Si estás buscando un vínculo oscuro, estás en el lugar equivocado. Yo no hago magia negra.

Pia negó con la cabeza, aliviada por la actitud práctica de la mujer.

—Nada demasiado oscuro, creo —dijo en voz ronca—. Algo con consecuencias graves, sin embargo. Tiene que decir algo muy en serio.

Los ojos oscuros de la bruja brillaron con un destello sardónico.

—¿Quieres decir algo como “juro que haré tal y cual o mi trasero comenzará a arder hasta el final de los tiempos”?

Pia asintió con la cabeza, su boca torciéndose.

—Sí. Ese tipo de cosas.

—Si alguien hace un juramento por voluntad propia, la unión cae en el ámbito de la obligación contractual y la justicia. Puedo hacerlo. Y de hecho, lo he hecho —dijo la otra mujer. Se movió hacia la parte posterior de su tienda—. Sígueme.

La maltratada conciencia de Pia tembló. A diferencia de las polarizadas magias blanca y negra, la magia gris tenía que ser neutral, pero analizar el tipo de ética de la bruja no le sentaba bien. Como el hechizo de relajación en la tienda, se sentía

manipuladora, carente de cualquier sustancia moral verdadera. Una gran cantidad de daño podía hacerse bajo el disfraz de la neutralidad.

Lo que era bastante malditamente mojigato de su parte, ¿no?, Viniendo como venía de la escena de su delito y desesperada por poner las manos sobre ese hechizo vinculante. El impulso de correr bombeó adrenalina en sus venas. La autoconservación la mantenía anclada en el lugar. Disgustada consigo misma, negó con la cabeza y siguió a la bruja. *Allá vamos.*

Realmente esperaba que no fuese cierto.

Concluyeron el negocio en menos de una hora. Por invitación de la bruja salió por la parte trasera para evitar más abucheos de los manifestantes. Su mochila había sido aligerada de una cantidad considerable de efectivo, pero Pia imaginó que en una situación de vida o muerte era dinero bien gastado.

—Sólo una cosa —dijo la bruja. Inclino su curvilíneo cuerpo en una lánguida pose contra el marco de la puerta trasera de la tienda.

Pia se detuvo y se volvió hacia la otra mujer.

La bruja le sostuvo la mirada.

—Si estás involucrada personalmente con el hombre al que está destinado, estoy aquí para decirte, cariño, no vale la pena.

Una carcajada se le escapó. Levantó más alto la mochila en el hombro.

—Si mis problemas fueran así de simples.

Algo se movió bajo la superficie de los hermosos ojos oscuros de la otra mujer. El cambio de pensamiento pareció calculador, pero podría haber sido un truco de la luz del atardecer. Al momento siguiente, su bello rostro llevaba una máscara de indiferencia, como si ya se hubiera mentalmente trasladado a otras cosas.

—Suerte, entonces, *chica* —dijo la bruja—. Si tienes que comprar algo más, vuelve en cualquier momento.

Pia tragó y dijo más allá de una garganta seca:

—Gracias.

La bruja cerró la puerta y Pia trotó hasta el final de la manzana, luego entró en el tránsito de la acera.

Pia no había compartido su nombre. Tras el primer rechazo la bruja no supo que preguntar y ella no se lo había ofrecido. Se preguntó si tenía tatuado *PROBLEMAS* en la frente. O tal vez estaba en su sudor. La desesperación tenía cierto olor a ella. Sus dedos rozaron el bolsillo delantero de los jeans donde había deslizado el

juramento vinculante, envuelto en un pañuelo blanco. Un fuerte resplandor mágico emanaba a través de la envejecida mezclilla y sintió un hormigueo en la mano. Tal vez después de que se reuniera con el idiota y concluyera la transacción, podría tomar su primera bocanada profunda en días. Suponía que debería estar agradecida de que la bruja no hubiera sido una estafadora mayor.

Entonces Pia oyó el sonido más terrible de su vida. Comenzó como una vibración baja, pero tan profunda en poder que sacudió sus huesos. Redujo la marcha hasta detenerse junto con el resto de los peatones. Las personas protegieron sus ojos y miraron a su alrededor mientras la vibración crecía hasta convertirse en un rugido que se extendió por las calles y sacudió los edificios.

El estruendo era el de un centenar de trenes de mercancías y tornados, el *Monte Olimpo* explotando en una lluvia de fuego e inundaciones.

Pia cayó de rodillas y echó los brazos sobre su cabeza. Otros gritaban y hacían lo mismo. Otros, miraban a su alrededor con los ojos desorbitados, tratando de ver el desastre. Algunos corrían por la calle aterrorizados. Las intersecciones cercanas fueron salpicadas de accidentes de tráfico mientras los asustados conductores perdían el control y chocaban unos contra otros.

Entonces el rugido se extinguió. Los edificios se asentaron. El cielo sin nubes, estaba sereno, pero *Nueva York* con toda seguridad no lo estaba.

Bueno.

Se levantó en posición vertical sobre las piernas inestables y se secó la cara humedecida en sudor, ajena al caos agitándose a su alrededor.

Ella sabía qué, *quién*, había hecho ese sonido impío y por qué. El conocimiento hizo que se le revolvieran las entrañas.

Si estuviera en una carrera por su vida, ese rugido era el pistoletazo de salida. Si Dios fuese el árbitro, acababa de gritarle *¡Ya!*

Él había nacido junto con el sistema solar. Más o menos.

Se acordaba de una luz trascendental y un viento inmenso. La ciencia moderna lo calificaba como viento solar. Recordaba la sensación de volar sin fin, un eterno peregrino en la luz y la magia tan penetrante, joven y pura que sonaba como la trompeta de miles de ángeles.

Sus grandes huesos y la carne debían de haber sido formados junto con los planetas. Él quedó vinculado a la Tierra. Conoció el hambre y aprendió a cazar y comer. El hambre le enseñó conceptos tales como antes y después, y peligro, dolor y placer. Empezó a tener opiniones. Le gustaba el chorro de sangre mientras se atiborraba de carne. Le gustaba dormir en una roca horneada al sol. Adoraba lanzarse en el

aire, alzar el vuelo y montar las corrientes térmicas muy por encima de la tierra, así como el primer éxtasis aparentemente interminable de volar.

Después del hambre, descubrió la curiosidad. Nuevas especies proliferaron. Allí estaban los Wyr, los Elfos, tanto los Fae de Luz como los Oscuros, seres altos de ojos claros y rechonchas criaturas del color de los champiñones, las pesadillas aladas y las cosas tímidas que se entretenían en el follaje y se escondían cuando él aparecía. Las que llegaron a ser conocidas como las Razas Antiguas tendieron a agruparse en o alrededor de los agujeros tridimensionales llenos de magia de otras tierras, donde el tiempo y el espacio se habían enlazado cuando se formó la Tierra y el sol brillaba con una luz diferente.

La magia tenía sabor a sangre, sólo que era dorada como la cálida luz del sol. Era buena para tragar con carne roja.

Aprendió el lenguaje al escuchar a escondidas a las Razas Antiguas. Lo practicó mientras volaba, meditando sobre cada palabra y su significado. Las Razas Antiguas tenían varias palabras para él.

Wyrm, lo llamaban. Monstruo. Maldad. La Gran Bestia.

Dragua.

Así fue llamado.

No se dio cuenta en un primer momento cuando los primeros Homo Sapiens comenzaron a proliferar en África. De todas las especies, no hubiera imaginado que ellos prosperarían. Eran débiles, tenía lapsos cortos de vida, sin armadura natural, y eran fáciles de matar.

Los vigiló y aprendió sus idiomas. Igual que hicieron otros Wyr, él desarrolló la habilidad de cambiar de forma para poder caminar entre ellos. Desenterraron cosas de la Tierra como, el oro y la plata, cristales brillantes y piedras preciosas, con las que formaba bellas creaciones. Codicioso por naturaleza, recogió a los que llamaban su atención.

Esta especie se propagó por todo el mundo, así que creó guaridas secretas en cavernas subterráneas, donde reunió sus posesiones.

Su tesoro incluía obras de los Elfos, los Fae y Wyr, así como creaciones humanas, tales como platos de oro, de plata y de cobre, copas, objetos religiosos y monedas de todo tipo. El dinero, ahora, no era un concepto que lo intrigara, que adjunto como estaba con muchos otros conceptos interesantes como el comercio, la política, la guerra y la codicia. También había cascadas de cristales sueltos y piedras preciosas y joyería artesanal de todo tipo. Su tesoro aumentó para incluir textos de todas las Razas Antiguas y de la humanidad, como los libros eran un invento él (sólo a veces) pensaba que eran más preciosos que cualquier otro tesoro.

Junto con su interés por la historia, las matemáticas, la filosofía, la astronomía, la alquimia y la magia, empezó a interesarse por la ciencia moderna. Viajó a *Inglaterra* para tener una conversación sobre el origen de las especies con un famoso científico del *Siglo XIX*. Se habían emborrachado juntos, el inglés con más desesperación que él, y habían hablado durante horas de las brujas hasta que la niebla nocturna se había quemado hasta vapor por el sol.

Recordaba decirle el inteligente científico borracho que él y la civilización humana tenían mucho en común. La diferencia era que su experiencia estaba expresada en un sola entidad, un conjunto de recuerdos. De alguna manera, eso significaba que él encarnaba todas las fases de la evolución a la vez; bestia y depredador, mago y aristócrata, violencia e intelectualismo. No estaba tan seguro de haber adquirido emociones similares a las humanas. Ciertamente no había adquirido su moralidad. Quizás su mayor logro era la ley.

Los humanos en las diferentes culturas también tenían un montón de palabras para él. Ryu, lo llamaron. Wyvern. Naga. Para los aztecas era la serpiente alada El Dios llamado Quetzalcoatl.

Dragos.

Cuando descubrió el robo, Dragos Cuelebre explotó en el cielo con largos empujes de sus alas que tenían una envergadura cercana a la de un avión *Cessna* de ocho plazas.

La vida moderna había conseguido complicarlo. Su costumbre era enfocar el Poder evitando los aviones cuando volaba o, más sencillo aún, sólo presentar un plan de vuelo al control de tráfico aéreo local. Con su escandalosa riqueza y su posición como uno de los más viejos y poderosos de los Wyr, la vida se apresuraba a organizarse a su gusto.

No fue tan cortés en esta ocasión. Esto era más un vuelo del tipo “*quítense de mi camino*”. Estaba ciego por la ira, violento con la incredulidad. La lava fluía por las venas antiguas y sus pulmones trabajaban como fuelles. Cuando se acercaba al cénit de su ascenso, su larga cabeza se movió de un lado a otro, y volvió a rugir. El sonido desgarró el aire como garras afiladas mutilado un enemigo imaginario. Todas sus garras a excepción de las del pie delantero sujetaban un pequeño trozo de algo frágil y, para ser francos, inconcebible. Esta migaja era tan ridícula y tan absurda para él como un helado con sirope caliente coronando la cabeza de un avestruz. La cereza sobre el helado con sirope caliente era el elusivo aroma de una esencia que se adhería a la migaja. Se burlaba de sus sentidos en un frenesí que le recordaba algo tan lejano que no podía recordar lo que era...

Su mente se puso al rojo vivo y se deslizó de su amarre en el tiempo. Existente en su ira voló hasta que llegó a sí mismo y comenzó a pensar de nuevo.

Entonces Rune habló en su cabeza.

¿Mi señor? ¿Estás bien?

Dragos ladeó la cabeza, por primera vez fue consciente de que su *Primero* volaba tras él a una distancia discreta. Era una medida de su rabia que no se hubiera dado cuenta. En cualquier otro momento Dragos era consciente de todo lo que ocurría en su entorno.

Dragos observó que la voz telepática de Rune era tan tranquila y neutral como lo habría sido la voz física del otro hombre si hubiera dicho las palabras en voz alta. Había muchas razones por las que Dragos había hecho de Rune su *Primero* en su Corte. Estas razones eran por las que Rune había prosperado a su servicio durante tanto tiempo. El otro macho era experimentado, maduro y lo suficiente dominante para mantener la autoridad en un sociedad Wyr a veces difícil de controlar. Era inteligente, con capacidad para la astucia y la violencia que se acercaban a las del propio Dragos.

Por encima de todo, Rune tenía un Don para la diplomacia que Dragos nunca había conseguido. Ese talento hacía útil al hombre más joven cuando se trataba con las otras Cortes Antiguas. También lo ayudaba a navegar por el inestable tiempo cuando Dragos estaba furioso.

Dragos apretó la mandíbula y rechinó los enormes dientes formados para la máxima carnicería. Después de un momento, respondió: *Estoy bien.*

¿En qué puedo servirte? preguntó su *Primero*.

Su mente amenazó con apoderarse nuevamente de absoluta incredulidad de lo que había encontrado. Gruñó, *ha habido un robo.*

Una pausa. Rune preguntó: *¿Mi señor?*

Por una vez la legendaria sangre fría de su *Primero* había sido agitada. Le dio una sensación de sombría satisfacción. *Un LADRÓN, Rune.* Mordió cada palabra. *Un LADRÓN ha entrado en mi tesoro y tomado algo mío.*

A Rune le llevó varios minutos para absorber sus palabras. Dragos le permitió tomarse su tiempo.

El crimen era imposible. Nunca había ocurrido, no en todos los milenios de su existencia. Sin embargo, había pasado hoy. Primero alguien había encontrado de algún modo su tesoro, lo que era una hazaña increíble en sí mismo. Una elaborada imitación de la instalación completamente construida con tecnología de seguridad de vanguardia estaba situada por debajo del nivel del sótano de la *Torre Cuelebre*, pero nadie sabía la ubicación del auténtico tesoro de Dragos, excepto él mismo. Su auténtico tesoro estaba protegido por poderosos camuflajes y antiguos hechizos de aversión de las tumbas de los faraones egipcios y tan sutiles como el insípido

veneno en la lengua. Pero después de localizar su guarida secreta, el ladrón había logrado burlar todos los bloqueos físicos y mágicos de Dragos, como un cuchillo cortando la mantequilla. Peor aún, el ladrón logró escapar de la misma manera. El único aviso que Dragos había recibido fue una persistente inquietud que lo afligió toda la tarde. Su inquietud había aumentado hasta el punto en que no pudo calmarse hasta que fue a ver su propiedad.

Había sabido que su guarida había sido penetrada en cuanto había puesto un pie cerca de la entrada secreta a la caverna subterránea. Sin embargo, no lo podía creer, incluso después de haber entrado para descubrir la indiscutible evidencia del robo, junto con algo más que imaginó todo lo inconcebible.

Miró hacia abajo a su pie derecho cerrado. Lo giró en un movimiento brusco para establecer una trayectoria de vuelta a la ciudad. Rune lo siguió y se instaló sin problemas en su sitio detrás de él, su compañero de ala en su retaguardia derecha. *Tienes que localizar a este ladrón. Hacer todo lo posible, dijo Dragos. Todo, entiéndelo. Utiliza todos los medios mágicos y no mágicos. No existe nada más para ti. No hay otras tareas, no hay otras distracciones. Pasa todos tus deberes actuales a Aryal o Grym.*

Entiendo, mi señor, dijo Rune, manteniendo su tranquila voz mental.

Dragos sintió otras conversaciones en el aire, aunque nadie se atrevió a contactar directamente con él. Sospechaba que su *Primero* había comenzado a dar órdenes para transferir sus deberes a los demás.

Él dijo, *Ten muy claro algo, Rune. No quiero a este ladrón herido o muerto por nadie más que yo. No se lo permitas. Debes estar seguro de la gente que utilizas en esta cacería.*

Lo haré.

Estaré sobre tu cabeza si algo sale mal, le dijo Dragos. Él no podía haber articulado incluso para sí por qué presionaba el asunto con esta criatura que durante siglos había sido tan estable y fiable como un metrónomo. Sus garras se apretaron en su inverosímil chatarra de pruebas. *¿Entendido?*

Entendido, Mi señor, contestó Rune, tranquilo como siempre.

Aceptable, gruñó.

Dragos notó que había regresado a la ciudad. El cielo alrededor de ellos estaba despejado de todo el tráfico aéreo. Se elevó en un amplio círculo para establecerse en la amplia pista de aterrizaje encima de la *Torre Cuelebre*. Tan pronto como se instaló cambió a su forma humana, un enorme hombre de dos metros de cabello oscuro con la piel color bronce oscuro y rapaces ojos dorados.

Dragos se volvió para observar aterrizar a Rune. Las majestuosas alas del grifo brillaban al sol del atardecer desvaneciéndose hasta que el otro varón también

cambió a su forma humana, un hombre de cabello leonado casi tan macizo como el del mismo Dragos.

Rune bajó la cabeza a Dragos en una breve reverencia de respeto antes de dirigirse a las puertas de la azotea. Después de que el otro varón se hubiera ido, Dragos aflojó el puño derecho en el que sostenía un trozo de papel desmenuzado.

¿Por qué no le dijo a Rune al respecto? ¿Por qué no estaba, incluso ahora llamando al grifo de vuelta para contarle? No lo sabía. Sólo obedecía el impulso para el secreto.

Dragos se llevó el papel a la nariz e inhaló. Un olor aún se aferraba al papel, que había absorbido el aceite de la mano del ladrón. Era un aroma femenino que olía como el sol silvestre y que era familiar de una manera que tiraba de todos los más profundos instintos de Dragos.

Se quedó inmóvil, con los ojos cerrados mientras se concentraba en la inhalación de ese salvaje sol femenino en respiraciones profundas. Había algo en él, algo de hacía mucho tiempo. Si tan sólo pudiera recordar. Había vivido durante tanto tiempo, su memoria era una maraña enorme y complicada. Le podría llevar semanas localizar el recuerdo.

Se esforzó más para esa elusiva época con un sol más joven, un bosque verde intenso y un aroma celestial que lo llevó a estrellarse a través de la maleza...

El frágil hilo del recuerdo se rompió. Un gruñido de frustración retumbó a través de su pecho. Abrió los ojos y deseó no triturar el papel que sostenía con tan tenso cuidado.

Se le ocurrió a Dragos que Rune había olvidado preguntarle lo que había robado el ladrón.

Su guarida subterránea era enorme por necesidad, con cavernas sobre cavernas llenas de tesoros de la talla de las que el mundo jamás había visto. El tesoro de los imperios llenaban las cuevas.

Obras de sorprendente belleza adornaban las ásperas paredes de las cavernas. Artículos de magia, retratos en miniatura, tintineantes pendientes de cristal que arrojaban el arco iris en la luz de la lámpara. Llena de obras maestras de arte para protegerlas del entorno. Rubíes, esmeraldas y diamantes del tamaño de huevos de gallina, y lazos sobre lazos de perlas. Escarabajos, cartuchos y colgantes egipcios. Oro griego, estatuas de Siria, joyas persas, jade chino, el tesoro español de barcos hundidos. Incluso tenía una colección de monedas modernas que había comenzado varios años atrás y agrandado de una manera casual cada vez que se acordaba. En la cabeza del avestruz había un helado con sirope caliente...

Su obsesiva atención al detalle, un recuerdo impecable de cada pieza en ese gigantesco tesoro, un rastro de olor como el salvaje, sol y el instinto habían llevado

a Dragos al lugar correcto. Descubrió que el ladrón había tomado un penique de cobre de *Estados Unidos* acuñado en 1962 de un frasco de monedas aún ya que él ni siquiera se había molestado en poner un libro de numismática.

... y sobre el helado con sirope caliente encima de la cabeza del avestruz posada una cereza...

El ladrón había dejado algo para él en lugar de lo que se había llevado. Lo había colocado con cuidado encima del frasco de monedas. Era un mensaje escrito en un pedazo de papel con mano temblorosa en trazos delgados e inseguros. El mensaje estaba envuelto alrededor de una ofrenda.

Lo siento, decía el mensaje.

El robo era una violación de la intimidad. Era un acto increíble de imprudencia y falta de respeto. No sólo eso, era... desconcertante. Él era un asesino, incandescente con la furia. Era más viejo que el pecado y no podía recordar cuándo era la última vez que había estado en tal furia.

Miró el papel de nuevo.

Lo siento, tenía que tomar la moneda. Aquí hay otra para reemplazarla.

Sí, eso es lo que decía.

Una comisura de su boca tembló. Se sorprendió profundamente a sí mismo cuando irrumpió en una explosiva carcajada.

Capítulo 2

Traducido por Shellene

Corregido por Niii

Día pasó la siguiente hora caminando por la ciudad. Fue testigo de cómo la ciudad se transformaba después de ese impío sonido, como si se tratara de una pintura de algún artista manchada con vetas siniestras de colores oscuros. La tensión se tallaba en las expresiones de la gente que pasaba por la calle. La ira surgía en gritos y confrontaciones, y aparecían grupos de policías uniformados. Los peatones se movían con mayor urgencia. Pequeñas tiendas y quioscos ponían los carteles de *CERRADO* y bloqueaban sus puertas.

En circunstancias normales habría tomado el metro, pero feo como el humor se había vuelto en la calle, no estaba dispuesta a arriesgarse a ser atrapada bajo tierra. Por fin se paró delante de la puerta del idiota.

El lugar donde vivía estaba en condiciones miserables. Respiró por la boca y trató de ignorar los condones usados en el suelo de la escalera y al bebé llorón dos apartamentos abajo. Después de que hiciera esta última cosa y pasara por el trabajo para despedirse de Quentin, se largaría de aquí.

La puerta se abrió bruscamente. Su puño se movió antes de que hubiera puesto los ojos en él plenamente. Él se dobló cuando le dio un puñetazo en el estómago.

Él jadeó y tosió.

—¡Mierda, puta!

—¡Ay! —sacudió el puño abierto. *El pulgar fuera, no dentro, boba.*

Él se enderezó y la miró mientras se frotaba el vientre. Luego empezó a sonreír.

—Lo hiciste, ¿no? Realmente, realmente lo hiciste.

—Como que me hubieras dado elección —le espetó. Metió el hombro. Le golpeó de nuevo lo suficiente para poder entrar y cerrar la puerta.

Su sonrisa se convirtió en una risa alegre. Él agitó el puño en el aire.

—¡Sí!

Pia lo miró, su mirada amarga. El idiota, también conocido como Keith Hollins, tenía una apariencia afable con el cabello rubio apagado e hirsuto de una persona que practica surf. Su sonrisa engreída tenía a las mujeres acudiendo a él como moscas a la miel.

Ella había sido una de esas moscas una vez. Luego la desilusión se había establecido. Había pensado que era un tipo encantador. Había tomado sus caricias por afecto verdadero y lo llamó infantil, cuando la verdad era que era un egoísta hasta la médula. Era el *Capitán Fantástico* en su propia mente. Él creaba la ficción de que era un aventurero, cuando en realidad era un ludópata.

Ella había roto con él hacía algunos meses. Luego, sólo la semana pasada, su traición la había golpeado, pero se sentía como mucho más tiempo.

Pia había estado tan sola desde que su madre falleció seis años atrás. No había otra criatura que la conociera por quién y lo que era. Sólo su madre lo había sabido. Su madre la había amado tanto que dedicó su vida a proteger el bienestar y la seguridad de Pia. Ella había criado a su hija con una fanática atención al secreto y con cada hechizo de protección que pudo reunir o comprar.

Entonces Pia había tirado casi todo lo que su madre le había enseñado por una dulce sonrisa y la promesa de un poco de cariño. *Lo siento, mamá*, se dijo en la cabeza. *Te juro que voy a hacerlo mejor*. Ella miró a Keith inclinándose para hacer un touchdown. Fingió golpear un balón sobre el terreno y le sonrió.

—Sabía que me tenía que llegar ese golpe. Te debo una. Sin rencores, cielo.

—Habla por ti. —Las palabras de Pia estaban cubiertas de hielo—. Tengo todo tipo de rencores pasando por aquí.

Dejó caer la mochila al suelo y miró a su alrededor aunque estaba bastante segura de que estaban solos. Envoltorios de comida rápida llenaban la mesita de café de una tienda de segunda mano. Una camiseta sucia cubría la parte posterior del sofá. Algunas cosas nunca cambiaban.

—Oh, vamos, P., no hay necesidad de ser así. Eh, escucha, sé que todavía estás enojada, pero tienes que entender algo, cielo. Hice esto por nosotros —intentó tocarle el hombro, pero ella se echó hacia atrás antes de que los dedos pudieran tocarla. Su sonrisa se atenuó, pero él no perdió la forma fácil, acariciadora—. P., no pareces entenderlo. Vamos a ser ricos ahora. Jodidamente ricos. ¿Por qué?, puedes tener lo que quieras. ¿No te gusta eso, cariño?

Keith era el que no lo entendía. El tontorrón no se daba cuenta que había daños colaterales. Había construido este mundo de fantasía en el que él era un jugador,

mientras sus deudas de juego empeoraban, y él caía cada vez más bajo el control de sus socios de negocios.

Los “socios” eran oscuras conexiones que un par de veces habían apartado a las casas de apuestas de Keith. Ella los imaginaba como hienas riéndose reunidas alrededor de su presa con un lánguido propósito. Keith era el almuerzo, pero habían decidido jugar con su comida antes de matarla.

Ella no sabía quiénes eran sus contactos y no quería saberlo. Era lo bastante malo que supiera que había un *Poder* real en algún lugar arriba de la cadena alimenticia. Humanos o Elfos, Wyr o Hadas, no importaba. Algo desagradable había vuelto su atención en esta dirección. Tenía suficiente magia y músculo para adquirir uno de los primeros *Poderes* del mundo.

Y allí estaba el *Capitán Fantástico*, un simple humano sin una chispa de *Poder* en él y ni una pizca de juicio, tampoco. El hecho de que ella se hubiera enrollado con él, aunque fuera por unos meses, la mantendría humilde para siempre.

Ella le dijo:

—Suenan como el diálogo de una mala película.

El coqueteo de Keith cayó y la miró.

—¿Sí? Bueno, que te jodan también.

—Y sigue —suspiró ella. Una jaqueca había empezado a pulsar en sus fosas nasales—. Mira, vamos a acabar con esto. Tus manejadores querían que yo le robara algo a Cuelebre...

—Aposté a mis socios que podía conseguir cualquier cosa de cualquier lugar —se burló Keith—. Y ellos sugirieron algo de Cuelebre.

Hoy había sido un día largo y malo en la cima de una semana larga y mala. Había empezado en el momento que Keith le había puesto un objeto de poder en la mano y le dijo que iba a encontrar la guarida de Cuelebre con él. El shock aún se aferraba al recordar el considerable pulso de magia que había chamuscado su mano.

La sensación se vio agravada por una oleada de terror por quien fuera, o lo que fuera, que tuviera la clase de mojo para crear ese artefacto y entregárselo a Keith.

Fue seguro un momento especial, cuando descubrió que Keith la había traicionado. Cuando se dio cuenta de que, entre Cuelebre y las hienas cacareantes, estaba perdida. Si robaba a Cuelebre, estaba muerta. Si no lo hacía, no tenía ninguna duda que Keith se lo diría a sus hienas, y ella todavía estaría muerta. Había estado entre la espada y la pared.

Tener el encanto en la mano era como aferrarse a una bomba granada. El diseño había sido engañosamente simple. Se había sentido como un encanto de búsqueda con una única activación, pero había tenido el *Poder* para cortar a través de todas las protecciones de Cuelebre.

Su respiración se agitó al recordar el terrible camino que había tomado ese mismo día, a través de un soleado parque de la inocente ciudad donde los adultos bebían café y vigilaban a los niños que gritaban, se lanzaban arena, y se arrojaban del carrusel a las barras infantiles.

Los sonidos del tráfico y los perros ladrando habían irrumpido en el abrasador dolor de la mano, mientras el *Poder* activo del encanto estallaba y la atraía junto a un camino anónimo bordeado de flores, totalmente olvidable hasta una oxidada puerta de metal de mantenimiento establecida en un viaducto del parque. El encanto dibujó una ruta delgada y brillante que conducía a través de una invisible niebla de los hechizos de ocultamiento y aversión, que la habían convencido con creciente urgencia de que estaba perdida, confundida, maldita, atrapada en su peor pesadilla, en peligro mortal, condenada por toda la eternidad...

El frágil control de Pia se quebró. Ella golpeó el pecho de Keith con ambas manos, llevándole hacia atrás unos metros.

—¡Me chantajeaste para que le robara a un dragón, imbécil! —gritó. Lo empujó de nuevo y él se tambaleó hacia atrás—. Confié en ti con mis secretos. —Aunque no todos ellos, gracias a los gentiles *Poderes*, no todos. Había conservado de algún modo unos de los últimos restos de auto-conservación—. Pensé que nos amábamos. Dios mío, qué chiste tan miserable. Podría meterme bajo una roca y morir de vergüenza, pero Tú. No. Vales. La. Pena.

Con su último empujón golpeó a Keith contra la pared. La expresión de su rostro hubiera sido cómica si a ella le hubiera quedado sentido del humor.

Su asombro se volvió desagradable. Sus manos se dispararon más rápido de lo que ella esperaba. Él la empujó hacia atrás de modo tan fuerte que casi tropezó y cayó.

—Bueno, debo haber hecho un maldito buen trabajo fingiendo —gruñó—. Porque tienes que ser la follada más miserable que he tenido.

Pia nunca supo hasta ese momento que ella era capaz de matar a alguien. Sus manos se curvaron en garras.

—Soy una follada excelente —dijo entre dientes—. Soy lo mejor que le ha sucedido a tu lamentable, iluso, pre-eyaculante trasero. Simplemente no tuviste el buen gusto de reconocerlo. ¿Y sabes qué? Ahora ni siquiera sé por qué te aguanté. Tenía una mejor vida sexual con cinco minutos y mi mano en una ducha caliente.

El rostro del *Capitán Fantástico* se volvió morado. Ella le contempló. Nunca había visto ese color en una persona antes. Levantó el brazo hacia atrás como si fuera a golpearla.

—Hazlo y no conseguirás lo que quieres. Además de perder una mano. —La helada en su voz se volvió hacia un picahielos. Él se quedó paralizado. El implacable extraño que habían tenido sobre su cuerpo la llevó nariz con nariz con él—. Adelante —dijo, acomodándose en un tono suave y uniforme—. La amputación puede ser un poco terapéutica ahora mismo.

Lo miró hasta que él dejó caer la mano y dio un medio paso atrás. El movimiento no fue mucho, pero significó mucho para su orgullo maltratado. En un concurso de voluntades lo había clavado en la alfombra.

—Vamos a acabar con esto —espetó.

—Ya era hora. —Ella escarbó en sus pantalones y le dio un pedazo de papel doblado—. Conseguirás lo que robé cuando leas esto en voz alta.

—¿Qué? —Él le dio una mirada en blanco. Estaba claro que las cosas habían tomado un giro más allá de su comprensión. Como ser humano no mágico no podía sentir cómo el papel brillaba con *Poder* del hechizo vinculante.

Lo desdobló y examinó el contenido, y su rostro se contrajo de nuevo con rabia. Dejó caer el papel como si estuviera en llamas.

—¡Oh, no, perra! De ninguna maldita manera va a suceder esto. Me vas a dar lo que agarraste y me lo darás ¡AHORA! —se abalanzó sobre su mochila. Ella dio varios pasos rápidos hacia atrás, dejando que él rebuscara entre el contenido. Cartera, deportivas, la botella medio vacía de agua y su *iPod* se derramaron en el suelo.

Él hizo un incoherente ruido estrangulado y se volvió contra ella. Ella retrocedió de nuevo un paso más y se mantuvo alerta, con las manos vacías sostenidas en alto mientras le daba una sonrisa burlona.

—¿Dónde está? —la baba voló—. ¿Qué te llevaste? ¿Dónde lo escondiste? ¡MIERDA!

—Dijiste que no importaba —dijo. A medida que Keith avanzaba hacia ella, ella seguía moviéndose en contrapartida, manteniendo unos metros entre ellos—. Dijiste que a tu encargados...

—Asociados —rugió, apretando las manos.

—... no les importaba lo que me llevara siempre y cuando fuera de Cuelebre, ya que tenían los medios para verificar la toma. Supongo que eso significa que pueden hechizarlo de alguna manera para probar que realmente es de él. —La parte trasera

de su espinilla entró en contacto con la mesita de café. Recobró la compostura y saltó hacia atrás cuando Keith se abalanzó hacia ella. Puso una gran cantidad de impulso en su salto y aterrizó en cuclillas en el sofá mientras Keith tropezaba con la mesita—. ¿Y sabes qué? —dijo—. Me importa un comino, salvo por una cosa.

Pia se detuvo y se enderezó. Se recuperó un poco mientras Keith gateaba de regreso a sus pies. Su aspecto de buen surfista se había retorcido en una expresión de odio.

Se preguntó si a él se le ocurriría que su salto hacia atrás había sido demasiado lejos y alto para una mujer humana normal, pero suponía que nada de eso importaba ya.

—Lo que pasa con el chantaje es que nunca se detiene en un solo pago. Todos los programas de televisión lo dicen, de todos modos —dijo. Ella no sabía que le quedaba alguna decepción más hasta que su estómago se hundió con la expresión de astucia que brilló en los ojos de Keith—. ¿Crees que no he supuesto que pretendes seguir usándome? Después de todo, ¿por qué detenerse en un único robo? Iba a ser siempre como, “Oye, Pia, voy a guardar silencio sobre ti si tú haces sólo una pequeña cosa más por mí”. ¿No?

Su labio superior se curvó.

—Podríamos haber sido una verdadera asociación.

Tuvo el descaro de sonar amargado. *Increíble*. Dejó caer su tono frívolo y se puso seria.

—O seguirías chantajeándome, o tarde o temprano, si no lo has hecho ya, les contaras a tus dueños sobre mí. O... —alzó un dedo—... ¿qué tal esta hipótesis? Vas darles lo que robé, lo cual les demostrará que estabas haciendo algo más que ocioso alarde. Vas a hacerles tomarte en serio.

Su boca se apretó.

—Ya me toman en serio, perra.

—De acueerdo —continuó—: Es probable que prometieran eliminar todas tus deudas de juego si pudieras lograr el robo. Tal vez dijeron que te darían una buena cantidad de dinero también. Estás esperando que esto salve tu miserable pellejo. Entonces por fin te sentarás y te darán el tipo de atención que te mereces. Van a tener que tomarte como un verdadero jugador y no como un tonto hasta las orejas de deudas incobrables. Pero no lo ves, si eso sucede, también van a interesarse seriamente en la forma en que lo lograste. Van a querer hacer muchas preguntas.

La ira se desvaneció de la cara de Keith cuando captó lo que dijo.

—No iba a ser así —dijo—. No les dije casi nada sobre ti.

¡*Aleluya!*, parecía que se volvía prudente. O lo que pasaba por prudencia, para él. Se relajó lo suficiente como para bajar del sofá y sentarse.

—Sabes, pienso que lo crees —dijo—. Por lo menos pienso que te lo crees. Pero tú “no les dije casi nada” ya es demasiado.

Podía ver cómo había ido su proceso de pensamiento. Él iba a retener todo el poder. La mantendría encadenada a lo largo de una pseudo-sociedad donde él sostenía todos los hilos y la obligaba a hacer lo que quisiera. Sus “asociados” iban a admirarle y respetarle. Probablemente pensó que terminaría siendo un agente de bienes para ellos y les conseguiría lo que quisieran por unos honorarios exorbitantes. Entonces Keith iba a conseguir darse la gran vida.

—De acuerdo —dijo, raspando en el pozo de su energía en suspensión para adoptar una actitud enérgica. Colocó sus manos sobre sus muslos—. Tenemos que salir de la tierra de la fantasía de Keith ahora. Así es como va a ser. Juraste que te guardarías lo que dije en confianza. Esto se trata de convertir a un hombre deshonesto en uno honesto. Me chantajeaste, así que ahora yo te estoy chantajeando a ti, porque vistos todos los escenarios que acabo de pintar, estaría jodida.

Él negó con la cabeza y dijo:

—No, no, P. Todo lo que tienes que hacer es trabajar conmigo. ¿Por qué mierda no puedes ver eso?

—Porque no soy como tú, Keith —le espetó ella—. Y el control de daños es la única manera de tener una remota posibilidad de salir de esta pesadilla.

—No puedo creer que simplemente te marches. —Se veía tan petulante como un niño pequeño.

—Me marché hace un par de meses —le recordó—. Sólo que tú permanecías ausente. Ahora recoge ese trozo de papel y dame el juramento vinculante, o me voy y nunca vas a conseguir lo que robé. Eso significa que tendrás que renegociar un plan de pago diferente con esos “asociados” tuyos sobre el dinero que les debes. ¿Verdad?

Ella no tenía que decir cómo irían las diferentes opciones de pago. Se podría decir que él sabía que su vida estaba en juego. Keith la contempló, su boca bajando en las comisuras.

—Sabes, podría haber sido bueno.

Ella negó con la cabeza.

—Sólo en tus sueños, vaquero.

Él se acercó al hechizo y lo recogió, la renuencia en cada paso. Ella se mantuvo en silencio cuando él se detuvo por última vez. Se dio cuenta de que estaba tratando de pensar en una manera de evitar leerlo. Pero no había nada que pudiera hacer, y ambos lo sabían.

Lo leyó de una forma rápida, el tono malhumorado.

—Yo, Keith Hollins, juro nunca hablar de Pia o sus secretos de ninguna manera, ya sea directamente, por inferencia o silencio, o perderé mi capacidad de hablar y padeceré incesantes dolores físicos para el resto de mi vida.

Él dio un grito cuando la magia se activó. El papel estalló en llamas. Pia suspiró cuando un peso se levantó, sólo un poco, de sus hombros. Fue a meter sus cosas en su mochila.

Keith dijo:

—Bueno, hice lo que querías. Ahora vamos a recoger lo que has robado. ¿Qué es; una gema, una joya? Tenía que ser algo que pudieras llevar. —La avaricia se deslizó de nuevo en sus ojos—. ¿Dónde lo escondiste?

Ella se encogió de hombros.

—No lo escondí en ninguna parte.

—¿Qué? —de pronto lo entendió. Él mostró los dientes como un perro salvaje—. Lo has tenido contigo todo el tiempo.

Ella sacó un pañuelo de lino doblado del bolsillo de sus vaqueros y se lo entregó. Él lo abrió mientras ella se ponía al hombro su mochila. Salió por la puerta cuando las palabrotas comenzaron.

—Oh, mierda. ¡Robaste un maldito PENIQUE!

—Adiós, bebé —dijo. Se alejó. La sala se empañó delante de ella. Apretó los dientes hasta que el dolor le atravesó la mandíbula. No derramaría una lágrima más por ese perdedor.

Él gritó tras ella.

—¿Qué estaba haciendo un dragón con un penique en su tesoro? ¿Cómo sé que este maldito penique es incluso suyo?

Bien, esa era la pregunta.

Pensó en recordarle que sus “asociados” podían verificar un verdadero robo. Pensó en decirle que sabía que una falsificación habría conseguido matarlo, pero el pobre tonto idiota estaba condenado de todos modos.

Ya sea que Cuelebre lo encontrara y le matara, o tarde o temprano iba a enfadar a uno de sus “asociados”. Ellos querían saber cómo se apoderó de la propiedad de Cuelebre. Y ahora Keith no iba a ser capaz de decírselos. Qué torpe era.

Luego pensó en contarle sobre su propia estupidez, ya que no se le había ocurrido tratar de pasarle uno falso. A pesar de algunas habilidades inusuales, Pia no tenía ni un hueso latrocinante en su cuerpo. Ella no podía pensar con la astucia de un delincuente.

Además, no se había atrevido a hacer otra cosa que el trabajo una vez que se había dado cuenta del *Poder* real que se movía en las sombras detrás de él. Algo se estaba gestando. Era más grande y peor que cualquier cosa que Keith pudiera imaginar o ella desear. Olía oscuro como el asesinato o la guerra. Quería correr tan lejos y tan rápido como pudiera.

Ni en un millón de años se habría imaginado encontrar un frasco de peniques en medio de todo ese deslumbrante tesoro en la guarida de Cuelebre, o que “tomar un penique, dejar un penique” le vendría a la mente. Todo el mundo lo hacía en las gasolineras. ¿Por qué diablos no?

Pensó en toda la conversación que podría haber tenido con él. En cambio, negó con la cabeza. Era hora de irse.

—¡Lo lamentarás! —le gritó—. ¡Nunca encuentras a nadie que te aguante con toda tu mierda!

Ella le sacó el dedo corazón y siguió caminando.

El pánico de bajo nivel continuó instando a Pia a correr. Después de varios minutos de morderse los labios, decidió no regresar al apartamento. La dificultad de la decisión la sorprendió. No poseía muchas cosas importantes. Sus muebles eran sólo muebles, pero tenía algunos recuerdos de su madre y le gustaban algunas de sus ropas. Aparte de las posesiones, el verdadero golpe era romper la continuidad de lo que era su hogar.

No te permitas volverte demasiado apegada a las personas, los lugares o las cosas, le había dicho su madre. Tienes que ser capaz de dejar todo atrás.

Estar preparada para huir en cualquier momento.

La definición de sus vidas había girado en torno a esto. La madre de Pia había mantenido escondites de dinero e identidades diferentes para ellas en una media

docena de lugares en toda la ciudad. Pia había memorizado las rutas del transporte público, las combinaciones de cierre y los números de los depósitos de seguridad de todos los lugares para el momento en que tenía seis años. Habían tenido regulares ejercicios de “escapar de Nueva York”, donde atravesaba las rutas y accedía a los documentos y el dinero, mientras que su madre la seguía y la observaba. La imagen de las ID se actualizaba según Pia se había hecho mayor.

Sin embargo, mientras que Pia había asentido y dicho que comprendía, los acontecimientos de la semana pasada mostraron lo mucho que realmente no había entendido o interiorizado las cosas. Su madre había muerto cuando Pia tenía diecinueve años. Ahora, a los veinticinco, estaba empezando a darse cuenta de lo descuidado que su comportamiento se había vuelto.

No era sólo su monumental estupidez en confiar en Keith. Había seguido regularmente con las clases de autodefensa y de artes marciales, pero había perdido el hábito de tomarlas con seriedad. En cambio, las trataba como si fueran por ejercicio y entretenimiento. Ahora las primeras lecciones de su madre volvían a rondarla. Sólo esperaba sobrevivir el tiempo suficiente para apreciar lo que significaba ser más triste y más sabia.

Más temprano Pia había limpiado uno de los escondites para pagar a la bruja por el hechizo vinculante. Ahora, tomó un tortuoso camino al bar *Elfie's* en el sur de *Chelsea*. Se las arregló para conseguir una caja de seguridad antes de que los bancos cerraran y un segundo alijo, menos convencional oculto en el patio de recreo de su vieja escuela primaria. Tenía tres nuevas identidades y cien mil dólares en billetes sin marcar no secuenciales metidos en su mochila, junto con una renovada paranoia oprimiéndola.

Cuando entró por la puerta principal al bar *Elfie's*, había comenzado a sentirse como si estuviera vistiendo la mitad de la suciedad en la ciudad. Se sentía sucia y vacía, drenada emocionalmente y físicamente hambrienta. El estrés le había obstruido la garganta durante varios días y no había sido capaz de tragar mucha comida.

Elfie's estaba abierto para el almuerzo durante el día. El almuerzo, se servía de once a tres, era una parte complementaria del negocio, cuando *Elfie's* cobraba vida por la noche. Quentin, el propietario, podría haberlo convertido en uno de los clubes exclusivos de *Nueva York* si hubiera querido. Tenía el carisma y el estilo para ello.

En su local Quentin mantenía una tapa en el negocio ahora demasiado grande. *Elfie's* era conocido como un buen club de barrio con una clientela fija, fiel de mestizos de las tres razas. Era como si la ciudad tuviese su propia *Isla de los Juguetes Perdidos*, los restos y los desechos de las sociedades, sin ser plenamente Wyr, Hada, Elfo o humano y por tanto, no perteneciente completamente a ningún lugar. Algunos eran abiertos sobre su naturaleza mestiza y argumentaban las ventajas de

vivir fuera del armario. Muchos, como Pia, ocultaban lo que eran y fingían encajar en alguna parte.

Había trabajado en *Elfie's* desde que tenía veintiún años, cuando había entrado por la misma puerta principal y pidió a Quentin un trabajo. Era el único lugar que había encontrado después de que su madre hubiera muerto que estuvo cerca de sentirse como un hogar.

Se abrió paso para terminar en la barra de servicio flaqueando contra ella. El barman de turno, Rupert, dejó de servir las bebidas y la miró con sorpresa. Levantó la barbilla, en silencio preguntándole si quería un trago.

Ella negó con la cabeza y articulando para que le leyera los labios le dijo:

—¿Dónde está Quentin? —El barman se encogió de hombros. Ella cabeceó, lo saludó con la mano, y él volvió a trabajar.

El aire acondicionado le lamió la piel sobrecalentada. Sus ojos amenazaban con lagrimear otra vez mientras miraba el familiar ambiente a su alrededor. Le gustaba el barman de *Elfie's*. Le gustaba trabajar para Quentin. Deseó que el *Capitán Fantástico* y sus hienas se pudrieran en el infierno.

La multitud después del trabajo atestaba el moderno y grande espacio haciendo cola en tres filas por bebida. Objetos mágicos de bajo nivel y el *Poder* brillaban a través del constante zumbido de conversación. Canales deportivos en directo en enormes televisores de alta definición en el otro lado de la barra. La mayoría de la gente miraba la gran pantalla montada en alto en una esquina del bar. Ella levantó la vista a un noticiero de *CNN*.

—... y en las noticias locales, los informes siguen girando en el alcance de los daños del misterioso suceso de esta tarde. Mientras tanto, la especulación se multiplica por todas partes en cuanto a la causa. —Una rubia de pelo lacado, una de las habituales de la *CNN*, dio a la cámara una sonrisa profesional. La periodista se paró frente a una acera, donde el equipo de trabajadores estaba barriendo las montañas de vidrios rotos.

El ratón de bar junto a Pia, dijo con una voz que sonaba como rocas cayendo.

—Eh, hermosa. ¿No te estabas tomando una semana de vacaciones? ¿Qué estás haciendo aquí en tu tiempo libre?

Ella echó un vistazo al corpulento, medio sentado trol encaramado en un taburete de acero a medida. De pie y encorvado media dos metros cincuenta con la piel gris pálida y una mata de pelo negro que se negaba a tumbarse.

—Eh, Preston —dijo—. Sí, todavía estoy de vacaciones. Sólo necesito hablar con Quentin un momento.

Preston era uno de los habituales de *Elfie's*. Declaraba que vivía la vida bajo sus propias condiciones. Un programador independiente, que trabajaba desde su casa durante el día y calentaba el taburete del bar en *Elfie's* por las noches. Bebía como un descosido y en ocasiones actuaba como gorila voluntario cuando las cosas se ponían difíciles.

—Sabes que es una mala señal cuando no se puede dejar el trabajo en el trabajo, cariño —gruñó mientras sorbía un vaso alto de *Coca-Cola* lleno de whisky.

—Es una maldición —admitió ella. Tirada por una cuerda invisible, su mirada se desvió de nuevo a la pantalla en lo alto. La miró con fascinación y horror a partes iguales.

—Quentin se fue a alguna parte hace unos veinte minutos —le dijo el trol mestizo—. Dijo que volvería enseguida.

Ella asintió con la cabeza mientras la periodista de la *CNN* continuaba.

—... Mientras tanto los funcionarios públicos confirman que el origen del evento ocurrió a cierta distancia de la Torre Cuelebre en la Quinta Avenida, en un parque local cerca de la estación Penn. Las empresas Cuelebre han publicado un comunicado de prensa haciéndose responsable del desgraciado “accidente de investigación y desarrollo”. Ahora vamos con Thistle Periwinkle, directora de relaciones públicas de las empresas Cuelebre y una de las portavoces más famosas de las Razas Antiguas. —La escena cambió a una pequeña figura rodeada de reporteros delante de la chapa de mármol y cromo pulido de la Torre Cuelebre.

La multitud en el bar se dividió en silbidos de dos dedos, diseminadas patadas en el suelo y aplausos.

—¡JUHU!

—*Barbie* Hada... ¡sí!

—¡Mi CHICA!

La pequeña figura llevaba un traje rosa pálido de negocios que acentuaba una figura de reloj de arena con una diminuta cintura. De pie medía cerca del metro cincuenta y cinco, y Pia siempre se sentía como un caballo brincando alegre pero torpemente cuando veía a la hada en la televisión. La famosa portavoz pública de Cuelebre llevaba el pelo color lavanda suave y esponjoso en un elegante corte ondulado a lo *garçon*. Ella arrugó la nariz respingona con una sonrisa simpática cuando docena de micrófonos fueron metidos en su cara.

—Dios, ella es caliente. —Preston exhaló un suspiro—. Lo que no daría yo por una oportunidad.

Pia dio al enorme macho arrugado un rápido vistazo y se rascó la nuca. El hecho de que la cursi hada fuese la portavoz de relaciones públicas de las empresas Cuelebre siempre le parecía una manipulación. *Mira qué lindos, amistosos y seguros que somos, Oh Dios.*

El hada levantó una mano delicada. Tan pronto como los gritos callaron, ella empezó a hablar.

—Esto va a ser sólo una breve declaración. Vamos a seguir más tarde con más detalles a medida que comprendamos mejor la situación. Las empresas Cuelebre lamentan cualquier inconveniente que este incidente ha causado a la buena gente de *Nueva York* y promete una pronta solución a cualquier y toda responsabilidad por los daños a la propiedad. —La sonrisa de pilluela del hada murió. Parecía muerta delante de la lente de la cámara, su expresión normalmente alegre, sombría—. Tengan la seguridad de que Cuelebre está utilizando todos los recursos disponibles para llevar a cabo una investigación completa. Él les da su garantía personal de que lo que causó el incidente de hoy será atendido de manera rápida y decisiva. Nunca habrá otra incidencia.

Y hasta ahí le llego lo de ser agradable. La multitud de periodistas alrededor del hada calló. En el bar el constante zumbido de ruido murió. Incluso Rupert dejó de servir bebidas.

Una persona cerca dijo:

—Maldita sea. ¿Esa pequeña chiquita pretenciosa acaba de lograr ser aterradora?

En la gran pantalla el escenario estalló en el caos de nuevo antes de volver a la sala de prensa principal de la *CNN*, donde la periodista rubia dijo en un tono de urgencia.

—Y ahí lo tienen, la declaración pública de Cuelebre, y no suena como algo parcial, amigos.

Las noticias fueron a hacer una breve reseña biográfica sobre Cuelebre. No había mucho documentado sobre el solitario multibillonario. Era universalmente conocido como uno de los más antiguos *Poderes de las Razas Antiguas* y reconocido como el férreo gobernante de la heredad de *Nueva York* de la especie Wyr. También era un jugador de gran poder, si enigmático, en la escena política de *Washington*.

Las fotografías de cerca y los segmentos de las películas de él siempre eran borrosos. La mayoría de detalles que las cámaras habían sido capaces de capturar de él eran de las imágenes tomadas a distancia. La red mostraba un par de instantáneas de un grupo de hombres poderosos, de aspecto rudo. En medio de ellos se alzaba una enorme figura, dominante, atrapada en medio de un agresivo paso, la oscura cabeza vuelta.

Cueebre nunca había hecho un reconocimiento público de lo que era, pero los programas de noticias amaban especular. Evitaban afirmar nada, pero hacían demasiado énfasis en cómo su nombre de pila, Dragos, en realidad significaba “dragón” y Cueebre era una gigantesca mitológica serpiente alada.

Incluso el más marginado de los híbridos que se arrastraba alrededor de los bordes de la política de las *Razas Antiguas* y de la sociedad y sabía qué y quién era Cueebre. Cada uno de ellos había sentido en sus huesos el rugido del dragón que había sacudido la ciudad hasta sus cimientos.

Pia buscó a tientas el whisky de Preston. El trol le entregó el vaso y ella lo engulló. El líquido se deslizó por su garganta reseca y explotó en una bola de fuego ardiendo en la boca del estómago. Ella jadeó y se lo devolvió.

—Te entiendo —dijo el trol—. Han estado poniendo cosas así toda la tarde. Al parecer, el “incidente” —hizo comillas con los dedos en el aire—, rompió las ventanas en los edificios de hasta una milla de distancia y agrietó una casa adosada de piedra rojiza por el centro. Lo escuché yo mismo, y soy lo suficientemente hombre para admitir que el sonido hizo a mis bolas encogerse.

El pánico pulsó a través de ella. Dejó caer las manos por debajo la barra para ocultar cómo temblaban. Se aclaró la garganta.

—Sí, yo también lo escuché.

—¿Quién lo habrá enojado tanto? —Preston negó con la cabeza—. No puedo imaginármelo, pero va a hacer parecer el Día del Juicio Final un picnic.

Dijo una profunda voz en su oído.

—Te ves como la mierda.

Pia casi saltó por la sorpresa. Entonces presionó los talones de las manos contra sus párpados hasta que vio las estrellas antes de pasar a la cara de Quentin.

—Ese es mi jefe —dijo por encima del hombro a Preston—. Un cumplido por minuto.

El trol soltó un bufido.

Quentin se apoyó contra la pared cerca de las puertas batientes que conducían a la parte trasera. La miró con el ceño fruncido. Tenía metro ochenta y ocho de magra fuerza de tracción y enjutos rasgos agraciados, uno de esos tipos aterradoramente magníficos que podían hacer la portada de *GQ* si hubiera sido modelo. Su cabello rubio oscuro, cuando estaba suelto, le caía más allá de los anchos hombros, pero normalmente lo mantenía recogido en una coleta. El estilo severo subrayaba los huesos largos de la cara y los penetrantes ojos azules.

Las emociones de Pia tomaron otro giro salvaje. Sus labios se apretaron y miró hacia abajo para tirar de la correa de la mochila.

—Necesito hablar contigo —le dijo.

—Me lo imaginé. —Él se enderezó de la pared y se volvió para empujar una de las puertas batientes.

Pia movió sus dedos a Preston y caminó hacia la parte trasera, con Quentin detrás de ella. La puerta giró a su lugar, silenciando el ruido del bar.

Ella continuó hasta el almacén y entró en su espaciosa oficina. Se detuvo en el centro de la habitación, dejó caer la mochila y se quedó allí, su cansada mente en blanco.

Una mano de bellas proporciones llegó sobre de su hombro y se enganchó debajo de su barbilla. Ella le permitió darle la vuelta, a pesar de que sólo pudo reunirse con su atenta mirada por un momento antes de que la suya se desviara hasta una zona en algún lugar por encima del hombro derecho de él. Le dolía el pecho. Podía sentir su escrutinio viajar por su cuerpo.

—Estoy saliendo de la ciudad —dijo a la zona por encima del hombro. Su voz sonó ahogada—. Vine a despedirme.

El silencio se estiró y creció. Luego Quentin le puso una mano en la frente y envolvió la otra alrededor de su nuca. Su mirada voló hacia él, y la preocupación que vio en su expresión casi la mata. Él dijo:

—Te duele la cabeza.

El dorado calor comenzó a fluir de sus manos, infundiendo su cabeza y extendiéndose por su cuerpo, llevándose el dolor.

—Oh Dios, no tenía ni idea de que podías hacer eso —dijo con un suspiro—. Se siente tan bien.

Cuando sus rodillas se curvaron, él la atrajo a sus brazos y la abrazó.

—Me temo que no puedo hacer nada acerca de la angustia.

La boca de Pia tembló. Él debía de haber leído el sufrimiento en su rostro como un mapa de carreteras. Ella apoyó la cabeza en su hombro.

—¿No se supone que debes gritarme por no darte dos semanas de aviso?

—¿Qué tal si no lo hago y sólo decimos que lo hiciste —le frotó la espalda—. ¿De acuerdo?

Ella asintió con la cabeza y se sorbió las lágrimas, envolviendo los brazos alrededor de su cintura.

La edad de Quentin era indeterminada. Podía haber estado entre los 35 y los 135. Había algo duro y atemporal latente en él y su aura llevaba un indicio de secretos violentos, por lo que Pia siempre había apostado por antiguo. Ella había tenido un llameante flechazo sobre él durante años. Por lo general, lo disfrutaba. Era una indulgencia cómoda, tanto más porque sabía que nunca actuaría sobre eso.

Se había producido un escalofriante momento de conciencia cuando pusieron los ojos uno en el otro. Quentin dio un zumbido de bajo nivel de *Poder* que atrajo sus huesos. Ella reconoció lo que era. Llevaba un glamur que le ayudaba a pasar por humano, el cual era muy similar al suyo y al de los otros mestizos que se camuflaban. No estaba segura de lo que era, pero adivinó que era parte Elfo.

Ella sabía que él tampoco tenía ni idea de lo que ella era, y porque no curioseó había tolerado las miradas especulativas que le había dado al principio de su amistad. Una de las cosas que más apreciaba de su relación con Quentin era que no se hacían preguntas que fueran demasiado personales.

Después de los primeros meses de cautela, se habían relajado en la compañía del otro, después de haber llegado a un entendimiento tácito. Ambos sabían que había cosas que quedaban mejor ocultas en las sombras. Los dos estaban contentos por dejarlas allí.

Él comenzó a desenredarle la coleta, peinando a través de las hebras con sus largos dedos.

—¿Tiene algo que ver Keith con esto? No lo has visto desde que rompiste con él, ¿verdad?

Ella se sorprendió de lo bien que se sentía al tener a Quentin acariciándole el cabello. Volviéndose débil, giró la cara en su camisa. Olía a lugares cálidos, virilmente masculinos y cultivo verde. Se sentía tan bien, estar sujeta por un hombre fuerte y estable. Por unos momentos le permitió desterrar su frialdad mientras fingía que pertenecía a sus brazos y que estaba a salvo. ¡Qué pretensión tan peligrosa y estúpida!

Ella se puso rígida y se retiró de sus brazos.

—Sí, lo he visto, y no, no fue romántico. Keith ha contribuido a esto —admitió, no dispuesta a mentir, no sólo porque se preocupaba por Quentin, sino también porque nunca había sido capaz de calcular cuánta capacidad de detectar mentiras tenía él—. Pero es complicado.

Quentin paseó para cerrar la puerta de su oficina. Él se apoyó en ella y cruzó los brazos.

—Muy bien, así que lo pondré simple. Sólo dime dónde vive.

La alarma estalló.

—¡No! Tienes que jurar dejarle solo.

Quentin ladeó la cabeza, contemplándola con demasiada agudeza para su comodidad.

—¿Por qué? No seguirá importándote, ¿verdad?

—¡Dios, no! —Ella se rascó la cabeza con ambas manos y luego se frotó la cara—. No es eso en absoluto. Mira, no lo entiendes porque no sabes nada, lo comprendo. Y no puedo explicártelo. No debería haber venido a despedirme. Esto fue un gran error.

Hizo un gesto hacia él para que se apartara de la puerta. Él no se movió. Sólo entonces se dio cuenta de que su posición en la puerta había sido deliberada. Ella resopló, más enojada consigo misma que ella con él. Tenía que comenzar a ser más avispada realmente rápido, o iba a ser barbacoa.

Quentin atrapó y sujetó su mirada, sus ojos volviéndose tempestuoso.

—Simplemente dime en qué clase de problema estás —dijo lenta y deliberadamente—. Y yo me encargaré de ello. No haré preguntas que no puedas o no quieras contestar. Todo lo que tienes que hacer es decirme qué te pasa.

Tal cual el pánico estaba de vuelta, sólo que esta vez era para él. Ella saltó hacia delante y lo agarró por los hombros.

—Escúchame. —Ella trató de sacudirlo, pero él era demasiado grande. La obstinación en su rostro la hizo gruñir—. Lo digo en serio. Tienes que tomarme en serio. A veces las cosas salen mal, y yo no te lo estoy diciendo. Me voy y ya está.

Todavía la observaba, le tomó las manos de sus hombros, las estrechó y sostuvo contra su pecho delgado.

—Pia, nos conocemos desde hace cuatro años, y hemos respetado la privacidad del otro muy bien hasta ahora. Independientemente de lo que eres, sé que eres más lista que el hambre...

—Me dices eso con semblante serio después de haberme liado con Keith. ¡Qué chiste! —dijo. Trató de liberar las manos, pero él no la soltó.

—Has cometido un error estúpido. Eso no te hace tonta —dijo, aplastando sus manos contra su pecho hasta que ella las sentía palpar—. Te he visto observando cómo funcionan las cosas por aquí. ¿Crees que no tengo contactos o influencia? Deja que te ayude.

Ella dejó de luchar, ya que no era capaz de soltarse de todos modos.

—Sé que tienes influencia. Tiene que haber un montón de razones por las que Elfie's tiene una numerosa clientela leal de mestizos y por qué hablas con muchos

de ellos aquí atrás en tu oficina. Y estoy segura de que tiene que haber un montón de conversaciones interesantes durante las partidas de póker la noche del lunes. A juzgar por las otras visitas y las entregas por la puerta trasera, yo también estoy bastante segura de que tienes contactos en la heredad de los Elfos, y sólo Dios sabe quién más.

—Entonces deberías saber que puedo ayudarte —dijo. Él pareció darse cuenta de que la lastimaba y aflojó su agarre—. Todo lo que tienes que hacer es dejarme.

Ella puso los ojos en blanco. Sabía que era terco, pero esto era ridículo.

—Todavía no me escuchas. Tú. No. Puedes. Ayudarme. —Ella volvió las manos y agarró las suyas—. Aún no vamos a hablar de ello, pero sólo piensa por un minuto, ¿quieres? ¿Dragón? —Ella curvó las manos en garras—. ¿Gruñendo? ¿Yo dejando la ciudad?

El palideció mientras la miraba.

—¿Qué hiciste?

Ella negó con la cabeza. Por lo menos ahora la estaba tomando en serio.

—Todo lo que necesitas saber es que mi clase de problemas te supera de forma aplastante. No hagas nada. Mejor aún... ni pienses en hacer nada. Y Dios, Quentin, hagas lo que hagas, no vayas tras Keith. Hay algo muy malo y aterrador allí fuera que piensa que puede meterse con Cuelebre y salirse con la suya — inclinándose hacia delante, apoyó su frente en su pecho—. Después de acabar de decirte tanto, ahora voy a tener que matarte. Por favor, escúchame. Has llegado a significar mucho para mí y no quiero saber que has sido herido o muerto. Especialmente cuando no hay nada que puedas hacer, de todos modos.

Sus brazos la rodearon otra vez y él la apretó tan fuerte que la dejó sin respiración. Luego puso los labios junto a su oído.

—No voy a —dijo—, dejarte huir sin ayudarte. Trataré con él.

Ella gimió y lo empujó, pero él no la dejó ir.

—¿Qué es lo que te pasa, imbécil? ¿Tienes deseos de morir?

—Oh, cállate. Por supuesto que no. Sólo cuida de los míos —dijo Quentin. La soltó y se dirigió a su escritorio. Sorprendida, se tambaleó y giró para seguirle. Su boca fina en líneas severas. Ella volvió a ver la sombra de algo espeluznante oscurecer su cara. Le lanzó una mirada irónica—. Incluso si una hace cosas incomprensibles estúpidas y chilla como una niña.

—Vete a la mierda. No eres mi jefe. Ya no, de todos modos —murmuró. Lo vio abrir la caja fuerte de la pared con rápida eficiencia.

Sacó un sobre y se lo entregó.

—Vas a ir aquí —le dijo—. A un pequeño lugar que tengo.

Su actitud autocrática provocó un breve impulso de ira que chisporroteó como un motor de ralentí, pero estaba perdiendo la energía de luchar con él. Abrió el sobre, sacó dos llaves de una casa en un simple anillo de metal y se limitó a mirarlo.

—Pregúntame donde está. Di, “Quentin, ¿dónde está?” —dijo—. Adelante.

—Quentin, ¿dónde está? —repitió sin expresión, comenzando a tirar las llaves sobre el escritorio.

—Vaya, gracias por preguntar, Pia. Qué tan inusualmente amable de tu parte. —Él se acercó de nuevo y le dijo—. Está justo a las afueras de Charleston.

Se quedó paralizada a medio lanzamiento.

—¿Charleston, Carolina del Sur? ¿Charleston la sede de la Corte de los Elfos justo en el centro de su heredad?

Quentin sonrió.

—Esa misma. La única en la que Cuelebre no puede entrar sin permiso del Gran Lord de los Elfos, o rompe todo tipo de tratados y las cosas se ponen realmente jodidas para él. —Su sonrisa se desvaneció y buscó su mirada—. No sé qué pasa después de que logres llegar o cuál será tu siguiente paso. Esto no puede hacer nada más que aprovechar alguna política Mayor para comprar un poco de espacio para respirar. Pero es un primer paso.

—Sí, lo es —respiró, mirando a las llaves. Las metió en el bolsillo y echó los brazos alrededor de Quentin.

Tal vez, sólo tal vez, había esperanzas para ella después de todo.

Quentin empujó otro juego de llaves hacia ella y la acompañó por la parte trasera del pequeño aparcamiento adyacente a la parte trasera del bar. Se detuvo junto a un modesto *Honda Civic* azul 2003.

—Llévatelo —dijo.

—Esto es demasiado generoso —dijo ella, con la garganta obstruida—. Y ya estás demasiado involucrado.

Se negó a tomar las llaves.

—Mira, el coche no puede ser rastreado hasta ti, o de nuevo a mí. Guardo media docena de estos. No es gran cosa. Cállate y entra.

—Voy a extrañarte —dijo.

Él le dio un abrazo feroz.

—Esto no es una despedida.

—Claro que no lo es —envolvió los brazos alrededor de su larga cintura, y la mantuvo apretada.

—Lo digo en serio, Pia. Encuentra la manera de mantenerte en contacto para avisarme que estás bien, o iré tras de ti.

Ella sólo podía esperar que algo sucediera para evitar que cumpliera esa promesa. Él tenía que permanecer fuera de este lío. No podía soportar la idea de que ella pudiera haber conseguido que su jefe y amigo fuera asesinado porque no podía irse sin despedirse.

Presionó los labios en su frente y dio un paso atrás.

—Vamos, vete de aquí.

Pulsó el botón de desbloqueo del llavero, arrojó su mochila en el asiento del pasajero y se metió en el coche. Cuando paró al final de la manzana, miró por el espejo retrovisor.

Quentin estaba situado en el borde del aparcamiento mirándola, con las manos en las caderas. Él la saludó.

Hubo una interrupción en el tráfico. Se metió en la calle y él se había ido.

Quentin le había dicho que el viaje duraba más o menos doce horas, dependiendo del tráfico, desde Nueva York a Charleston, en su mayor parte en la I-95. Ella quería conseguir la mayor distancia que pudiera entre ella y la heredad Wyr de Nueva York. Después de cuarenta minutos, se detuvo en un *Starbucks* y compró un sándwich de ensalada de queso de soja y un café largo tan fuerte que podría haber fregado su bañera limpia. Luego condujo hasta que no pudo ver bien.

Las heredades de las Razas Antiguas estaban superpuestas sobre el mapa geográfico humano. Había siete Heredades de Antiguos en los Estados Unidos, incluyendo la heredad Wyr ubicada en Nueva York, y la Corte de los Elfos que estaba situada en Charleston.

Cada heredad tenía su propio Señor o Señora que aplicaba sus leyes. Algunos gobernantes Antiguos preferían vivir a distancia de la humanidad. Mantenían sus Cortes en Otros espacios donde sólo aquellos con aptitudes mágicas podían percibir y cruzar los límites dimensionales. Otros, como Dragos, vivían en el reino humano.

Ella no tenía claro dónde estaba la frontera Wyr-Elfo, así que condujo hasta que estuvo segura de que la había cruzado. Sensible o no, sintió desprenderse un poco del miedo. Finalmente alrededor de las 3:00 de la mañana, el agotamiento con el

que había estado luchando no aceptó un no como respuesta. Entró a un motel y consiguió una habitación con uno de sus documentos de identidad falsos. Le puso la cadena a la puerta, dejó caer la mochila en una silla y se hundió en la cama. La habitación giró mientras con la punta del pie se sacaba primero un zapato y luego el otro.

Podría dormir por un mes, pensó mientras que agotada, un torbellino la sumía en la oscuridad.

No fue tan afortunada.

Dragos estaba situado en el borde del balcón de su ático en la cima de la Torre Cuelebre. Miraba sobre su ciudad mientras el sol se acercaba al horizonte. A estas alturas el cada vez mayor sol era un peso dorado con la riqueza y la complejidad de un raro vino envejecido, entre un blanco y un burdeos. Sus pies estaban plantados muy separados, las manos estaban cruzadas a la espalda.

El balcón era uno de sus lugares favoritos para meditar. No había barandilla. Era una gran cornisa que recorría la circunferencia del edificio, que ocupaba una manzana de la ciudad. El balcón era un lugar práctico, más íntimo para lanzarse o aterrizar cuando no tenía ganas de ir a la azotea, que era utilizada por sus centinelas y algunos otros miembros privilegiados de su Corte. Podía entrar o salir del ático desde una gran variedad de grandes puertas de estilo francés.

Las empresas Cuelebre eran el amparo para cualquier serie de empresas, y era constantemente clasificada entre las diez primeras de las mayores corporaciones mundiales. Casinos, hoteles y centros turísticos, cotización de acciones, el transporte, la evaluación de riesgo internacional (ejército privado de alquiler), banca. Él empleaba a miles de Hadas, Elfos, Wyr y humanos en todo el mundo, aunque la mayoría de la especie Wyr prefería vivir en Nueva York a fin de poder vivir dentro de la ley y la protección de su heredad.

Los Wyr que se reunían en la Corte de Dragos y ocupaban puestos clave en sus compañías tendían a ser depredadores de algún tipo, del tipo de cambia-formas que se nutrían en un entorno competitivo, volátil, a veces violento, aunque había algunas inflexibles excepciones como el hada Thistle Periwinkle, la relaciones públicas de las empresas Cuelebre, conocida por sus amigos como Tricks.

Al igual que Rune, su Primero, sus siete centinelas, eran criaturas inmortales fuertes en *Poder*. También eran rapaces de algún tipo. Estaban los cuatro grifos, Rune, Constantine, Graydon y Bayne, cada uno responsable de mantener la paz en uno de los cuatro sectores de su heredad. La gárgola Grym estaba a cargo de la

seguridad corporativa de las empresas Cuelebre. Tiago, uno de los tres pájaros del trueno que se sabía que existían, dirigía el ejército privado de Dragos.

Por último pero no menos importante estaba la arpía Aryal, quien estaba a cargo de las investigaciones. Ella no se había tomado bien entregar las riendas de la investigación sobre este robo a Rune. No era conocida por tener un temperamento tranquilo. Había una razón por la que había subido a la preeminencia de este tipo en su Corte. La sonrisa de Dragos fue sombría. La arpía era una perra engendrada en el infierno, cuando perdía los estribos.

Metió la mano en el bolsillo de su camisa y sacó el trozo de papel dejado por su ladrona. El mensaje estaba garabateado en el dorso de un recibo de un *7-Eleven*. El papel fino ya estaba muy manoseado de su toque. Lo abrió y leyó lo que la ladrona había comprado ayer. Un paquete de *Twizzlers* y un gran *Slurpee* de cola con sabor a cereza.

Rune, dijo telepáticamente.

La respuesta de su Primero fue inmediata. *Mi señor.*

Irás al —miró las letras descoloridas en el recibo—, 7-Eleven de la calle Cuarenta y dos y obtendrás todas sus imágenes seguridad de las últimas veinticuatro horas. Hay una buena probabilidad de que nuestra ladrona pueda ser atrapada en ellas.

¿Dee verdad?, dijo lentamente Rune, sus instintos cazadores comprometidos. *Salgo ahora. Regreso en una hora.*

Oh, ¿y Rune? Trae un Twizzlers y un Slurpee de cola con sabor a cereza. Él quería saber lo que eran estas cosas.

Claro. Se lo traeré, dijo su Primero, claramente tomado por sorpresa. *¿Dragos?*

¿Qué? Él entrecerró los ojos y se desperezó, gozando del calor de los últimos rayos del sol.

¿Alguna idea de qué tamaño quiere el Slurpee? La voz mental de su Primero sonó extraña.

Se conocían y habían trabajado juntos por varios cientos de años. Dragos dijo: *Ya conoces mis gustos bastante bien. ¿Me gustará?*

Ahora que Dragos estaba de vuelta en control de su genio, Rune cayó en su amistosa informalidad normal. *Uh, no lo creo, amigo. Yo nunca he sabido que te agradara la comida basura antes.*

Uno pequeño, entonces. Dragos sostuvo en alto el recibo, inhaló por la nariz y frunció el ceño. Incluso para su olfato muy fino el recibo estaba comenzando a perder ese perfume femenino delicado y con olor a ella.

Se dirigió al interior. El ático ocupaba el piso superior de la Torre. Justo debajo de este estaban sus oficinas, las salas de reuniones, un comedor ejecutivo, la zona de entrenamiento y otras áreas públicas. El tercer piso abajo alojaba a sus centinelas y otros altos funcionarios de la Corte y las empresas. Si hubiera sido un edificio independiente, hubiera sido una mansión. Todas las habitaciones y salones estaban contruidos a una gran escala.

Dragos ubicó la cocina en el ático. Era un lugar extraño lleno de máquinas y encimeras cromadas. No había nadie. Fue en busca de la cocina comunitaria responsable de servir el comedor y a todos los centinelas de la Corte y las necesidades de los ejecutivos corporativos. La localizó en el siguiente tramo de escaleras.

Caminó por las puertas dobles. La media docena del personal de la cocina se congeló. En la esquina una brownie dio un chillido de espanto y se desvaneció en la invisibilidad.

La jefa de cocina se apresuró hacia adelante, retorciéndose las manos. Era una loba terrible en su forma Wyr, pero mantenía su forma humana, la de una mujer alta y de mediana edad de cabello gris, durante las horas de trabajo.

—Este es un honor inesperado, mi Señor —dijo efusivamente—. ¿Qué podemos hacer por usted?

—Hay bolsas de plástico con cierres en ellas. Las he visto en los anuncios —le dijo Dragos. Él chasqueó los dedos, tratando de recordar el nombre—. Colocas alimentos en ellas.

—¿Bolsas *Ziploc*? —preguntó ella con voz cautelosa.

Él la señaló.

—Sí. Quiero una.

Ella se volvió y gruñó a su personal. Un hada saltó hacia un armario y luego saltó hacia ellos. Le hizo una profunda reverencia a Dragos, agachó la cabeza y bajó los ojos al suelo mientras sostenía una caja de cartón hacia arriba. Él sacó una bolsita, colocó el recibo del *7-Eleven* en el interior la comprimió y la cerró.

—Perfecto —dijo, colocando la bolsita en el bolsillo de su camisa. Salió, ignorando el murmullo que se elevó detrás de él.

Mientras esperaba que Rune apareciera, fue a sus oficinas para afrontar la más urgente de las cuestiones esperando por su atención. Sus cuatro asistentes, todos Wyr escogidos por su rápida inteligencia y robustas disposiciones, ocupaban las habitaciones exteriores que estaban adornadas con obras del expresionismo abstracto de artistas como *Jackson Pollock* y *Arshile Gorky* y la escultura de *Herbert Ferber*.

Ubicada en una esquina del edificio, su oficina estaba decorada en tonos naturales de madera y piedra. Como en el ático, las paredes exteriores de la oficina eran de cristal cilindrado ajustado con puertas francesas de hierro forjado que se abrían a una cornisa privada de la terraza. Las paredes interiores estaban adornadas con dos cuadros de técnica mixta que había encargado a la difunta artista *Jane Frank*. Eran de la *Serie Aérea* de la artista, representan paisajes como si fueran vistos en pleno vuelo. Un lienzo era un paisaje durante el día y el otro de noche.

Cuando se sentó en su escritorio, su primer asistente, Kristoff, asomó la peluda cabeza oscura en la puerta. Dragos apretó los dientes en una oleada de irritación. Inclinando la cabeza a los contratos establecidos en su escritorio, dijo:

—Acércate con precaución.

La naturaleza osuna del Wyr y la actitud vacilante enmascaraban un máster en administración diplomado por *Harvard* con una mente aguda y astuta. Como el oso listo que era, Kristoff dijo las dos palabras que le garantizaban llamar su atención.

—Urien Lorelle.

Su cabeza se levantó. Urien Lorelle, el Rey de las Hadas Oscuras, era uno de los siete gobernadores de las Razas Antiguas, su heredad se hallaba en el área metropolitana de Chicago, y era el tipo al que Dragos más le encantaba odiar. Él se sentó y flexionó sus manos.

—Tráelo.

Con los brazos rebosantes, Kristoff se lanzó hacia adelante y derramó los documentos en el escritorio.

—Ya lo tengo... el vínculo que estábamos buscando entre Lorelle y el desarrollo de armas. Aquí hay copias impresas de todo. La presentación 10-K de la SEC de la *Transcontinental Power and Light*, la declaración de representación del año pasado y el informe anual y sus conferencias telefónicas de ganancias trimestralmente corporativas. He marcado las páginas pertinentes y escrito un informe.

Formada a finales del siglo XIX, *Transcontinental Power and Light, Inc.*, era una de las mayores compañías de servicios públicos propiedad de inversionistas de la nación. El Rey de las Hadas Oscuras era el mayor accionista particular.

Dragos recogió la presentación 10-K y comenzó a hojearla. Los documentos de la *U.S. Securities and Exchange Commission* eran gruesos, alrededor de 450 páginas de largo y densos, con estadísticas, tablas y gráficos.

Urien Lorelle y él compartían tantas diferencias de opinión. La compañía de servicios de Lorelle tenía debilidad por la minería de remoción del tope de la montaña. Dragos prefería que las cumbres de las montañas se quedaran dónde podía verlas. La envejecida flota de centrales eléctricas de carbón de Urien emitía

más de cien millones de toneladas de dióxido de carbono al año. Dragos prefería respirar aire limpio cuando volaba. Urien quería verlo muerto. Dragos prefería ver a Urien no sólo muerto sino destruido por completo.

—Es porque prefieres vivir en Otra tierra. No te importa lo mucho que contaminas este lado de las cosas, cabrón anacrónico —murmuró. Él le dijo a Kristoff—. Resume.

Su asistente dijo:

—La *Transcontinental* ha creado una asociación llamada *RYVN*, el acrónimo... bueno, no importa. *RYVN* ha solicitado una subvención del *Departamento de Energía* para limpiar un viejo lugar del *Departamento de Energía en el Medio Oeste* que producía combustible nuclear y de defensa en los años cincuenta. *RYVN* dice que quiere explorar la construcción de una nueva planta nuclear de electricidad generada en el lugar, junto con nuevos contratos con el *Departamento de Defensa*.

Sus ojos destellaron lava caliente. Él siseó.

—Solicitudes de Defensa.

Kristoff asintió con la cabeza, los ojos oscuros brillantes.

—Armamento.

Los documentos financieros que tenía olían a tinta de la impresora y papel, pero Dragos percibían la sangre de una muerte inminente.

—Localiza a nuestro contacto del *DDE* —dijo Dragos—. Asegúrate que sepa rechazar la petición de subvención de la *RYVN* y por qué. Después de que hayas hecho esto, quiero que destruyas la alianza *RYVN*. Cuando esta haya desaparecido, ve tras los socios individuales y desmantélos uno por uno. La cabeza misma del proyecto.

—Correcto —dijo Kristoff.

—Sin misericordia, Kris. Cuando hayamos acabado, nadie se atreverá a asociarse con Urien en algo así otra vez.

Kristoff preguntó:

—¿Presupuesto del proyecto?

—Sin límite. —El Wyr-oso se volvió para irse, y él agregó—. ¿Y Kris? Asegúrate que sepan quién los cerrará. Especialmente Urien.

—Lo haré. —Kristoff le dio una sonrisa.

Tantos desacuerdos entre él y el Rey de las Hadas Oscuras. Tanto odio, tan poco tiempo.

En ese momento Rune apareció en la puerta usando vaqueros, botas de combate y una camiseta de *Grateful Dead*. El pelo rojizo del grifo se agitó por el viento. Él llevaba dos bebidas en una caja cartón para soporte de bebidas, una bolsa de plástico y una abultada carpeta de papel manila bajo el brazo. Vacío el contenido de la bolsa. Los paquetes de *Twizzlers* cayeron encima de la mesa.

Dragos rasgó un paquete. Rune empujó las pajitas en las bebidas, le dio una y mantuvo la otra.

—Tengo el video —dijo Rune, señalando a la carpeta bajo el brazo—. ¿Sabes lo que estás buscando?

—Has copias de cualquier persona que compre *Twizzlers* y *Slurpees* de coca con sabor a cereza y tráemelas. Sólo esas dos cosas, nada más. Será una mujer, aunque podría estar disfrazada. —Dragos le dio un mordisco a un caramelo de cuerda rojo. Se quedó mirando con disgusto a la otra mitad en la mano y la tiró a la basura. Luego agarro la bebida y chupó la pajita con precaución.

Rune se echó a reír por su expresión.

—Te dije que no te gustaría.

—Eso dijiste. —Se bebió de un golpe el *Slurpee*—. Al parecer, estarás mirando las cintas en busca de alguien que no tiene gusto.

—Esto no debería tardar mucho. Gracias a los *Poderes* por el avance rápido —dijo Rune. Él robó algunos de los paquetes *Twizzlers*, le guiñó el ojo a Dragos—. Ya que no te gustan —dijo, y se fue.

Dragos volvió a trabajar, pero su concentración se había dividido sobre otros temas. Mantenía puestas tres anchas pantallas en la pared opuesta con diferentes canales de noticias. Sus otros tres asistentes iban y venían. Los titulares de teletipo de un canal le llamaron la atención y subió el volumen. La estimación preliminar del costo por los daños materiales que provocó esa tarde ya estaba en decenas de millones.

El equipo de noticias realizaba entrevistas a los peatones. Una mujer dijo entre lágrimas.

—Olvídense de los daños materiales. He oído ese sonido hoy y voy a estar en terapia para el resto de mi vida. ¡Quiero saber si Cuelebre va a pagar por eso!

Él apretó el botón de silencio. Estaba resultando ser un penique malditamente caro.

Fuera de los ventanales del tamaño de la pared, la tarde se convertía en plena noche. Entonces Rune llegó trotando de nuevo en su oficina, el papel en sus manos.

—Lo tengo, la tengo —exclamó su Primero—. Mucha gente compró un montón de basura, pero sólo una mujer compró únicamente *Twizzlers* y *Shurpee*. ¿Cuáles son las probabilidades?

Dragos se reclinó en la silla. Sintió un oscuro pulso de anticipación cuando Rune le entregó el papel. Él barajó a través de todas las fotos. Eran de una escena fija de la registradora y las puertas de vidrio del *7-Eleven*. Rune arrojó su cuerpo de gran tamaño en una silla y observó cómo, con un impaciente empujón, Dragos despejaba la gran extensión de su escritorio y comenzaba a poner las fotos una por una.

Rune había impreso varias secuencias de ocho por once. Mientras Dragos colocaba las imágenes graneadas en blanco y negro casi podía imaginarse a la mujer de las fotos en movimiento. No podía esperar para ver el video y verla moverse de verdad.

Allí estaba ella, abriendo la puerta. Se movió a la izquierda y desapareció de la cámara. Allí otra vez, estaba reapareciendo, sujetando un paquete de *Twizzlers* y una bebida *Shurpee* en sus manos delgadas. Ella pagó, le dio al cajero una sonrisa. La última foto era de ella empujando la puerta principal.

Él la pasó de nuevo con más cuidado.

El ángulo de las tomas hacía difícil asegurarlo, pero parecía de una altura normal tirando a alta para una humana. Tenía la elegancia de un galgo con huesos largos y curvas delicadas. La cámara captó la caída y el hueco de la clavícula. Llevaba el pelo grueso en una coleta que estaba un tanto despeinada, y era blanco o de algún otro color claro. Apostaba por algún tono de rubio. Su cara triangular era demasiado joven para que fuera gris.

La línea de las cejas oscuras de Dragos bajó sobre su recta y afilada nariz. La mujer se veía cansada y preocupada. No, ella parecía más que cansada... se veía hostigada. La sonrisa que le dio al cajero fue cortés, incluso amable, pero triste. No era lo que esperaba, pero sabía en sus viejos y malvados huesos que esta era su ladrona.

Trazó un dedo por la silueta de la figura mientras caminaba por la puerta del *7-Eleven*. Era la única de ella caminando. No le gustaba esta foto. Cerró la mano plana sobre ella y la arrugó en su puño.

—Te tengo —dijo.

—Sólo tengo una pregunta para ti —dijo Rune. Las largas piernas del grifo estaban extendidas, sus ojos curiosos—. ¿Cómo sabías dónde enviarme y qué buscar?

Dragos levantó la mirada con un destello de celos secretos.

—No importa cómo. La hemos encontrado y tu parte en esto ha acabado. Puedes volver a tus deberes habituales.

Rune cabeceó a las fotos.

—¿Qué pasa con ella?

—Yo me ocuparé de ella. —Dragos desnudo los dientes—. Yo cazaré a esta. A solas.

Despachó a Rune, subió a su dormitorio del ático y abrió las puertas francesas. El aire a finales de la primavera entró en la habitación. Se quedó en la puerta mirando las luces de la brillante ciudad.

¿Dónde estás, ladrona? Sé que estás huyendo a alguna parte, le dijo a la noche. Él subió su cabeza a la brisa, que llevaba la compleja mezcla de los olores de la ciudad.

El Poder, mágico o de otra clase, tenía su propio sistema de hábitos. Se dio cuenta de que había caído en una aburrida autocomplacencia. Cualquier vida se conformaba a lo que deseaba o se inclinaba a su voluntad. No pedía, él tomaba. Si un interés comercial lo amenazaba, lo hacía destruir. Sin piedad. Él se había instalado en la poca sofisticada desidia de la fuerza bruta.

Dragos convocó su poder y empezó a susurrar el encantamiento a la noche. Tenía la imagen de su ladrona firme en la mente. Los hilos mágicos como los músculos se flexionaron del largo tiempo sin usar y comenzaron a encrespase hacia afuera en las brisas. Era sólo cuestión de tiempo antes de encontrar su objetivo.

Ya te tengo.

Capítulo 3

Traducido por Shellene

Corregido por Niii

Ella soñó con una oscura y susurrante voz. Daba vueltas, luchando por ignorarla. El agotamiento era un grillete de hormigón. Todo lo que quería hacer era dormir. Pero la voz insinuaba en su cabeza y hundía profundamente garras de terciopelo.

Abrió los ojos para ver que estaba de pie en el borde de un amplio balcón que colgaba a gran altura sobre Nueva York.

La escena nocturna era deslumbrante. Luces de todos los colores estaban pintadas en los enormes rascacielos contra un fondo negro-púrpura. Miró hacia abajo. Estaba descalza y de pie sobre baldosas, no hormigón.

No había barandilla.

Ella gritó y cayó sobre su trasero cuando tropezó atrás. Se arrastró hacia atrás hasta que puso varios metros entre ella y el precipicio. Entonces notó sus largas piernas desnudas saliendo de un sencillo negligé blanco. El negligé acentuaba la ligera constitución, de sus esbeltos y atléticos músculos tanto briosos como musculosos.

¿Negligé? Tocó el satinado material. Ella no poseía un negligé. *¿No?* Podría haber jurado que no se había ido a dormir con él. Por cierto, ¿a dónde había ido nuevamente la cama?

Una suave luminiscencia nacarada iluminó las baldosas a su alrededor. La sangre corrió por su cuerpo en una oleada de adrenalina.

Oh, mierda, estaba resplandeciendo.

Esto no era nada bueno. Se apartó el pelo de la cara. El resplandor la hacía sentirse más desnuda de lo que se hubiera sentido si hubiera estado desnuda. No había perdido el control sobre el hechizo de amortiguación desde que era niña.

Buscó el hechizo que cubriría la luminiscencia y haría a su piel parecer humana. Era peligroso para ella estar tan expuesta, pero parecía haberse olvidado de cómo realizar el hechizo.

—Ahí estás —dijo una voz profunda y tranquila—. Te he estado esperando.

Esa voz. Whisky y seda, atemporal y masculina. Se derramó sobre ella y puso su cuerpo en llamas. Fue privada del aire. Sus labios se separaron en un grito mudo de asombro.

Se volvió hacia las elegantes puertas francesas abiertas forjadas de hierro negro. Largas cortinas blancas y diáfanas, que llegaban al suelo ondeaban en la brisa. Ocultaban tanto como revelaban.

—¿Quieres venir ya adentro? —Esa voz de incomparable belleza creó un profundo anhelo que la sacudió. Se puso de pie.

Una pequeña parte de su mente se rebeló. *Uhm hola*, le dijo esa parte de su mente. *No tanto anhelo. Recuerda lo que sucedió la última vez que cediste al anhelo. ¿Te enamoraste de un imbécil que te chantajeó? ¿Lo perdiste todo y tuviste que huir?*

La escena en torno a ella osciló y empezó a desvanecerse. El murmullo oscuro aumentó en fuerza hasta que fue lo único que pudo escuchar o pensar. Era tan solo que el pecho le dolía. De hecho, le dolía físicamente. Apretó la mano entre sus pechos y miró a su alrededor con confusión.

La voz hipnótica ordenó:

—Vendrás adentro ahora.

De repente, eso era lo único que quería hacer. Fue a las cortinas y las recogió en una mano mientras miraba dentro a una enorme habitación oscurecida. Captó una impresión de una chimenea y grandes y robustos muebles esparcidos por la habitación.

Un varón se reclinaba sobre una pálida colcha en una enorme cama con un armazón oscuro. Tenía un físico enorme, músculos gruesos y protuberantes en largas extremidades, la piel desnuda de su torso oscuro contra la pálida ropa de cama. El cabello que le caía por la fuerte frente era aún más oscuro. Una boca sensual curvada en una sonrisa cínica. Sólo sus ojos brillaban ligeramente en la oscuridad, calculadores, un resplandor embrujador.

La inquietud se deslizó sobre ligeras patas de ratones por la espalda. Había algo importante que tenía que recordar sobre los ojos. Si pudiera pensar en ello.

El *Poder* como el champagne llenó el cuarto hasta que se sintió como si estuviera nadando en él. Nunca había estado en la presencia de tanta magia antes. Se presionaba contra su piel, emocionante y aterrador, adictivo. Convirtió el fuego que la voz había encendido en ella en deseo líquido. Un sonido animal salió de ella.

El hombre desenrolló un largo brazo musculoso y le tendió la mano. La resistencia se derritió. Se acercó a él a la carrera. Apenas había alcanzado la cama cuando él

estalló a la acción. Se apoderó de sus brazos, la arrastró a través de su cuerpo y la estrelló contra el colchón mientras rodaba sobre ella. Encerrándola con su pesado cuerpo, cerró las manos en torno a sus muñecas y tiró de ellas sobre su cabeza. Las fuertes cuerdas de sus dedos hacían que la delgada carne y los frágiles huesos se sintieran maniatados.

La magia y el deseo la estrangularon. Su respiración se volvió errática por su violencia controlada y la dominación de su cuerpo presionándola. El calor sexual se acumuló en la parte inferior de su cuerpo mientras la unión entre sus muslos se volvía resbaladiza.

Un rugido bajo comenzó en su garganta. La cama se estremeció con el salvaje sonido. Su rostro duro, oscurecido, fue tallado en la misma indomable montaña que había formado su cuerpo. Había algo familiar en su pelo negro en punta.

—Mírame —dijo, bajando la boca hasta que estuvieron nariz con nariz—. Mírame.

En el brillo nacarado de su cuerpo, su mirada destelló dorada como los ojos de un halcón. Ojos de depredador. Ojos de brujo.

Algo gritó una advertencia en una parte distante de su mente pero era demasiado tarde. Ella ya había arrojado hacia atrás la cabeza y mirado directamente a sus ojos. Como si estuviera atrapada por una araña en una telaraña. Ahora él podría hacerle cualquier cosa que quisiera, todo lo que quisiera.

Le resultaba imposible que le importara. Descubrió que quería ser atrapada. Se frotó contra su cuerpo tenso y sexy. Se sentía tan bien ser cubierta por él, un placer renegado que iba en contra de todo lo que le habían enseñado o pensaba que entendía sobre sí misma.

—Oh, ¿qué te pasa? —se quejó. Arqueó el cuello e intentó orientar las caderas perfectamente. Esa zona entre los muslos empezaba a palpar con un profundo e insistente, vacío doloroso—. ¿Qué estás esperando?

Se quedó quieto como si ella le hubiera sorprendido. Entonces algo cambió entre ellos. No supo lo que era, pero pudo sentir cuando sucedió. El aire se hizo más eléctrico, un cable vivo saltando sin conexión a tierra, creando la fuerza rebotando entre ellos. Entonces él se movió con deliberada lentitud, acomodándose completamente sobre ella. Su gruñido se profundizó, el rugido vibró en ese inmenso y musculoso pecho. Sus ojos eran salvajes, voraces. Su cabeza cayó sobre ella con la fuerza de un ave rapaz cayendo en picada.

Los duros labios abiertos capturaron los de ella. La suave seducción que había habido en su voz había desaparecido. Se metió en su boca, penetrándola con su lengua caliente, hambriento mientras la encerraba en la cama con sus caderas. Algo estaba rígido y pesado a lo largo de su estómago plano. Con un sorprendido estremecimiento se dio cuenta de que era una erección enorme.

Sus labios se movieron bajo los suyos cuando ella gimió.

—Eso es tan bueno —trabajó sus músculos traseros, tratando de frotar sus caderas sobre su pene.

Él respiró hondo y masculló una conmocionada maldición. Convirtió su cuerpo en una enorme jaula construida de huesos, músculos y hambre mientras se inclinaba a su alrededor, fijándola con los brazos, las piernas y el peso. Ella se arqueó con todas sus fuerzas, excitada en la jaula, la cual le daba una paradójica sensación de liberación. Ella gimió mientras se comían la boca el uno al otro, frenéticos por consumirse uno al otro. Sus manos se movían en sus muñecas, unos grilletes inquietos. Su lengua empujó en un ritmo agresivo mientras él penetraba su boca.

El ritmo primitivo y antiguo sólo hizo más caliente su necesidad de brillar. Ella necesitaba que él la penetrara en otras formas. Se retorció y se movió de manera que los muslos gruesos y musculosos a cada lado de ella, se alinearan completamente con su dolorida pelvis.

Asimismo llevó la longitud de su erección contra su clítoris. Él se presionó contra ella, doblándose como un gran gato cazando, frotando la longitud caliente, dura de la carne a lo largo de la elegante cresta de su hueso pélvico. El placer arañó con garras frenéticas a través de ella. Ella gritó en su boca y empujó su cadera contra la suya.

Vagamente sabía que algo andaba mal. Estaba actuando de un modo nada propio de ella incluso para un sueño sexual. Tenía algo que ver con toda una vida de soledad, con la eléctrica sensualidad que emanaba de este hombre, con él llamándola a él con brujería y con ella mirándole a los ojos y siendo atrapada, con su paciencia seductora y astuta. Trató de retener esos pensamientos pero ellos se escurrieron como el agua fluyendo a través de los dedos. Su frenesí sexual, el frenesí sexual de él derramando sobre y a través de ella, lo ahogó todo.

Él arrastró su boca de la suya, volvió la cabeza hacia un lado y exclamó algo. Las palabras eran extranjeras, el lenguaje áspero y ardiente con el *Poder*. Sonaban como maldiciones. Sus manos se deslizaron fuera de sus muñecas. Una se zambulló hasta la región lumbar para levantar sus caderas más presionadas contra las suyas. La otra acercó la palma a su pequeño pecho mientras se recostaba duro contra ella. Sus labios merodeando cayeron por el lado de su cara hasta su garganta.

Él la mordió, un gesto salvaje y arcaico que envió un terremoto a través de su cuerpo. Ella gritó y rastrilló sus uñas hacia abajo por la musculatura inmensa de su espalda mientras envolvía las piernas alrededor de esas tirantes caderas bombeando y él la atrajo aún más.

Estaban casi allí, prácticamente allí. Él rodó con ella hasta que quedó tendida encima de él. Ella se ajustó a la nueva posición con un maniobra impaciente, la boca se volvió hacia él, buscando la suya. Manos duras se hundieron en su cabello

y mantuvieron la cabeza encarcelada contra su pecho peludo. Le necesitaba para empujar dentro de ella como nunca había necesitado nada antes. Ella hundió una mano entre ellos para agarrar la aterciopelada, ancha cabeza de su pene. Estaba húmeda en la punta.

Entonces, con sus pulmones trabajando arduamente, tiró la cabeza hacia atrás hasta que sus labios estuvieron rozándose. Todavía empujando sus caderas contra su pelvis en ese ritmo lento, sexual y duro, frotando su grueso pene contra su palma, le susurró en su boca abierta:

—Dime cuál es tu *Nombre*.

Bueno, espera. Ella tenía que recordar algo sobre eso. Luchó por pensar más allá de la imperiosa necesidad por él.

—Dímelo —le susurró, la palabra serpenteando a su alrededor, atrapándola con más fuerza.

Espera un minuto. Su respiración se agitó. Los nombres tienen *Poder*. *Poder*, al igual que en su voz.

Buscó en su mente aturdida por el deseo por una buena mentira, pero se oyó decir:

—P-Pia Giovanni.

Ella jadeó de verdadero dolor y se frotó a lo largo de la longitud de su cuerpo, tratando de reencontrar el ritmo que había comenzado. Tenía que llegar tan desesperadamente que podía haber gritado.

—Pia. —No hizo mucho más que decir el nombre como si lo respirara. Su aliento caliente se enroscó alrededor de ella como zarcillos de humo de un fuego infernal—. Precioso.

Dios, se sentía increíble, mientras la acariciaba por todas partes con nada más que el *Poder* de su voz. Él le lamió la piel caliente y murmuró, de nuevo con esa voz acariciadora, oscura y seductora.

—Pero ese es tu nombre humano, ¿no es cierto, cariño? Tú eres una especie de Wyr. Necesito saber tu *Nombre* verdadero.

Entonces, como si no pudiera evitarlo, le ahuecó las nalgas y la empujó contra sus caderas tan fuerte dejándola en la cama.

Pero sólo espera.

Darle su *Nombre* real le daría *Poder* sobre ella.

—Que todos los dioses tengan piedad, dímelo —llegó el gemido agónico desde su corazón y bombeó sus hinchados y humedecidos labios.

El fantasma de la voz de su madre tocó sus pensamientos locos por el deseo con fresca lucidez.

Nunca digas tu Nombre verdadero a nadie, mi amor, le había dicho a Pia. Una y otra vez su madre había repetido esta lección. Ella hablaba con *Poder* en su voz, de modo que la lección se fijara en la mente de Pia porque ella había sido poco más que una niña caprichosa a veces. *Si le dices a alguien tu Nombre verdadero, le has dado a esa persona el Poder sobre ti para siempre. Es tu más preciado, tesoro privado. Mantenlo seguro como si protegieras tu vida, pues tu Nombre es la llave de tu alma.*

El hechizo de sueño se rompió.

—No —susurró.

¿Estaba negándole a él o a su madre? Trató de sujetarse fuertemente con sus piernas en su torso para aferrarse a él, agarrándose a esos cabellos negros de punta con dedos ávidos.

Él rugió. Parecía como si estuviera en tanto dolor como ella. Envolvió los duros brazos apretadamente a su alrededor, pero ella ya estaba volviéndose insustancial. La seda cruda de su cabello fundiéndose a través de su agarre.

Ella alargó las manos, tratando de alcanzarle. Por un momento sintió sus inquisitivos dedos rozar los de ella. Luego él se había ido.

Ella se precipitó a la vigilia y se lanzó en posición vertical en su cama con un grito silencioso. Su corazón martilleó como si acabara de correr una maratón. La ropa sucia estaba empapada en sudor, la colcha del motel estaba enredada debajo de ella. El aire acondicionado traqueteaba, soplando aire viciado, desodorizado a través de la habitación. El resto de la magia se extendía en el aire como el champagne agrió.

Su cuerpo hambriento lloró. Con un gemido, sumergió una mano entre sus piernas y apretó. Sólo consiguió que le doliera más.

Nunca se había sentido tan desdichada, de la lujuria sin consumir. Se hizo un ovillo desgraciado, hambriento por ese amante de ensueño y aterrorizada de él, al mismo tiempo. Algo muy dentro de ella empezó a susurrar su nombre. Entonces el pánico lo cortó. No podía pensar en ello, no podía dejar que lo sucedido se volviera demasiado real, ya que estaría más allá del desastre.

Luego se sacudió cuando se dio cuenta que todavía estaba incandescente. El glamur de bajo nivel que escondía el brillo perlado de su piel se alimentaba de su propia fuerza vital. Se suponía que permanecía activo en todo momento, incluso cuando dormía. Su madre la había ayudado a poner el hechizo. Ella no había perdido el control sobre él en años.

Renovó el hechizo y se apagó a sí misma para verse humana otra vez.

Estaba tan jodida.

Haciendo una mueca, se acurrucó en una bola apretada.

Dragos explotó fuera de la cama, con el rostro contorsionado y una mano sosteniendo la dolorosa erección. Sus pelotas dolían tanto que tropezó hacia delante para agarrarse a los bordes de una cómoda de caoba cercana. Se inclinó sobre ella, temblando.

¿Qué diablos?

El encantamiento que envió debía seducir a su ladrona con su fantasía más profunda, su deseo más sincero. Él había esperado todo menos eso, un sueño de riqueza o poder, fama o éxito, *¿pero sexo?* La última oportunista, se había reído de sí mismo y se había dado prisa en satisfacer, mientras la cautivaba más su profundo en su sueño trampa.

Entonces ella entró en su dormitorio y su mundo se detuvo.

Era más hermosa de lo que podía haber imaginado, su cuerpo resplandeciendo con su propia luz de luna interna. Su mente presa. ¿Qué era? Su conocimiento de las Razas Antiguas estaba cerca de lo enciclopédico, compilada como lo había sido durante largos siglos. Rememoró, en busca de algún recuerdo de este tipo de criatura, y se estrelló contra una pared en blanco. Todo lo que le vino a la mente fue ese tentador recuerdo lejano de la época en que había captado el toque de un perfume en la brisa que le había vuelto loco.

Ahora lo recordó. Siglos atrás se había sumergido en el bosque del norte de *Umbría* y persiguió un aroma salvaje muy evasivo como el de su ladrona, capturándolo y perdiéndolo de nuevo en chorros irregulares, seguro que oyó el agudo crujido del follaje cuando alguna misteriosa criatura saltó fuera de él. El bosque había estado lleno del *Poder* verde de las cosas que crecían, de regreso cuando él y el mundo eran mucho más jóvenes.

En el sueño concentró todo lo que tenía en esta mujer, ávido por entender y clasificar lo que estaba pasando, de encontrar su lugar apropiado en su vasta memoria. Sin embargo, se encontró con el fracaso absoluto. La magia que era una parte inherente de ella era delicada y afiligranada, con capas de complejidad y de belleza femenina. Se sentía salvaje y misteriosa, fresca como su resplandeciente luz de luna. Todo su cuerpo se había tensado por el shock al verla caminar hacia él con un elegante balanceo de sus caderas estrechas, los labios entreabiertos y su generosa mirada radiante con anhelo sensual.

Anhelo por él, la Gran Bestia. Cuelebre. Wyrn.

Él no se reconoció entonces, o al volcán que brotó dentro de él. La bestia saltó al ataque y la tomó con fuerza violenta y voraz.

Y ella lo había amado.

La ciega lujuria tomó el control, abrasándole de un modo que nunca había experimentado antes. Cayó presa de esta y de ella, el cuerpo y la vieja alma malvada. Se convirtió en el seductor seducido. La sensual ondulación de esa elegante forma femenina bajo él se sintió como una especie de epifanía. Comer en su rolliza y ansiosa boca lo volvió voraz. Todo lo que podía pensar era en hundir su pene dentro de ella en un arrebató de éxtasis.

Se las había arreglado para aferrarse a la razón por la que había lanzado el hechizo, mientras aceptaba en un rincón de su mente que, por intenso y placentero este ensueño se sintiera, había sido diseñado para alimentar el hambre, no apaciguarla. Funcionaba para utilizar las debilidades y los deseos de sus presas en su contra de modo que pudiera arrastrarlos a su control. Ninguno de los dos obtendría satisfacción del sueño, sólo un aumento del apetito.

Pero cuando apretó el hechizo y la presionó para la entrega final, ella lo negó.

Su ladrona le dijo no.

Él gruñó y despedazó la cómoda de caoba. Agarró la cama y la lanzó a través de la habitación, luego se volvió y golpeó la pared a puñetazos. Debió de tocar una viga porque algo dentro de la pared gimió y se dobló.

La puerta del dormitorio se abrió de golpe. Se dio la vuelta, casi más rápido que la vista, enseñando los dientes. Rune y Aryal entraron como ciclones gemelos, los cuerpos a medio vestir con las armas listas. Su Primero estaba armado con una espada mientras que Aryal llevaba una semiautomática. Rune fue a la izquierda y la arpía de metro ochenta y tres se tiró a la derecha, justo antes de que ambos se dieran cuenta que no estaba bajo ataque. Desaceleraron hasta detenerse.

Para darles crédito a sus centinelas, no corrieron ante la figura desnuda de su señor enfurecido. De hecho, Dragos tenía que admitir que era valiente de su parte entrar en su dormitorio en primer lugar. Ese pensamiento fue el hilo que le ayudó a obtener el control suficiente para no arrancarles las cabezas de los hombros.

—¿Una pesadilla? —dijo Rune, con una mirada aguda y firme mientras se incorporaba de una agachada posición de lucha y dejaba que la punta de la espada cayera al suelo.

—Tengo su nombre humano —dijo. Todos sabían a quién se refería—. Pia Giovanni. Averigüen lo que puedan acerca de ella, rápidamente, y tráiganme a la bruja. Necesito un hechizo rastreador.

Las elegantes cejas de Aryal la arpiá se alzaron mientras miraba por su habitación arruinada hacia el cielo del amanecer. Por un momento su vida tembló por el más pequeño hilo. Si hubiera dicho una sola palabra en ese momento, habría muerto en llamas.

—¡MALDITA SEA, MUEVANSE!

El suelo del ático se estremeció a su rugido. Corrieron hacia la puerta. Por lo que fueron inteligentes y valientes.

Los rastros persistentes del encantamiento le arañaron. Se arrancó la ropa y salió fuera para caminar por el balcón. El ático era una prisión. Incluso el vasto, extendiéndose, ruidoso panorama de la ciudad se sentía como una jaula. Quería lanzarse en el aire. Sintió el impulso de masacrar algo, pero estaba atrapado e incapaz de volar hasta que la bruja llegara.

El dragón se plantó en el borde de la cornisa, con los puños apretados, y los ojos entornados observaba a los pequeños humanos moverse rápidamente en la calle ochenta pisos por debajo.

Poco tiempo después, Rune dijo telepáticamente, *Mi Señor, la bruja está aquí.*

A mi oficina, dijo. Se trasladó a lo largo de la terraza del ático hasta que estuvo un piso por encima de su oficina. Luego saltó a la cornisa de debajo.

Rune y la bruja ya habían entrado en la habitación. El grifo no se vio afectado por su repentina aparición, pero la bruja miró fijamente como se enderezaba en toda su estatura. Una humana hispana alta con una belleza imperiosa, que se apresuró a bajar la mirada cuando él abrió la puerta francesa y se dirigió a su interior.

Las empresas Cuelebre tenían desde hace algunos años un contrato con la mejor bruja de la ciudad. Dragos nunca se había molestado en saber su nombre, pero la reconoció. Ella le tenía miedo, lo cual él ignoró. Todos los seres humanos le tenían miedo. Debían tenerlo.

Él gruñó:

—Necesito poner un hechizo de rastreo en una mujer.

La bruja inclinó la cabeza. Ella dijo:

—Ciertamente, mi señor. Por supuesto, sin duda usted ya sabe que cuanto más información me pueda dar sobre un blanco, puedo crear un mejor hechizo rastreador para ella.

—Su nombre es Pia Giovanni —dijo Dragos. Le entregó la pila de fotos de las imágenes de seguridad del *7-Eleven*—. Así se ve.

La bruja se quedó inmóvil, con los ojos en la foto superior. Su expresión era un perfecto espacio blanco, pero algo, un cambio minúsculo en su postura o respiración, despertó al depredador en él. Un cambio suave, fluido de su cuerpo lo acercó a ella. Podía sentir su calor corporal y el pulso en el cuello y las muñecas, latir más rápido a su proximidad. Él exploró con su capacidad de detectar mentiras entonces preguntó:

—¿Conoces a esta mujer?

La mirada oscura de la bruja se levantó hacia la suya. Dijo:

—La he visto en el *Distrito Mágico*. No sabía su nombre.

Su cara permaneció perfectamente en blanco, no revelando nada. No era, pensó, la calma despreocupada de la inocencia, sino una disciplina de formación. Sin embargo, decía la verdad. El depredador en él retrocedió. Cabeceó hacia las fotos.

—¿Es su nombre y una foto suficiente para ti?

La bruja dijo:

—Podría lanzar un hechizo con estas cosas. Pero sería más perdurable, y duraría más tiempo, si tuviera algo de ella que pudiera utilizar como ancla. Un buen hechizo de rastreo es más complicado que uno de búsqueda. Debe cambiar y moverse mientras el objeto cambia de dirección.

Sin sorprenderse, metió la mano en el bolsillo de su camisa y sacó una bolsa con cierre hermético que contenía un maltratado recibo.

—Da la casualidad que tengo algo que podemos utilizar.

Capítulo 4

Traducido por Shellene

Corregido por Sera

Acudida por ese brusco despertar, Pia salió de la cama y se tambaleó hasta el baño para darse una ducha. No había llevado objetos de tocador en su mochila aparte de crema de manos y protector labial, por lo que tuvo que conformarse con la pastilla de jabón común envuelta en papel del motel. Tardó una eternidad en pasar una cierta cantidad por su largo cabello y enjabonarlo con una toallita, pero por lo menos el agua era caliente y abundante. La piel en el lado de su cuello se sentía tierna mientras se restregaba.

Hizo una pausa y se rozó la zona tierna. *¿Qué era eso?*

Después de un enjuague final rápido, se envolvió el enredado pelo en una toalla, agarró otra toalla para secarse y después pasó un paño por el espejo empañado del lavabo para mirar su cuello.

Mordisco. Era la marca de un mordisco. Se tocó la zona en la unión del cuello y el hombro. La piel no estaba rota, pero tenía la impresión de los dientes, y el moretón de una succión ya estaba formándose.

Ella susurró: —¿El hijo de puta me hizo un chupetón? ¿En un sueño?

Se le puso la carne de gallina. Ella se frotó los brazos y evitó mirarse la cara blanca con los oscuros círculos en los ojos.

De algún modo ese horrible sueño había sido real. Su magia la había encontrado. Él sabía cómo se veía. Ella le había dicho su nombre.

Vete ahora.

Menos mal que tenía otros tres nombres, con fotos de documentos de identificación que lo decían, porque tenía que borrar el único con el que había vivido toda la vida. Pia Alessandra Giovanni tenía que desaparecer. Ella sintió otra punzada, otra pérdida. Su madre le había dado el nombre por el apego que desde hacía mucho tiempo mantenía por la época que había pasado en la Florencia medieval. ¿Cuánto más tenía Pia que perder? Al parecer todo.

Era demasiado para su mente cansada. Se pasó un cepillo por el pelo, abatida por la forma en que se había enredado sin acondicionador, y luego se vistió con su ropa sucia.

Cuando encendió el *Honda*, el reloj del salpicadero decía las 06:30 a.m. Había dormido menos de dos horas.

Fue a otro auto restaurante y compró zumo, otro café y rebanadas de manzana, aunque sólo podía tragar unos pocos bocados. Condujo al sur mientras el cielo se volvía pastel y se iluminaba en pleno día. La temperatura se volvió más caliente hasta que tuvo que bajar las ventanillas y abrir el techo solar del *Honda*.

Si hubiera estado haciendo el viaje por cualquier otra razón, lo habría disfrutado. El cielo estaba despejado. El paisaje en *Carolina del Sur* era diferente al que estaba acostumbrada. El follaje estaba un par de semanas más adelantado en flor que en *Nueva York*, y la tierra se sentía extraña a sus sentidos. Comenzó a pasar vívidas propiedades con abundante vegetación de camelias, rosas, azaleas y magnolias cubiertas de flores rosas. El plateado musgo español colgaba a lo largo de las ramas de los viejos robles como estolas de moda adornando hermosas mujeres. *Charleston* y sus alrededores tenía una gracia y belleza que era muy diferente a la rápida configuración urbana que acababa de abandonar.

Había dado una sonrisa irónica cuando Quentin le había entregado sus instrucciones para una casa en la playa en un lugar llamado *Playa Locura*. *Locura*. Ja. Estaba alrededor de veinte minutos al sur de *Charleston*. La mayoría de la casas, le dijo, eran alquileres de vacaciones. Él había tenido la suya más de treinta años y la mantenía amueblada y surtida con ropa de cama y utensilios de cocina.

Cuando estaba cerca de su destino, se detuvo en un supermercado para comprar ropa y artículos de aseo básicos, aspirina, un móvil de prepago y suministros de alimentos. Cuando llegó a la fila de la caja por el pasillo de bebidas, cedió y también compró una botella de whisky. Una chica tenía que tener prioridades. Si no se merecía una copa después de la semana infernal que acababa de sufrir, no sabía quién lo hacía.

Echó la compra en el maletero del *Honda*. Poco después, conducía a un ritmo lento por una pequeña carretera costera de *Playa Locura*. Se quedó mirando los destellos del *Océano Atlántico* que podía ver entre los chalet. El olor del mar soplaba dentro del coche.

La luz del sol era diferente aquí, más clara y más fina, y tuvo la sensación de un lugar cercano empapado en magia. Había un pasaje dimensional en algún lugar cercano a *Otras tierras*. No se sorprendió, dado que la sede de la Corte de los Elfos se encontraba dentro o cerca de *Charleston*.

La casa de Quentin estaba al final del camino, al lado de la playa. Era más grande que muchas de las casas que había pasado, con su propio camino corto de entrada y garaje. Después de aparcar, cargó con sus paquetes y entró en la casa, la cual tenía una sensación de vacío en ella, aunque gracias a un servicio de limpieza mensual, al menos estaba fresca y limpia.

Había tres habitaciones para elegir. Guardó la comida y luego tomó el dormitorio mayor con cuarto de baño. Lanzó los artículos de aseo en la encimera del lavabo y apiló la ropa nueva y la ropa interior sobre un aparador. Encontró toallas y ropa de cama e hizo la cama, moviéndose lenta y metódicamente. Tan pronto como la cama estuvo hecha, se quitó los pantalones, se metió bajo las mantas y se acurrucó mientras abrazaba a una almohada.

Pronto empezaría a pensar en su siguiente paso e intentar hacer un plan. Incluso si Cuelebre no pudiera llegar a esta profundidad en la heredad de los Elfos, tenía más dinero que Dios y probablemente también más empleados. No se atrevía a quedarse mucho tiempo.

Cerraría los ojos solo un rato.

Se despertó con un sobresalto varias horas después. Durante varios turbios minutos no pudo recordar dónde estaba ni por qué. Entonces los recuerdos la inundaron, y ella se hundió de nuevo contra las almohadas.

Muy bien. La vida daba asco. Pero al menos no había tenido otro extraño sueño sexual en donde conseguiría un mordisco.

La habitación se sentía pegajosa y sobrecalentada. Aunque las cortinas estaban corridas, parecía que la difusa luz del sol estaba en un ángulo mucho menor que cuando se había acostado por primera vez. Se empujó fuera de la cama y se vistió en algunas de sus ropas nuevas, unos pantalones piratas de cintura baja, sandalias y un top de color rojo con tirantes finos. Sus pechos eran altos, más bien pequeños y firmes, por lo que no se molestó con un sujetador.

Se asomó afuera. Estaba atardeciendo, tal vez serían alrededor de las cinco. Se fue al baño a salpicarse la cara con agua fría. Después de arrastrar un nuevo cepillo por el pelo recalcitrante, lo recogió en otra coleta. Luego fue a la cocina/comedor, que estaba separado por un mostrador y taburetes de bar. El comedor tenía puertas corredizas de cristal que se abrían a una gran terraza con algunas sencillas piezas de muebles de jardín. Las escaleras conducían a la playa.

Bajó las escaleras. Se quedó de pie en la arena calentada por el sol y respiró profundamente durante varios minutos mientras miraba un horizonte sin límites y escuchaba la susurrante danza de un océano en calma, mientras jugaba contra la orilla. Se sacó las sandalias de una patada, y caminó cerca de la orilla dejando que la espuma del mar se metiera entre sus dedos. Estaba muy fría. La tensión que se había instalado entre sus omóplatos disminuyó. Vio una gaviota cerniéndose sobre el agua y se permitió vivir ese momento. Luego caminó por la orilla del mar.

Con el comienzo del atardecer, había poca gente en la playa. Una mujer con dos niños vagaban por la orilla del mar a unos cuarenta y cinco metros, recogiendo conchas y piedras, hasta que alguien gritó desde un chalet y entraron.

Suspiró y trató de pensar en la carrera de obstáculos en su cabeza. Se rebotó de una idea a otra como un *pinball* en una máquina de juegos. Al menos el sueño había ayudado a despejarle la mente.

Se preguntó si Keith seguía vivo. Se sorprendió al descubrir que sentía tristeza por el pensamiento. Se preguntó por el *Poder* en las sombras que le había dado un artefacto lo suficientemente fuerte como para conseguir penetrar las últimas protecciones de aversión de Cuelebre. Lo evitó. *No pienses en eso.*

Entonces pensó en el feroz proteccionismo de Quentin, su obstinada insistencia en ayudarla y el abrazo rompe huesos que le había dado. Sus ojos se humedecieron. *Muy bien. No pienses en eso. Keith se ha ido. Quentin se ha ido. Tu vida se había ido.*

Frunció el ceño y se frotó los ojos. Así que, ¿qué sabía ella? Cuelebre conocía su nombre. Tenía ese problema cubierto. Él sabía cómo se veía. Incluso podría saber cómo olía, por lo que podría cambiar su apariencia, tal vez teñirse el pelo y cortarlo corto, pero tendría que ser muy inteligente para ocultar el rastro de su olor.

No puedo quedarme aquí, y tengo que deshacerme del Honda. Necesito conseguir ruedas nuevas y hacer un cambio arbitrario, que dificulte el rastro, tal vez un rápido cambio de ruedas un par de veces. Podría frenarlo. Tengo que moverme de forma aleatoria y desconectarme completamente de Quentin y mi pasado. Y tengo que encontrar una manera de bloquear a ese hijo de puta en mis sueños.

Para ello, necesitaría más conocimientos mágicos de los que podía reunir. Su madre podría haberse mantenido oculta, tanto en sentido psíquico como físico, pero su sangre no corría tan fuerte en Pia. Si bien tenía un sentido muy educado para la magia, no podía hacer la mitad de las cosas que su madre podría haber hecho.

El último regalo que Quentin la había dado la noche anterior había sido un número 800 que le había hecho aprender de memoria. *Conozco a gente en Charlestón, había dicho. Si necesitas ayuda, llámalos.*

¿Se atrevía? ¿Quiénes eran estas personas? Ella se volvió hacia el Norte y comenzó a andar de regreso a la casa de playa. ¿Y si se atrevía a quedarse aquí otra noche?

Miró al cielo y se detuvo. A lo lejos sobre el agua, un pedazo de cielo se onduló. Parecía como si el acuoso resplandor de olas de calor fuera una carretera de asfalto en un caluroso día de verano. Pero la noche de mayo estaba enfriándose, el cielo empezaba a oscurecerse en el Este y no había asfalto en ningún lugar cerca de esa ondulación.

Se protegió los ojos. ¿Qué era? Era grande y parecía estar creciendo rápidamente. Vio el pedazo crecer, su estómago se apretó. Nunca había visto nada igual antes, pero supo que era malo.

Espera un minuto. Ese brillante parche de aire no estaba creciendo. Estaba *acercándose*.

Oh mierda.

El pensamiento de Pia se fragmentó en crudo instinto. Se giró y corrió. Podría no haber heredado muchas de las habilidades su madre, pero si había una cosa que podía hacer con una extravagancia de talento, era correr. Sus pies desnudos excavaron en la arena y ella casi voló por la playa.

Sin embargo, casi volar, no es lo mismo que realmente volar. Incluso cuando empujó con toda la velocidad que tenía en ella, sabía que no iba a ser capaz de correr más rápido que lo que se precipitaba hacia ella.

Una sombra la envolvió por la espalda. Ella captó apenas un vistazo en la arena delante de ella de una enorme forma alada con un cuello de serpiente y una larga cabeza malvada. Entonces la sombra se derrumbó sobre sí mismo y una fracción de segundo más tarde, una montaña se estrelló contra su espalda.

Cayó en la arena tan fuerte que se quedó sin aliento. La montaña adoptó el cuerpo duro y pesado de un varón. Musculosos brazos bajaron a ambos lados de ella. Manos enormes aferraron sus delgadas muñecas, mientras que un largo muslo cruzó el dorso de sus piernas.

Ella jadeó, luchando por conseguir que su magullada caja torácica se expandiera para que sus pulmones pudieran funcionar, las palmas de las manos y las rodillas erosionadas por el impacto. Ella se quedó mirando las manos que la encarcelaban. Al igual que los brazos, eran poderosas, de un color bronce oscuro que se veía un contraste muy dramático con su piel pálida.

Su mente gimió. Estaba muerta.

El macho puso su nariz en el pelo y respiró hondo. Un convulsivo temblor sacudió su cuerpo en respuesta. La estaba *olfateando*. Ella sintió su nariz en la nuca. Él frotó la cara en su cabello. Un gemido nació y murió en la parte posterior de su garganta.

—Buena caza —gruñó él, su voz oscura un trueno a su espalda.

Ella tosió y la arena se hinchó delante de ella. —No lo suficiente.

El peso se levantó de su espalda, y él la volteó con la rapidez que nubla la mente. Golpeó la arena con la espalda, con los brazos espatarrados mientras él la sujetaba por las muñecas de nuevo.

Él le enseñó los dientes en una afilada sonrisa. —Siempre podríamos volver a hacerlo.

Ella pensó en él dejándola ir y saltando al ataque otra vez, jugando con ella como un gran gato, y se estremeció.

—No se supone que estés aquí —susurró. Sus ojos se habían vuelto acuosos por la fuerza del impacto que la derribó. Ella trató de centrarse en la oscura y feroz cara inclinándose sobre ella. A continuación, su visión llegó clara.

Cuelebre era impresionante. Hervía con *Energía* y *Poder*, lo irradiaba como un sol oscuro. Tenía una hermosa brutalidad, los rasgos faciales cortados en gruesas líneas y ángulos, como si un escultor lo hubiera labrado en granito. Su piel era de un marrón oscuro con un tono bronce, y esos brillantes ojos de dragón eran oro caliente. En su forma humana estaba cerca de los dos metros trece de altura, ciento tres y seis kilos de dominante macho Wyr tendido como un alud sobre su cuerpo. En comparación ella se sentía delicada y muy frágil.

Su cabello era completamente negro. Al igual que en el sueño. Se había deslizado entre sus dedos como la seda.

El impacto de su asalto no había comenzado a pasar, pero a través de él se dio cuenta de una cosa asombrosa. Él había lanzado el muslo sobre los suyos otra vez. Miraba su cuello. La compresión latió. Él estaba mirando el mordisco que le había dado. Una dura longitud estaba creciendo contra su cadera.

—¿Así que, es eso tu larga y escamosa cola de reptil, o sólo estás feliz de verme?

No, ella no acababa de decir eso.

¿Lo dijo? Se encogió por la mortificación, cerró los ojos con fuerza y esperó a ser salpicada por toda la playa.

No pasó nada, bueno o malo. *Aún*. Tal vez si se quedaba con los ojos cerrados no lo haría.

Ella susurró a través de los temblorosos labios. —No quise decir eso. Uhm, no prestes atención a la lunática que habita este cuerpo.

Como el silencio, continuó abrió un ojo cauteloso. Él la estudiaba, la mirada de lava alerta con interés. —¿Estás poseída? —preguntó.

Tuvo que aclararse la garganta dos veces antes de que pudiera responder. —Se podría pensar que es así, ¿no? Con todos los movimientos idiotas que he hecho en el último par de meses. He estado comportándome de forma muy rara con todo el estrés. Esta extraña parece haber tomado el control de mi boca. No parece que viniera con un freno instalado. Sin ánimo de ofender. —Las comisuras de sus labios se levantaron con una trémula sonrisa—. Apuesto a que quieres tu penique de vuelta, ¿eh?

Él cambió de posición con sinuosa gracia, soltándole las manos para arrodillarse sobre ella. Su mirada de depredador se estrechó aún más. —¿Qué crees?

Sus manos se agitaron e, incapaz de evitarlo, le enderezó el cuello de la camisa con dedos temblorosos. Sus dedos se veían como delicadas varitas blancas contra la columna gruesa de su cuello.

Dragos clavó la mirada fija abajo en sus manos. Ella las dejó caer sobre su pecho y las juntó. —Creo —dijo en voz baja—, qué harías cualquier cosa para recuperar lo que es de tu propiedad. Sin importa lo que fuera tomado, sin importa lo que costara, sin importar donde tuvieras que ir a buscarlo.

—Nadie toma lo que es mío. —Su gruñido reverberó a través del suelo. Él descubrió los dientes y se inclinó hasta que estuvo nariz con nariz con ella—. Nadie.

Santa madre, era aterrador y magnífico. Él desapareció en un borrón mientras sus ojos se nublaban otra vez. Ella asintió con la cabeza y susurró. —Lo sé. No... no creo que te importe mucho, y no espero que cambie nada, pero lo siento.

Dragos ladeó la cabeza, su atención enfocándose. —Eso decía tu nota.

Unas voces se aproximaron. Ella estiró el cuello y vio una pareja caminando de la mano hacia ellos. Dragos puso una mano sobre su boca para mantenerla en silencio. Ya que ambos vieron a la pareja pasar ajenos a no más de metro y medio de ellos, ella se dio cuenta de que él tenía que estar escudándolos de ojos curiosos. Lo único que se podía hacer. De lo contrario alguien podría llamar a la policía si veían a un hombre agredir a una mujer en la playa. Entonces podría haber una masacre totalmente evitable.

Después de que la pareja se alejara, Dragos cambió su peso en una mano y trazó un dedo por su mejilla, seguida de la mandíbula hacia el costado de su cuello. Observó la ruta con el dedo, mientras trazaba la delicada curva de la clavícula hasta el borde de la camiseta.

Su dedo se sentía caliente y abrasivo contra la suavidad de su piel. Ella se estremeció más fuerte y reprimió un gemido. *Wow*, no tenía ni idea de que su sexualidad estuviera tan alborotada. Aquí estaba este depredador de todos los

depredadores exudando amenaza mientras se agachaba sobre ella. Él era el único dragón conocido que existía. Era como si fuera un monumento natural o algo así.

Oh Dios mío, no sólo era más viejo que el Gran Cañón, sino que era como el *Papa*, el *Rey de las Hadas* y el presidente de los *Estados Unidos* todos en uno. Para algunas culturas antiguas había sido un dios.

Él iba a herirla tanto antes de matarla tan muerta, y en lo único que podía pensar era en cuán caliente el beso había sido en el sueño y cuán delicado el toque de sus dedos era mientras rastreaban por su cuerpo. Su mente protestó. Ella miró la mano. Su respiración se volvió áspera mientras su corazón se aceleraba.

Dragos recogió un mechón de su pelo y lo manoseó. Luego lo levantó a la luz del sol del atardecer. Él lo volvió en todas direcciones y, se quedó mirando las hebras. Él no hacía nada en absoluto para mantenerla inmovilizada en el lugar. La posibilidad de escapar de él era tan inconcebible. La fuerza de su sentido era tal que todo su cuerpo temblaba. Una oleada de calor sensual incendió cualquier pensamiento coherente que pudiera haberle quedado. Su sexo se humedeció en una oleada líquida.

No podía haber estado más humillada, más mortificada, o sentirse más desnuda. Con la nariz ultrasensible de un Wyr, por supuesto que podía oler cada minúsculo cambio de su cuerpo. Tenía que ser consciente de su creciente excitación. Sin duda podía leer todas las emociones atravesándola en las feromonas que emanaba, mientras que ella no sabía nada de él. Su mirada estaba tan cerrada, con una expresión tan severa, que no sabía nada en absoluto acerca de lo que estaba pensando, a excepción de...

Pia miró a lo largo de ese tremendo cuerpo masculino mientras se sostenía a sí mismo preparado sobre ella, hasta el largo torso estrecho desde los anchos hombros a las caderas que se veían tan delgadas y estrechas. Él estaba vestido de forma funcional no a la moda, con jeans y una simple camisa abotonada de *Armani* de seda blanca, remangada en los brazos y metida en la cintura.

Se chupó el labio inferior, mirando la indiscutible evidencia abultándose bajo la cremallera de sus pantalones. El bulto, como el resto de su forma humana, le hizo ensanchar los ojos. Bueno. Por lo que al tamaño se refería los detalles en el sueño no había sido satisfecho el deseo en lo más mínimo.

Se preguntó si aún podía excitarse mientras le arrancaba la cabeza de los hombros. Era un dragón, una bestia de la especie Wyr, por la cultura general uno de los más antiguos de las Razas Antiguas y por la reputación de malvado, astuto y despiadado. Los patrones normales de pensamiento similares a los humanos simplemente no podían aplicarse.

—Bueno, esto es socialmente inexplicable —murmuró.

—Cállate —dijo Dragos.

Ella se calló, dejó la mente en blanco y esperó, mientras le observaba estudiar las hebras de su cabello.

Su cabello siempre le había parecido algo grueso, tan espeso y rubio pálido que era casi blanco. Las puntas brillaron con reflejos dorados bajo el sol. Cuando lo llevaba suelto en lugar de en la coleta habitual, le llegaba hasta la mitad entre los hombros y la cintura.

Dragos encerró en un puño las brillantes y largas hebras en su mano y las acercó a su nariz, inhalando. Allí estaba. No era el misterio que no sabía cómo resolver. Había pensado en ello como el salvaje brillo del sol, pero eso fue cuando había tenido el más mínimo trozo de olor en un trozo de papel.

La realidad actual lo derribó. De alguna manera la delicada fragancia femenina hacía algo más que capturar la esencia del aire soleado. De alguna manera lo transportaba más cerca de lo que podía ir de nuevo a la mañana de todo, cuando disfrutaba en la luz trascendental y la magia. Ese tiempo antiguo, tan penetrante, joven y puro.

Encontró su camino pausado hacia el presente y estudió el cabello de nuevo mientras lo manoseaba. Se sentía como la seda china, y los reflejos eran del mismo color de algunos yacimientos de oro aluvial que había conocido. Tenía una estatuilla peruana del Siglo XIII, que era del mismo color. Dejó caer el puñado de cabellos y procedió a estudiar todo lo demás en esta mujer misteriosa e imprevisible.

—No pensé que fueras tan joven —dijo. Sintió la misma oleada salvaje de excitación que tuvo en ese otro tiempo lejano, cuando había perdido el control y se estrelló a través de los matorrales en persecución de... algo. Miró su cuerpo tendido en *decúbito supino* tan quieto y sumiso bajo él y ejerció una represión implacable en su auto-control—. Hay sangre Wyr en ti. También humana.

Observó los músculos del largo y elegante cuello mientras tragaba. —Tengo veinticinco años —dijo, su voz volviéndose ronca.

El depredador en él notó que no hacía mención a la sangre Wyr. Pero ella brilló con *Poder* sometido, y él recordó que en el sueño ella había sido tan luminiscente como la luna. ¿Había sido esa luminiscencia simbólica o literal? ¿Qué clase de Wyr o Hada brillaría así? Los Duendes llevaban una luz dentro de ellos pero no como la que él había visto en el sueño.

—Mírate —murmuró, casi para sí mismo—. Eres un bebé, nada excepto un momento, un latido del corazón.

Ella tomó un aliento tembloroso. —Soy más que eso.

Él arqueó una ceja pero por lo demás ignoró la débil protesta.

A pesar de su palidez era más bien un tono brillante. Allí estaban los reflejos dorados en su cabello. El color crema de su piel clara era como las perlas. Los grandes ojos que le miraban con tal miedo excitados y desconcertados eran de un violeta azul tan profundo como el cielo de medianoche. Como zafiros. Casi podía imaginarse que veía estrellas distantes en esos ojos.

Se sentó sobre sus talones y se levantó mientras la tiraba a sus pies. —Vamos a ir ahora a donde te quedas.

Ella se tambaleó un poco cuando recuperó el equilibrio, mirándolo con la cautela de una criatura salvaje dispuesta a escapar de nuevo. —¿Por qué? —preguntó, sus ojos azul oscuro parpadeando—. Sólo vas a matarme. ¿Por qué no acabar ya con esto?

—No tienes ni idea de lo que voy a hacer —le dijo. Eso tenía que ser verdad, porque no lo sabía ni él. Estaba inundado de emociones e impulsos extraños. Sus párpados bajaron mientras observaba su rostro. Él dijo—: Tengo un montón de preguntas. Sólo dime lo que quiero saber, y te dejarte ir.

—¿Lo dices en serio? —Ella buscó su rostro.

Se echó a reír, una risa ronca y malvada. —No.

La furia cruzó por su rostro y se entristeció. —Muy bien —dijo, la voz plana. Se dio la vuelta y se dirigió hacia la casa de la playa.

Dragos la siguió, con el ceño fruncido. Al igual que no le gustaba la foto de ella alejándose de la cámara, no le gustaba su voz opaca y plana o su expresión cerrada. Ese silencio de los tonos brillantes. El miedo y el estrés en su discordante aroma, presionando la embriaguez de su excitación, el juvenil adictivo salvaje de su fragancia habitual.

Ese destello de furia había sido mucho más interesante. La furia también tenía un perfume, como el crepitar de una hoguera.

Ella tomó un par de sandalias. Le observó el esbelto trasero y las largas y delgadas piernas mientras subía las escaleras de madera a una terraza y entraba en una casa de playa por una puerta corredera. Dejó caer las sandalias de nuevo en el interior. Cuando entró, cerró con llave la puerta detrás de él.

Se acercó al fregadero de la cocina y se centró en lavar la arena de las abrasiones en las palmas. La casa estaba cada vez más fría, las baldosas en el suelo de la cocina frías bajo sus pies llenos de arena. Su coleta se sentía como un nido de ratas unido a la parte trasera de su cabeza.

Aún con esa voz plana, apagada, le preguntó: —¿Tienes hambre?

Él se detuvo, otra vez lo había sorprendido. Se apoyó en una pared. No se sabía lo que la lunática en su cuerpo diría a continuación. —¿Y si tengo? —dijo.

Ella lo miró, con el rostro apretado. —Si es así, tendré que hacer un pedido. Soy vegetariana y tú eres bien famoso por no serlo. Suponiendo que no estoy en el menú para la cena, no tengo nada para alimentarte que te guste.

¿Tenía la intención darle de cenar?

Tenía serias preguntas para esta mujer, localizar su propiedad y una indignación y furia que había apartado, no desterrado. Había justicia que repartir y venganza a reclamar, pero primero tenía que delinear este territorio desconocido por el que viajaba.

Él se dio cuenta de algo. Por primera vez en mucho tiempo, quizá incluso siglos, no estaba aburrido. Desde el momento que recogió ese trocito de papel en su guarida, su pequeña ladrona había continuado sorprendiéndole.

Dragos se frotó la mandíbula y se preparó para divertirse. —Consigue algo —dijo.

Ella comenzó a hojear una guía telefónica en el mostrador de la cocina. Pasó más allá de las páginas amarillas, y las páginas de color rojo para los negocios, a las páginas verdes para las empresas Antiguas. Su cabeza se agachó mientras mascullaba en voz baja.

Dragos se inclinó hacia delante, apenas atrapando lo que dijo. —¿Qué?

Ella hizo una pausa y lo miró, con ojos amplios. —¿Qué, qué? —preguntó.

—Susurraste, “*Consigue algo, por favor*” —le dijo—. ¿Qué es lo que quieres conseguir?

A pesar de la crudeza de su situación, ella se sorprendió al encontrar diversión burbujeando. Mantuvo un severo apretón en ella.

—Es normal —le dijo al dragón—, que la gente diga por favor cuando hace una petición. Dijiste, “*Consigue algo*”. La mayoría de la gente diría, “*Consigue algo, por favor*”.

—Ah. —Dragos cruzó los brazos—. Pero yo no pedí nada. Lo ordené.

Ella se pellizcó el puente de la nariz. —Eso hiciste.

Su dedo bajó por la página en verde y se detuvo en el número de un restaurante Antiguo. Con manos temblorosas, marcó un número.

Una voz juvenil, musical contestó el teléfono. *Élfica*.

Excesivamente consciente de la aguda mirada dorada enfocada con implacable paciencia en ella, Pia dijo: —Llamó desde una casa junto a la playa en *Playa Locura*. —Ella recitó la dirección—. ¿Reparten en esta área?

—Por supuesto —dijo la voz—. Conocemos bien la dirección.

—Nos gustaría una docena de chuletones —dijo. Miró a su captor—. Dragos, ¿los quieres crudos o hechos?

—Sólo chamuscados —dijo.

La persona en el otro extremo de la línea tomó un aliento rápido. —Vamos a estar con ustedes tan pronto como podamos —dijo—. Puede llevar un poco de tiempo. La entrega en aproximadamente una hora.

—Tan pronto como pueda estará bien —dijo.

Borró el número de la memoria del teléfono móvil, apretó el botón de apagado y lo colocó sobre el mostrador. No creía que Dragos hubiera apartado la mirada ni una vez desde que habían entrado en la casa de la playa. Era sólo una cosa más para agregar a una creciente lista de cosas que se sentían irreales.

Luego se levantó, mirando sus manos. *Una hora*, pensó. Dios, se sentía como una eternidad. Sus hombros se hundieron. Ella no pensaba que le quedara más adrenalina para bombear en su sistema. —Estarán aquí pronto. ¿Y ahora qué?

Él se apartó de la pared. —Ahora —dijo Dragos—, me dices por qué me robaste. Y cómo. Más especialmente discutiremos cómo.

Capítulo 5

Traducido por Shellene

Corregido por Sera

Pía mantuvo su mirada baja. Ella se tocó una palma erosionada con un dedo. —Mi ex-novio me extorsionó a hacerlo.

—Keith Hollins —dijo él.

Sorprendida, levantó la cabeza con fuerza. —¿Sabes quién es?

Sus cejas negras ascendieron. —Sé un montón de cosas.

Sus centinelas habían trabajado rápido esa mañana antes de que él dejara *Nueva York*. Mientras la bruja había lanzado el hechizo de rastreo para él, Aryal y varios otros habían hecho una investigación de antecedentes de Pía Giovanni. Ellos habían reducido las otras posibilidades hasta que encontraron la correcta. Un equipo había sido enviado para buscar su apartamento y seguir todas las pistas que encontrarán. Poco después de que el hechizo estuviera listo y hubiera recogido la información preliminar, Dragos había levantado el vuelo, desplazándose al sur por su presa.

—Tu novio está muerto —le dijo.

Tal cual, ella había tenido demasiado. Su visión se atenuó y el mundo se inclinó.

Dragos saltó hacia delante, los duros brazos serpenteando a su alrededor antes de que pudiera derrumbarse. Él la colocó en un taburete y empujó su cabeza hacia abajo. Su coleta era un desastre, observó con desaprobación mientras se derramaba hacia el piso. Mantuvo una mano en su nuca. Con la otra, le quitó la goma elástica de su cabello hasta que cayó libremente, si, todavía un poco enredado. Deslizó la goma en el bolsillo.

Ella preguntó, con voz apagada. —¿Le mataste tú?

—No. Ni lo hizo mi gente. —La piel de su nuca se enfrió. Él sintió la onda de temblor a través de ella—. Le encontraron hoy más temprano. Una mala muerte.

—Maldito sea ese pobre idiota. Traté de advertirle. —Ella se cubrió el rostro con las manos.

Los celos se dispararon. Su labio se levantó en un gruñido silencioso. Ella era su ladrona, de nadie más. —Lo amabas.

—No —dijo, la desdicha en su voz—. Sí. No lo sé. Creo que lo hice una vez, pero él no era quien yo creía que era. Después de que rompí con él, el hijo de puta me chantajeó. Sabía que iba a hacerse matar. Incluso traté de advertirle, pero no quiso escucharme. Él se lo merecía, pero aun así es difícil de oír acerca de alguien que solía importarme. —Ella apretó los puños—. Déjame levantarme. No voy a desmayarme.

Soltó la presión que había estado poniendo en su cuello. Ella se sentó en el taburete. Se veía compuesta, pero su piel estaba pálida. Tenía la piel de gallina a lo largo de sus brazos y hombros desnudos.

—Estás demasiado fría —dijo—. Eso significa shock, creo. Vamos a cambiar eso. —Se fijó en la botella de whisky en el mostrador junto al fregadero. Agarró la botella junto con una taza de café de la alacena. Sirvió una copa y se la metió en sus manos—. Bébete esto mientras encuentro una manta.

Ella lo miró de reojo mientras sus dedos se enroscaban alrededor de la taza.

—Sí, lo sé —dijo, impaciente—. Voy a desgarrarte miembro a miembro. Algún día. Cuando me apetezca. Mientras tanto, no te desmayarás, te calentarás y dejarás de afligirte —pellizcó su nariz—. No me gusta cómo huele.

Su bonita boca se abrió. —No te... gusta... —Una histérica risa burbujeó y se volvió para reír abiertamente. Ella se ladeó en el taburete, inclinando la taza de café.

Él cubrió sus manos con una suya, estabilizando la taza, y presionado un dedo contra sus labios. —Deja de hacer eso.

—Claro —aulló ella—. Lo que tú digas.

No era de ningún modo un experto en emociones, y mucho menos emociones femeninas. Frunciendo el ceño, le dio unos golpecitos en los labios.

—Sólo, no sé, ser feliz hasta que decidas comenzar el desgarramiento —hipó ella—. ¿Cómo lo harás, *Su Majestad*?

—Estaba siendo sarcástico —dijo él.

—Lo cual es muy tranquilizador, procedente de un dragón enojado —le dijo—. Un poco como toda la broma de “*dime lo que quiero saber y te dejare irte*”. Definitivamente tiene su propio encanto. Apuesto a que a todos los otros presos les encanta.

Su cuerpo delgado siguió temblando. Ella estaba fuera de control. Él no obtendría sentido de ella mientras estuviera tan alterada. Dragos le tomó el mentón. Él la miró fijamente a los ojos, para tratar de cautivarla hasta una sensación de calma. En su lugar se topó con una barrera mental. Intrigado, la revisó, sintiendo a lo largo de los bordes.

La barrera parecía ser tanto natural como intencionada. Allí estaba el eco de otro *Poder* femenino entretejido en ella, una presencia muy sutil como la suya y todavía separada. Era una construcción totalmente hermosa, una elegante ciudadela que protegía el núcleo de la hembra.

Por tal motivo, fue capaz de romper el encantamiento en el sueño. Podía derribar a golpes esa pared si quisiera, pero eso sería como tener un martillo para un ópalo. No quedaría nada coherente para salvar de ella luego.

—Ya basta —susurró. Su cuerpo se había puesto rígido, del esfuerzo por alejarse de su toque—. Sal de mi cabeza.

Él se mantuvo firme y utilizó su voz en lugar de su mente. —Silencio, mujer —murmuró—. Ahora guarda silencio.

Su voz profunda susurró. Zarcillos del sonido se enroscaron en el aire y se envolvieron alrededor de ella. Aliviaba y tranquilizaba. Su respiración se estremeció y ella se quedó inmóvil.

Ella contempló los ojos de oro de Dragos. Profundidades imposibles existían en esas brillantes piscinas. Ella podría caer en su mirada y nunca salir.—El Valium no puede compararse a ti —murmuró—. Embotéllalo, y podrías hacer una fortuna.

—Estás más tranquila ahora —dijo. Su severo rostro oscuro era inescrutable.

—Sí. —Ella apartó su mirada y la clavó en la taza de café. Se obligó a decir—: Gracias.

Él le soltó la barbilla y las manos y dio un paso atrás. —Bebe.

Ella levantó la vista cuando él desapareció en el pasillo. Luego se llevó la taza a los labios y se lo bebió todo de golpe. El whisky fue como bombardear su venas con napalm¹, golpeándola de forma contundente ya que no había comido bien la última semana.

Dejó la taza sobre el mostrador y se inspeccionó las manos, palpándose la mandíbula. Ella había recibido una paliza cuando él la golpeó contra el suelo, pero su manejo de ella desde entonces había sido muy cuidadoso. Cuán sorprendente. ¿Qué significaba?

¹ *Napalm*: combustible que produce una combustión más duradera que la de la gasolina simple

Él se dirigió de vuelta a la cocina, con la sudadera con capucha de color azul claro que había comprado antes fruncida en una mano. Cabeceó a la taza vacía y dejó caer la sudadera en su regazo. Ella se la puso mientras él se cruzaba de brazos. Sentada en el taburete alto como estaba, se alzaba sobre ella, incluso más de lo que lo haría si estuviera de pie. Ella había creído que la casa era bastante espaciosa hasta que él había entrado en ella.

—Comenzaremos de nuevo —dijo él.

Ella mantuvo su mirada dirigida en sus antebrazos cruzados que parecían muy oscuros contra la camisa de seda blanca. La distancia a través de sus pectorales era extraordinaria. En otro hombre sería demasiado. En él, esos fuertes músculos blindaban un cuerpo lo suficiente largo para llevarlos con poder y gracia.

—Keith me chantajeó para que te robara algo —dijo—. No importaba lo que era. Les debía a algunas personas un montón de dinero.

—Deudas de juego —dijo él.

Ella levantó la cabeza. Él se había instalado en la paciencia de un cazador. —¿Ya llegaste tan lejos?

—Encontramos a su corredor de apuestas. También muerto.

Dedos helados se deslizaron por su columna. Ella envolvió su torso aún más con la sudadera. —Salí con Keith durante unos meses. Por un momento pensé... no importa lo que pensé.

Él inclinó la cabeza. —¿Pensaste qué?

—A ti no te interesa todo esto. —El color tiñó sus mejillas.

—No hagas suposiciones sobre lo que me interesa o lo que pensaré o haré. No tienes ni idea de lo que me interesa —le dijo. Él se recostó contra el borde de la mesa del comedor y cruzó un tobillo sobre el otro—. ¿Está claro?

Ella asintió con la cabeza, su color se profundizó. Ella continuó: —Ya hemos establecido que fui una idiota. Keith llegó cuando yo me sentía deprimida, y me enamoré de su encanto. Fui... indiscreta. Debería haber tenido mejor criterio, y metí la pata. —Se le cerró la garganta.

—Dijiste que habías roto —incitó él cuando ella se quedó en silencio.

Ella asintió con la cabeza.

—Lo hice, hace un tiempo. Luego, la semana pasada él apareció. Estaba lleno de este plan que iba a pagar todas sus deudas y hacerle rico. Por supuesto, para entonces mis gafas de color rosa habían desaparecido. Yo no quería tener nada que ver con eso, o con él. Entonces él... me lo hizo.

—Chantaje, dijiste. Sobre tus indiscreciones.

Él habló en un tono neutro. Había sofocado la agresividad hacia abajo. Ella era muy consciente de que la estaba “manejando”, pero él todavía sonaba implacable. Se cubrió la garganta con una mano mientras él analizaba su expresión.

—¿Podemos por favor no hablar de eso? —Ella intentó estabilizar su voz—. ¿Por favor?

Sus párpados bajaron, ocultando su mirada. —Sigue con tu historia.

—Está lo que sé —enfaticó la última palabra—. Está lo que pienso, y luego está lo que he adivinado. Keith siempre hablaba de sus “asociados”. Gente él conoció a través de su corredor de apuestas con los que iba a hacer negocios. Era de alguna manera un hombre mayor en todas sus historias de lo que era en la vida real, ¿me entiendes?

Él asintió con la cabeza, manteniéndose en silencio.

—Pues bien, creo que estaba medio jactado, medio desesperado, y completamente manipulado. Empezó prometiendo a esos contactos suyos cualquier cosa que podía. Sus préstamos se vencían. Él dijo que les dijo que podía conseguir cualquier cosa que quisieran. —Ella tragó saliva—. Y ellos dijeron: ¿qué tal algo de Cuelebre entonces? Le dieron un encanto que localizaría tu guarida, y Keith vino a mí.

—Lo hicieron, ahora. —Él no se había movido, pero se había tensado por todas partes. Lo que irradiaba de él tenía a su corazón latiendo con fuerza.

Se lamió los labios que se le habían secado y susurró: —Creo que Keith les dijo algo sobre mí, pero no mucho. Él habría querido mantenerme en secreto porque quería ser el gran jugador, y pensó que podía controlarme. Él esperaba establecer repetidos negocios. Pero creo que alguien muy desagradable y Poderoso le estaba manipulando, y ahora gracias a mí, tienen algo tuyo.

—En efecto. —Él mostró los dientes en esa afilada sonrisa—. Voy a tener que darte más tarde las gracias por eso.

Ella susurró: —Ese encanto me asustó mortalmente. Si no hacía lo que quería, sabía que Keith cantaría como un canario. ¿Me entregaría? En un santiamén, si quería salvar su propio trasero. Luego vendrían tras mí. Así que estaba condenada tanto si entraba como si no a tu recinto.

—¿Dónde está el encanto ahora? —Sus ojos se habían vuelto oro puro, totalmente dragoniles.

—Se desintegró cuando lo usé.

Sus ojos se estrecharon. —Habría sentido fallar mis hechizos si los hubiera anulado, pero todos estaban todavía en su lugar cuando fui a investigar.

Ella ahuecó su oreja con una mano y se frotó el cuello, un gesto nervioso y defensivo al recordar el dolor de usar el encanto. Él se acercó más mientras esa mirada despiadada de dragón le estudiaba la cara. Ella susurró: —El encanto no anuló nada. Entre él y tus hechizos, me sentí como si estuviera siendo desgarrada.

—Pero aun así los atravesaste.

Ella no se molestó en responder. En cambio, buscó en su rostro. Su expresión era salvaje, catapultando sus pensamientos hacia adelante a las consecuencias que eran de más largo alcance que sólo su propio futuro. Sus labios se sentían entumecidos. —Un encanto Poderoso podría encontrar cualquier cosa escondida, ¿verdad?

—Dependiendo de la fuerza del usuario, sí.

Cualquier cosa escondida. Había cosas en el mundo que nunca deberían ser encontradas, cosas peligrosas, o frágiles, y criaturas preciosas cuyas vidas dependían del secretismo. Un encanto de descubrimiento tan fuerte como el que Pia había usado podría cortar como un cuchillo a través todas las defensas de alguien. Ella tembló y se acurrucó en sí misma. A pesar de sus miedos y preocupaciones por su propia seguridad, esto nunca se había tratado de ella.

Dragos frunció el ceño mientras consideraba el campo minado que ella había maniobrado para llegar a su tesoro, el encanto desconocido actuando en oposición a sus hechizos. El conflicto de magias opuestas podría haber matado a otra persona. Esa elegante ciudadela dentro de su mente era probablemente lo que le había salvado la vida. Pese a su evidente malestar, él no creía que ella se diera cuenta en cuánto peligro había estado allí.

Él se preguntó si era su conciencia, lo que la tenía tan alterada. Estaba fascinado por el concepto de conciencia. Dejó caer una pesada mano sobre su hombro, agarrando el delgado hueso y los tendones. Su cuerpo cambió de manera sutil ya que se apoyó en su fortificante agarre.

Él desvió la conversación de regreso a un punto anterior. —Hollins podría haberte entregado de todos modos, antes de que le mataran.

—No —suspiró ella—. Él no lo hizo, lo que en verdad puede ser por qué le mataron.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

—Después de que me chantajeara, yo le chantajeé —le dijo. Ella miró hacia él con un solo ojo. ¿Era eso brillante aprobación en su mirada?—. No le daría lo que robé a menos que leyera el hechizo vinculante que compré ayer. Habría perdido la capacidad de hablar si trataba de hablar de mí.

Su estómago se retorció cuando se imaginó lo que debían de haberle hecho a Keith. Dragos había dicho que había sido una mala muerte, y a Dragos no se le conocía exactamente por ser aprensivo. ¿Estaba la muerte de Keith sobre su conciencia si había sido él el que inició todo el maldito asunto? ¿O empezó ella todo el maldito asunto al abrir su gran boca? La moral de todo esto se estaba volviendo demasiado enrevesada para que la entendiera.

—¿Cómo superarte mis candados y defensas?

Ella cerró los ojos y puso sus manos sobre su cara. ¿Qué importancia tenía ya? —Soy una híbrida. No tengo mucha sangre Wyr o muchas habilidades. No puedo transformarme en una forma Wyr, y no tengo mucho *Poder*. No tengo nada interesante en mí. —Ella apartó las manos de su cara y le miró. Él estaba clavando los ojos en ella—. ¿Qué, me han crecido dos cabezas?

—Crees que no tienes nada interesante en ti —dijo—. O que no tienes mucho *Poder*.

Ella le lanzó una mirada en blanco y un encogimiento de hombros. —Excepto, supongo, por un estúpido truco de salón que fui demasiado jodidamente estúpida para guardarme —dijo—. Se lo mostré a Keith cuando los dos estábamos borrachos y haciendo el tonto.

—¿Qué fue?

—Es más fácil mostrarlo que decirlo. —Ella caminó hacia la puerta corredera de cristal, la abrió, salió a la terraza y cerró la puerta. Afuera, la tarde se había oscurecido hasta el anochecer. Sin dejar de mirar hacia ella, él se acercó y puso un puño contra el cristal como si quisiera atravesarlo. Ella le dijo—: Adelante, ciérrala de nuevo.

Sus oscuras cejas bajaron en un ceño fruncido.

Ella se limitó a mirarlo. —Oh, vamos. Sabes que podrías capturarme de nuevo, si tratara de huir. —Con su dorada mirada de dragón sujetando la de ella, hizo lo que le dijo.

Ella abrió la puerta y dio un paso atrás en su interior. —¿Ves?

Él miró la puerta y de nuevo a ella otra vez. —Hazlo otra vez. —Ella salió. Volvió a caminar adentro después de que él le echara el cerrojo a la puerta. Él dijo—: No te sentí echar un hechizo.

—Eso es porque no lo hice. Es sólo una parte de mí. —Cerraduras, defensas... lo que sea, y ella podría atravesarlas. Nada podía enjaularla. Nada, es decir, a menos que se desplomara del cielo azul y se sentara sobre ella. Hundió el talón de la mano en una sien donde un dolor de cabeza empezaba a palpar y suspiró—. Eso es todo lo que sé. Eso, y otra vez, lo siento. Supongo que ahora querrás hacer el desgarramiento.

No se había movido cuando ella entró. Estaba tan cerca que podía sentir su calor corporal en su piel. Había una especie de fuerza y vitalidad que era una descarga constante del sistema. Se sentía pequeña, fría y pálida en comparación. A pesar del descomunal peligro que esta criatura representaba, había todo un deseo irracional de acurrucarse en su calor.

Le tomó la cabeza. Las amplias palmas y los largos dedos acunaron su cráneo. Curiosamente, ella ni se asustó y ni se resistió cuando él inclinó su cara hacia arriba.

El depredador se inclinó sobre ella. —Cometiste un delito —dijo—. Y me lo debes. Dilo.

¿Qué era esto? Ella no podía obtener ningún indicio buscando en su rostro. Sus hombros se hundieron y su boca se abrió. —¿Qué pasa si no quiero decirlo?

—Vas a compensarlo —dijo el Señor de los Wyr—. Vas a servirme hasta que considere que la deuda está pagada. ¿Está claro?

—¿Sin desgarramiento? —preguntó. Su mirada se aferró a la suya. ¿Podría creerle esta vez, o era otra broma cruel?

Negó con la cabeza y le alisó el cabello hacia atrás. —Sin desgarramiento. Me dijiste la verdad —dijo—. Podía sentirlo mientras hablabas. Cometiste un delito, pero fuiste también una víctima. Esto es justicia —inclinó la cabeza hasta que su nariz casi tocó la punta de la suya, inhalando. Su voz fue mucho más suave cuando continuó—. ¿Pero cuando vaya tras quien orquestó esto? Eso será venganza.

Ella se estremeció, se aflojó de alivio. Sus manos acariciaron los fuertes músculos en su pecho. Ella se sentía abarcada por él, y contra todo buen sentido o cordura, se sentía segura. Su columna vertebral perdió su almidón. Se apoyó contra él. Sólo un poco. Lo hizo disimuladamente para que no se diera cuenta. —No me gusta esa palabra “servir”. ¿Qué quieres que haga?

—Voy a hacer uso de ti de alguna manera —dijo.

—¿Qué pasa si no quiero hacerlo? —Su cabeza comenzó a bajar, una flor inclinada sobre un tallo. Sus manos guiaron las suyas para descansar en su pecho—. No voy a robar de nuevo —advirtió—. Así que si eso es lo que quieres, bien podrías volver al desgarramiento ahora mismo.

Escúchala. La gran chica dura.

—No hay nada que pudieras robar que yo no pudiera conseguir de diversos modos. No voy a ponerte en peligro. —Le mantuvo la cabeza acunada en una mano y la rodeó con un brazo. Murmuró—: No pongo en peligro mis tesoros.

¿Qué quería decir con eso? Ella estaba hipnotizada por su control de manera que no tenía nada que ver con el encantamiento. Trató de concentrarse. —No estoy de acuerdo, te lo advierto —refunfuñó—. Voy a tener que pensar en ello.

Pero no sonaba tan mal. Era mucho mejor que el desgarramiento. Y ella le *había* robado, junto con decirle mucho acerca de sí misma. Se mordió el labio. ¿Y si decidía chantajearla también?

—No era consciente de que te daba una opción —dijo. ¿Era eso diversión en su voz?—. Delito y juicio, recuerda, no negociación. Vivías en mi heredad, vivías de acuerdo con mi ley. Pero sigue adelante y piensa en todo esto en el camino de regreso a *Nueva York*.

Una bocina sonó desde el lado de la calle de la casa. Ella saltó y se apartó de inmediato. Él la miró con las cejas levantadas.

—Oh Dios —dijo ella—, eso es la... eso es la entrega. Iré por ella. Vuelvo en seguida.

Ella se abalanzó hacia la puerta para ser atajada por su mano rodeando su muñeca. —Yo lo traeré —dijo.

—No seas tonto —le dijo. Un caballo salvaje galopaba en su pecho—. Dije que te compraría la cena, y lo haré. Es lo mínimo que puedo hacer.

—No. —Él la rozó al pasarla, las largas piernas comiéndose la distancia hasta la puerta principal.

Oh, maldición. Ella le atrapó por el brazo poco antes de que él la abriera y lo intentó una última vez. —Por favor, Dragos. Déjame hacerlo.

Él puso sus manos sobre sus hombros y empujó su espalda a la sala de estar. —Algo no está bien. Puedo sentirlo. No vas a salir ahí fuera —dijo. Él se había convertido en un asesino completamente frío. Su *Poder* revolucionado como un avión de combate encendiendo—. No es seguro.

¿Cómo se había fastidiado esto tanto? Ella se retorció las manos. No tanto como salir a la calle mientras fluía, ese magnífico gran cuerpo suyo convirtiéndose en un arma.

Un sonido rasgó el aire. Dragos giró hacia atrás, las piernas se le doblaron. Todo sucedió muy rápido. Ella se percató un latido más tarde. Miró a Dragos, que se había derrumbado en el camino. Una docena de elfos altos salieron de diferentes escondites, desde detrás de su *Honda*, el anodino *Ford* al ralenti en la acera y los arbustos cercanos. Sujetaban armas apuntando a la figura tendida. Arcos de casi dos metros.

Se lanzó hacia Dragos, que yacía sobre su espalda. La oscuridad apareció en un hombro vestido de blanco. Comenzó a extenderse. Cayó de rodillas junto a él.

—¡Le dispararon! —gritó ella. Miró a los Elfos de ojos severos que los rodeaban—. ¿Saben quién es?

Uno de ellos dio un paso adelante. Era un hombre de cabellos plateados, hermoso en la forma en que todos los Elfos lo son, con una gentil luz que de alguna manera hacia a todas las demás criaturas plumizas en comparación. A pesar de su complexión delgada, no sólo parecía poderoso, tenía más *Poder* que cualquier otro en el claro a excepción de Dragos.

—Sabemos quién es —dijo el Elfo. Él contempló a Dragos, su frío rostro hermoso—. Wyrn.

Ella se volvió de nuevo hacia Dragos. Aunque él estaba herido, parecía totalmente sin temor, su mirada rapaz de desplazándose de los Elfos para centrarse en ella. Ella le rasgó la camisa para contemplar el sangrante agujero sobre su pecho izquierdo. Su respiración irregular sonaba fuerte a sus oídos.

—No lo entiendo. Ninguno de ustedes está llevando pistolas. ¿Dónde está la flecha? —preguntó. Ella se arrancó la capucha y la presionó en la herida.

—Magia élfica —respondió Dragos con los dientes apretados.

—Ninguna flecha simple podría marcarlo —dijo el Elfo—. Pero esta ya se ha derretido en su cuerpo. Seguirá liberando el veneno en su sangre durante varios días.

—¡Qué hicieron! —gritó ella. Su rostro contorsionado. Apretó los puños y se puso en pie. Dragos la agarró de la muñeca.

—Pia —dijo él cuando ella luchó contra su agarre—. Se necesitaría mucho más que esto para matarme.

—Le hemos discapacitado —le dijo el Elfo.

—No lo entiendes —ella le dijo a Dragos—. Yo los llamé. La culpa es mía. —intentó abrirle los dedos. Era como tratar de abrir un grillete de acero. Ella miró al Elfo.

Él había pasado su atención a Dragos. —Has entrado en nuestras tierras sin permiso. Los tratados se han roto. Habrá consecuencias. Por ahora, el veneno evitará que te transformes en la *Gran Bestia*. Ya que te hemos recortado las alas, te daremos doce horas para ir más allá de nuestras fronteras. Si no te has ido para entonces, habrá más de doce de nosotros que vendrán por ti.

—Yo rompí su ley —dijo Pia—. Sólo estaba viniendo detrás de mí.

—Su ley no es nuestra ley —dijo el Elfo—. Y él rompió la nuestra. Wyrn, suelta el agarre en la hembra.

—Ella es mía. —Dragos mostró los dientes, los ojos de oro quemado a lava. Su rugido tembló a través de la tierra en sus rodillas, sus largos dedos se apretaron en su muñeca. Él se tensó y comenzó a levantarse.

Los otros Elfos dirigieron sus arcos contra él. —La liberaras ahora o perderás la gracia de las doce horas —dijo su líder.

Pia echó la mano libre hacia los Elfos, con los dedos extendidos y la palma hacia afuera. —¡Alto! —Ella se inclinó sobre Dragos. Doblarle cerca de la salvaje cara era una de las cosas más valiente que había hecho en su vida. Un instinto que no podría haber verbalizado la hizo suavizar la voz—. Dragos —murmuró. Con tranquilidad y serenidad, como si le hablara a un animal herido—. ¿Puedes mirarme, por favor? Ya sabes cómo la gente normal dice “por favor”. Préstame atención a mí, no a ellos.

Esa mirada de lava se volvió hacia ella, ardiente y extraña. Puede que no fuera capaz de cambiar, pero estaba sumergido en el dragón.

—Gracias —susurró ella. Bajó el brazo libre y acarició su cabello negro. Dragos siguió los movimientos y luego le miró a la cara—. Sé que estás muy enojado, pero te prometo, que no vale la pena luchar más —susurró. Tiró un poco de las negras puntas. La inspiración la golpeó—. Y me prometiste que no me pondrías en peligro. Hace apenas unos minutos. ¿Te acuerdas?

Su peligroso rostro se cerró. —Eres mía —le dijo.

Por un abrasador instante, no tuvo ni idea de qué decir a eso. Entonces eh, otro momento bombilla se acercó y ella estaba en racha. —Soltar mi muñeca no cambiaría nada —murmuró. Imitó lo que él había hecho con ella antes y acarició con un dedo por el costado de su rostro, y luego puso su mano contra su mejilla—. Por favor.

Sus dedos se aflojaron y él la dejó apartarse.

Ella se puso de pie vacilante, de alguna manera permaneció de pie y se volvió hacia el líder de los Elfos, que le hizo una leve reverencia. Él la miró fijamente. —¿Te conozco de algún lado?

Las campanas de alarma interiores comenzó a sonar, pero todas las bombillas la habían dejado en la estacada. Ella negó con la cabeza y dijo: —Nunca nos hemos encontrado.

—Estoy seguro de que te he visto antes. Te parece... —la mirada del color del mar del Elfo se amplió—. Te parece exactamente a...

Dragos envolvió una mano alrededor de su tobillo.

—Sí, me parezco a Greta Garbo —interrumpió ella en voz alta. Un pulso de temor humedeció su piel. *Cállate, Elfo*—. Me lo dicen mucho.

—Mi señora, estoy sumamente honrado de conocerla —respiró el líder de los Elfos. Él le hizo una profunda reverencia, su genérico respeto previo se volvió reverencial. Cuando se enderezó, su rostro estaba iluminado de alegría—. No tiene ni idea de cómo hemos esperado y rezado para que algo de su madre permaneciera aún en este mundo.

El resto de los Elfos los miraron, con los rostros iluminados de curiosidad. Ella le frunció el ceño al líder de los Elfos. —No tengo ni idea de lo que estás hablando —le dijo.

Él pareció empezar a volver en sí. Su alegría se convirtió en silencio, pero ella todavía podía sentir el latido en él. Él sonrió y dijo: —Por supuesto, perdóname. Me equivoqué.

Entonces su voz telepática sonó en su cabeza como el repique de profundas campanillas al viento. *Mi nombre es Ferion. Conocí a una mujer una vez que se parecía mucho a ti. Conocerla fue uno de los mejores regalos de mi vida.*

Me siento honrada de que compartas eso conmigo, dijo ella. Pero es peligroso para mí que hablemos de esto, y yo no soy esa mujer. De hecho, soy muy inferior a esa mujer.

No a mis ojos, dijo él. Por favor déjanos ofrecerte santuario. Sé que nuestro Señor y nuestra Señora te saludarían exactamente con alegría tan profunda como la mía. Atesoraríamos tu presencia entre nosotros.

Ella vaciló y por un momento, oh, estuvo tentada. El pensamiento de tal bienvenida oprimió su corazón solitario. Pero la reverencia de Ferion la dejó paralizada. Ella no creía que pudiera soportar estar viviendo con tal aprecio. No cuando ella era tanto menos de lo que él pensaba que era, nada muy especial del todo, sólo una luz de noche que brillaba en la oscuridad, un estúpido truco de salón y una gran boca que la metía en demasiado problemas. Vivir con los Elfos, donde se sentiría como un fraude mientras envejecía y moría y ellos permanecían por siempre igual, sólo sería una forma diferente de soledad.

La celosa mano en su tobillo se apretó. Ella miró a Dragos, que la observaba con una mirada estrecha.

Te agradezco el ofrecimiento de santuario. Tal vez algún día pueda recordártelo, le dijo a Ferion. Mientras que no podía aceptar, tampoco, podía soportar decir no, a lo que podría ser el único hogar que jamás le ofrecieran. Mientras tanto, tengo una deuda que pagar.

Ferion dijo en voz alta. —Señora, te lo suplico, vente con nosotros. No te quedes con la *Bestia*.

Ella se puso en cuclillas junto a Dragos y se atrevió a mirar debajo de la capucha cubriendo su herida. Había dejado de sangrar. Ella enjugó las vetas de sangre de su hombro lo más suavemente que pudo, se limpió las manos en el material y cruzó la parte ensangrentada en el resto de la sudadera.

—Todo este desastre es culpa mía —dijo—. Tengo que hacer lo que pueda para arreglarlo.

El agarre de Dragos en su pierna disminuyó. Sus dedos se deslizaron a lo largo de la pantorrilla en un movimiento sutil.

Eso la molestó tanto, que le espetó. —Pero no importa qué cosa ridícula digas, no soy tuya. No estarías aquí salvo por mí, así que te llevaré hasta la frontera de los Elfos. Sé que perdiste la cabeza, y te pusiste todo espeluznante, obsesivo y territorial, y que deseas recuperar tu propiedad y todo eso, pero vamos. Todo lo que me llevé fue un maldito penique. Además, ya te di otro.

Una comisura de su larga, sensual y cruel boca se levantó con una sonrisa.

Los Elfos se negaron a tocar a Dragos, por lo que tuvo que ayudarlo en todo lo que pudo. En el momento en que él se había levantado del suelo y ella había conseguido meterse bajo el brazo bueno, los Elfos habían desaparecido. Ella sabía que no debía creer que se habían ido.

—Te llevaste un penique de 1962 —dijo Dragos. Sus dientes se apretaron—. Dejaste un penique de 1975. No es reemplazo.

Ella lo miró fijamente. —Oh, Dios mío, da miedo que notaras eso.

—Sé todo lo que hay en mi tesoro y exactamente donde está —le dijo—. Hasta la pieza más pequeña.

—Podrías ir a un médico, para que te revisen por un TOC² —jadeó—. Es posible que haya medicamentos para eso.

Su pecho se movió en una risa silenciosa.

Ella se centró en poner un pie delante del otro. Él se inclinó sobre ella lo menos posible, de lo contrario, ambos se habrían estrellado en el suelo otra vez. Él todavía se sentía como si un *Volkswagen* se hubiera colgado de su cuello.

Llegaron al interior. Él se derrumbó en el sofá. Pasó un brazo sobre los ojos y estiró una pierna hasta que la bota colgó sobre el extremo. Dejó el otro pie plantado sobre el suelo. Entre la sangre y los botones que habían estallado cuando ella la desgarró,

² *TOC*: trastorno obsesivo-compulsivo.

su camisa de *Armani* estaba arruinada. Ella le miró el pecho que era tan ancho como largo, estrechándose a un paquete de ocho que se agitaba en sus jeans.

Por el amor de Dios. El varón estaba herido y aquí estaba ella comiéndoselo con los ojos como un perverso en una tienda de porno. —No estoy bien de la cabeza —masculló.

Él dijo desde debajo de su brazo. —Seguiré ese comentario más tarde.

Ella se volvió hacia la cocina. —Te traeré algo de agua.

—Whisky.

—Bien. Y agua.

Ella trajo la botella de whisky con una jarra de agua y una tela. Él le quitó la botella de whisky, la destapó y bebió la mitad sin hacer una pausa. Ella esperó a que se tomara un respiro. Entonces se sentó en el marco de madera de la mesita de café y usó el paño para limpiarle la sangre del pecho. La herida de entrada no era ya nada más que una cicatriz blanca.

—¿Duele todavía? —preguntó, la ansiedad royéndola.

—Sí.

—Lo siento.

—Tu voz es demasiado fuerte. Cállate —le dijo. Ella se mordió los labios mientras terminaba de lavarle. Él suspiró y cambió de posición. Aunque no había perdido nada de esa letal gracia animal, era obvio que tenía mucho dolor—. Continúa haciendo eso con la tela. Se siente bien. —Él hizo una pausa—. Por favor.

Después de congelarse por un momento, ella dijo: —Traeré uno limpio.

Soltó el paño ensangrentado en el fregadero, tomó otro y se apresuró a regresar. Él no se había movido. Ella comenzó a pasar el paño húmedo sobre el pecho y los hombros. Si él se había sentido caliente antes, ahora era un infierno. Ella tomó el brazo colocado a través de la tableta de chocolate de su estómago, empujó hacia arriba la manga y lo bañó. Entonces lo dejó y agarró el brazo que había cubierto sus ojos. Él la dejó, con los ojos brillantes bajo los párpados entrecerrados.

—Fue la llamada telefónica —dijo—. Por los bistecs. No he llamado a un número de la guía telefónica. Había memorizado un número telefónico de ayuda que alguien me dio.

—Eso entendí. —Su respuesta fue muy seca.

Ella asintió con la cabeza, mojando el paño tibio en el agua de la jarra para que se enfriase y comenzó otra vez. Las palabras siguieron saliendo de ella. Ella dijo: —Estaba asustada cuando les llamé. Pensé que íbas a matarme.

—Entendí eso también.

—Lo siento —prorrumpió. Agarró la botella de whisky de él y tomó un trago profundo.

Cuando bajó la botella, lo sorprendió sonriendo. —Bien —dijo—. Debes sentirlo mucho. En los últimos dos días, me has costado una cantidad incalculable de recursos humanos, decenas de millones de dólares en daños a la propiedad...

—Eh. Vamos a mantener las cosas claras. No fui yo la tuvo una rabieta y lanzó un grito para despertar a los muertos. —Su columna vertebral se enderezó y lo fulminó con la mirada.

Su sonrisa se ensanchó, una barra blanca en la oscuridad de la habitación. —Me has causado todo tipo de tratados rotos con la comunidad de los Elfos, y ahora estoy enfermo como un perro.

Ella le señaló. —Tú rompiste esos tratados. No sé suponía que vinieras aquí. Cuán loco es eso. —Una pausa. Ella le miró con ojos tristes—. ¿Estás en realidad enfermo como un perro?

—Más o menos. —Él hizo un gesto por la botella y ella se la entregó—. Mi cuerpo está combatiendo el veneno. Es mejor de lo que era. En un poco más voy a ser capaz de desplazarme por mi cuenta.

Ella se volvió y se sentó con un pequeño gruñido en el suelo. Se apoyó en el sofá de espaldas a él. Ella recogió las piernas, puso los codos en las rodillas y empujó los talones de sus manos contra los ojos. Su dolor de cabeza había crecido.

—No estoy segura de donde termina la heredad de los Elfos, pero no tardaremos mucho en coche. Un par de horas. Tenemos algo de tiempo.

Él hundió los dedos en su cabello y levantó la hebra. —Quiero un poco de tu cabello.

Ella alzó la cabeza. —¿Qué?

—Dije que quiero un poco de tu cabello. Dame un mechón y yo te perdonaré por el allanamiento de morada.

—De-e acue-erdo. Claro. —Ella entrecerró los ojos en él—. Así que te doy un mechón de mi cabello, te llevó a la frontera de los Elfos y, ¿te dejó?

Él se echó a reír. —Nunca dije que estaba permitiéndote irte . He dicho que te perdonaré.

—Sabía que no podía ser tan fácil —murmuró—. Tú no eres sólo un camino recto, ¿verdad? Bueno, ¿entonces por qué me vas a perdonar si no me dejas ir? —Se encogió de hombros—. No importa. Estoy demasiado cansada para esta conversación.

Él siguió acariciando suavemente su cabello. —¿Alguna vez le diste uno a tu novio?

Sus ojos intentaron cerrarse. El suave tirón en su cuero cabelludo estaba haciendo casi imposible mantener su cabeza erguida. —Ex —murmuró.

—Ex —enmendó él.

—No. —Ella luchó contra el embriagador placer, para despertar. Le dio a su mano un empujón a medias—. Basta. No puedo mantener los ojos abiertos cuando haces eso.

—Entonces no lo hagas. —Él alisó su palma sobre su cabeza. Le gustaba cómo su voz se puso suave con la somnolencia. Le gustaba que no oliera a miedo por más tiempo, que su aroma se tiñera con una persistente excitación apenas perceptible—. Duérmete —murmuró.

—Tengo que cumplir ese plazo. Programar una alarma. —Ella trató de luchar para ponerse en pie.

A medida que se elevaba de sus rodillas, él enganchó un brazo alrededor de su cintura y tiró de ella hacia abajo encima de él. No fue difícil. Ella estaba fuera de equilibrio para empezar y temblorosa por la fatiga. Ella se sorprendió y trató de apartarse, pero él envolvió sus brazos alrededor de ella y la atrapó en el lugar.

—Acuéstate —le ordenó—. Me aseguraré de que nos vayamos a tiempo. Duérmete.

Se derrumbó sobre él como un castillo de naipes. Él le colocó la cabeza en un lugar cómodo en su hombro ileso. —Deja de darme órdenes —bostezó ella. Bajo el pretexto de cambiar de posición para acomodarse, frotó la mejilla contra su pecho, regodeándose en la sensación de hombre cálido y poderoso. Se filtró en las grietas frías que corrían dentro de ella—. Tú no eres mi jefe.

—Duerme —le dijo.

Así como así, de un momento a otro, estaba dormida.

No había nadie alrededor para presenciarlo cuando él experimentó con presionar sus labios contra su frente.

Decidió que eso también le gustaba.

Capítulo 6

Traducido por Shellene

Corregido por Larita

La cama debajo de ella se movió. Pia bostezó y se frotó la nariz. ¿Por qué era el colchón tan irregular y cálido? Sus ojos se abrieron de golpe. La habitación estaba completamente a oscuras. Todo lo que podía ver eran sombras.

Ella yacía sobre Dragos, sus piernas enredadas. Se puso rígida y trató de levantarse, pero los fuertes brazos que la rodeaban se negaron a dejarla ir. Y su cabeza quedó atrapada. Ella dio un tirón. Tenía el pelo envuelto alrededor de una gruesa muñeca.

La grava parecía haberse alojado en su garganta. Con voz ronca dijo:

—¿Crees que trataría de huir de nuevo mientras dormías? No te dejé cuando estabas herido. —Él desenrolló el cabello y soltó las puntas, alisándolas de nuevo.

—No dormí.

Esta vez, cuando ella empujó sobre sus codos, él la dejó, lo que permitió que un brazo le envolviera la cintura. No iba a pensar en esa siesta. No iba a pensar en dormir en sus brazos o lo chocante que era que se sintiera tan bien. *Ups*. Acaba de pensar en ello.

—¿Cómo no ibas a dormir? —preguntó—. ¿Te sentías demasiado enfermo?

—No es mi costumbre, pero puedo pasar varios días sin comer ni dormir, si lo necesito —mantuvo su voz en un tono sosegado. El sonido retumbó a través de ella—. No tengo intención de dormir en la heredad de los Elfos. Además, todo lo que tenía que hacer era descansar.

—¿Cómo te sientes ahora? —demasiado adormilada para mantener la cabeza erguida, la hundió de nuevo y apoyó su mejilla sobre su pectoral. *Mmm. Piel satinada sobre hierro*.

—Mejor. Mi hombro se siente como hielo, pero el dolor ha disminuido. Voy a ser capaz de levantarme y moverme, pero no creo que pueda transformarme hasta

mucho después de la expiración de su plazo. La magia de su veneno estaba bien construida.

Le pasó dedos ligeros por encima de su hombro lesionado. El área se sentía febrilmente caliente, mucho más caliente que el resto de su cuerpo, no helada.

—¿Eso no duele?

—No —él capturó su mano y la llevó hasta su boca. Ella se puso rígida cuando él deslizó su dedo índice en la boca y lo chupó.

Así sin más, el deseo intenso del sueño volvió con fuerza. Su agarre sobre su cintura la movió hasta que los llevó a una mejor alineación, pelvis con pelvis. La evidencia de su excitación sobresalía larga y gruesa en sus jeans. Ella gimió y trató de retorcerse lejos. Lo único que consiguió fue frotar sus cuerpos juntos.

Ella se atragantó.

—Ya basta.

Él se tomó su tiempo chupando su dedo en todo el camino hacia la punta. Su voz oscura la acarició como un tigre perezoso rozándose contra su piel.

—¿Por qué? Me deseabas en el sueño. Yo te deseaba. He oído tu excitación desde entonces. Sólo han pasado unas horas. Tenemos tiempo antes de que necesitemos salir. —Él le lamió la palma de la mano, una sensación que se disparó por todo su cuerpo hasta palpar entre sus piernas.

Ella jadeó.

—¡Lo que pasó fue en un sueño!

—¿Y? Ambos lo deseamos todavía. —Sus labios se movieron a la delicada piel de su muñeca.

El pulso en su muñeca tatuó un frenético ritmo contra su boca. Su lengua trazó la vena. Ella no sólo se sorprendió sino que se turbó. Era como una especie de mazo masculino, pero esta sensualidad tenía una dulzura conocida que no sabía cómo manejar. Ella tuvo que trabajar para encontrar su indignación de nuevo. Cuando lo hizo, fue gimiendo de placer.

—¡El sueño fue un hechizo! No fue real.

—Fue verdad —dijo. Largos dedos empezaron a incitar su camino bajo el dobladillo de su camisa para trazar a lo largo de la piel en su espalda.

—El encantamiento te trajo lo que más deseabas.

Su piel se erizó y se sintió sofocada. Ella luchó duro para librarse y esta vez lo quería. Por un momento los brazos se apretaron sobre ella como si se negara a dejarla ir. Luego aflojó su presa.

Ella se puso de pie, chocó contra la mesa y golpeó algo más. La humedad empapó la alfombra de sus pies desnudos. Ella había volcado de una patada la jarra de agua que había usado para bañarle. Extendió los brazos mientras avanzaba hasta que llegó a la pared. Sus dedos se deslizaron a través del suave yeso hasta encontrar un interruptor. Accionó el interruptor y se quedó con las dos manos apoyadas en la pared, los ojos cerrados frente a la repentina luz.

Su rostro parecía que ardía. Keith y los horribles errores que cometió. Ignorando el consejo de su madre, sincerándose y compartiendo, todo porque quería estar enamorada y ser amada, quería ser de confianza y confiar. Todo porque quería un amante y un compañero, un verdadero hogar, una casa segura, un lugar del que no tuviera que huir, y se atrevió a pensar que, tal vez algún día incluso niños.

Los músculos de sus brazos estaban demasiado tensos. Se frotó la mejilla húmeda en el hombro.

Los muelles del sofá protestaron. Ella lo sintió más que oírlo venir detrás de ella. Un infierno de energía hirvió a lo largo de sus nervios hipersensibles.

Dragos presionó su cuerpo a su espalda. Apretó las manos sobre las de ella, las suyas mucho más grandes y oscuras que las esbeltas manos femeninas que temblaban debajo. Su angustia golpeaba el aire. Bajó la mejilla a la parte superior de su cabeza.

Su Corte era a veces un lugar turbulento. Algunos estaban apareados. Muchos eran solteros. Toda la especie Wyr vivía con una sensualidad franca, y todas las emociones calientes rápidamente llevaban a la violencia.

Tomaba una hembra de vez en cuando, pero sus emparejamientos eran siempre simples. Era sexo fácil, sin complicaciones. Pero él había sido testigo de muchos otros emparejamientos que eran mucho más complejos. Sentimientos heridos, malentendidos, celos, corazones rotos, infidelidades, pasiones, todo ello representado con el trasfondo de la vida cortesana.

Esta era una hembra compleja, ningún sexo simple a contratar. Consideró qué hacer, los ejemplos de cosas que había visto, descartando una cosa tras otra. Luego dijo en voz baja:

—No lo entiendo. ¿Por favor me lo explicas?

Maldito sea. Ahora que sabía que diciendo “por favor” la tenía, él estaba empezando a decirlo. Ella negó con la cabeza.

Suspiró.

—Soy viejo y a menudo cruel y calculador, y no es seguro estar cerca de mí cuando estoy furioso. No me disculpo por lo que soy. Soy un depredador, y rijo a otros depredadores de mentes fuertes. Pero no era mi intención angustiarte.

Ella se tranquilizó al escucharle. La horrible sensación de exposición se desvaneció. Él la rodeaba con su cuerpo y su energía la envolvió.

Él no lo entendía. Pensaba que el sueño era sólo sobre sexo. Si fuera sólo tan sencillo. Inclino la cabeza hacia atrás y él se movió a fin de que ella descansara en el nicho donde su cuello se unía con su hombro.

Ella dijo:

—El sueño fue manipulador. Estaba fuera de la realidad. Puedes elegir hacer cosas en los sueños que no elegirías hacer cuando estás despierto.

—¿Pero fue cierto? —Su aliento hinchó los delicados cabellos en su sien.

Qué raro que no estuviera seguro. Llevaba la arrogancia con mucha más facilidad. Eso no debería ser tan encantador como ella pensaba que era. Realmente no estaba bien de la cabeza.

—Hubo una verdad en el sueño —admitió—. No es tan obvia como sólo sexo.

—No es más de lo que pensaba. —Ella podía oír la sonrisa en su voz. Sonaba... satisfecho.

—¿Estás contento por eso? —le preguntó, sin poder evitar sonreír también.

—Eres complicada. No estoy aburrido.

Ella sacó una mano de debajo de él y se tapó la boca.

—Estoy tan feliz de poder entretenerle, su Majestad.

Él envolvió sus brazos alrededor de ella.

—Entonces, ¿Qué es esta realidad que no es tan evidente como el sexo en el sueño? ¿Cómo se conecta a la excitación que he percibido de ti?

Se deleitó con la fuerza de esos brazos y decidió dejarse disfrutar el ser sostenida. Ningún análisis, o conjetura de motivos, anhelo, o expectativas.

—¿Es lo que realmente siento? ¿Cuánto podría haber quedado del hechizo de sueño? Eres demasiado complicado, y hoy me has asustado mucho de vez en cuando. Y para mí, la atracción es una cosa, pero hacer el... —Ella respiró fuerte—. Pero el sexo —se corrigió—, es otra muy distinta. Tengo que tener un cierto nivel de confianza en una persona antes de poder elegir ser tan vulnerable.

—Confiaste en Keith —dijo él.

Ella no pudo evitar estremecerse.

—Sí, lo hice. Y él me traicionó. Y eso todavía me duele.

—El encantamiento del sueño ha desaparecido —le dijo—. Lo que sientes es real, y lo que elijas hacer al respecto es cosa tuya.

Le apartó el cabello a un lado y puso sus labios sobre la mordedura en el cuello. Su pulso revoloteó como una mariposa y su respiración se enganchó. Apretó los brazos y luego la soltó y dio un paso atrás. Ella se dio la vuelta, desaliñada y confundida. Los graciosos pies descalzos brillaban pálidos contra el neutro beige de la alfombra, sus uñas pintadas de un rojo brillante. Parecía delicada y deliciosa y su entrepierna se tensó.

Él lo ignoró.

—Deberíamos irnos.

Ella asintió con la cabeza, tratando de meter las hebras sueltas de cabello detrás de las orejas.

—Sí, por supuesto que sí. ¿Cuánto tiempo hemos descansado?

—Un par de horas —se alejó, luchando por controlar su reacción por ella.

—Hay tiempo para limpiar, entonces. Si no te importa, voy a darme una ducha y a cambiarme. No tardaré mucho tiempo —corrió por el pasillo.

Dragos ladeó la cabeza y la vio salir. Todavía no le gustaba esa imagen de ella alejándose.

Algún día confiarás en mí. Entonces me dirás qué más hubo en el sueño y por qué estabas tan conmocionada. No te daré miedo y me contarás todos tus secretos. Y entonces serás mía.

Él sonrió. Ella no se daba cuenta de que él estaba todavía a la caza. Bien. Era mejor de ese modo.

En el dormitorio, Pía tomó el segundo conjunto nuevo que había comprado junto con la ropa interior, un par de jeans piratas azules y una camiseta elástica amarillo limón de mangas cortas raglan y cuello bordado. Sólo le quedaba un conjunto nuevo para ponerse. Al ritmo que estaba ensuciándolos, iba a tener que lavar la ropa o comprar más.

Cerró la puerta del baño, sintiéndose tonta mientras pasaba el pestillo. Como si eso y el Ejército de *EE.UU.* le fueran a impedir entrar si decidía hacerlo. Ella negó con la cabeza, abrió la ducha, se desnudó y entró.

El agua caliente brotó sobre su cabeza y cuerpo, calmando los lugares doloridos y cansados. Ella siseó cuando golpeó sus rodillas arañadas. Trabajando rápido, se lavó el pelo con un champú adecuado, suspirando con alivio mientras se ponía el acondicionador a través de él y la viscosa longitud se volvió más suave y manejable. Luego se enjabonó el resto del cuerpo, lo enjuagó, se secó y se vistió. Se cepilló el pelo y se lo recogió con una liga amarilla, arrojó los artículos de tocador de nuevo en la bolsa de la compra y salió del baño.

Dragos se había tendido en la arrugada cubierta. Hacía a la cama de matrimonio parecer pequeña y estrecha. Ella se topó con una pared invisible cuando lo vio. Estaba tumbado sobre la espalda, con los ojos cerrados y una mano detrás de la cabeza, la otra apoyada en ese largo estómago de tabla de lavar.

Se había quitado la camisa manchada de sangre y sólo llevaba los pantalones y botas. El hombro herido aún brillaba blanco sobre la piel de bronce. Sus costillas se agitaban bajo los fuertes pectorales y los oscuros pezones fruncidos contra el aire frío. Él se había lavado también, los esparcidos cabellos negros en ese pecho realmente inhumano aún húmedos. Su cabeza estaba también húmeda. Ella captó el perfume de macho limpio.

Como en todas las habitaciones que entraba, era dueño del dormitorio sólo por estar allí. Ella se estremeció y rebuscó por su última camisa limpia, una de manga larga con botones. Después de arrancarle las etiquetas, se la puso y la usó como chaqueta, ya que la sudadera había tenido una vida corta.

Su presencia era demasiado abrumadora. Ella no se atrevía a sentarse a su lado en el borde de la cama. En cambio, se agachó para ponerse los calcetines tobilleros y las zapatillas. Su mirada se lanzó de Dragos a sus diferentes pertenencias dispersas por la habitación. Miró su mochila con la documentación de tres nuevas identidades y casi cien mil dólares. Luego se volvió hacia el hombre en posición supina.

—¿Estás listo? —preguntó. Sonaba tan sin aliento, como si hubiera corrido una maratón. Bordeó la habitación y recogió sus pertenencias, guardándolas en otra bolsa de la compra.

—Sí —dijo. Él respiró hondo y suspiró. Era una visión impresionante. Ella se humedeció los labios y trató de pensar en otras cosas—. No necesitas las otras identidades —le dijo—. Me gusta el nombre Pia Alessandra Giovanni. Te queda bien.

Mierda. Tres identidades bien construidas muy caras por el retrete. Y las otras estaban en *Nueva York*.

—¡No puedo creerlo! —explotó—. ¡Esas eran mis cosas! No tenías derecho a mirarlas.

—Por supuesto que sí —dijo.

¿Cómo se las arreglaba para conseguirlo? Ella le lanzó una de las bolsas de la compra. Él debía de haber estado mirándola por la ranura los párpados. En un movimiento que parecía perezoso pero fue muy rápido, atrapó la bolsa con una mano.

—¡Seguro que también contaste el dinero! —le espetó.

—Por supuesto que sí —dijo otra vez. Él sonrió, una barra blanca de sonrisa—. Las mujeres realmente se toman mucho más tiempo en el baño. También miré en el frigorífico, utilicé el teléfono móvil para llamar a *Nueva York* y me guardé las llaves del coche. Puede que no haya una pizca de depredador Wyr en ti porque no sólo eres vegetariana, eres vegana. No es de extrañar que estés tan flaca.

—¡Flaca! —Sólo a él se le ocurriría llamar flaca a una mujer de metro setenta y ocho y sesenta y tres kilos y medio. Le tiró la otra bolsa de la compra. La atrapó también, pero no pudo evitar que las botellas de champú, acondicionador y crema se derramaran sobre él—. ¡No lo soy! Y de todos modos, tampoco soy completamente vegana. Como miel si se cosecha de una manera responsable. Pero olvídate de todo eso... ¡devuélveme las llaves de mi coche!

—Eso no va a pasar —le dijo.

Ella se lanzó hacia él y lo golpeó en el pecho.

—¡Bastardo! No tenías ningún derecho a rebuscar entre mis cosas o... ¡a robarme mi coche!

Él se echó a reír, una risa profunda, a mandíbula batiente. Luego, en un movimiento que imitaba el del sueño la agarró por los brazos, la puso sobre su cuerpo y la lanzó contra el colchón. Ella chilló. Él se levantó sobre ella, eclipsando la luz. Los rapaces ojos dorados estaban encendidos.

—No hay otra entidad en el mundo que se atreva a actuar de esa manera conmigo.

Ella se congeló y la sangre desapareció de su rostro.

Su expresión cambió. Sostuvo un dedo rígido bajo su nariz y dijo:

—¡No! No quise decirlo como una amenaza.

Sus labios temblaron.

—¿Qué quisiste decir entonces?

Él puso una mano en su mejilla. Era tan larga que casi cubrió la longitud de su cabeza.

—Eres mía —dijo—. Puedes negarlo, argumentar, lanzar ataques, tratar de huir. Pero. Aun así. Eres. Mía.

—Eso es una locura —susurró—. No tengo ni idea qué significa eso. Yo no te pertenezco o a cualquier otro.

—Claro que sí —le dijo. Su pulgar le acarició los labios—. Eres mía y te mantendré. No voy a hacerte daño y te protegeré. Y estás empezando a confiar en mí. Todo eso es algo bueno.

—¡No soy un pedazo de propiedad, maldita sea!

—Pero estás en mi poder.

Ella enunció:

—Creo que eres un lunático.

—Dado que tú también lo eres, funcionará bastante bien. —Su boca se curvó en una sonrisa. Bajó la cabeza lentamente, mirándola. Cuando ella se tensó, él susurró—. Estás a salvo. Sólo quiero saborearte. No hay más.

Esperó a centímetros sobre sus labios.

Esto estaba tan mal a tantos niveles. Ella miró de sus ojos pacientes a su boca. La tensión desapareció de su cuerpo traidor.

Él sintió que su resistencia desaparecía. Su boca cubrió la suya. Ella cerró los ojos con un revoloteo. Sus labios, cálidos y firmes, se movieron livianamente contra los de ella, descubriendo su forma y textura. No fue como en el sueño, cuando ambos estaban duros y ásperos entre sí. Este beso fue lento, seguro, tranquilo y sensible.

Una espiral de placer atravesó su cuerpo y se volvió líquido. Ella murmuró y le tocó la mandíbula.

Él lamió y mordisqueó sus labios, su respiración volviéndose más profunda. Mientras sus dedos viajaban por su mandíbula y se enroscaban a través de su pelo, él abrió la boca y entró en la de ella con su lengua. El placer se volvió más alto y más nítido.

Él le dobló la cabeza para tener mejor acceso y poder escarbar más profundo en su boca, su cuerpo endureciéndose. Él condujo su muslo entre sus piernas y empujó hacia arriba contra el área que se había vuelto mojada en respuesta a él. Ella hizo otro ruido amortiguado mientras le devolvía el beso con creciente excitación. Él gruñó y empujó más duro con su muslo, más profundo con su lengua.

Él golpeó justo el lugar correcto. Ella jadeó y arqueó la pelvis. Ahora tenía ambos brazos alrededor de su cuello. Él ahuecó su trasero y tiró de ella contra él con más fuerza. Enrolló el otro brazo debajo de su cuello, sujetándola presionada a lo largo

de la longitud de su cuerpo. Encontró un ritmo taimado con la boca y el muslo que le robo todo pensamiento hasta que estuvo tan encendida, que se lo estaba comiendo con la misma falta de control como tuvo en el sueño.

Él la devoró con hambrienta avidez. Ella pasó sus manos sobre los hombros desnudos. Su torso desnudo estaba todo sobre ella, su dura y gruesa erección presionando contra su cadera. Ella quería quitarle la ropa. Lo quería dentro de ella, sujetándolo mientras la golpeaba.

Oh, Dios mío, ella tenía que apartarse del infierno ahora. Alejó la boca y dijo, sin aliento:

—Alto. Es demasiado.

Él echó hacia atrás la cabeza y siseó. La aplastó y no se movió, su cuerpo colgaba tenso.

Su mirada se había vuelto lava otra vez, los ojos dorados ardiendo. Ella se dio la vuelta y enterró la cara contra sus bíceps duros y agrupados. Susurró:

—No estoy lista.

—El novio —gruñó él.

—Ex-novio. Y soy yo tanto como él.

Ella le echó un vistazo. Él la miraba desde arriba, los fuerte planos y ángulos de su oscuro rostro tallados.

—Dijiste que todavía estabas lastimado.

Puso sus dedos contra esa boca tensa y la trazó, obsesionada con la forma y la textura de él.

—Estoy dolida porque elegí confiar en alguien y fui traicionada. Ya no me duele por él, ni querría tener nada que ver con él si estuviera vivo. Lo más que estaría tentada a hacer es a darle una paliza otra vez.

La tensión en su cuerpo empezó a ceder. Ella sintió que su boca sacaba una sonrisa bajo sus dedos.

—¿Le diste una paliza?

Ella le devolvió la sonrisa, arrugando los ojos en él.

—Bueno, no —admitió—. Pero obtuve una gran cantidad de satisfacción de empujarle hasta que se golpeó contra una pared.

Él la estudió. El marfil de su piel estaba enrojecido en un delicado rosa, los labios hinchados y de un rojo oscuro de ser besados. Los ojos de un color violeta oscuro

como la noche brillaban hacia él. Sin embargo, ella afirmaba que sentía, su cuerpo estaba laxo y confiando mientras se curvaba para adaptarse a él. El olor de su intensa excitación era delicioso. Todos sus tonos brillantes habían sido lustrosamente pulidos.

—Eres absolutamente magnífica —dijo. Presionó los labios contra su frente.

Sus ojos se abrieron en shock. Entonces ella miró hacia otro lado, su rubor profundizándose. Ella no podía pensar en nada que decir. En un impulso lo abrazó muy fuerte. Pareció sorprenderse, porque se quedó quieto y luego la abrazó también, aplastándola a él antes de soltarla.

Se alejó de ella y se puso de pie en un movimiento suave y flexible.

—Ahora realmente debemos irnos.

Ella se tambaleó sobre sus pies, no tan elegante como él había sido. La ayudó a recoger las cosas que se habían derramado de las bolsas de compras e insistió en llevarlas junto con su mochila. Sintiendo que había perdido el control vital de su vida de alguna manera, se arrastró tras él.

Antes de irse se dirigió a la cocina para recoger su teléfono móvil y agarrar lo que pudiera comer en la carrera. Ignoró los ingredientes y el aderezo de ensaladas. Lanzó a otra bolsa de la compra un paquete de almendras, yogur de soja y una cuchara que robó del cajón de los cubiertos, junto con el agua embotellada que había comprado.

La secadora estaba en marcha en el pequeño cuarto de lavar y planchar de la cocina. Dragos la paró y sacó su desgarrada camisa de *Armani*. Había lavado la sangre lo mejor que pudo, pero el blanco inmaculado se había ido. Él se la puso pero no se molestó en abrochar los pocos botones se quedaban. Se encontró agradecida, incluso por esa mediocre cobertura. A pesar de que no ayudaba mucho. Todavía era distraente y sexy, con atisbos de ese largo torso castaño asomándose por la camisa abierta. La visión de su pecho desnudo había robado todos los dígitos de su coeficiente intelectual.

Salieron fuera. Mientras Dragos cerraba la puerta, ella hizo una nota mental para llamar a Quentin advirtiéndole que no habían dejado la casa en tan buen estado como a ella le hubiera gustado.

Dragos la escoltó al lado del pasajero del coche mientras miraba alrededor. El asesino completamente helado estaba de regreso. Le abrió la puerta y la cerró después de que estuviera sentada, luego puso los paquetes en la parte trasera y entró al asiento del conductor.

—¿Esperas problemas? —preguntó ella, volviéndose a mirar la tranquila escena nocturna. En conjunto con la siesta y todo lo demás, habían usado casi seis de las

doce horas de límite de Dragos, y eran alrededor de las 3:00 de la mañana. Algunas de las casas junto a la playa tenían una fiesta con todas las luces encendidas, pero se mantenían en silencio.

—No si los Elfos mantienen su palabra —dijo. Él localizó la palanca y empujó el asiento hacia atrás todo lo que pudo.

—¿Por qué no sería así? —preguntó ella, los ojos muy abiertos—. Nunca he oído nada malo sobre su integridad.

—Eres bastante más joven que yo también —le recordó—. Cada raza ha tenido sus momentos menos que estelares de vez en cuando. ¡Oh, joder! Este coche me va a matar.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Todavía estoy esperando a que acelere —le dijo—. Cualquiera día de estos. ¿Qué es, un *PDM*?

—¿Qué es un *PDM*?

—Pedazo de mierda de coche.

Ella se echó a reír.

—Es un *Honda Civic*, y es un buen automóvil. Muy bajo consumo.

—Bueno, ya sabemos por qué, ¿no? —A pesar de sus palabras, siguió a una velocidad moderada hasta que hubieron salido de la zona de la playa y llegaron a una carretera principal. Cuando aceleró, mantuvo la velocidad constante del vehículo en el límite de velocidad.

—¿Qué clase de coche tienes? —Ella abrió el yogur. Se moría de hambre.

—Mi favorito es el *Bugatti*.

Podría haber sabido que tendría un coche valorado en más de un millón de dólares. No había duda de que hacía algo extravagante como golpear la barrera del sonido en sesenta segundos. Ella empezó a comer.

—¿Cuántos otros coches tienes?

—Tal vez treinta en toda la flota. No les sigo la pista a todos. Los que conduzco son el *Bugatti* o el *Hummer*. A Veces los *Rolls*. Mi gente conduce los otros.

—Por supuesto que sí —dijo. *Su gente*. Ella negó con la cabeza. Tal extravagante riqueza era inimaginable.

Él le echó una mirada lateral, su labio se curvó.

—¿Qué diablos comes?

Se limpió la comisura de la boca con un dedo.

—Yogur de soja.

—¿Eso es comida? Probé lo que compraste el otro día, *Twizzlers* y el *Slurpee* de Coca con sabor a cereza. No pude sacar ninguno de mi boca lo suficientemente rápido.

Ella se echó a reír.

—Vamos, no pudo haber sido tan malo.

—Lo fue —le dijo con voz grave—. Fue muy malo.

—¿Cómo supiste... —de pronto lo entendió—. Oh, la nota que te dejé. La escribí en el reverso de un recibo. —Ella se golpeó la frente—. Así es como me rastreaste.

—Recibimos las imágenes de seguridad de la fecha del recibo. Entre eso y tu nombre humano que me dijiste en el sueño, que tuvimos.

Ella suspiró, terminó su yogur y abrió el paquete de almendras.

—Tanto para mi vida de delincuencia. —Ella le ofreció el paquete abierto y él negó con la cabeza. Luces delanteras llegaron detrás de ellos y se quedaron lejos a una distancia constante. Se dio cuenta de que él miraba por el retrovisor y se retorció en su asiento—. ¿Qué pasa?

—Tenemos una escolta hasta la frontera Élfica. —Su perfil se veía duro reflejado a la tenue luz—. Cuán amable de su parte. ¿Qué quieres apostar a que ofrecerían asistencia en carretera si tuviéramos un pinchazo?

—Bueno, casi no se les puede culpar —señaló ella—. Entraste por la fuerza.

—Sí, y tú me robaste —dijo—. Y mira lo bien que lo estamos llevando.

Ella se sorprendió. Pensó de nuevo en el sobrecargado día. Se llevaban extraordinariamente bien. Ella sospechaba que debía estar loca por eso. Ahora que lo pensaba, una parte de ella lo estaba.

—Ahora que lo mencionas —murmuró—, parece estar yendo un poco contra los estereotipos. ¿No es así?

—Por supuesto —le dijo con voz sedosa—. ¿Crees que voy de posiblemente desgarramiento a besos en un día con cualquier persona que me ha robado?

—No... no he tenido mucho tiempo para pensar en eso. —Ella no había tenido tiempo para pensar en casi nada.

Él sostuvo en alto un dedo.

—Primero, eres la única que alguna vez ha tenido éxito en robarme —sostuvo en alto otro dedo—. Segundo, no soy una criatura misericordiosa. De hecho, eres la única a quién alguna vez he perdonado. —Él erigió un tercer dedo—. Y tercero, me gusta la venganza. Estoy deseando desgarrar a la persona que te dio ese encanto y se quedó con mi penique.

—Dicho así, todavía debería estar corriendo y gritando —dijo. Tragó saliva y miró por la ventanilla a las escenas de la noche oscura pasando—. ¿Por qué es tan diferente?

—¿Recuerdas cuando dije que no estaba aburrido?

Ella asintió con la cabeza mientras doblaba la esquina de su camisa de manga larga entre los dedos.

—Mirando hacia atrás, creo que he estado aburrido durante siglos. Eso es una rutina muy grande. La gente se apresura a darme cualquier cosa que pueda desear. Y si por alguna razón esto no ocurre, siempre puedo comprar lo que quiero.

—No puedo imaginarlo —murmuró.

—Bueno, yo vivo de esa manera todos los días. Pero tú eres diferente. Has sido una serie de sorpresas desde el principio —dijo Dragos—. Nunca he estado tan enfadado. A continuación, la nota me hizo reír a carcajadas. ¿El sueño? Gran sorpresa. Las cosas ridículas que dices, la forma en que hueles, el color de tu pelo bajo el sol, bajo la luna. —Él le lanzó una mirada de soslayo con una sonrisa bien afilada propia—. No estoy aburrido. Me parece que eso vale mucho para mí, incluyendo averiguar cómo hacer cosas nuevas.

Ella se volvió para mirar por la ventanilla otra vez. *Oh genial, ¿así que podía relajarse el tiempo que fuera entretenida? ¿Qué pasaría cuando se aburriera de ella? ¿Iba a olvidársele cómo la “perdonó”?* Se mordió el labio.

Menos mal que todavía le quedaban tres escondites en *Nueva York*, con tres nuevas identidades y más dinero. Suponiendo que regresara a la ciudad con él después de todo. Sólo tenía que seguirle la corriente hasta encontrar algún modo de escapar.

Su mano se posó en su rodilla. Saltó y volvió su atención a él.

—Pía —dijo. La sonrisa había desaparecido de su voz—. Quiero que me escuches. Lo digo en serio. No trates de huir cuando volvamos a la ciudad.

Sus ojos se agrandaron.

—¿De qué estás hablando?

—Oh, vamos, no es un gran salto —replicó él. Su mano se apretó, tan fuerte sobre ella como un grillete de hierro—. ¿Recuerdas que dije que llamé a *Nueva York*?

Hablé con mi Primer centinela un grifo llamado Rune. Creemos saber quién podría haber sido responsable de orquestar lo que pasó, la manipulación y el asesinato de Keith y su corredor de apuestas, asegurándose de que el encanto llegara a ti y se quedaba con el penique.

—Oh —dijo ella, en un hilillo de voz—. Tengo la sensación de que no quiero escuchar esto. —La almendra que acababa de tragarse pareció pegársele a la garganta. Dobló el paquete, puso el resto de frutos secos en la bolsa de la compra a sus pies y bebió parte de una botella de agua antes de tapparla y lanzarla de nuevo en la bolsa.

—Tengo la sensación de que tienes razón. Pero tienes que escucharlo. Si Keith dijo algo de ti, cualquier cosa sobre ti, no estás a salvo. ¿Puedes garantizar que no lo hizo antes de que le hicieras tomar el juramento vinculante?

Ella se retorció, sombría con el retorno del miedo.

—Me dijo que me había mencionado, pero no había dicho mucho. Tiene sentido que no lo hiciera. Él habría querido tratar de controlar cómo iban las cosas.

—Pero prueba este pensamiento —dijo Dragos—. Él también habría tenido que ser bastante malditamente convincente con alguien para conseguir ese encanto. ¿Sabes cuántas personas podrían hacer algo así, algo con la fuerza necesaria para mantenerse contra mis hechizos más fuertes?

—Supongo que por cómo esta conversación está yendo, no muchas —murmuró.

—Una vez más, tendrías razón. Así, de pronto, se me ocurren tres. —El grillete en la pierna se aflojó. Le frotó el muslo—. ¿Ves a lo que quiero llegar?

Siguiendo el instinto, ella le tomó la mano entre las suyas. Él le permitió mantenerla en su regazo.

—¿Quiénes son?

—Una bruja muy vieja de *Rusia*. La *Reina Vampiro* en *San Francisco* es una hechicera. Y el *Rey de las Hadas Oscuras*.

—Mierda. —*Mierda, mierda, mierda.*

—Tengo gente investigando en este momento para ver si puede haber alguien más que pudiera llevar a cabo un encanto lo suficientemente fuerte para encontrar mi tesoro. Ahora mismo, parece que no lo hay. La bruja es muy indiferente a las cosas que suceden fuera de su vecindario. No la veo como probable. Y la *Reina Vampiro* es una especie de amiga, o por lo menos una aliada, ¿pero el *Rey de las Hadas Oscuras*? —Dragos sacudió la cabeza con una sonrisa triste—. Urien me odia más allá de cualquier otra cosa. Da la casualidad que en los últimos 200 años he tenido algo que desesperadamente quiere, y no le voy a dejar poner sus manos en ello. No

vacilaría en arrasar el continente si pensara que eso me destruiría también. Tú no serías más que un pequeño bache en su camino.

De lo poco que ella sabía de las Hadas, había dos *Cortes*, una *Oscura* y otra *Luminosa*, y la mayoría de las veces estaban peleando entre sí por algo. Las *Hadas de la Luz* eran gobernadas por una reina. Urien gobernaba a las *Hadas Oscuras*. Él podría ser el *Poder* desagradable que había manipulado Keith entre bastidores.

Se centró en la mano que sostenía en su regazo. Era una mano grande y fuerte. Su brazo era el tronco de un árbol. Se dio cuenta de que lo estaba acariciando, acariciando sus largos dedos con los suyos.

—Mi gente es muy buena. No creo que fueras capaz de llegar lejos de todos modos, pero has demostrado ser sorprendentemente ingeniosa —dijo. Él podría ser muchas cosas, seductor, persuasivo, tranquilo, pero esta capacidad de ternura la sorprendió—. Y en la remota posibilidad de que lograras escapar, te encontraría de nuevo. Pero estarías en peligro hasta que lo hiciera, así que ¿qué hay de esa promesa?

—Está bien —dijo.

—Buena chica. —Su mano se apretó sobre la suya y luego se apartó.

Se quedaron en silencio. Algún tiempo después, cuando el cielo se había aclarado al pre-amanecer, las luces detrás de ellos brillaron, y el coche que los había estado siguiendo se alejó. Ella supuso que eso significaba que habían cruzado la heredad Élfica.

Después de un rato sus párpados cayeron de nuevo. Ella no creía que pudiera dormirse, pero dos tramos de dos horas y una siesta por la tarde no eran suficiente descanso, ya que no había dormido una noche completa durante un tiempo. Se frotó las sienes y dijo.

—Uno de estos días, voy a conseguir una verdadera comida y dormir de verdad una noche.

Dragos le dijo:

—Le dije a Rune que encontrara a alguien que pudiera cocinar el tipo de comida que comes.

A pesar de sí misma, tuvo que sonreír. Él hacía al vegetarianismo sonar tan extraño, como cocinar comida para perros.

—Eso fue muy amable de tu parte, gracias. —Ella tuvo una breve lucha entre el orgullo y el deseo, y ganó el deseo. Puso la cabeza contra su brazo.

Era un error. Era una tontería. Ella no debería tener tal comodidad del duro, musculoso calor contra el que se apoyaba. Y lo último que debería hacer era empezar a confiar en él.

Él le ahuecó la cabeza y luego se centró nuevamente en la conducción. Ella se durmió.

Algún tiempo indefinido después, ella llegó alerta a una vaga sensación de ansiedad. Se fortaleció mientras se erguía y miraba alrededor. La luz de la mañana era más fuerte, aunque el sol todavía no había aparecido en el horizonte. El paisaje era un borrón al pasar. Ella echó un vistazo al velocímetro. Viajaban cerca de 177 kilómetros por hora.

Ella miró a Dragos. Su cuerpo estaba relajado y él conducía con completa capacidad, pero su rostro oscuro era feroz.

—¿Qué pasa?

—Algo nos ha encontrado. Estamos siendo rastreados. No sé si podemos escapar, pero estamos intentándolo.

Aun sabiendo que era inútil, ella no podía dejar de mirar a su alrededor. También abrió sus sentidos amplios, tratando de entender lo que estaba recogiendo. La comprensión se le escapaba. Nunca antes había experimentado lo que estaba sintiendo.

—¿Qué pasa? —preguntó él.

—No comprendo lo que estoy sintiendo —dijo ella.

Sus cejas ascendieron.

—Intenta describirlo.

—De eso se trata; No lo sé —ella se encogió de hombros, sintiéndose inadecuada—. Es... que no se siente bien. Es como una sensación de temor, sabiendo que algo malo está cerca. ¿No lo sientes?

—No —dijo—. Estás describiendo algo diferente al hechizo que se ha cerrado sobre nosotros. La sensación puede estar relacionada con tu sangre Wyr.

—¿Dónde estamos?

—La siguiente gran ciudad es *Fayetteville*. Si logramos llegar, vamos a cambiar de rumbo.

¿*Si logramos llegar?* Él sonaba tan calmado. Ella agarró el cinturón de seguridad.

Lo que vino después sucedió tan rápido. En una curva ciega, un vehículo grande rugió sobre ellos. Dragos viró fuerte, manteniendo el coche en un estricto control. Pero justo en ese momento llegó otro vehículo desde delante a la derecha.

El lado del pasajero. La luz la cegó.

Dragos dio un último brusco volantazo. Los neumáticos chirriaron cuando el coche entró en un trompo. Todo giró. A continuación, el vehículo aproximándose estaba a punto de impactar el lado del conductor. Él lanzó su torso sobre el de ella, metiéndole la cabeza en el hueco de su cuello.

Un ruido horrendo mientras todo...

Capítulo 7

Traducido por Shellene

Corregido por Nanis

El dolor la despertó. Su cuerpo estaba retorcido en un ángulo incómodo. Estaba rodeada de metal dentado y atrapada bajo un gran peso.

Ella gimió.

—Shh —susurró Dragos—. Está bien. Vas a estar bien.

Trató de tomar una respiración profunda y no pudo.

—No puedo respirar —gimió ella—. No puedo mover las piernas.

—Hemos tenido un accidente, Pia. Estás inmovilizada, pero yo voy a salir. Por ahora tienes que escucharme. No te muevas. ¿Puedes hacer eso por mí? ¿Sólo por un rato?

Su voz se entretejió en ella y apartó su pánico. Él la estaba seduciendo para calmarla. Algún día iba a tener unas palabras con él acerca de jugar con su cabeza. Ahora mismo no parecía el momento. Intentó respiraciones superficiales pronunció: —Está bien.

—Eres una chica valiente —la tranquilizó.

El pesado peso en su pecho se levantó brevemente. El metal gimió. Fue un sonido terrible. El dolor le quemó las piernas y la espalda. Ella gritó, y el mundo se volvió gris.

Dragos maldijo a un flujo constante de virulencia mientras Pia perdía la conciencia de nuevo. El impacto había sido tan violento que el coche era un montón irreconocible de metal retorcido. La mayoría de las criaturas no podrían haber sobrevivido al accidente. Si hubiera sido menos de lo que era, si no se hubiera recuperado lo suficiente del veneno de los Elfos, si no se hubiera lanzado sobre Pia y empujado con su *Poder* para cubrirlos a ambos, ella habría sido aplastada en un instante.

Estaban rodeados por las sombras. Desgarró la bolsa de aire que se desplomó en tiras y arrojó los pedazos por el retorcido pequeño espacio que había sido la

ventanilla delantera del acompañante. Luego le rompió el cinturón de seguridad. Él miró alrededor mientras las sombras se acercaban más. Enseñó los dientes y gruñó una advertencia, y las sombras se detuvieron. Sobre los olores de goma quemada y gasolina, el hedor de Trasgo hizo que sus fosas nasales se ensancharan. Pronto los Trasgos comenzaron a deslizarse más cerca de nuevo, sus gruesos rasgos volviéndose visibles en el pre-amanecer.

Pensaban que lo habían inmovilizado. Estaban en lo cierto.

Su cuerpo había recibido daño, varias contusiones y cortes, pero los ignoró. Para él, las lesiones eran leves. Si hubiera estado solo, habría arrancado su salida de los restos y hecho un Smackdown como en la WWE en sus feos traseros. Pero si lo hacía le podría hacer un daño incalculable a Pia, tal vez matarla. Tendría que ser muy cuidadoso en el trabajo para liberarla de los restos. Eso llevaría tiempo. Ella era mucho más frágil que él.

Los Trasgos se volvieron más audaces. Eran criaturas deformes, de pieles grises y con brutal fuerza inhumana. Eran una de las pocas Razas Antiguas que no podían mantener algún tipo de glamur para hacerlos más aceptables para convivir con los humanos. Por esa razón, pasaban la mayor parte de su tiempo en Otras tierras, donde la Magia era más fuerte, la humanidad era la rareza y ciertas tecnologías, como los electrodomésticos y el armamento moderno no funcionarían con ningún grado de seguridad o fiabilidad.

Él expandió sus sentidos y encontró un pasaje cercano que conducía a un foco de Otras tierras. Gran sorpresa.

Volvió su atención a Pia. Los escombros los habían envuelto juntos como un regalo macabro. Él estaba retorcido en la cintura, el torso cubriendo el suyo. Su asiento se había roto. Ella yacía parcialmente en lo que había sido el asiento trasero, mientras que la parte delantera del coche se había derrumbado sobre sus piernas.

Él movió el brazo izquierdo libre y llegó detrás de él para agarrar la columna de dirección, que estaba presionando contra su riñón izquierdo inferior. Apoyándose en el brazo derecho, empujó.

Con cuidado. El metal gimió y la columna se aflojó unos cuantos centímetros. Se detuvo antes de que lo quisiera, para poder comprobar si el desplazamiento de la columna haría algo más que apretar hacia abajo sobre Pia. Él no sintió caer nada más. Bastante bueno. Intentó lo mismo con el techo que estaba desplomado sobre su espalda y obtuvo un poco más de espacio para ellos.

Los Trasgos se llamaron entre sí en su idioma gutural. Uno se acercó demasiado. Sonriendo, metió una espada dentada hacia él a través del agujero triturado de la ventanilla.

Dragos agarró la espada. Golpeó el otro brazo por el agujero. Cerró la mano alrededor de la garganta del Trasgo y la aplastó, cuando la criatura se atragantó y pateó. Lo soltó. El Trasgo se desplomó en el suelo, las garras penetrando en su cuello arruinado, mientras moría. Los otros Trasgos vieron como su compañero expulsaba su vida, pero no hicieron ningún movimiento para tratar de ayudarlo.

Qué tan malditamente encantador. Ignorando sus dedos sangrantes, bajó el arma en el coche. Los otros Trasgos gruñeron, pero se mantuvieron bien lejos de su alcance.

Él encajó la espada cerca de su mano y volvió su atención a Pia, haciendo caso omiso cuando el arruinado coche se tambaleó. Los Trasgos colocaron los restos en una plataforma con ellos dentro.

Al menos ella estaba respirando mejor. Contusiones, cortes y moretones manchaban su rostro. La camisa que llevaba como una chaqueta estaba cortada y húmeda con la sangre en algunos lugares. Siempre pálida, su sombría mirada se veía demasiado blanca a la sucia luz matinal. Una delicada tracería de venas azules era visible bajo la fina piel en su sien.

El camión plataforma se tambaleó al ponerse en marcha, salió de la autopista y cortó por el campo. Trasgos armados y blindados trotaban paralelos y detrás, manteniéndolos rodeados. Viajaron hacia el pasadizo que los llevaría a la Otra Tierra.

Dragos exploró su cuerpo con *Poder*, prestando especial atención a su columna vertebral y piernas. Suspiro de alivio cuando las encontró intactas. Había logrado lanzar suficiente cobertura sobre ella para evitar daños estructurales importantes. A continuación comprobó el sangrado. Encontró metal dentado cortando en su pantorrilla derecha. No era de extrañar que se hubiera desmayado cuando él trató de mover las cosas. Bajó la cabeza y usó sus hombros mientras empujaba contra el techo arrugado, ganando varios, necesarios, centímetros más.

Estudió cómo sus piernas estaban clavadas hasta que quedó satisfecho de haber encontrado una manera de ampliar el espacio sin herirla más. Agarró los dos lugares que había elegido y los alejó. El metal protestó, pero cedió hasta que sus piernas estuvieron libres. La sangre brotó cuando el irregular metal dejó su pierna. Él golpeó la palma sobre el mismo. A pesar de la urgente necesidad de detener el sangrado, se detuvo y tomó aliento al sentir su Poder brotando debajo de su mano.

Sol líquido, Magia eterna, joven, salvaje y libre. Descartó, cada palabra conforme le llegaban. Todas eran inadecuadas. Lo que ahora sabía con certeza era lo que había sospechado antes. Estaba en presencia de algo único. En la serie de sorpresas con las que se había encontrado desde que había sido consciente de ella, llegó a otra por primera vez en su larga y mala vida cuando descubrió la reverencia.

Envió un pulso muy suave de *Poder* para sellar la herida y detener la hemorragia. Envió el pulso sobre su cuerpo, sellando otros cortes más pequeños. A ella le dolería y estaría descontenta cuando despertara, pero estaría viva. Eso era lo único que importaba.

Eso era todo lo que importaba.

Se enderezó lo más que pudo y le tomó la barbilla. —Pia —dijo, llegando suave y tranquilo a su mente inconsciente—. Es hora de despertar. Quiero que abras los ojos.

Apartó los dedos que agarraban su barbilla. Estaba cansada, *maldita sea*. Murmuró: —¿Dejarías de hablar tan fuerte?

—Pia, mírame.

—Quiero dormir —dijo, con tono malhumorado. ¿Por qué esa voz tenía que ser tan malditamente hermosa?

La voz canturreó: —Lo sé, pero no se puede. Aguanta, nena.

—Dios, eres tan molesto. —Ella suspiró, pero abrió los ojos.

Miró a Dragos, que le sonrió, su oscura expresión iluminada con una expresión desconocida. En algún otro lo llamaría alivio. Sostenía su peso sobre un codo por su cabeza mientras se inclinaba sobre ella. En uno de los lados de su rostro había una contusión de color púrpura oscuro.

Su mirada dejó ese rompecabezas y pasó a otros, viajando sobre un metal deformado desconocido mientras se tambaleaba en un movimiento constante y desigual. Levantó la cabeza para mirar hacia fuera y deseó no haberse molestado. Monstruos corrían junto a ellos. La sensación de temor de antes la golpeó con plena fuerza. La tierra que los rodeaba brillaba con Magia que estaba creciendo en fuerza. Era demasiado para asimilar a la vez.

—Estamos siendo secuestrados —le dijo con voz tranquila—. Accidente de coche. ¿Te acuerdas? Estoy bastante seguro de que nos están transportando a Otra tierra —le acarició el cabello—. Estás bien. Fuiste herida, pero no es malo.

Ella miró su cuerpo maltratado y manchado de sangre. Un interruptor se disparó en su cabeza.

—Oh Dios, estoy sangrando —balbuceó. Sacudió los brazos, restregándose la humedad veteando su rostro.

—Ya —dijo. Él le sujetó las manos—. Detén el pánico. Dije que estás bien.

—Haz que se detenga. No puedo sangrar —luchó y comenzó a hiperventilar.

—Baja la voz. Uno de ellos podría entender el inglés —puso una mano sobre su boca, sujetándola—. Maldita sea, acababa de cerrar tus heridas. Vas a cortarte de nuevo, si no tienes cuidado.

—Dragos, no puedo sangrar —dijo, ahogada contra su palma—. ¿Entiendes? ¡No puedo sangrar! —lo miró con ojos desorbitados—. ¿Puedes quemarla?

Él la miró fijamente, su mirada de oro arrebatada. —Pia —dijo—, fuiste cortada por todas partes.

—No importa —jadeó—. Tenemos que deshacernos de la sangre.

Después de una rápida mirada asesina a lo que estaba sucediendo fuera de su jaula privada, dijo por entre dientes apretados: —Mierda. Muy bien, mantente quieta.

Se quedó paralizada, expulsando el pánico. Moviéndose rápido, él rasgó sus jeans sobre las rodillas y la despojó de la ropa ensangrentada. La utilizó para limpiarle las piernas y el borde del metal que la había cortado, y lo arrugó. Ella luchó por escabullirse de su camisa, obstaculizada por su espacio cercano. Él ayudó en la trituración y luego la usó para limpiarle los cortes en los brazos y la cara lo mejor que pudo. Lo añadió al fajo de material que apretaba en un puño.

La Magia surgió. El camión tosió y se detuvo. Los Tragos corrieron a desenganchar la plataforma, llamándose unos a otros mientras corrían por debajo de las cadenas. Una docena de Tragos agarraron las cadenas y comenzaron a transportarlos hacia adelante.

—Hemos cruzado al otro lado —dijo él.

Ella nunca había estado en Otra tierra antes. Su madre se rehusó a llevarla, insistiendo que su mejor oportunidad para evitar el descubrimiento era esconderse entre la raza humana. A pesar de todo lo que estaba sucediendo, la sensación de la tierra era embriagadora.

Ella miró por la ventana arruinada. Majestuosos árboles ancestrales cubiertos con enredaderas se alzaban a su alrededor. Había una simetría con la tierra que alimentaba su espíritu cansado. Su mirada siguió la gruesa torsión del tronco de un árbol hasta las ramas extendiéndose en lo alto con la gracia del techo abovedado de una catedral. Imbuido de años, empapado de Magia, todo parecía más rico, más verde, y la luz del sol matutino brillaba más dorada y luminosa.

El dolor la obligó a recostarse. Susurró: —Es hermosa.

—Estoy muy seguro de que no lo será donde nos están llevando —dijo.

Ambos miraron abajo a la camiseta amarillo limón de manga corta que ella se había puesto debajo. El hombro derecho estaba empapado de color rojo, junto con un área en la cintura, donde había sangrado a través de la camisa.

—Arráncala —dijo. Ella alejó la sensación de pánico por la exposición. Esperaba que su sostén estuviera limpio.

Sus ojos se volvieron lava caliente cuando él miró a los Trasgos que los rodeaban.

—Joder si lo haré —espetó.

Se metió el fajo de material en su regazo y luego arrancó la camisa en los hombros y la cintura hasta que consiguió toda la tela ensangrentada. Lo que quedó de la camiseta fue un desastre desigual que dejó su estómago y hombros al descubierto, pero el cuello estaba intacto. Ella miró debajo de él y suspiró con alivio. Su sujetador no tenía sangre.

Por último, se arrancó su propia camisa, que estaba salpicada de manchas rojas. Ató el paquete con los trozos de su camisa.

Luego lo levantó en una mano cerrada hasta la abertura de la arrugada ventana. Sus ojos se estrecharon. La lava en ellos quemó al igual que su *Poder*. El paquete estalló en llamas.

—Gracias —susurró ella.

Él dijo: —Vamos a tener que hablar de esto cuando lleguemos a casa.

Ella se encogió contra su pecho, lejos de la llamarada de fuego, mirando fijamente mientras él sostenía la pelota en el puño. Ardía con demasiada intensidad, alimentada por su Magia. Sintió el calor lamer a lo largo de su piel pero sin quemarla.

Él envió una mirada de soslayo al exterior, una rápida mirada malvada, luego arrojó el paño de fuego con una fuerza suficiente que abofeteó a un Trasgo cercano en la cara.

—Dos pájaros de un tiro —él se encogió de hombros cuando Pia lo miró. Observó con interés como comenzaron los gritos.

El Trasgo corrió en círculos erráticos, golpeándose la cara encendida y aullando. El fuego se negó a morir. En cambio, impulsado por el *Poder* de él, la Magia de la tierra y todo lo que había en la sangre de ella, se extendió a la armadura de cuero. Pia se alejó de la horrible visión. Se tapó los oídos y hundió la cara en su pecho. Él ahuecó la parte posterior de su cabeza y vio como el Trasgo caía y moría.

La venganza era una perra hermosa. También era una buena amiga suya, y acababan de empezar.

Quedaban veinte Trasgos después de los dos que Dragos había matado. Al poco tiempo se les unió otra docena. Los recién llegados intercambiaron lugares con los que habían estado acarreado la superficie. El ritmo se aceleró.

Después de que Dragos empujara el coche deformado en algunos lugares más cuidadosamente seleccionados, pudieron moverse un poco más en el interior y ponerse más o menos cómodos. Entonces él centró su atención en lo que estaba pasando afuera.

Ella había observado con los ojos muy abiertos como él había doblado las puntas dentadas de metal alrededor de sus piernas para que no se cortara otra vez cuando ella se movió. Esa era una especie de fuerza aterradora que él tenía. Sacó todo en la estrecha y ajena zona a sus pies y logró encontrar una botella de agua estropeada que no había sido perforada. Compartieron la mitad a sorbos, y luego tapó el resto para más adelante.

No tenía la menor duda de que Dragos había salvado su vida en más de un sentido. Estaba agradecida que él hubiera sido capaz de detener el sangrado, sellando su corte. Él le dijo que era una forma de cauterización, excepto que era incapaz de impedir que sintiera dolor. Era una lástima que ese fuera el alcance de sus habilidades de curación, debido a que le dolía todo el cuerpo.

Ella se asomaba de vez en cuando, mirando alrededor con asombro en el paisaje que era tan parecido y sin embargo, diferencia de la parte de la Tierra que conocía. El fluido balanceo de las colinas, el follaje en flor Verdi-azul, los fragmentos de luz del sol reluciendo de cristalinas venas de agua en las grandes rocas de granito, las escenas que pasaban cubrían alguna verdad invisible que era tan esencial, tan palpable, que podría jurar que casi podía sacarla del aire con ambas manos. Alguna parte largamente negada, desnutrida de su alma, se desplegó y gimió con la necesidad de beber de ella.

¿Era la magia de la Otra tierra la que la llamaba? ¿Era el antiguo y sagaz salvajismo del bosque que no había visto el hacha del leñador, ni el arado del agricultor, lo que le recordaba a su yo más profundo, la criatura salvaje que vivía atrapada dentro de la jaula inadecuada de su carne débil, de híbrido?

Quería cortarse para dejar salir a la pobre criatura. El recrudecimiento de la desesperada emoción fue tan violento, tan incontenible, la parte de ella que era civilizada con el lenguaje y la cultura se apartó de él. Un impulso fantasmal la atravesó para tratar de decirle a Dragos sobre el rebotante frenesí en su interior, pero la civilización y el idioma le fallaron al final. No entendía lo que sentía y por eso permaneció en silencio.

Con tanta fuerza como la tierra la llamaba, los Tragos la ponían nerviosa, por lo que no miraba fuera demasiado a menudo. Optó por recostarse en su asiento roto y mirar perdidamente al techo destrozado mientras trataba de explorar el misterioso paisaje que se encontraba dentro de sí misma. Se convenció de que los Tragos eran la fuente del temor que se aferraba a ella. El sentimiento se arrastró a lo largo de su piel como arañas recién nacidas.

Había otras capas de la mezcla de contradicción, emociones complejas. El shock por el accidente permanecía. El miedo se aferraba, junto con la ansiedad sobre lo que sucedería a continuación. La excitación brotaba por estar realmente en Otra Tierra.

Dragos existía en el centro de todo. Era su único punto de referencia estable, su brújula apuntando al Norte.

Su piel de bronce oscuro parecía más intensa, con el pelo como la tinta más brillante, el oro de sus ojos más pulido de lo que habían sido antes. Se preguntó si se trataba de un efecto de la tierra saturada de Magia, o si era un efecto colateral del veneno de los Elfos intentando salir de su sistema. Tal vez ambas cosas.

Estudió su peligroso rostro mientras se reclinaba en un hombro y observaba lo que ocurría afuera. Sus ojos de oro estaban calculando, y mantenía la espada Trasgo que había capturado lista contra su costado.

Ella midió las probabilidades. Por un lado, treinta o cuarenta Trasgos armados, más o menos. Por otra parte, un Dragón seriamente enojado. Pensó en la enorme fuerza de esas manos mientras reconfiguraba el metal cerca de sus piernas. Tal vez no era imparcial, pero los Trasgos estaban muertos.

El truco sería cómo y cuándo iba a matarlos.

—El problema soy yo —dijo, lanzando su voz baja, como le había indicado.

—¿De qué estás hablando? —dijo en voz baja, sólo medio prestándole atención.

—Al igual que lo fui cuando los Elfos te rodearon. No luchaste contra ellos porque me puse en medio. —Eso consiguió toda su atención. Se sentía tranquila y clara—. Apuesto que podrías haber salido de los restos, probablemente mucho antes de que cruzaran.

—Las especulaciones como esa son inútiles —le dijo, frunciendo el ceño.

—Tal vez podrías haber conseguido liberarte de los restos antes de que los Trasgos incluso consiguieran poner el coche en la superficie plana, ¿verdad? —insistió—. No lo hiciste, sin embargo, por mí. Te estoy frenando.

—Vamos a ser claros en algo —dijo—. No sé qué demonios eres. Estamos añadiendo eso a una creciente lista de cosas para esa conversación que vamos tener cuando salgamos de aquí. Pero una cosa que no eres es un problema. Digamos que eres una consideración táctica.

—Consideración táctica —resopló ella—. ¿Qué significa eso?

—Significa un factor en las decisiones que tomo. Deja de mortificarte —él le dio un golpecito a la nariz con el dedo índice—. Parece que estamos llegando a nuestro destino.

Ella se apoyó en los codos y miró hacia afuera. Habían estado viajando durante mucho tiempo. No estaba segura de cuánto tiempo, porque había oído que el tiempo corría a un ritmo diferente en Otras Tierras. El sol habían bajado hasta que parecía el final de la tarde o el principio de la noche, pero si iba con lo que su reloj biológico le decía, se sentía como si hubieran estado atrapados en esa terrible accidente durante todo un día.

La tierra se había vuelto más rocosa y salvaje desde que se había asomado la última vez. Por delante contra el fondo de un acantilado había... ¿una fortaleza? de piedra, de aspecto sombrío. Wow, nunca había visto una fortaleza antes. Un par de Trasgos se separaron y corrieron por delante del grupo principal. La ansiedad consiguió la ventaja de todas las otras emociones en su mezcla. Su estómago se anudó.

La mano de Dragos se asentó en su hombro en un agarre firme y estable.

—Escúchame —susurró—. Vas a hacer lo que te digo. ¿Entiendes? Ahora no es el momento de discutir o desobedecerme. Yo soy el experto aquí. ¿Entendido?

Ella asintió con la cabeza. Se centró en regular su respiración mientras aferraba la mirada a la suya.

—Esto es lo que vas a hacer —susurró, mirando fijamente a los ojos—. No lles la atención sobre ti en absoluto. No les des una razón para creer que eres nada más que secundaria. No mires a los ojos. Para un Trasgo, eso es una señal de agresión. No hables con ellos. No luches. ¿Entiendes?

—Creo que sí —susurró de nuevo. Ese caballo galopante estaba de vuelta en su pecho. De la manera que habían ido las cosas esta última semana, había perdido diez años de su vida por el estrés.

—Esto es lo que creo que va a pasar. Nos van a separar. Puede que te hagan daño —apretó el agarre hasta el punto de dolor—. No te matarán. Han visto que estaba tendido sobre ti de alguna manera, por lo que querrán utilizarte como influencia para controlarme. Los Trasgos no tienen interés en las mujeres humanas. No te violarán.

Un espasmo de temblor la golpeó, y luego se fue de nuevo y estaba tranquila.

—Está bien —le dijo—. Estoy bien. Me alegro de que me estés diciendo esto.

—Esa es mi chica valiente —soltó su hombro y le acarició la mejilla con los nudillos.

—Eso es muy condescendiente —dijo, negándose a reconocer cómo su idiota corazón se había hinchado a sus palabras. Parecía bastante claro a estas alturas que no tenía sentido o buen gusto.

Él le dio un encogimiento de hombros impaciente. —¿Y?

Justo cuando ella soltó una carcajada. Su mirada rapaz se estrechó. Ella colocó ambas manos sobre su boca para amortiguar el ruido y se puso seria rápidamente.

—Esto todavía se trata de ese penique, ¿no? —dijo en sus palmas.

—Se trata del maldito penique —él estuvo de acuerdo—. Creo que fue utilizado para poner un hechizo de rastreo sobre mí, al igual que el que usamos en ti. No siento ningún *Poder* real aquí todavía, pero apuesto que nuestro orquestador de eventos está en camino. Es una razón más por la que no debes llamar la atención sobre ti.

—No lo haré.

Él miró hacia afuera. —Casi hemos llegado. Si están pensando en lo que espero, no saben que podría haber salido. Desde su punto de vista, debe haber parecido que he estado tratando de liberarme. Espero que me hayan subestimado.

Otra oleada de adrenalina la golpeó. Su sistema estaba sobrecargado por lo que estaba empezando a hacer que se sintiera en la gloria. Recordó lo que había sucedido y asintió con la cabeza.

—Eso es todo. Mantén la cabeza agachada, calla y sobrevive. —Su mirada fue feroz—. Iré tras de ti.

Comenzaron a frenar. Ella no se atrevía a mirar hacia fuera.

—¿Cuándo crees que vas a eliminar lo último del veneno? —Ella obligó a la pregunta a salir por los músculos de su garganta que se habían encerrado.

—Podría llevar un día, tal vez dos. Ayuda que cruzáramos al otro lado y la magia de la tierra sea tan abundante aquí.

Un día o dos. En cierto sentido, no mucho en absoluto. En otros sentidos, toda la vida.

Todo esto era por ella. Robó el penique, era la única a la que había perseguido, y fue quien consiguió que los Elfos le dispararan. Él mismo se abstuvo de escapar de los escombros para ayudarla. Todavía no iba a pelear cuando pararan, porque ella estaba cerca.

Él tiene que esperar hasta que yo esté fuera del camino. Eso es para que no me maten. Tal vez ahora que hemos llegado tan lejos tiene que esperar hasta que esté curada. Va a ser una

carrera, entre lo rápido que pueda obtener la libertad y la rapidez con la que el Poder que ha dispuesto su captura pueda llegar hasta aquí.

La emoción que brotó en eso fue indescriptible.

—Creo que eres mi héroe —dijo. Sólo en medio broma.

Él la miró, la imagen de la incredulidad. —La mayoría de la gente —dijo—, cree que soy un hombre muy malo.

Ella estudió sus ojos para tratar de averiguar si eso le molestaba. No parecía preocupado por ello. Parecía desconcertado por ella.

—Bueno —dijo por fin—, tal vez eres un Dragón muy bueno.

La plataforma se detuvo. Hora del espectáculo.

Ella siguió en cuclillas mientras miraba fuera de los restos. Un Trasgo había salido de una puerta metálica negra. Había visto imágenes de Trasgos antes, pero los dibujos y bocetos no habían logrado captar todo su robusto vigor. Los de verdad no sólo eran horribles sino fornidos. La lengua que hablaban entre sí era entrecortada, gutural y áspera. Cuando algunos se acercaron, se dio cuenta de lo mal que olían.

Sin embargo, había algo diferente sobre este Trasgo, un aire de autoridad. Tenía cuerdas de cadenas negras con grilletes. Caminó más cerca de ellos, pero se detuvo a una distancia prudente. Él también apestaba.

Eran totalmente repulsivos, y de alguna manera se suponía que debía dejar que pusieran sus manos sobre ella. Otro temblor convulsivo la golpeó. En un movimiento inadvertido por los Trasgos, por debajo de su línea de visión, Dragos le puso una mano en la rodilla. Ella la cubrió con la suya.

—Anímate —le susurró ella—. No seas cobarde.

Su mano se cerró y se estremeció de hombros. Ella esperó hacerle reír de nuevo.

El Trasgo que se había acercado les dijo algo. *Chop chop chop*. Dragos le respondió en el mismo horrible idioma. *Chop Chop*.

Siguieron de un lado a otro varias veces más. A continuación, el Trasgo se acercó y tiró los grilletes. Dragos sacó el brazo y los atrapó. Él los tiró en los restos. Tenían mucho más sentido para él que para ella, porque los ordenó hábilmente.

El temor se había vuelto tan fuerte que era nauseabundo. Una parte venía de las cadenas. Apestaban a algún tipo de Magia horrible.

Dragos se inclinó y cerró una esposa a uno de sus tobillos. Ella susurró: —¡Alto! ¿Qué estás haciendo? ¡No te las pongas!

—Cállate —espetó. Cerró una segunda esposa en su otro tobillo.

Ella lo agarró del brazo. —¡Dragos, hay algún tipo de mala Magia en ellas!

Él se dio la vuelta y le gruñó, los ojos llameantes.

Ella se estremeció y se encogió de miedo ante él. Sus pensamientos murieron.

Él terminó de ponerse las otras dos cadenas en sus gruesas muñecas y las sostuvo en alto a fin de que el Trasgo pudiera verlas. El Trasgo asintió con la cabeza y gritó a los otros que pulularon hacia adelante.

Cuando empezaron a palanquear las arruinadas puertas del coche, ella se hizo un ovillo en posición fetal y cerró los ojos.

Capítulo 8

Traducido por Shellene

Corregido por aldebaran

Lo que siguió después fue feo. Ella no podía decir que no había sido advertida.

La sacaron a la fuerza de los escombros en primer lugar. Mantuvo la mirada entrenada en el suelo mientras uno le daba un puñetazo en el estómago. Cuando yacía acurrucada en el suelo tratando de respirar, la patearon. Una y otra vez botas con punta dura se estrellaron contra ella, intercaladas con fuertes carcajadas de Trasgos mientras se burlaban de Dragos, hasta que ella ya no se mantuvo en silencio porque era lo más inteligente para hacer. Ella guardó silencio porque no podía meter una respiración lo suficientemente profunda como para gritar.

Captó una borrosa visión de Dragos de pie en las garras de dos Trasgos igual de grandes que él. Su rostro agresivo, peligroso, estaba en blanco, los ojos de oro tan reflexivos y sin emociones como dos monedas griegas.

Toda una vida más tarde, varios Trasgos con espadas desenvainadas guiaron a Dragos a través de la achaparrada fortaleza de piedra. Un Trasgo la agarró de los cabellos y siguió detrás de ellos. Otro cerraba la marcha, todavía pateándola de vez en cuando, aunque sin mucho interés.

El grupo de Trasgos que custodiaban a Dragos marcharon a una celda. Sus Trasgos la pasaron de largo, hasta una intersección en el pasillo y hacia la derecha. Una vez que estuvieron fuera de la línea de visión de Dragos, sus modos se convirtieron en prácticos y desinteresados. La agarraron por los brazos y la arrastraron a otra celda. La tiraron sobre una pila de paja rancia.

Un Trasgo dijo algo. *Chop Chop*. El otro se rió. Se fueron y la rejilla de una llave sonó en la cerradura de la puerta de la celda. Los sonidos se desvanecieron en el pasillo.

Se quedó en la horrible paja por un tiempo. A continuación se arrastró unos metros, luego se desplomó y yació en las losas frías y sucias. Ella pudo haberse

desmayado. No estaba segura. Lo siguiente de lo que tuvo conocimiento fue de un escarabajo azul negruzco caminando por el suelo.

Ella siguió su curso. Cayó de cabeza en una grieta y se atascó. Ella se arrastró y lo observó un poco más. Consiguió volverse por lo que su pequeña cabeza asomó fuera de la grieta. Las antenas se agitaron y sus patas delanteras se movieron, pero no pudo recibir bastante impulso para arrastrarse fuera.

Sus dedos se deslizaron por el suelo hasta que encontraron un poco de paja. Ella tomó un puñado poco profundo. Movié las puntas profundamente en la grieta y lo levantó. El escarabajo salió y siguió su camino contoneándose.

Cuando desapareció, ella suspiró, rodó sobre su espalda y se levantó, haciendo palanca con las manos, hasta sentarse. Su pensamiento volvió en línea.

Hacer una cosa cada vez. Dar un paso.

Ella se arrastró hasta la pared. *Paso.*

Puso primero un pie por debajo de ella, luego el otro. *Paso.*

Irguió los hombros. Cuando estuvo segura de tener su equilibrio de vuelta, abrió la puerta cerrada de la celda y salió.

El dragón yacía despatarrado donde ellos le habían atado. Estaba doblemente encadenado, primero con los mágicos grilletes negros. El segundo grupo estaba conectado a cuatro puntos al suelo. Él miraba el techo, los pensamientos tejiendo una ruta serpenteante. Cada pocos minutos tiraba de las cadenas del suelo. Ignoraba los tobillos y las muñecas sangrantes. Podía sentir una creciente debilidad de la cadena en el brazo izquierdo y se concentraba en eso.

La puerta de su celda se abrió. Volvió la cabeza, el camino serpenteante volviéndose letal.

Una maltratada y sucia Pia entró de espaldas en el cuarto, y Dragos volvió en su sano juicio.

Comenzó a temblar. La observó escuchar a la puerta agrietada por unos momentos antes de cerrarla. Se dio la vuelta. Cuando lo vio, sus hombros se hundieron.

—Oh, por el amor de Dios. —Ella puso los ojos en blanco—. ¿Dos juegos de grilletes? Ahora supongo que necesitamos dos juegos de llaves. Este día se pone cada vez mejor.

—Ven aquí —dijo. Él le dio a la cadena de anclaje del brazo izquierdo un tirón enorme. La cadena se quejó, pero no se rompió—. Ven aquí. Ven aquí.

Ella ladeó la cabeza, su mirada cansada volviéndose muy sobria. Cojeó a través de la celda y se desplomó de rodillas a su lado. —También te golpearon —dijo. Le tocó las costillas con una mano gentil y ligera.

La agitación aumentó. Hablar con ella antes de que los Trasgos se la llevaran había sido fácil. Él le había explicado con su habitual calmada crueldad cómo pensaba que las cosas podrían ir. En general ella había parecido tomárselo bien. Él abordó la confrontación como siempre, listo y centrado para cumplir cualquier próximo desafío.

Entonces ese primer Trasgo había conducido su puño en su estómago, y él se había vuelto completamente loco. Cada patada, cada golpe que ella sufrió fue como un ácido corrosivo en sus venas. Quería gritar y rabiar. El dragón se esforzaba por extraer el corazón de sus pechos mientras observaba.

Él se había aferrado a su autocontrol por el más simple hilo, al darse cuenta de cuánto peor podría ponerse para ella si ellos conseguían la reacción que estaban buscando.

Ellos la lastimaban. La lastimaban, y eso lo hería en alguna parte en su interior, en un lugar que nunca había sido lastimado antes. Antes había sufrido lesiones físicas y muchas veces dolor. Esto significaba poco para él. Pero esta nueva herida... estaba en shock. Nunca se había dado cuenta qué tan invencible había sido hasta que le fue arrancado.

Él la observó con una mirada hambrienta mientras se arrodillaba a su lado. El brillo de su cabello estaba embotado con la suciedad. Su andrajosa camiseta estaba gris, y los jeans piratas acortados ya no eran azules. Su piel pálida estaba moteada por todas partes con contusiones hinchadas tan profundas que eran un negro púrpura.

Y por debajo de todo, todo eso, estaba recordando cómo justo antes de que sucediera, la había hecho encogerse de miedo. Nunca antes se había odiado a sí mismo, pero pensaba que lo hacía en ese momento.

—Ven aquí, ven aquí —susurró. Sus hermosos ojos pasaron de sobrios a preocupados. Ella se inclinó y puso su mejilla contra la suya. Giró la cara hacia ella y su cabello cayó sobre él en un dosel de luz.

Ella le murmuraba al oído mientras su mano acariciaba su mejilla. Él se centró en ello.

—Lo siento. Todo es culpa mía. No puedo decirte cuánto lo siento.

—¿Qué? —dijo él—. ¿Qué estás diciendo? Deja de hablar de esa manera. Cállate. —le rozó sus labios a lo largo de su piel, respirando en su presencia. Debajo de la suciedad y el hedor de la prisión de los Trasgos, encontró su delicada fragancia,

indómita. Algo apretado y herido en su alma volvió a expandirse—. Te gruñí. No quería hacerlo.

—No seas ridículo, por supuesto que querías. —Ella le acarició el cabello y depositó un beso en su mejilla.

—Te encogiste de miedo. No vuelvas a encogerte de miedo por mí.

—Dragos —dijo en una voz sensata—. Si te vuelves sobre mí y gruñes como un animal salvaje cuando no me lo espero, creo que podría temblar de nuevo. Llámame aniñada si quieres, pero eso es justo lo que pasa.

—No voy a hacerlo otra vez —susurró. Fue tan suave que ella casi no lo oyó. Él concentró toda su atención en el liviano viaje que sus dedos hacían por su cara hasta que le tocó los labios.

Ella suspiró y dejó más de su peso descansar en él. —Las cosas cerradas no pueden mantenerme enjaulada, pero eso no quiere decir que pueda abrir estas malditas cadenas. ¿Cómo diablos voy a conseguir dos juegos de llaves con los Tragos recorriendo todo el lugar?

El deshilachado autocontrol en su voz le envió un poco de nuevo a la locura. —No lo harás —dijo.

Ella levantó la cabeza y frunció el ceño. Él se sintió aliviado al ver que no se había roto. —¿Qué más vamos a hacer? —preguntó—. No podemos esperar hasta que el *Rey de las Hadas Oscuras*, o el *Joker* o *Enigma*, o quienquiera que sea, aparezca.

Su mente hizo clic en marcha de nuevo y se convirtió en una claridad meridiana. —Esto es lo que está pasando —le dijo—. Tengo muy buen oído. La mayoría de los Tragos se han ido a cenar. Hay unos cuantos guardias colocados en lugares estratégicos. Puedo oír donde están.

—Saber eso es muy útil —dijo con alivio.

—Y esto es lo que vamos a hacer —le dijo—. ¿Conoces el punto del pasillo donde te llevaron a la derecha?

Ella asintió con la cabeza.

—Si sigues recto en lugar de a la derecha, hay una especie de sala que utilizan por ese camino. Creo que es un cuarto de guardia. Los oía allí hablando de ir a cenar. Se oyó el ruido de entrechocar metal, que espero fueran armas, y el roce de las sillas, por lo que es un lugar donde se reúnen. No hay nadie allí. Quiero que vayas a buscar las llaves que podrían ajustar estas cadenas al piso o algo recto y delgado para usar como ganzúa. A falta de estas dos, trata de agarrar un hacha. Sé rápida.

—Dragos —dijo ella, mirándolo con duda—. No sé cómo forzar una cerradura. Nunca he tenido que aprender, obviamente.

—No tienes que hacerlo. Yo sé cómo forzar una cerradura —dijo. Él había aprendido a abrir cerraduras, tan pronto como las cerraduras fueron inventadas. A la gente le gustaba encerrar todo tipo de cosas bonitas que él quería. Él sacudió el grillete en la muñeca izquierda—. Hay una debilidad en uno de estos eslabones. Voy a romperlo.

Ella le miró el brazo y arrugó la frente y dijo con preocupación. —Tu muñeca está hecha una calamidad.

—No seas tan aniñada —le dijo. Su mirada se encontró con la suya y se encendió con reacia risa—. No es nada. Será mejor que te apresures. No sabemos cuánto tiempo tenemos antes de que se coman la cena.

—Bien —dijo ella.

Un eco de dolor y rabia regresó al ver su lucha por levantarse sin su gracia habitual y él no podía hacer nada para ayudarla. Había prestado especial atención a los que la habían golpeado. Iban a ser una gran cantidad de Trasgos muertos antes de que él se fuera de este lugar.

Pero por ahora volvió toda su considerable atención a la cadena debilitada y tiró.

Pia se deslizó por el pasillo de nuevo, esta vez reconfortada por la tranquilidad de Dragos de que no estaba en peligro inminente de toparse con un Trasgo. Ella encontró el cuarto de guardia del que le había hablado. Ya que la puerta estaba abierta miró dentro y retrocedió.

—Uf —murmuró—. Asquerosas criaturas.

Saltó, a continuación, se puso una mano en las doloridas costillas cuando Dragos le susurró al oído: —¿Estás bien?

—Oh, por supuesto que me puedes oír —dijo—. Sí, estoy bien. Es sólo que hay restos de comida con moho en la mesa, y que aquí apesta. Son repugnantes.

—También saben mal —dijo él.

—¿Has comido Trasgos! —exclamó ella.

—No —dijo él—, he mordido Trasgos.

Sonaba un poco tenso. Ella se mordió el labio. Esperaba que él no estuviera dañándose demasiado el brazo.

Relevancia, Pia. Ella misma negó y corrió por la habitación tan rápido como pudo. El lugar era ciertamente medieval y no a la manera aséptica de las películas de

Hollywood. ¿Era orina eso en la esquina? ¡Uf! Intentó todo lo posible para evitar tocar las cosas.

Se decepcionó porque no encontró las llaves. Pero encontró una navaja que le cabía en el bolsillo y un cuchillo estilete. Los grilletes no estaban hechos con precisión. El estilete parecía que podría ser lo suficientemente delgado para caber en las cerraduras si él pudiera doblar la punta un poco.

Ella agarró el extremo de un hacha de combate del estante de armamento. Era demasiado pesada para que la levantara, así que tuvo que arrastrarla de nuevo hasta la celda. El sonido del hacha raspando a lo largo del suelo del pasillo la inquietaba, por lo que se apresuró más rápido de lo que su cuerpo abusado quería. Estaba sudando y con dolor para cuando abrió la puerta de la celda con una cadera. Se tragó un gemido mientras lanzaba el hacha al interior.

Dragos miró del hacha a ella mientras se apoyaba contra el marco de la puerta, jadeando. Levantó su brazo izquierdo, donde parte de la cadena rota colgaba hasta el piso. Ella levantó el estilete.

Él sonrió. *¡A jugar!*

Después de que le dio la hoja delgada, ella se apoyó contra la pared cercana y se deslizó hacia abajo hasta que se sentó. Era reconfortante verlo trabajar y dejar a su mente flotar, saber que no había nada en ese momento que pudiera o debiera estar haciendo.

Él dobló la punta de la cuchilla deslizándola entre dos losas y tirando del asa. Tuvo que girar la cintura, tensándola para llegar al grillete de la cadena del piso en la muñeca derecha y mantenerse equilibrado mientras trabajaba en la cerradura.

Ella admiraba la fuerza y la gracia de su cuerpo mientras trabajaba. Para mantener su posición torcida tenía que apretar esos sorprendentes músculos abdominales. Se agitaban y flexionaban mientras tomaba respiraciones controladas y constantes. La línea de sus anchos hombros se deslizaba en torno a esa apretada cintura. Sus jeans estaban tan sucios como los suyos, pero las nalgas y las largas piernas masculinas que enfundaban eran para chuparse los dedos.

Ahora que pensaba en ello se veía muy, muy sexy encadenado a ese suelo. Especialmente si se tratara de su castillo. Ella le enviaría sus sirvientes para que le lavaran (todos heterosexuales masculinos, y por supuesto limpiarían esta celda asquerosa, colocarían velas alrededor, pondrían un colchón debajo de él con sábanas de seda, oh, y tal vez dejarían una botella de vino y una par de vasos), y después ella bajaría y lo excitaría hasta la locura montándole y frotaría su cuerpo escasamente vestido por todo ese ardiente torso.

Salvo que no había castillo. No tenía sirvientes. Sus muñecas estaban sangrando, lo que parecía doloroso y no era divertido en absoluto, y en todas partes apestaba como un Trasgo. Oh sí, y sus vidas estaban en peligro.

—Todavía no estoy bien de la cabeza —murmuró ella.

Él envió un destello de aquella sonrisa afilada por encima del hombro. —Vas a explicar lo que quieres decir con eso muy pronto.

Ella sintió un rubor calentar sus mejillas. —No es probable.

Él se quitó el grillete, se sentó y se estiró, y luego se deslizó hacia delante y empezó a trabajar en los tobillos. Fue realista, al respecto, pero ella tuvo que taparse la boca para ahogar su grito. Ella se sentó con la espalda recta y aplaudió con entusiasmo. Su sonrisa se intensificó. Pronto tuvo sus tobillos liberados y se tomó un momento para abrir la cerradura del grillete en la muñeca izquierda y lanzarlo en una esquina.

Entonces los dos miraron los grilletes de metal negro y las cadenas, con la magia repulsiva. Eran dos cadenas simples, una paralizando sus brazos juntos, la otra en los tobillos, que le impedía poder caminar en su larga zancada normal.

—De alguna manera no creo que esto vaya a ser tan fácil —dijo. Estaba en lo cierto. No importaba la forma en que trabajara, no fue capaz de abrir ninguna de las cuatro cerraduras—. Creo que estas no saldrán sin la llave correspondiente. Apuesto a que es parte de su magia.

Su entusiasmo se desplomó. —¿Qué crees que hacen aparte de sentirse viscosas?

—Bueno, los Trasgos no sabían que fui disparado por los Elfos, ¿verdad? —dijo—. O si lo sabían, no habrían querido confiar en ello ya que va a desaparecer en algún momento. Estas se sienten como si hicieran lo mismo que el veneno Élfico hace, limitar mis fuerzas e impedirme hacer el cambio. De lo contrario no habría habido ninguna esperanza de que... —señaló con su mentón al otro conjunto de cadenas— ... me mantuvieran preso.

—¿Y ahora qué hacemos? —ella alzó las manos. Podía sentir que en algún lugar dentro había una grieta que estaba ensanchándose. Era justo cuestión de tiempo antes de caer en ella, como el escarabajo, sólo que no estaba tan segura de ser capaz de gatear su camino de vuelta otra vez.

—Vas a volver a tu celda —él se agachó sobre ella y le puso una mano sobre la boca cuando ella empezó a protestar. Le espetó—:¿No me prometiste no discutir?

—Que te jodan. No eres mi jefe —murmuró contra su palma. Ella envolvió las manos alrededor de sus muñecas, con cuidado para no romper la piel magullada—. Sigues olvidando eso.

—Déjame ver si he entendido correctamente este asunto —dijo él, los ojos de oro destellando—. Prometiste no discutir cuando no querías discutir. ¿Es eso?

¿Estaba divertido? ¿Disgustado? Ella no podría distinguirlo y dijo: —Por supuesto.

Él profirió una risa, puso las manos bajo sus brazos y la levantó. La aferró hasta que ella se estabilizó. —Muy bien, aññada. Ve a la celda, voy a cerrar la puerta detrás de ti y todos los que te jodan en el mundo no van a cambiar eso. Es el lugar más seguro para ti. Si por alguna razón vuelven antes que yo, nunca pensaran que saliste. Van a pensar que yo hice todo esto —hizo un gesto en torno a la celda.

—No quiero dejarte.

—Te aguantas —dijo—. Me voy de caza y tú no quieres estar ahí.

Levantó el hacha en una mano como si estuviera hecha de corcho blanco y colocó la otra en la espalda. A pesar de su tono insensible, tuvo cuidado cuando la llevaba por el pasillo. Entre sus lesiones y sus grilletes, fueron a un ritmo lento.

Ella entró y se volvió. No podía mirar hacia él. Se concentró en el cambio en el suelo mientras sus labios temblaban. —¿Pero y si vuelven?

Un pesado silencio se extendió entre ellos.

Dedos largos se deslizaron bajo su barbilla y le levantaron la cara. Se mordió los labios cuando ella vio su expresión sobria. —No voy a dejarte sola mucho tiempo. Voy a ser lo más rápido que pueda. —Una gruesa lágrima le salpicó la mano y él la miró como si le hubiera chamuscado. Juró en voz baja. Luego inclinó la cabeza y le rozó la boca con la suya—. Te lo juro, Pia, no te harán daño de nuevo. Tienes que confiar en mí.

Ella asintió y apartó la cabeza, restregándose el rostro con el dorso de su mano. —Ve.

Se quedó mirándola. Por un momento pareció que iba a hablar, pero ella se volvió de espaldas. Ella pensó que sintió sus dedos rozar su nuca, y luego se había ido.

Toda la vitalidad que la había rodeado y sustentado se redujo en su ausencia. Miró alrededor de la sucia y horrible celda y se sintió tan sola que podría haberse acostado y morir.

Se sentó en el centro del suelo y se hizo un pequeño ovillo, con las rodillas levantadas y la frente apoyada en los antebrazos. ¿Cómo había hecho ese truco antes, cuando se quedó en blanco tan pronto como los Trasgos la atraparon? Ella no había querido. Tenía que haber sido algún tipo de respuestas defensiva al exceso de horror cuando esas manos monstruosas la habían tocado.

Ahora los minutos corrían con agonizante lentitud y ella no tenía el aislamiento de ellos. Quería echar un vistazo, disociarse e ir a otro lugar en su cabeza, pero no pudo encontrar la manera para hacerlo de nuevo. Le tomó todo lo que tenía para no ceder al pánico y salir por la puerta de la celda.

Recordaba cada vuelta que tomaron. Sabía que podía llegar a la puerta exterior de nuevo. La cual estaba sin duda custodiada por un par de esos asquerosos monstruos con cara de murciélago. Ahogó un gemido y se apretó en un ovillo más ceñido.

¿Cómo llegué aquí de nuevo? Es como si tuviera una lista de compras de todas las cosas que no debería hacer, y hubiera ido directo por ellas, comprobándolas cuando llegué a ellas. He sido muy cuidadosa al respecto. Vive muy silenciosamente, su mamá le había dicho. Deja todo atrás en cualquier momento. No les tomes demasiado apego a las personas. Y no le digas nada a nadie sobre tu verdadero yo. Simple, cosas simples.

Tengo que poner una cosa. Mamá nunca me dijo que no le robara a un dragón. Sin duda pensaba que era demasiado malditamente obvio para mencionar. Debería haber sido añadido a la canción de Jim Croce. No escupas al viento. No le quites la máscara al viejo llanero solitario, y no le robes a Cuelebre.

¿Creo que podría haber destruido toda esperanza de vida anónima? Zoquete.

Un pequeño sonido la envió al pánico.

Una llave raspó en el cerrojo.

Su cuerpo gritó en señal de protesta mientras se empujaba a levantarse y se apoyaba contra una pared. Sacó la navaja del bolsillo y apretó el resorte. La hoja se deslizó abierta. La escondió a lo largo de su muslo, mirando con la boca seca como se abría la puerta.

Dragos se deslizó dentro, su gran cuerpo de combate moviéndose con la gracia fluida de los pies de un gato tranquilo. Llevaba una mochila de cuero en un hombro. Los grilletes de metal negro habían desaparecido. Las correas de cuero de un arnés le cruzaban el pecho. La empuñadura del hacha de guerra y lo que parecía una espada estaban amarradas a la espalda. Cuchillos en vainas estaban atados en sus antebrazos, y la vaina de la otra espada corta estaba abrochado en la cintura y atada en su muslo. Sus rasgos cincelados estaban tranquilos. *Santo cielo*, hacía a Conan el Bárbaro verse como un pelele.

El alivio casi la hizo caerse de rodillas. Estrellas negras bailaron enfrente de ella. En un instante él estaba enfrente de ella, con las manos en sus hombros, afianzándola contra la pared.

—Maldita sea, te ves como si fueras a desmayarte —dijo.

—Bueno, no sabía que ibas a ser tú, ¿verdad? —Ella le mostró la navaja que sostenía contra su muslo.

Su rostro severo se iluminó con una sonrisa. —Sorpresa número ciento treinta y cuatro y contando.

—Tú hiciste ese número —acusó ella. Empujó la hoja contra su pierna. La cerró con un chasquido y la deslizó de nuevo en sus jeans.

—¿Es seguro? —dijo en tono divertido—. ¿Sabes cómo usar esa cosa?

—Bastante. No soy una luchadora, sin embargo. —Triste pero cierto.

—No, tu naturaleza es demasiado suave para eso, ¿no? —le acarició el pelo y tiró de ella con cuidado en sus brazos.

Ella se apoyó contra él, su mundo asentándose en su lugar. A un nivel profundo que no tenía tiempo para examinar, fue una experiencia muy inquietante. Su calor corporal ahuyentó el frío. Ella puso sus brazos alrededor de su cintura y lo abrazó firmemente.

—He tenido toda una vida de clases, pero no he tenido que usar nada de eso en la vida real. Aún —se obligó a respirar profundamente hasta que el vértigo persistente pasó—. Sólo dame una oportunidad para pegar a una de esas cucarachas de dos patas, sin embargo, y estoy ahí.

—Van a tener que pasar por mí primero. —Él le dio un apretón suave y dio un paso atrás.

—Fuiste más rápido de lo que temí que pudieras ser —miró a sus nuevas adquisiciones—. Parece que has encontrado un montón.

—Localicé la llave para los grilletes, pero no encontré al capitán Trasgo. Encontré sus habitaciones en su lugar. Él es un hijo de puta codicioso. Había todo tipo de botín. La mitad de ello parecía intacto —regresó a la puerta, escuchó por un momento y la abrió—. Tenemos que darnos prisa ahora. Hay más Trasgos moviéndose. Parece que la cena ha terminado.

Él abrió el camino y esta vez se movía mucho más rápido. Ella luchó por mantener el ritmo pero se quedó varios pasos atrás. Él redujo la velocidad al llegar a la última curva que conducía a la puerta exterior. Fue hacia la esquina, totalmente en silencio cuando echó mano al hacha de guerra y desenvainó la espada corta en un movimiento simultáneo.

Ella contuvo la respiración ante la visión. Era un súper-guerrero, magnífico y terrible. Eh, cuando podía cambiar a un dragón él era su propio tanque y fuerza aérea, todo al mismo tiempo. Añade a eso su capacidad mágica y era prácticamente un ejército de una sola criatura. Ella sabía que él era uno de los primeros Poderes en el mundo, pero cuando lo vio en movimiento, empezó a tener un atisbo de verdadera comprensión de lo que eso significaba.

Ella se acercó con cautela, pero se cuidó de dejar suficiente espacio entre ellos. Él la miró, recostado contra la pared. Él asintió con la cabeza hacia ella en aprobación. Apuntó la espada hacia ella y pronunció. —Quieta.

Ella le devolvió el asentimiento con la cabeza. Esa quería obedecerla.

Él entró en el corredor y se retorció en un pie, trayendo su gran cuerpo alrededor mientras arrojaba el hacha de guerra como un disco volador. Continuando en la misma suave vuelta, arrojó la espada corta en un lanzamiento sobre la cabeza con tanta facilidad como lanzar una daga. Sin pausa, sacó la espada larga y uno de los cuchillos y los lanzó hacia adelante fuera de la vista.

Ella se cruzó de brazos y se agarró los codos, golpeando ligeramente los dedos y sobresaltándose por los sonidos de la batalla.

No es que fuera una gran batalla. Fue más cuestión de segundos. Un momento después, Dragos rodeó la esquina y le hizo señas hacia delante. —Ninguno de estos gruñidos tienen llaves. Ahora es tu turno de hacer tus cosas. Es feo —le advirtió.

—Supongo que sí —dijo, mirándole con los ojos desorbitados. Dobló la esquina.

Al principio no podía dar sentido a lo que veía. Cuando lo hizo, deseó no haberlo hecho. Había cuatro Tragos muertos esparcidos cerca del final del corredor. O al menos contó cuatro cabezas, no todas estaban todavía pegadas a sus cuerpos. Y no todos los cuerpos tenían todas las extremidades. La sangre negra había rociado los muros de piedra y grandes piscinas de ella habían manchado el piso.

Ella respiró fuertemente y con dificultad, su estómago vacío retorciéndose. Dragos se adelantó.

—Si vas a vomitar, hazlo rápido —le dijo en una voz pragmática.

Arrancó el hacha de guerra del Trago que casi había dividido en dos y limpió la hoja en las mallas del Trago. Moviéndose rápido, recogió el resto de sus armas, limpiando las hojas en los cadáveres y enfundándolas de nuevo cuando estuvo hecho.

Ella se concentró en la gran puerta metálica, no en la carnicería, y obtuvo el control de su reflejo faríngeo. Dio un paso alrededor de las piscinas de sangre. Se detuvo en un punto y trató de encontrar la manera de conseguir atravesar una gran mancha de sangre Trago. Parecía un vertido grasiento de petróleo que se había extendido entre dos cuerpos tendidos. Si no estuviera herida habría saltado sobre ellos sin pensárselo dos veces. Su dilema fue resuelto cuando Dragos la agarró por los codos y suavemente la volvió hacia el otro lado.

La puerta había estado enrejada, pero él ya había movido el grueso tablón de madera. Ella agarró una robusta palanca con ambas manos y tiró hacia abajo. La pesada puerta también se colgó. Se abrió por las bisagras en silencio.

Ellos salieron al creciente anochecer. El aire parecía increíblemente dulce fuera de la fortaleza Trasgo. La superficie plana con el *Honda* estaba todavía donde los Trasgos se habían detenido. Ella negó con la cabeza al ver los restos destrozados. Era un milagro que hubiera sobrevivido.

—Ahora tenemos que salir zumbando —dijo Dragos.

Ella miró a su alrededor al alienígena y salvaje paisaje, y justo entonces cayó en la grieta. —Eso es todo —gruñó—. Estoy rendida.

Su cabeza dio media vuelta, entrecerrando los ojos. Él dijo: —¿Qué?

—Dije que estoy rendida. —El plomo llenaba sus extremidades vacías. Se balanceó y parpadeó, pero él se mantuvo borrosamente desenfocado—. No... no he comido ni dormido bien en más de una semana. Después el accidente y luego los Trasgos. Estoy agotada. No tengo nada más. Tendrás que irte sin mí.

—Eres una mujer estúpida —dijo. Parecía furioso. ¿Por qué estaba tan enojado con ella? El mundo se inclinó mientras él la agarró en sus brazos—. Yo no estoy rendido.

Sujetándola con fuerza, echó a correr.

Metió la cabeza bajo su barbilla y cayó a un estado medio despierta. Después, nunca se acordaba mucho de esa carrera. Recordaba que se prolongó durante horas. Dragos nunca vaciló, nunca desaceleró. Él rompió a sudar ligeramente, pero su respiración se mantuvo profunda y constante. Su agarre firme le amortiguaba cualquier sacudida.

Ella notó una cosa y murmuró una pregunta cuando se dio cuenta de que él no los estaba llevando de regreso al camino por el que habían sido traídos.

—Calla —le dijo—. Te lo explicaré más tarde. Sólo tienes que seguir confiando en mí.

Eso parecía importar mucho para él. Siguió subiéndola. Ella volvió la cara a su cuello.

—Está bien. —No era como si tuviera otra opción por el momento.

—Bien —dijo con aspereza. Sus brazos se apretaron.

Eso fue lo último que hablaron durante mucho tiempo.

Por fin comenzó a desacelerar. Ella despertó de su sopor y se esforzó por levantar la cabeza y mirar a su alrededor. Habían dejado el paisaje árido y rocoso y la fortaleza Trasgo muy atrás y estaban en un pequeño claro. Él había corrido el resto del día.

La luna era más brillante de lo que había visto antes. Colgaba enorme, baja y hechicera sobre árboles susurradores. La plata retratada y los bordes intensamente oscurecidos del claro cambiaban con una brisa intermitente, los contornos ondulantes tan naturales, ocultaban rostros que parecían mirarles, susurrando la noticia de su llegada.

Una corriente de agua pasaba cerca. Dragos se arrodilló y la colocó en el suelo cerca del agua. Era un riachuelo. Puso una mano en sus omóplatos y la sostuvo mientras ella luchaba por incorporarse.

—Es agua —le dijo—. Bebe tanto como crees que puedes. Tienes que estar gravemente deshidratada.

Se movió al borde del agua a pocos metros río abajo de ella, se tumbó sobre su estómago y metió la cabeza en ella.

Pia cayó hacia adelante, desesperada por dar alivio a su boca y garganta reseca. Ella agarro puñados fríos y los tragó. Cuando la necesidad de beber se alivió se echó agua sobre la cara y los brazos, desesperada por sacarse el hedor del calabozo Trasgo. Recogió más para beber y suspiró.

Dragos por fin, tomó aire, echando hacia atrás la cabeza en un spray húmedo que centelleó bajo la luna.

—Esta tiene que ser una de las mejores que he probado nunca —dijo ella.

No era sólo la sed la que hablaba. El agua era nítida y viva de alguna manera, más nutritiva y satisfactoria que cualquier otra que pudiera recordar beber. Podía sentir sus marchitos recursos absorbiéndola con avidez. Calmó la parte estrecha, hambrienta, de su alma en algo parecido a la paz. Ya se sentía más estable de lo que se había sentido en un tiempo, la enferma sensación de crisis provocada por el agotamiento, las heridas y el estrés se alivió.

Él sonrió. —Eso es estar aquí en la Otra Tierra. La magia de la tierra aumentada hace que todo sea más intenso. Si te gusta eso, sólo espera a ver qué más tengo para ti.

Ella se impulsó de nuevo sobre sus rodillas y se sentó. —¿Qué es?

—He encontrado algo de comida que puedes comer. Te conseguí otras cosas también, pero la alimentación es lo primero —abrió la mochila de cuero y sacó un paquete plano envuelto en hojas y se lo entregó.

Ella lo tomó con evidente reticencia. —Dragos, no creo que pueda soportar algo que encuentre en ese infierno.

—No saltes tan rápidamente a conclusiones —él asintió con la cabeza—. Adelante, ábrelo.

Ella rasgó las hojas y el aroma más delicioso se escapó. Él rompió un extremo de la oblea que ella sujetaba y la colocó entre sus labios. Cuando la pieza le golpeó la lengua, comenzó a derretirse. Ella masticó y tragó con un gemido. Era indescriptiblemente delicioso.

—Pan Élfico peregrino —suspiró ella. Vegetariano, nutritivo de una manera que alimentaba el cuerpo y el alma e imbuido con propiedades curativas—. He oído hablar de él, por supuesto, ¿quién no? Es legendario. Pero nunca he tenido la oportunidad de probar ninguno antes.

Él rompió otro pedazo y la alimentó, observando como ella cerraba los ojos y gemía otra vez con deleite. —Come cada bocado de eso. Te va a hacer bien —le dijo—. He encontrado una docena de obleas. Tenemos un montón.

Ella lo miró fijamente. Una docena de obleas se venderían por una fortuna en el mercado negro. La mayoría de la gente no podía rogar, pedir prestado o robar el pan peregrino. Oh. Ella bajó la mirada hacia lo que tenía y su disfrute se atenuó.

—¿Lo encontraste en la habitación del capitán Trasgo?

—Entre otras cosas. ¿Recuerdas que dije que la mitad del botín estaba intacto? —él frunció el ceño—. ¿Por qué no estás comiendo?

—Oh, lo haré —le aseguró. Ella rompió otro pedazo—. Es demasiado valiosa como para desperdiciarla, y lo necesito. Es sólo difícil disfrutar la desgracia de otra persona.

Él sonrió un poco y le tocó la comisura de la boca. —Por todo lo que sabes, algún Elfo sufrió una molestia menor cuando su paquete fue robado, y se ha olvidado de ella por completo a esta hora. Sigue adelante y saborea cada bocado.

—Eso es verdad. —El desconocido Elfo no había sido necesariamente herido o muerto. Ella respiró hondo—. ¿No vas a comer?

—No es mi tipo de comida —le dijo—. Iré de caza si siento la necesidad.

Cierto. Carnívoro. Ella volvió a su comida.

Él se recostó a su lado, apoyando la cabeza en una mano y la vio disfrutar del pan peregrino. Esperó hasta que se hubo puesto el último trozo en la boca. Luego empezó a sacar otras cosas del paquete y las colocó en su regazo. Una manta Élfica de lana ligera, una túnica y mallas, un paquete de jabón, *jabón!*, y un cepillo de pelo. Ella miró los tesoros.

—Sé lo mucho que lo odiaste ahí dentro —dijo.

—Oh. Dios. Mío —ella le miró, llorosa—. Creo que esta es una de las mejores cosas que nadie ha hecho nunca por mí. Además del hecho de salvar mi vida no sé cuántas veces.

—Tú también me salvaste, sabes —dijo. Parecía pensativo.

La necesidad de lavarse se convirtió en una crisis. —Tengo que estar limpia.

—Pia, te estás tambaleando donde te sientas. ¿Por qué no esperar hasta que hayas dormido un poco? Vamos a descansar aquí, mientras vigilo.

Sus manos comenzaron a temblar. —No lo entiendes. No puedo soportar otro minuto apestar como ellos. Me pone la piel de gallina.

—Está bien —dijo, frunciendo el ceño—. Si necesitas verte limpia, necesitas verte limpia. Va a hacer frío. Voy a recoger un poco de madera, mientras te lavas, y tendremos un fuego.

Ella hizo una pausa. —¿No vamos a preocuparnos porque la luz del fuego sea visible?

Él negó con la cabeza y se desenroscó de la tierra. —Voy a escuchar a quien sea mucho antes de que llegue lo suficientemente cerca para ser un problema.

Ella se volvió de espaldas a él y se arrodilló en el arroyo, ya consumida con el pensamiento de fregar el hedor a Trasgo de su cuerpo. La cohibición trató de tomar el cargo cuando se despojó de su sucio sostén y la arruinada camiseta, pero ella la aplastó. Por lo menos no estaba a plena luz del día. Él había visto, sin duda miles de mujeres desnudas antes. (¿Miles? No, definitivamente no es el momento para ir allí.) Nada importaba más que conseguir librarse del hedor.

El jabón, también, estaba hecho por Elfos y la envió al cielo. Se ablandó rápidamente, se enjabonó bien en la corriente fría, era suave sobre sus cortes cicatrizantes y tenía una delicada fragancia que la hacía suspirar de placer.

Ella lavó y enjuagó su torso y se puso la túnica limpia. Se despojó de los piratas, los calcetines tobilleros y las zapatillas. Los calcetines estaban especialmente horribles. Ella había sangrado en una de sus zapatillas, y un calcetín estaba cubierto con una costra de sangre seca. Se unieron a la pila de ropa que iría al fuego tan pronto como Dragos lo encendiera.

Tiró la manta sobre sus hombros y la dejó colgada a su espalda en un intento de preservar un poco de intimidad y terminó de lavar el resto de su cuerpo. Su cuerpo se estremecía con violentos escalofríos en el momento en que se puso las mallas, pero nada iba a impedirle mojar la cabeza en el agua y enjabonar y enjuagar su cabello sucio al menos una vez.

Sumergió su cabeza bajo el agua, jadeando al fuerte frío. Estaba doblada sobre la corriente, luchando con las manos temblorosas para darse el jabón por su cabello húmedo, cuando las manos de Dragos llegaron sobre las de ella. —Déjame —dijo.

Ella se inclinó sobre sus manos y se entregó a sus cuidados. Sus dedos duros y largos masajearon el cuero cabelludo y trabajaron el jabón con paciencia a través de la larga cuerda mojada de cabello que se arrastraba en la corriente. Sus dientes castañeteaban en el momento en que él terminó sacando agua suficiente para aclarar la longitud.

Él estrujó su cabello y deslizó un brazo por debajo de su cintura para levantarla a sus pies. Ella recogió la ropa sucia. —Por aquí —dijo. Él había establecido una fogata con astillas, que estaba esperando para ser encendida. Tan pronto como ella tiró la ropa en la parte superior de la pila de leña, él chasqueó unos dedos en la leña, y el fuego ardió.

—Interesante truco. —Sus dientes chasquearon juntos.

—Viene muy bien.

Envolvió la manta a su alrededor. Él le había sentado de espaldas a él. Luego le cepilló el cabello.

Con el fuego en el frente, envuelta por la manta y el calor de Dragos envolviéndola por la espalda, estaría calentita inmediatamente.

—Me estoy durmiendo y ardiendo rápido —le dijo.

—Me sorprende que hayas aguantado todo el tiempo que lo hiciste —respondió él, dejando el cepillo a un lado.

Él la atrajo a su regazo, envolvió sus brazos alrededor de ella y colocó su cabeza sobre su hombro.

Sus párpados se sentían encajonados en cemento. Ella no podía mantenerlos abiertos. Una inmensa pila de preguntas, dudas, pensamientos y problemas se habían acumulado, pero fueron mantenidos a raya por el coma llegando en dirección contraria que se acercaba a ella como un tren negro.

Ella hizo un gran esfuerzo y abrió los ojos una vez más para mirar a Dragos. Su rostro moreno siempre iba a ser duro, siempre iba a tener un borde de cuchilla, pero mientras miraba el fuego, se veía tan apacible como no lo había visto nunca.

Él era malo, malísimo, por mucho, la más temible criatura que había conocido nunca, pero cuando descansaba en el círculo de sus brazos, se sentía más segura de lo que alguna vez había tenido en su vida. Su cuerpo era tan fuerte y estable como la tierra. Sus párpados se cerraron.

—Tienes razón, soy una mujer estúpida —ella habló entre dientes—. No te comprendo.

—Tal vez algún día —dijo, aunque él podía sentir que ella ya había caído en el sueño. Trazó la curva elegante de su frente con un dedo, siguió el delicado arco de la oreja. Su cabello todavía húmedo caía sobre su brazo, una extravagante cascada de dorada luz de luna.

Tal vez lo harás algún día, tan pronto como yo me comprenda a mí mismo.

El dragón sujetó su figura dormida cerca. Bajó la mejilla hasta su cabeza y miró alrededor del claro desconcertado, como si la escena tranquila, apacible pudiera decirle quién era él.

Capítulo 9

Traducido por Shellene

Corregido por aldebaran

Ella estaba corriendo por la pura alegría de ello. El viento jugaba con su cabello. La luna miraba desde su trono en el cielo púrpura real y le sonrió. La noche era la más brillante que nunca antes había visto, una alfombra de terciopelo cubierta de estrellas que centelleaban como brillantes diamantes y cantaban débiles fragmentos helados de la canción, de viajes distantes y encantamientos en otros reinos. La magia en la tierra nutría partes de ella que habían estado mutiladas y medio muertas. Se sentía más fuerte, más libre y más salvaje de lo que nunca antes lo había sido. Dio un gran salto y llegó a hacer cosquillas al borde de la luna, que se rió con deleite.

Ella estaba en un campo de kilómetros de ancho, con todo el espacio del mundo para estirar las piernas. Los lejanos árboles sombreaban los bordes. Un hombre alto y moreno de cabello negro y dorados ojos rapaces estaba de pie en los árboles y la observaba.

A ella no le importó. Él no podía atraparla. Nada podría, ni aun el viento, a menos que ella le dejara.

Pia.

Conocía esa voz. Amaba esa voz. Se dio la vuelta y vio su madre corriendo en su dirección. En su forma verdadera, su madre tenía una belleza incomparable y brillaba más que la luna que se inclinó en una reverencia delante de ella.

¿Mamá? Ella desaceleró y se volvió. Se sintió como una niña otra vez. ¿Mami?

Se juntaron. Ella echó los brazos ansiosos alrededor de su madre, quien la acarició con la nariz. *Mi dulce niña.*

Te extraño tanto, le dijo Pia. Por favor vuelve a casa.

Su madre se echó hacia atrás y la miró con ojos grandes y líquidos. *No puedo. He desaparecido de tu mundo. Ya no tengo un sitio allí.*

Entonces déjame ir contigo, imploró. Llévame a dondequiera que sea.

Un rugido de rechazo sacudió los árboles. Corrió por la tierra, que tembló bajo sus pies. Pia se volvió a mirar al hombre, aunque su madre se mantuvo al margen de la perturbación y no pareció darse cuenta de la figura en los árboles.

No puedes acompañarme, cariño. Tu lugar está entre los vivos. Los exquisitos ojos sonrieron a Pia. Darte a luz fue la cosa más egoísta que he hecho. Perdóname por irme. No quise abandonarte.

Las lágrimas atascaron su garganta. *Sé que no pudiste evitarlo.*

He venido a advertirte, dijo su madre. Pia, no debes estar en este lugar. Hay mucha magia aquí. Es por eso que nunca me atreví a llevarte a Otra tierra.

Ella miró alrededor. *Pero me gusta esto. Se siente tan bien.*

Aquí quedarás expuesta, y serás cazada. Regresa. La luz de las estrellas comenzó a brillar a través de la figura de su madre. Regresa; mézclate con la raza humana.

No, no te vayas aún. Pia trató de alcanzarla.

Pero su madre ya había desaparecido, dejando un mensaje final a favor del viento. *Estás segura. Sé que eres amada.*

Ella fue tras su madre, casi agarrando una respuesta a algo importante. Casi podía ver donde su madre se había ido, casi podía seguirla, pero el viento susurrante se enroscó en torno ella y la abrazó a la tierra.

Los susurros dieron vueltas alrededor de ella, acariciaron a lo largo de las delicadas terminaciones nerviosas, persuadiéndola, *Pia, quédate.* Ese no era su verdadero Nombre, pero el Poder detrás del susurro fue suficiente para hacerla dudar. El viento se convirtió en un dragón enroscándose a su alrededor, rozando su piel como un gato. *Quédate. Vive.*

Ella pasó los dedos por la caliente piel de la hermosa y salvaje criatura. Esta volvió la cabeza. Grandes ojos hipnóticos y líquidos miraron los suyos y fue capturada.

Ella se despertó.

Yacía en el suelo, envuelta en la manta Élfica, junto a las rojas y brillantes brasas de la agonizante fogata. Dragos estaba agachado sobre ella, ahuecándole la cabeza con las manos. Estaba susurrando en un idioma que no conocía, pero que tiró de sus huesos.

—¿Qué pasa? —preguntó con voz soñolienta. Ella bajó la mirada hacia sí misma. Brillaba con una luminosidad tenue, perlada. Se sobresaltó completamente despierta—. Maldita sea, solté el hechizo de amortiguación en ese sueño que

tuvimos también. Nunca he perdido el control de esa manera. ¡No puedo seguir haciéndolo!

Él respiró hondo. Su cuerpo estaba tenso. Un ligero temblor recorrió sus fuertes músculos. Estaba más pálido de lo que nunca lo había visto, con los ojos dilatados y sombríos.

—¿Qué pasa? —preguntó otra vez. Ella colocó una brillante mano de marfil contra su mejilla—. ¿Qué sucedió?

—Te puse en el suelo —dijo. Su rostro afilado como una cuchilla estaba demacrado—. Fui a lavarme en el arroyo. No me fui por mucho tiempo... estaba sólo a seis metros.

—Está bien —dijo—. Cualquier cosa que sucedió, está bien ahora.

Él estaba tan alterado, al contrario de lo que le había visto. Hasta la fecha había estado tranquilo, arrogante, exasperante, divertido, enojado, prudente, absolutamente imperioso. Pero esto era cómo cuando había estado cuando lo encontró encadenado en la celda, sólo que peor. Era difícil ver a un hombre tan indomable tan conmocionado. Ella le acarició la cara.

Él hundió sus puños en su cabello como si quisiera atraparla más completamente. —Me di la vuelta —apretó—, y pude ver el fuego a través de tu cuerpo. Eras transparente, Pia, y te desvanecías.

—Eso es imposible —dijo ella.

¿O no lo era? Su mente se apresuró a regresar a su sueño. Si había empezado a desvanecerse... ¿podría su madre haberla visitado en realidad? Sus labios se deslizaron con una sonrisa agridulce.

—No sonrías. Esto no es algo para sonreír joder —le gruñó, apretando los puños.

—Casi te fuiste. Mis manos pasaron a través de ti. Si no hubiera comenzado a llamarte de vuelta, habrías desaparecido para siempre.

—Tal vez, supongo, pero no lo creo —dijo en un tono ausente, dejando que sus dedos se deslizaran por su cabello. Ella amaba los hilos de seda completamente negros. No había una torcedura o indicio de rizo en el mismo—. No creo que pudiera haber ido donde trataba de ir. Ella dijo que no era mi lugar.

—¿De qué estás hablando? —Sus ojos se estrecharon, pero la tensión en su cuerpo descendió una muesca.

—Soñé con mi madre. —Su mirada se volvió descentrada y dijo—: Pienso que en verdad era ella. Cuando se fue intenté seguirla.

—Nunca más vas a hacer eso otra vez —le dijo entre sus dientes—. ¿Entiendes?

—Dragos —dijo, hablando con cuidado porque él todavía estaba tan alterado—. Tienes que dejar de darme órdenes.

No importa que tan suavemente lo dijera, todavía fue como una chispa para yesca seca.

—Que te jodan —espetó. Bajo su cara a la de ella, los ojos llameando lava y sus rasgos endureciéndose. —Eres mía. Y. No. Puedes. Irte.

—No sé qué decirte. Eres como un acosador súper potenciado. —Ella echó hacia atrás las manos y puso los ojos en blanco—. ¿Sabes, o no sabes, que ya no puedes tener esclavos? Ya sabes, la abolición. La Gran Guerra. Sucedió hace ciento cuarenta, cuarenta y cinco años.

—Historia humana, términos humanos —gruñó él—. No significan nada para mí.

Ella ya sabía que no le debía atribuir motivos o emociones humanas. Aquí estaba el recordatorio. El dragón estaba muy cerca de la superficie. El gran cuerpo agazapado sobre ella estaba tenso con amenaza. Cada leyenda que había oído que hablaba de la naturaleza posesiva y territorial de un dragón le vino a la mente.

Maldita sea, era suficiente para hacerla tragar saliva, pero no, se dio cuenta, de miedo. Relajó músculo por músculo. —Está bien, entonces, gran hombre —dijo, suave y relajadamente—. Dime lo que quieres decir.

—No lo sé. —La cara tan feroz y orgullosa estaba perpleja—. Todo lo que sé es que eres mía para conservar y proteger. No puedes desaparecer, y no puedes morir. No te dejaré.

Ella pensó que no era el momento de señalar que iba a morir en algún momento. Tenía demasiado de humana en ella.

—¿Entonces, soy tuya por cuánto tiempo? —preguntó, curiosa ahora decidió explorar esta ruta—. ¿Hasta qué te canses de mí, o te aburras otra vez?

—No lo sé —dijo otra vez—. No he descubierto eso aún.

Un torrente de afecto la sorprendió. Él no estaba fingiendo la perplejidad. No estaba montando una actuación. —Ya somos dos —dijo. Ella pensó en el pan peregrino Élfico, el cepillo de pelo y el jabón, y su ensimismamiento la asombró una vez más. Levantó una mano para deslizar un dedo por su garganta—. Entonces, para aclarar el tema, si soy tuya como dijiste, para mantener y proteger, eso me parece que querrías que yo... este bien. ¿Qué prospere?

—Por supuesto —dijo. Él miró su mano mientras ella dibujaba círculos en su pecho, y la amenaza que él exudaba se volvió más oscura, más ahumada.

—Dragos —murmuró—, no prospero cuando alguien me lanza órdenes todo el tiempo.

Ella le observó para ver cómo reaccionaba a su lógica. Tenía el ceño fruncido. —Es cómo hablo con la gente —dijo.

—Es cómo hablas con tus empleados y sirvientes, ¿quieres decir? —contestó ella.

Su ceño fruncido se hizo más hondo. Ella se mordió los labios para ocultarle una sonrisa. ¿Cómo podía estar tan malditamente hechizada por un bruto tan primitivo? Tenía que establecer una situación diferente con él o sería acribillada por la pura fuerza de su personalidad.

—Mira, aquí está el asunto —mantuvo su voz suave mientras empezaba a frotarle el pecho en círculos calmantes—. Alguien ladrándome órdenes me hace sentir atrapada y sofocada. Entiendo que lo has convertido en un hábito, pero tal vez —sugirió—, podrías tratar de no mangonearme a veces. Ya sabes, hasta que te aburras y me dejes ir.

Sus párpados se habían vuelto pesados mientras lo acariciaba, pero esa mirada estrecha voló hasta su cara. Ella le sonrió, sin amenazas y relajada. —¿Y si no me aburro? —dijo—. ¿Y si no te dejas ir?

Fue sacudida por un sentimiento de nostalgia que se extendió sobre ella. Perdió su sonrisa y miró hacia otro lado.

—Ni siquiera sabemos de lo que estamos hablando, de todos modos —dijo.

Él aflojó el control sobre su cabello, cambió su peso sobre un codo y le tomó la luminiscente mano. Le inclinó su brazo y la miró. —Eres extraordinaria. No, ¡no lo hagas! —dijo, cuando ella recordó y comenzó a apagar el resplandor—. Deja que te vea como realmente eres, durante un tiempo al menos. Mira lo rápido que te estás recuperando.

Ella miró. Los feos moretones negros que habían manchado su piel casi se habían desvanecido. —Me siento bien —confesó—. Diferente, de alguna manera. Mejor. Más. Hola, ¿soy la Mujer Biónica?

Él sonrió. —A veces sucede con los medianos cuando llegan a Otra Tierra —le dijo—. La magia elevada puede ayudarles a acceder a las capacidades y los rasgos que de otra manera se han mantenido latentes.

Ella trató de mantener un estricto control sobre la esperanza que surgió a sus palabras pero las preguntas todavía se filtraron en sus pensamientos. ¿Era ésta la explicación de todo lo que sentía desde que se habían cruzado? ¿Si lo que él decía acerca de ella era verdad, podría ser capaz de cambiar? ¿Y si podía poner fin a esta sensación de vivir media vida, la sensación de estar atrapada entre dos identidades incompletas, humana y Wyr?

—No tenía ni idea —dijo—. Mi madre siempre se negó a llevarme a Otro lugar. Nunca he tenido suficiente *Poder* para cruzar por mí misma. Apenas tengo suficiente para la telepatía.

En el sueño, su madre le había dicho que era peligroso para ella estar aquí. Recorrió con la mirada el oscuro claro iluminado por el carbón. Eso significaba que debería salir pronto. El pensamiento carecía de urgencia.

—Ah, sí, tu madre —respondió en tono distraído mientras inspeccionaba sus delgados dedos, la graciosa inclinación de su muñeca—. Muy pronto vamos a tener una charla acerca de tu madre, ¿qué era y por qué ese idiota Elfo la amaba tanto? También vamos a hablar de ¿por qué no estás bien de la cabeza y si tienes más identificaciones o alijos de dinero escondidos en cualquier parte?

Ella retiró la mano y le golpeó en el brazo.

—¡Nada de eso es asunto tuyo! ¡Y sólo porque yo le gustaba pero tú no, no quiere decir que sea un Elfo idiota!

Él le dio una sonrisa perezosa y depredadora mientras movía su torso sobre el de ella.

—Ya no me tienes miedo, ¿verdad?

Ella se puso seria. Llámenla loca, pero pensaba que él preferiría cortarse las manos antes que herirla.

—¿Y qué si no te lo tengo? —murmuró.

Su boca hermosa y cruel se curvó en una sonrisa. —Creo que si no lo tienes, es algo muy bueno —dijo. Se movió, y antes de que ella se diera cuenta de lo que se proponía, le había fijado las manos sobre su cabeza—. Me da todo tipo de licencia para hacerte cosas malas. Contigo. Sobre ti. Dentro de ti.

Ella saltó y su corazón martilleó. Él la miró extendida e indefensa debajo de él y movió un muslo pesado entre los suyos. Él empujó con la pierna mientras le mordía el cuello en el mismo lugar exactamente donde lo había hecho en su sueño. Se bebió su jadeo y la sujetó con facilidad mientras ella trataba de liberar sus manos. No es que lo intentara con fuerza.

La excitación tomó el autobús expreso a través de su cuerpo. Se estiró para el puro disfrute de sentirse deslizándose contra su torso desnudo, y su brillante mirada rastreó cada movimiento que ella hizo. Se sentía menos humana por minutos.

Ella se relamió los labios. —Dragos, no creo...

—¿No crees qué? —Su mirada ardiente la hizo tragar.

—No creo que sea tan buena como pensaba que era —susurró. Sus párpados bajaron y ella sonrió.

—Esa es mi chica —susurró él.

Él empujó sus piernas más separadas, se estableció entre ellas y comenzó un sensual asalto sobre ella, mordisqueando y lamiendo. Tiró de su labio inferior entre los dientes y succionó la carne regordeta, luego metió la lengua profundamente en su boca.

Ambos gimieron. Él profundizó el beso, empujando más y más duro. Ella inclinó la cabeza para abrirse más a él. Él cambió sus muñecas a una mano a fin de poder meter la otra bajo su túnica, moviendo los callosos dedos hasta el suave oleaje de su pecho. Agarró el lujoso montículo con codicioso cuidado, encontró el pezón y comenzó a rodarlo entre su pulgar e índice. Él tiró de la sensible carne y le dio un pellizco ligero.

El placer se disparó a través de ella mientras jugaba con su pecho. Su respiración se volvió entrecortada. Ella tiró más fuerte, pero él se negó a dejar ir las muñecas, su cuerpo endureciéndose. Ella levantó las piernas para acunar su largo cuerpo, pasando por debajo de él hasta que su pesada y larga erección se situó contra su pelvis.

Él siseó, la cara oscurecida con la lujuria, y se levantó para agarrar su túnica.

—¡No! —exclamó ella, poniéndose rígida.

Se quedó paralizado. Dios lo amaba, ese dragón ni siquiera respiró.

—No tengo nada más para usar —explicó. Ella le dedicó una sonrisa temblorosa cuando sus ojos brillaron hacia ella.

La mirada afligida dejó su cara. Él soltó sus muñecas y se recostó sobre sus talones mientras ella se sentaba y se sacaba la túnica por la cabeza. La lanzó al suelo. Él puso sus manos en su caja torácica y las subió hasta ahuecar sus pechos.

—Maldición —dijo. Su profunda voz normal se había vuelto ronca—. Míralas.

Ella bajó la vista hacia ellas. Las líneas y la curvatura de su torso y pechos parecían ultra femeninas contra los músculos de sus grandes manos y los musculosos brazos. Su luminosidad y el tono oscuro de su piel parecían alimentarse el uno al otro. La palidez de su piel era más cremosa, el rubor de sus pezones más rosado. Los tendones de las manos y muñecas de él cambiaron bajo la piel que era más rica, de un bronce más profundo.

Ella puso las manos en su torso y observó como las deslizaba hasta su pecho. Los músculos ondularon debajo de sus palmas mientras él tomaba un tembloroso

aliento. Le rastrilló los pezones con suaves uñas. Una parte de ella estaba eufórica con la impresión. *Lo estoy tocando. Él me está tocando.*

Él siseó y le agarró los dedos, llegando sobre ella mientras la llevaba hacia abajo. Él puso sus manos en su cintura y, comprendiendo lo que él quería, ella levantó las caderas para que le quitara las mallas. Se movió para desprenderse de sus jeans y los arrojó a un lado. Luego se deslizó sobre ella, pesado, duro y desnudo, y estuvieron acostados piel contra piel.

Si él le había parecido caliente antes, desde entonces se había vuelto volcánico. Ella podía sentirle el corazón golpeando contra su pecho. Se perdió en el goce de frotarse contra él, pasando sus manos por la notable musculatura de su poderosa espalda.

Él se deslizó por su cuerpo, pasando su boca abierta, moviéndola a lo largo de la longitud de su cuello, por debajo de su clavícula, hasta que pudo deleitarse con sus pechos. Chupó y mordisqueó la succulenta carne, agarró sus pezones entre sus dientes y los golpeó con la lengua, uno tras otro hasta que ella se arqueó y gritó, incoherente con el agudo placer.

Entonces él se deslizó más hacia abajo, lamiendo y mordiendo su camino a lo largo de la curva de su cintura. Agarró el interior de sus esbeltas rodillas y las sostuvo extendidas mientras chupaba la tierna carne de sus muslos internos. Ella se retorció en su abrazo, gritando de nuevo mientras levantaba sus caderas hacia él.

Hizo una pausa para que su mirada se llenara de ella. Elegante estructura ósea, resplandeciente nata y rosa oscuro, estaba tendida en una extravagante almohada de enredado cabello dorado pálido. Podía seguir su recorrido a través de su cuerpo en los deliciosos moretones de succión que florecían en la parte inferior de sus pechos, el interior de sus muslos. Sus ojos de color violeta oscuro eran enormes y centelleaban con el deseo, igual que lo hicieron en el sueño.

Al igual que lo había anhelado desde entonces. Deseo por él, el monstruo, la Gran Bestia.

Pero esto no era un sueño, y él estaba tan duro y lleno de quererla que estaba en extraordinario dolor. Miró sus labios aflautados y regordetes, de color rosa cubiertos con una maraña de rizados de oro blanco. Ella estaba manchada con la humedad, empapada de ella, y su enorme pene saltó a la abundante evidencia de su excitación. Él susurró: —Voy a comerte hasta que grites.

Sus esbeltos pies se curvaron y soltó un profundo gemido. Él bajó la cabeza y continuó su asalto, lamiendo, mordiendo y chupando con temblorosa avaricia. Tiró su pequeño brote tieso en la boca y lo mamó mientras ella se resistía y sacudía con la fuerza del placer atravesándola en espiral.

Se alzó sobre los codos, jadeando, y miró lo que él estaba haciendo con ella. Esa cabeza oscura y los anchos hombros entre sus temblorosas piernas, con su afilado rostro bañado con la excitación mientras él la trabajaba, era un espectáculo tan erótico que se precipitó en un clímax. Ella inclinó la cabeza hacia atrás y gritó cuando llegó con una intensidad que nunca antes había conocido.

Él nunca se detuvo. Siguió lamiendo y mamando, con la boca absorbiendo las ondas que en cascada la atravesaban. Puso una mano sobre su abdomen inferior mientras ella se apretaba, sintiendo el ritmo de su clímax. Él la vació y todavía siguió chupando.

La sensibilidad fue demasiada. Hundió los dedos temblorosos en su cabello, trató de tirar su cabeza hacia atrás. —Para, no puedo... no puedo...

Él hizo un sonido gutural, su ardiente mirada dorada parpadeando cuando se centró en su rostro sudoroso y aturdido se amamantó más duro. Él hundió dos dedos profundamente en su interior, y sin más, la empujó a otro clímax, éste más largo y más intenso que el primero. Él engulló ese clímax y sin parar la metió en un tercero.

Su torso se arqueó de la tierra y los tendones en el cuello se hincharon cuando un grito delgado, jadeante salió de ella. Estaba totalmente absorbida por lo que él estaba haciendo con ella. El brillante cielo nocturno repleto de estrellas desapareció mientras sus ojos se llenaban y se desbordaban.

Por fin, se alejó y se arrastró hasta ella, respirando duramente, la resolución tallando cada flexión y desplazamiento de su cuerpo. Ella no tenía palabras mientras lo miraba. Era un varón tan espléndidamente agresivo, grandes músculos temblorosos en el pecho y los brazos, su gran pene erecto colgando largo y pesado entre los muslos duros como rocas. Ella lo miró a los ojos mientras curvaba una mano alrededor de la amplia cabeza de champiñón y lo acariciaba.

Con eso él se volvió completamente loco por tercera vez en tres días. Se abalanzó hacia ella, sus pulmones trabajando para tomar grandes tragos de aire. Él metió un brazo bajo sus caderas para acercarla de un tirón hasta su entrada. Ella lo guió y él golpeó hasta el fondo.

Ella gritó a la invasión y clavó las uñas en su espalda. No era un amante delicado y tímido. Era como nada que jamás había experimentado, un tsunami rompiendo sobre su cabeza y destruyendo su antigua identidad, reestructurando su vida.

Él envolvió el otro brazo alrededor de ella, agarrándola por el cuello y las caderas cuando comenzó a sumergirse en su interior con movimientos fuertes y potentes. Gemía en su oído con cada golpe mientras se apareaban como los animales que eran. La creciente presión, el sonido de su carne uniéndose, su falta total de control, la hizo clavarle las uñas en la espalda. Ella se estiró y gimió, perdida en el inexorable ritmo de su cuerpo, y volvió a llegar.

Él echó hacia atrás la cabeza, la cara contraída en salvajismo y asombro. Con un último empuje convulsivo hizo un ruido sordo y se unió a ella en el clímax. Ella lo sintió pulsar profundamente dentro y apretó todo lo que había en todo el delicioso recorrido de él, aferrándose a la sensación, a él. Se meció en ella, jadeando, con los ojos cerrados cuando se derramó en ella. Ella le puso una mano en la parte posterior de la cabeza, un brazo alrededor de la cintura, sosteniéndole mientras él la sujetaba, murmurando en su oído, *sí, aquí tienes, sí.*

Volvió la cara, encontró su boca y la besó mientras los sujetaba juntos tan apretados en la pelvis y la cadera, por un tiempo que se sintió como si se hubieran fusionado y convertido en una criatura, luz y oscuridad, yin y yang.

Fue entonces cuando su conciencia destrozada captó lo que él había gruñido al oído mientras la follaba. *Mía*, había dicho. *Eres mía. Eres mía.*

Ella flotaba, viendo la silueta de la parte trasera de su cabeza contra el cielo mientras frotaba la mejilla contra la suya, cuando su peso la llevó hacia abajo. Algo en ella estaba farfullando y tratando de cambiar a toda marcha en reacción a lo que acaba de suceder. Era demasiado. No podía pensar.

Él empezó a mover las caderas de nuevo, retirándose y empujando, su respiración más honda. *Oh Dios*, él todavía estaba enorme y duro. No es humano. Ella hizo un ruido sorprendido en la parte posterior de su garganta, aferrándose a él mientras se movía en su interior. Era demasiado hermoso. Empujó hacia arriba con sus caderas, haciendo coincidir su ritmo.

Esta vez un gemido le atravesó el pecho y él se sacudió por todas partes cuando empezó a latir. Ella ejercitó los músculos internos y los meció a través de la culminación, murmurándole en el oído. Él volvió la cara a su cuello.

Él se retiró, la cara demacrada. Ella ladró sorprendida mientras él la volteaba sobre su estómago y tiraba de sus caderas de modo que estuviera de rodillas. Su cabello enredado se instaló en una nube sobre su rostro.

—No es lo suficiente profundo —gruñó—. Tengo que llegar más profundo.

Más que dispuesta, extendió las rodillas y arqueó su pelvis hacia atrás. Alargó la mano entre sus piernas para ayudar a guiarlo mientras él empujaba en ella por detrás. La resbaladiza, caliente longitud, de terciopelo de su polla se sentía incluso más grande de esta manera. Ella murmuró un estímulo gutural mientras él se enterraba hasta la empuñadura. Fue absorbida no sólo por su abrumadora sexualidad sino por esta extraña criatura que vivía dentro de su cuerpo y que se sentía más sensual, femenina, y más deseada de lo que nunca antes se había sentido.

Él la cubrió con un brazo alrededor de su cintura para sostenerla de sus impulsos frenéticos, la otra mano plantada en el suelo junto a ella para que soportara la

mayor parte de su peso. Esta vez, el empuje de sus caderas fue implacable. Se propulsó duro y firme mientras enterraba el rostro en su nuca, su aliento estremeciéndose contra su piel. La presión se construyó de nuevo, pero esta vez ella no estaba segura de que pudiera aguantarla. Ella sollozó y se agarró a la tierra por asidero. La hierba se rompió bajo sus uñas.

Él hundió sus dientes en su nuca mientras su *Poder* se enroscaba a su alrededor. *Llega conmigo*. Se movió para poner su mano entre las piernas, para frotar los largos dedos a lo largo del lugar donde entró en ella y pellizcar su clítoris. Se empujó dentro con fuerza una última vez y se mantuvo tenso. Su *Poder* onduló sobre ella, a través de ella, con su clímax.

Su mente se volvió incandescente. Ella explotó.

Dragos vertió todo lo que tenía en ella. Se vino rugiendo desde la base de su columna mientras se encerraba en el apretado guante de su vaina. Esto no era sexo. Había tenido sexo innumerables veces. El sexo era un acoplamiento simple y liberador. La mayoría de las veces ni, media hora más tarde ya habría olvidado el nombre de la hembra.

Esto era algo que él nunca había hecho antes. Esto era algo mucho más elemental y necesario que el sexo. Darse un banquete de ella no alivió su hambre sino que alimentó su necesidad. Introducirse en ella no fue suficiente. Llegar al clímax no apaciguó la lujuria. Construyó el frenesí. Ella absorbió todo lo que él le dio y se lo devolvió amplificado, y floreció aún más brillante y embriagador. Él tenía que impulsarse en ella tan profundo que nunca volviera a salir.

Regresó a la conciencia. Todavía la cubría por detrás, aún dentro de ella, la mano abarcando el elegante estar de su pelvis. Los pequeños temblores estremeciéndose a través de su cuerpo. Los músculos de los esbeltos muslos temblaban contra el suyo. Jadeaba por respirar en silenciosos sollozos.

¿Qué había hecho? Apretó los labios a su cuello y acarició el ángulo elegante de su hombro. Retiró la mano de su pelvis para apartar la nube de su pelo enmarañado de su camino mientras trataba de verle la cara. —Ssh —murmuró—. Cálmate.

Ella estaba demasiado débil para permanecer sobre las manos y las rodillas, sin el apoyo de él. Su pene ablandado salió de ella mientras ella se hundía en el suelo. Ella apoyó la cabeza en sus brazos. Él se movió para yacer sobre su costado, un muslo envuelto sobre la espalda de ella. Le acarició el pelo, le frotó la espalda temblorosa.

Su cara parecía mojada. ¿Estaba llorando? ¿La había lastimado? Las preguntas le acuchillaron. Él podría haber jurado que estaba con él hasta el final.

Dejó de respirar. Colocó los dedos bajo la barbilla para instar a su cabeza hacia arriba y girarla hacia sí. Su rostro y los brillantes ojos estaban devastados y de par en par. Se veía tan hermosa y frágil como el cristal cortado. Su intestino se apretó.

—Perdí el control —susurró él.

Eso, junto con la preocupación oscureciendo sus ojos, ancló su espalda en su cuerpo. ¿Estaba tratando de disculparse?

—También yo —ella le devolvió el susurró.

—Nunca lo había hecho antes —él tocó la delicada piel en la esquina de su ojo, frotando la base de su pulgar a lo largo de su labio inferior.

—Yo tampoco —confesó. Una sonrisa iluminó su rostro.

Sus dedos se cayeron por rastrear la curva de sus labios. —¿Estás... bien?

Ella era un desastre. Estaba eufórica, un descarrilamiento emocional. Necesitaba ir a un cuarto tranquilo y oscuro en alguna parte y tratar de dar sentido a todo lo que había sucedido, y que él le había hecho, a ella.

Pero primero tenía que borrar esa incertidumbre de su cara.

Su sonrisa se amplió, y ella le dijo la verdad. —No —dijo. Ella se inclinó y besó esos increíbles labios seductores—. Me has demolido. No tenía ni idea de que alguien pudiera hacer las cosas que hiciste. Y quiero saber cuán pronto podemos volver a hacerlo.

La preocupación se desvaneció y una sonrisa de respuesta iluminó sus ojos. Miró su boca. —Quiero un montón de cosas.

—Lo que haces con tu lengua es un pecado —bromeó ella.

Esa vulnerabilidad que veía en ella aún se escondía en los bordes, pero decidió acompañar su intento de aligerar las cosas. Él le dijo: —Hay muchas ventajas de ser un hombre malo.

—¿Por ejemplo?

Se sentó y tiró de ella en su regazo, volviéndola para que lo mirara, torso con torso, ingle con ingle, sus piernas delgadas se extendía a ambos lados de él. Era una posición íntima hecha aún más por su desnudez, una posición perfecta para hacer el amor. Él envolvió sus brazos alrededor de ella y ella los dobló en su cuello.

Incluso sentada en su regazo como lo estaba, su cuerpo era mucho más grande y más largo que el de ella, tenía que inclinar la cabeza hacia abajo para estar nariz con nariz con ella.

—Una cómoda carencia de conciencia —dijo—. El placer del sueño ininterrumpido. Un deseo elemental para descubrir todos los placeres carnales posibles con la hermosa mujer en sus brazos.

Sus ojos se iluminaron ante el cumplido y los entrecerró en él. Él sonrió y la besó, una exploración larga, sin prisa que le curvó los dedos de los pies.

—Bueno, creo que mantienes el secreto muy bien escondido —le dijo cuando pudo respirar de nuevo.

Él arqueó una ceja.

Ella golpeó un dedo contra su pecho. —Hay una criatura muy encantadora enterrada ahí dentro. Debes dejarla salir más a menudo. —Él se rió en voz alta, pero la expresión de su rostro se volvió calculadora. Ella también se rió al comprender incluso que eso lo encontraba encantador. Dios, estaba en las últimas. Advirtió—: No me hagas lamentar decírtelo.

—Trataré de no aprovecharme demasiado —dijo.

—Oh, muchas gracias. —Ella puso sus ojos en blanco. Eso probablemente significaba que él iba a estrujar todo lo que pudiera sacar de eso. Su estómago retumbó—. Me muero de hambre otra vez.

Se sentaron cerca del paquete. Él le dio una oblea envuelta en una hoja, que ella desenvolvió. Comió mientras él trataba de deslizar sus dedos a través de su enredo.

—Se la hicimos buena a tu cabello —dijo. Él envió un pulso suave de *Poder* a través de sus manos y su cabello se alisó.

Ella tragó un bocado del delicioso pan peregrino. —Si alguna vez te cansas de ser un hombre de negocios multi-billonario, podrías hacer una fortuna como peluquero.

—Estoy seguro, lo tendré en mente —dijo. No le dijo que no tenía ningún interés en el pelo de nadie más, excepto el de ella. Miró a su alrededor en el Claro—. Nos hemos demorado demasiado tiempo aquí. Tenemos que salir tan pronto como hayas terminado.

—De acuerdo —dijo, mirando a su alrededor también—. ¿Y por qué hemos venido por este camino, en vez de regresar por el camino en que nos trajeron?

—Nunca has estado en Otra tTerra antes, ¿verdad? —Ella asintió con la cabeza, y él continuó—: Esta no es la mejor analogía, pero funcionará por el momento. El tiempo y el espacio se doblaron cuando la tierra se formó, y la deformación creó bolsas dimensionales donde la magia se agrupó. Imagínatelas como lagos o grandes masas de agua. Hay lagos de diferentes tamaños. Algunos son muy pequeños, más parecidos a estanques, y algunos se mantienen al margen. Otros son casi tan

grandes como los océanos y están unidos entre sí, con arroyos o ríos. Puedo sentir que esta... —hizo un gesto a su alrededor—... es una área muy grande conectada a otras grandes áreas de tierra.

—¿Cómo haces eso? —preguntó ella.

Él frunció el ceño, no, ella podría ver, de irritación a su pregunta sino más en un esfuerzo por encontrar la manera de explicar lo que experimentaba. Debía ser algo que había sabido cómo hacer por tanto tiempo que le llegaba automáticamente, como dejar pasar el aire. —Pongo mi mano en la Tierra y envío mi conciencia. No se requiere un pulso pesado de *Poder*. Es más como un saber que viene a mí.

Ella trató de imaginar lo que se debía sentir. Tal vez era el mismo tipo de saber que ella tenía cuando sentía que la magia estaba presente, o un hechizo había sido lanzado, sólo que más centrado sobre la Tierra. Quería probarlo por sí misma en algún momento. —Así que hay diferentes caminos para entrar y salir de este lugar.

—Correcto. Tenemos más posibilidades de alejarnos y escapar en una dirección impredecible que volviendo por donde habían cruzado. Incluso podemos ser capaces de ir tan al norte que podemos conectarnos a *Nueva York* o de por lo menos conseguir acercarnos.

—Ya que estamos hablando, ¿por qué no funciona la tecnología en Otras Tierras?

—Eso es un poco inapropiado. Algunas tecnologías funcionan si son de un diseño pasivo, si utilizan las fuerzas naturales que ya están presentes, como el flujo del agua, y si no implican combustión más complicada que una estufa de madera o una caldera. Los diseños modernos de ballesta no son exactamente pasivos, pero son perfectos para utilizar porque no se encienden. También se puede traer más cosas como vidrieras manufacturadas, obras de arte, diversos aparatos de conveniencia como cafeteras Melitta o de pistón e incluso inodoros de compostaje, siempre que lo que se traiga no dependa de la electricidad y se pueda transportar con seguridad a través de un pasaje dimensional.

Ella se echó a reír. —Suenas tan doméstico.

Él sonrió. —Tengo una confortable casa en Otra Tierra conectada al Norte del estado de Nueva York, donde hemos hecho un montón de experimentos para ver qué funciona y qué no. Está diseñada para aprovechar al máximo el sol, que calienta el agua para un sistema de hipocausto bajo el suelo que mantiene la casa caliente. Muy romano. En cuanto a ¿por qué determinadas tecnologías no funcionan? —Él se encogió de hombros cuando se pasó los dedos por el pelo—. Hay un par de teorías repetidas una y otra vez, pero la respuesta corta es que nadie lo sabe a ciencia cierta.

Ella inclinó la cabeza hacia atrás, deleitándose con las caricias. —Un revólver de acción simple no es un dispositivo muy complicado, ni lo es un fusil de pedernal, pero he oído que incluso las armas simples son demasiado peligrosas para usarlas.

—Tienes razón. Las armas simples son sólo la aplicación de la pólvora, el fuego y el plomo, con un cañón. Interesante que cuanto más primitiva la pistola es, más tiempo se puede utilizar en Otra Tierra. Las armas automáticas se atascan o fallan tan pronto como son traídas. Puedes conseguir disparar algunos tiros más de un modelo simple y antiguo. Posiblemente puede ser que se consiga disparar hasta media docena de cartuchos, pero la cantidad nunca es predecible y al final el arma siempre falla.

Ella frunció el ceño. —Buena manera de perder la vista o la mano.

—O la vida —dijo él—. Una posible explicación es la *Teoría de la Tierra Viva*. ¿Y si el mundo fuera una entidad gigantesca? Cuando se utiliza a un ser vivo como un modelo conceptual, entonces la tierra tendría partes diferenciadas, órganos, extremidades, venas, músculos, una estructura esquelética, arterias, etcétera. ¿Y si las Otras Tierras son más esenciales para el sistema general de este organismo que otros lugares, más como la arteria de la vena periférica, o un órgano vital en lugar de uno sin el que puede sobrevivir? ¿Y si la magia que es tan fuerte aquí y que inhibe, incluso sabotea, ciertas tecnologías es el mecanismo de defensa de la Tierra?

—¿Algo así como los glóbulos blancos? —dijo ella—. Si utilizas esa analogía, tal vez puedas disparar las armas más sencillas un par de veces más, ya que al sistema inmunológico le llevaría más tiempo para reconocerlas.

—Exactamente. La teoría es más poética que científica, pero me gusta. También hay una versión modificada de la *Teoría de la Tierra Viva* que elimina el concepto de una entidad mundial. Se centra más bien en bolsas individuales de Otras tTerras como “mentes” colectivas que se crean de la tierra empapada de magia y la fauna silvestre, aunque estas mentes no son necesariamente conscientes de como nosotros entendemos en la actualidad la conciencia. En esta teoría, el concepto de la magia actúa como un mecanismo de defensa y obstaculizar la tecnología es todo lo mismo.

Ella sonrió, intrigada y encantada por esta nueva mirada en él y su mente activa y curiosa.

—Eres realmente un pensador científico, ¿no? —dijo ella.

Sus cejas se levantaron y asintió con la cabeza. —Me gusta buscar patrones subyacentes y el significado al mundo. Leo muchas revistas científicas.

Ella se terminó la comida y se lamió los dedos por cualquier dulzura persistente. Su mirada cayó a su boca, y ella lo sintió endurecerse contra la cara interna de su muslo. Su respiración se enganchó.

Pero él la movió de encima de él, se puso en pie y le ofreció una mano para levantarla. Ella estaba demasiado dolorida para estar decepcionada. Se dijo a sí misma *una pareja de diferentes tiempos* mientras recogía la túnica arrugada, las mallas y la manta. Fue a la corriente para limpiarla de las pruebas de su... lo que sea.

¿Cuál era el término para lo que habían hecho? Hacer el amor era demasiado bonito. Sexo parecía demasiado simple y básico. Apareamiento parecía que podía ser demasiado permanente. Se mordió el labio cuando la ansiedad amenazó con golpear su costado.

Es mucho para pensar. Es demasiado grande. Realmente me demolió. No sé quién fue esa puta bruja que rasgó la hierba y se jodió el cerebro. No sé quién soy.

Ella cerró esos pensamientos antes de perder demasiado el control. Reafirmó el hechizo de amortiguación. Suspiró con resignación cuando volvió las manos y las miró. El pre amanecer estaba iluminando el Claro en gris, y ellas no eran más que normales manos débiles, de aspecto humano.

Una verdadera comida caliente, una cama, un horario estable. Irse a la cama por la noche. Levantarse por la mañana. Las cosas que damos por sentado hasta que no las tenemos.

Se puso la túnica y las mallas y se sentó en el suelo para colocarse las zapatillas. Reprimió una mueca a su sucio estado y lo añadió a su lista de agravios. Cien mil dólares tirados por el retrete. Tres identidades desaparecidas. Sin coches. Sin calcetines. Sin ropa interior.

¿Y qué hacía ella? Iba y tenía sexo con la causa de todos sus problemas. Claro, no era sexo del tipo “rollazo y preparar la lista de la compra hasta que él acabe”. Era un tipo que nunca hubiera imaginado posible, un tipo de sexo “¿cuál demonios es mi nombre?”, pero sexo era todo lo que había tenido. Ella era peor que un tonto si trataba de convertirlo en otra cosa, era una imbécil Wyr, y no era un concepto tristemente atroz para una criatura.

Se ató los cordones mientras echaba pestes de sí misma, entonces miró el objeto de su obsesión.

Él se había lavado en la corriente también y puesto los jeans y las botas. Estaba sobre una rodilla junto al agonizante fuego. Colocó su mano sobre las rojas brasas y con un último impulso se volvieron negras. Ella contuvo el aliento. Así que, bueno, tal vez él era un chico de tipo “¿cuál demonios es mi nombre?”.

Su cabeza se alzó y se puso rígido su cuerpo. Giró para mirar en la dirección a una ligera brisa que soplabla entre los árboles cercanos.

¿Qué es? Ella respiró profundo, oliendo la brisa. Captó un poco de hedor.

Él se levantó de un salto. —Corre.

Capítulo 10

Traducido por Shellene

*Corregido por V!an**

Ella se puso rápidamente en pie y agarró la manta y el cepillo de pelo con manos temblorosas. Comenzó a meterlos en la bolsa.

No más Trasgos. Por favor Dios. Seré buena y me comeré todos mis guisantes.

—Olvídate de todo eso. Déjalo. —Él se abalanzó por sus armas—. *Vamos.*

Si hubiera una cosa que pudiera hacer bien. Ella lo dejó todo, se volvió y salió corriendo.

Todo dentro se puso en alerta roja, todos los sistemas intermitentes. La adrenalina le pateó el trasero. Su visión se afiló, su sentido del olfato y su elevada audición se volvieron más agudos. Trazó el mejor camino delante de ella al mismo tiempo que se esforzaba por oír cualquier indicio de persecución.

No había nada, ningún sonido. Sólo estaba el viento bailando a través de los árboles, el sonido de su propia respiración vuelta irregular por el miedo y Dragos corriendo a su espalda. Sin embargo, captó otro soplo de hedor Trasgo. Su corazón dio un vuelco.

Dragos dijo con voz tranquila detrás de ella:

—Lo más rápido que puedas, Pia.

Bien. Ella metió la barbilla, buscó y encontró a su paso, luego salió despedida.

Dragos corrió tras ella mientras el cielo se volvía brillante con la salida del sol. Pia parecía haberse vuelto ingravida. *Maldita sea*, corría como un guepardo. Tal vez más rápido. Era algo extraordinario para ver. Ella voló por encima de obstáculos como troncos de árboles caídos y rocas, haciendo que los saltos se vieran sin esfuerzo alguno, como si sencillamente eligiera recoger sus pies y volar. Él encontró espacio en sí mismo para una sorpresa mayor cuando descubrió que se estaba quedando atrás.

Buena chica. Si tenía resistencia, así como velocidad, ellos podrían estar bien.

Pia dejó su mente en blanco y vivió el momento. Nada existía más allá del ritmo de su respiración profunda, la flexión atlética de los músculos y los huesos, el sonido de Dragos corriendo a su espalda. Habían penetrado profundamente en el bosque de manera que el recipiente infinito del cielo se oscureció con grandes ramas de color verde, aunque iluminadas por la luz matinal y el día se volvía más cálido hasta que su piel estaba cubierta de sudor.

El bosque estaba silencioso a su alrededor, troncos de árboles retorcidos con antiguos secretos y encarcelados por enredaderas. Se dio cuenta de que desde los Tragos les habían traído el día anterior, no había oído a otra criatura cerca, ni un susurro, pío o gorjeo. Tal vez era porque estaba en presencia del mayor depredador de todos ellos. O tal vez era porque los Tragos pululaban por el bosque como una enfermedad terminal. O ambas cosas.

No culpo a ninguno, pensó. Yo no susurraría, piaría o gorjearía tampoco si fuera ustedes.

Entonces, como una niebla fría levantándose de la tierra, una sensación de frío *Poder* se deslizó sobre ella. Lamió a lo largo de su piel sobrecalentada y se apretó sobre su cuerpo, exprimiendo como una boa constrictor envolviéndose alrededor de su presa.

Presa del pánico revulsivo cerró los músculos de la garganta, o tal vez era la constricción del *Poder*. Trastabilló al detenerse, el instinto llevándola a clavarse las uñas en el cuello.

Dragos se volvió hacia el camino por donde habían venido. Mientras Pia miraba por encima del hombro, rugió. Los tendones se destacaron en su cuello y los grandes músculos de su pecho y brazos se apretaron con la fuerza de su furia. El recuerdo de lo que había pasado en *Nueva York* se desvaneció a la trivialidad al lado de este ruido apocalíptico. De pie como estaba tan cerca de él, incluso en su forma humana el *Poder* en su rugido atravesó la tela del mundo.

Los cabellos de su nuca ascendieron. El terror se desbocó a través ella desde un atávico lugar más profundo que una elección consciente.

El sonido destrozó la constricción alrededor de su garganta. La fría constricción de *Poder* retrocedió. De pronto podía respirar de nuevo. Ella tragó aire.

Dragos se volvió, los salvajes huesos de su oscura cara transformada por la ira y el odio. El oro caliente de sus ojos eran soles gemelos, y sus pupilas habían cambiado a rendijas.

—Ahora lo sabemos con certeza —gruñó—. Urien está aquí y tratando de frenarnos. Corre.

Ella retrocedió unos pasos, sin dejar de mirar hacia él. Él estrechó esa alienígena ondulante mirada en ella y ladeó la cabeza, la imagen misma de la exasperación masculina. Bueno. Ella alzó las manos en un gesto de “ya voy”, giró sobre sus talones y corrió por su vida.

Poco después, ella salió del linde del bosque y vaciló mientras miraba adelante a una llanura amplia y plana. No había cubierta para las criaturas de su tamaño. Miró hacia atrás, inquieta, mientras él la alcanzaba.

Tenía el hacha de guerra y la espada de nuevo a la espalda. La rabia en su rostro de duras líneas se había calmado, pero sus ojos seguían siendo lava caliente.

—¿Puedes cambiar? —le preguntó.

—No del todo. Lo he intentado de nuevo en el bosque. —Él cabeceó a la llanura—. No es como si no supieran que estamos aquí.

Ella saltó hacia delante, y él tuvo la oportunidad de admirar la rapidez con que podía correr sin trabas de árboles y maleza.

Para evitar hablar inútilmente, ella le preguntó telepáticamente: *Todavía no puedo oírlos; ¿y tú?*

No, creo que Urien los haya estado encubriendo, le dijo. De lo contrario los habría oído mucho antes. Nunca se habrían acercado tanto.

Eso, y que se había dejado distraer por su sensualidad. *Maldita sea*, había sabido que se habían demorado demasiado tiempo, pero lo había hecho de todos modos. Todo esto era culpa suya. Ella se encontraba en peligro otra vez gracias a él. Ella había interferido con su cabeza y sus viejos instintos, bien afinados, cortocircuitándolos. Él nunca iba a volver a ser tan impaciente con sus hombres de nuevo cuando se encapricharan de una cara bonita.

¿Nos están persiguiendo mientras creen que puedes transformarte en un dragón? Incluso telepáticamente su tono mental indicaba cuán suicida ella pensaba era eso.

A menos que sepan lo contrario, dijo. Quizás por eso son tan agresivos. Tal vez saben sobre el veneno de los Elfos y que debería estar pasándose pronto. Ella tropezó y casi cayó al suelo. Él saltó hacia adelante para agarrar su brazo. Ella se volvió con una mirada llena de horror hacia él. *Pero eso significaría que los Elfos, Ferion, sabían que íbamos a ser atacados.*

O al menos significa que uno de los Elfos pasó información de utilidad a una parte interesada, estuvo de acuerdo. Instó a su espalda a una carrera. Y para ser justos, por lo que Ferion sabe, tú hiciste lo que dijiste que harías y me llevaste a la frontera Élfica y me dejaste.

A la mierda ser justos, le espetó. Veo a ese Elfo de nuevo, y voy a abrirle un nuevo agujero en el culo.

Él no pudo evitar sonreír. *Quiero estar ahí cuando lo hagas.*

Ella se retrasó de nuevo para seguir el ritmo a su lado. Cuando él le frunció el ceño en interrogante, ella dijo: *No te preocupes por mí, gran tipo. Que puedo batir cualquier ritmo que establezcas.*

Él se rió en voz alta. *Apuesto que puedes, querida.*

Ella sacudió la cabeza. *Estoy aburrida de frotarte la nariz en ello.*

A pesar de sus bromas, ambos sabían que su situación era cada vez más desesperada. Él vigilaba detrás de ellos y pronto vio a una horda de Trasgos salir corriendo del bosque. Junto a ellos aparecieron una veintena de jinetes armados a caballo.

Pia echó una mirada atrás también. *Los Trasgos no cabalgan, dijo. Hasta yo he oído eso. Los caballos no los tolerarán.*

Ese serán sus aliados, las Hadas Oscuras, le dijo. Él se dio cuenta de que su vista rapaz era mucho mejor que la suya. Podía ver a los jinetes Hadas perfectamente.

Por primera vez durante su huida, su rostro mostró la tensión. *Tienen ballestas.*

Apresúrate, aniñada. Él le dio su afilada sonrisa. Las cosas sólo están poniéndose interesantes.

Tomó velocidad, y fiel a su jactancia, ella se mantuvo a la par, su melena de cabellos rubios volando por detrás y largas piernas de gacela centelleando. *Maldita sea, estaba orgulloso de ella.*

La tierra se separó delante de ellos, un acantilado rocoso se alzaba a lo largo del horizonte. Habían corrido tal vez unos ocho metros más, cuando una docena de Hadas Oscuras jinetes aparecieron en la parte superior del risco.

Los jinetes en el acantilado no montaban a caballo. Estaban a horcajadas sobre criaturas Hadas que parecían libélulas gigantes. Enormes alas transparentes, con vetas negras, brillando con los matices del arco iris.

Pia desaceleró y se detuvo cuando los vio. A su lado, Dragos hizo lo mismo. Ella se llevó la mano a su lateral y se volvió en un círculo. Estaban atrapados.

Ella se sentó en el suelo y metió la cabeza entre las manos. Él se arrodilló a su lado y le pasó un brazo sobre los hombros. Él no dijo nada, y ella tampoco. No había nada que decir.

Una vez que hubieron dejado de correr, sus perseguidores frenaron y se acercaron con más cautela. Los Trasgos se dispersaron en una formación semicircular, las Hadas Oscuras jinetes intercalados entre ellos. Las Hadas Oscuras sobre el acantilado permanecieron donde estaban, sentados a horcajadas en las criaturas libélulas gigantes mientras observaban la escena desarrollándose debajo.

Pia se protegió los ojos mientras los miraba. El tercero desde la izquierda irradiaba un *Poder frío* a diferencia de cualquiera de los otros. Tragó saliva, tratando de aliviar su garganta seca.

—Por allí —dijo—. El Rey de las Hadas está en el acantilado, ¿no?

Dragos se sentó detrás de ella y la atrajo contra su pecho.

—Sí. Está esperando a ver si es necesario.

—Todavía no hay transformación —dijo. No era una pregunta.

Él negó con la cabeza. —Necesito un poco más de tiempo.

Él necesitaba tiempo que no tenían. Ella volvió la cara a su piel calentada por el sol. Su respiración era lenta y fácil. Ella se maravilló de su calma.

Ella no estaba tranquila. Estaba corriendo de un lado a otro dentro de su cabeza como una loca, su corazón todavía haciendo la danza de la una liebre. Ella pensó en la paliza que los Trasgos le habían dado. Pensó en Keith y su corredor de apuestas, ambos muertos. Pensó en el cuchillo de resorte en el bolsillo de sus mallas.

Dragos la soltó, se levantó sobre sus rodillas y se quitó el arnés de las armas. Dejó el hacha de guerra y la espada a un lado. Luego se quitó la espada corta que había abrochado a la cintura y la puso en el suelo con las otras armas. Él clavó los ojos en la hueste acercándose, los ojos entrecerrados, mientras le decía:

—Tal vez si no peleo puedo negociar con ellos para dejarte ir.

—No puedes rendirte —dijo ella—. ¡Van a matarte!

—Probablemente no de inmediato. —Su expresión era de toda brutalidad y ángulos duros—. Si me rindo, podré comprar un poco de tiempo. Si te puedo apartar, podrías tratar de volver a mi gente en *Nueva York* y decirles lo que pasó. Ellos te mantendrían a salvo.

Se refería a que no podrían matarlo de inmediato, ya que lo torturarían. Ella sintió que la bilis le subía.

Estudió al Rey de las Hadas Oscuras en el acantilado. Nunca había odiado a nadie tanto, en particular si no lo había conocido antes.

Él era otro de los primeros *Poderes* del mundo, uno de las más viejas de las *Razas Antiguas*. Su conocimiento y memoria de la tradición de la Tierra y la historia sería extenso. Como Dragos había señalado, no se sabía lo que Keith podría haber cotorreado antes de que ella lo detuviera con el hechizo vinculante. Y Urien tenía conexiones Élficas, si no Ferion, entonces tal vez uno de los otros Elfos que habían presenciado su discusión con Ferion y habían oído lo suficiente como para especular.

—De todos modos no funcionara —dijo con voz plana—. No van a dejarme ir.

Bajó la mirada hacia ella, sin molestarse en discutir.

—Entonces luchamos.

—No seré capturada —le dijo. Metió la mano en el bolsillo y sacó la navaja.

Apretó la palanca y la hoja se deslizó abierta.

Más rápido que la vista, le agarró la muñeca. Sus ojos brillaban.

—¿Qué coño estás haciendo? —le espetó—. ¿No serás capturada? Entonces luchamos. No te des por vencida.

Echó un vistazo a los Tragos y las Hadas Oscuras. Había tantos de ellos, que eran un pequeño ejército. Estaban casi en el rango de tiro de las ballestas.

Ella puso una mano sobre la suya. —Dragos, ¿esta vez confiarás en mí? ¿Me dejarás probar una cosa más y no me harás ninguna pregunta al respecto?

Su mano y cara eran como una piedra, su cuerpo apretado.

Ella combatió la sensación de pánico naciente y conservó su voz suave.

—Por favor —dijo—. No hay mucho tiempo.

Sus dedos se aflojaron. Él la soltó. Ella se puso de rodillas ante él. Él se quedó quieto y le observó el rostro mientras colocaba la punta de la hoja contra la cicatriz blanca en su hombro. Se concentró en el bronce oscuro de su piel desnuda. Se mordió el labio y trató de hacer a su mano moverse, pero lo único que hizo fue empezar a temblar. Su agarre sobre la navaja hizo que sus nudillos se volvieran blancos.

—Maldición —apretó los dientes—. No puedo cortarte.

Su mano se apoderó de la suya otra vez. Esta vez le dio un rápido tirón y la hoja le mordió la piel, justo encima de la cicatriz. Caliente, la sangre comenzó a fluir brillante desde el corte. Ella tomó un aliento entrecortado y cabeceó hacia él. Él la soltó de nuevo.

El segundo fue un poco más fácil. Ella deslizó la hoja por su palma. Fue un corte bien profundo. El dolor floreció y su sangre comenzó a gotear por su muñeca.

El ejército en avanzada había cruzado dentro del alcance de disparo de los arcos, lo suficientemente cerca como para que pudiera oír la risa de los Trasgos y gritarse entre sí.

Hablando de un último esfuerzo. Quisiera saber si esto funcionará. Supongo que lo averiguaremos pronto.

—No pasa nada, gran hombre —murmuró. Ella se encontró con sus penetrantes ojos de halcón y abofeteó su tajo abierto contra el suyo.

Durante unos segundos pareció que no pasaba nada. Entonces algo quemó y brotó de ella, pasa a través de su palma y entró en él. Su cabeza cayó hacia atrás. Él jadeó mientras se balanceaba sobre sus rodillas. Su *Poder* rugió en respuesta.

Ella se tambaleó, mareada por la transferencia. Luego Dragos brilló y se expandió tan rápido que ella cayó sobre su espalda.

Luchó por apuntalarse sobre los codos, contemplando boquiabierta el aspecto del gran dragón que estaba sobre ella.

Oh. Mi. Dios. Se había imaginado a qué debía parecerse. Había captado un atisbo de su sombra fluyendo sobre la playa. Nada podría haberla preparado para el impacto de lo real. Tenía que ser del tamaño de un jet privado.

Era de diferentes tonos de bronce que tenían un brillo iridiscente bajo el sol. Su ancho, fuerte y musculoso pecho justo encima. Dejó caer la cabeza hacia atrás y adelante mientras captaba las largas piernas plantadas a cada lado de ella.

El color bronce oscuro a negro en los extremos de sus piernas. Sus pies tenían garras curvadas que tenían que ser de la longitud de su antebrazo. Su cuerpo se redujo a ancas poderosas y una larga cola.

Ella se quedó mirando por un congelado momento la ranura en la envoltura de bronce de gruesa piel entre las patas traseras, cubriendo la región de los genitales. No parecía haber ninguna parte de él que fuera vulnerable.

Sombras masivas se desplegaron por el suelo. Abrió sus alas y el manto como un águila.

Su cuerpo redescubrió cómo moverse. Se arrastró hacia atrás sobre las manos y pies, escabulléndose como un cangrejo.

Él arqueó su largo cuello serpentino. Incluyó la cornuda cabeza triangular que tenía la longitud de su cuerpo para poder mirarla con los ojos que eran grandes piscinas de lava fundida. Con un sonido que cortó el aire, batió la cola hacia atrás y adelante.

—Esta es mi larga y escamosa, cola de reptil. Y es más grande que la de cualquier otro —dijo Dragos con una voz que era más profunda, más grande, pero todavía reconocible como suya. Un párpado cayó en un gran guiño inconfundible.

Ella se derrumbó en una risa histérica.

—Quédate abajo —le dijo el dragón. Bajó la cabeza y se volvió hacia el acantilado, un gigante elegante y sinuoso. Él enseñó los dientes en un cruel desafío.

—*VAMOS, HIJO DE PUTA.*

Uno por uno los Hadas Oscuras jinetes se elevaron en el aire en sus corceles libélulas. Dieron la vuelta y emprendieron el vuelo.

Era imposible de ver, pero ella sintió al depredador en él vibrar con el instinto de dar caza. Se contuvo, sin embargo, y ella sabía por qué. No la dejaría sin protección con el ejército Trasgo/Hada tan cerca.

Ella se incorporó sobre un codo para mirar en la dirección de sus perseguidores. Los Trasgos y las Hadas jinetes se habían alejado. Estaban en plena retirada. El sonido de rasgadura del suelo la hizo mirar al dragón. Él estaba excavando con sus garras el suelo mientras gruñía a su retirada.

—Dragos —dijo. Él la miró. Ella levantó la cabeza hacia el ejército en retirada—. Ve.

No necesitó un mayor estímulo. Él se agachó y saltó en el aire. Un rugido partió el cielo como un trueno. Los Trasgos comenzaron a gritar cuando comenzó la matanza. Ella estaba feroz y vengativamente alegre.

No fue tanto una batalla como un exterminio. Después de la primera espectacular inmersión de Dragos y el balanceo cuando las alas bajo sobre sus cabezas y el fuego se vertió, no pudo ver más. Se volvió hacia su estómago, puso sus brazos sobre su cabeza y esperó a que terminara.

El hedor a Trasgo fue superado con el olor a humo aceitoso. No pasó mucho tiempo antes de que se hiciera el silencio en la llanura. No quedó nadie para hacer un recuento de cadáveres. Ninguno de sus enemigos logró salir con vida de la llanura.

Ella metió la nariz más profundamente en la alta hierba, de olor dulce. El sol estaba alto en el cielo. Hacía calor sobre su espalda y hombros. Un rumor tranquilo en la hierba creció más cerca. Una sombra cayó sobre ella. Algo muy ligero cosquilló en sus antebrazos que cubrían la parte posterior de su cabeza. Resopló en su pelo.

Ella se rascó un brazo.

—¿Mataste a la caballos Hadas?

El resoplido se detuvo. Dragos dijo con voz cautelosa. —¿No debí?

Ella se encogió de hombros. —No era su culpa.

—Si ayuda algo, tenía hambre y me comí uno. —Otro resoplido.

Ella no pudo evitar reírse. —Supongo que eso sí ayuda un poco.

Ella se dio la vuelta. Él estaba tendido junto a ella, su gran cuerpo entre ella y los restos del ejército Trasgo/Hadas. Sus alas, una extensión espectacular de bronce oscuro a negro en la punta, estaban recogidas. Su piel brillaba bajo el sol. Ella levantó la cabeza y miró en la dirección de unos pocos penachos de humo. Su cabeza triangular cayó frente a ella, los ojos dorados penetrantes.

—No es necesario mirar más allá —dijo con voz suave.

Ella se incorporó y se apoyó en su hocico. Descansó la mejilla contra él. De cerca, pudo ver un débil patrón como escamas en su piel. Le acarició la amplia curva de una fosa nasal. Parecía un poco más suave que el resto de él. Se quedó muy quieto, respirando ligera y superficialmente.

—¿Cómo se siente? —le preguntó.

—Se siente bien. —Él suspiró, una gran ráfaga de viento, y pareció relajarse—. Gracias por salvarme la vida otra vez, Pia Alessandra Giovanni —hizo que las sílabas de su nombre humano sonaran musicales.

—Detrás de ti, chico grande —susurró.

Después de unos momentos más se apartó, dándole tiempo de sobra para enderezarse. Ella levantó la vista, muy arriba a su larga cabeza triangular recortada contra el sol del atardecer.

—Tienes —dijo—, dos opciones.

—Las opciones están bien. —Se puso de pies de repente sintiéndose otra vez cansada y dolorida—. Las opciones son mejores que las órdenes.

—Puedes montar —le dijo—. O puedo llevarte.

—¿Montar? ¡Maldito claro! —Ella se cubrió los ojos y miró su enorme volumen—. Eso podría ser más emoción de la que puedo hacer frente en este momento. No veo ninguna correa de seguridad.

—La tendrás. —Dándole un montón de tiempo para adaptarse, envolvió las largas garras de un pie alrededor de ella con tal precisión que no causó ni un rasguño o pellizco. Cuando él inclinó el pie, ella descubrió que tenía un hueco bastante cómodo en el que sentarse. Él la levantó para poder mirarla—. ¿Todo bien?

—Me siento un poco *Fay Wray* aquí, pero por lo demás es genial —le dijo—. Sabes, si no fueras un multi-billonario, podrías ganarte bien la vida como ascensor.

Él soltó una carcajada. Entonces el mundo se alejó mientras saltaba en el aire. Cualquier otra cosa que ella pudiera haber dicho se perdió en el golpe de sus enormes alas, en su chillido ensordecedor.

Puedo considerarlo todo de nuevo, ella le gritó telepáticamente. No le quedaba aliento por gritar para tratar de hablar en voz alta. *Olvidate de producir Valium, o el ascensor y la carrera de peluquero. Podrías ser la única montaña rusa viva del mundo. Eh, apuesto a que el Six Flags te pagaría una fortuna.*

Veo que la lunática habitando tu cuerpo está viva y sana, contestó él.

Él se ladeó y cambió de dirección cuando sintió un pasaje de vuelta al Reino de los humanos. Ella logró absorber más aire para gritar de nuevo. *Ahora estoy hablando en serio, ¡no creo que pueda hacer frente a esto!*

Resiste, le dijo. *No voy a arriesgarme a que cualquier otra cosa vaya mal. Esto es un vuelo sin escalas a Nueva York. Gracias por volar con Aerolíneas Cuelebre.*

—¡No eres gracioso! —gritó en voz alta. La risa del dragón llenó su cabeza.

Ella se acurrucó en su agarre inquebrantable, con las manos sobre los ojos. Descubrió que no era un vuelo suave, sin problemas, sino que tenía el ritmo del latido de sus alas. También pensó que se congelaría. Estaba a punto de experimentar otra sorpresa cuando él mantuvo una manta de terciopelo de *Poder* envuelta a su alrededor. Que la protegía de la fría altitud y el viento.

Ella podía sentir las subidas de la magia que marcaban un pasaje de regreso a la dimensión humana a medida que se acercaban. Se asomó a través de sus dedos. Tras una sensación direccional que ella no compartía, él extendió sus alas y se deslizó hasta que pasaron rozando a lo largo de unos cientos de metros por encima de un pequeño cañón.

¿Puedes abrir los ojos? preguntó él.

Ella le dijo, *Estoy mirando.*

Una gran cantidad de pasajes a Otras Tierras son como éste. Están redactados en una especie de ruptura en el paisaje físico, le dijo. Si volamos tan sólo a tres o cuatro metros de alto, no estaríamos en el pasaje.

¿Entonces nos quedaríamos en la Otra Tierra?, preguntó, mientras se interesaba, a pesar de sí misma.

Correcto. Desde el aire, es como seguir una determinada corriente de aire. El pasaje por el que nos llevaron los Trasgos fue algo inusual, explicó. Había una pausa en la tierra, pero se trataba de una vieja y desgastada por el tiempo. Era apenas visible incluso a mis ojos.

En algún momento el sol cambió y se hizo más claro. El cañón se redujo hasta que fue un mero barranco enredado con maleza. La calidad del aire también cambió. Habían cruzado.

¿Puedes decir dónde estamos?, preguntó ella. Había olvidado el miedo en la fascinación de ver la tierra desplazarse por debajo.

Al Norte de dónde estábamos antes. Estoy más familiarizado con el paisaje a lo largo de la costa. Sabré más cuando llegemos al Atlántico. Él dio el equivalente mental de un encogimiento de hombros. Estoy más interesado en averiguar dónde estamos y cuánto tiempo ha pasado mientras estábamos en la Otra tierra.

Ella se había olvidado de eso. Observó el cambio del paisaje mientras Dragos se dirigía al Este. Después de una media hora más o menos, la línea azul del océano, apareció delante de ellos. Giró para volar hacia el norte junto a la orilla de la tierra, subiendo en altitud hasta que el aire se sintió delgado para ella. Las ciudades y pueblos sobre los que volaban parecían los juguetes de un niño.

Allí, dijo él. Ella levantó la vista para verle cabecear hacia su izquierda. Eso es Virginia Beach. Tenemos un buen par de horas de vuelo delante de nosotros.

Ah, cierto. Ella desfalleció ante la idea. Y aquí estoy sin mis revistas o novelas de bolsillo, y sin dinero para una película durante el vuelo.

Se quedaron en silencio. Después de un rato, observarla pasar la costa por entre sus pies colgando llegó a ser tan común que era aburrido. Ella inspeccionó el corte en su palma, que se había sellado en algún momento durante la cicatrización de la de Dragos.

La costra ya parecía tener una semana. La tocó sin mucho interés, a continuación, volvió su atención a las largas y curvadas garras negras que la rodeaban. Frotó una, a continuación, la tocó con la uña. Brillaban como la obsidiana y eran sin duda más duras que los diamantes.

Después de eso no hubo nada que hacer salvo balancear los pies y obsesionarse con las debacle en que se había convertido su vida.

Después de todo, ahora se dirigía de regreso a Nueva York en las garras de la misma criatura de la que había estado huyendo. Con quién, por cierto, también había tenido sexo fantástico y alucinante.

Eso era suficiente por sí solo para que le diera vueltas la cabeza, sin considerar todos los muchos otros desastres que se habían producido. Ella miró hacia arriba a Dragos y apartó la mirada de nuevo rápidamente.

Los recuerdos de lo que habían hecho juntos eran tan intensos que perdía la respiración cada vez que pensaba en ellos. Sin embargo, a la vez, parecía surrealista, casi como si le hubiera ocurrido a otra persona. Y no podía conectar al hombre que había sido su amante con esta espléndida exótica criatura que la llevaba con tanto cuidado, mientras volaba.

Apoyó los codos en una garra y hundió la cara entre las manos. Las imágenes de los últimos días cruzaron su mirada interna. La confrontación con los Elfos. Dragos recibiendo un disparo. El accidente de coche. La fortaleza Trasgo, la paliza. El hermoso sueño de su madre. El enfrentamiento en la llanura.

No sabía qué pensar de todo eso. Ella quería ese cuarto oscuro para esconderse hasta que lo descifrara todo. Como en diez años tal vez más o menos.

Y no era muy bueno que hubiera llamado, con toda seguridad en esta ocasión, la atención del Rey de las Hadas. Al frente y al centro. Él no podía saber todo lo que había ocurrido entre ella y Dragos. Pero ellos habían escapado juntos. Ahora el Rey de las Hadas tendría que tener algunas preguntas sobre si ella había tenido algo significativo que ver con la transformación de Dragos, preguntas de las que querría respuestas junto con todas las preguntas que podría haber tenido de antes.

Bonita manera de permanecer bajo el radar y evitar el escrutinio, chalada. Si él hubiera sabido algo, y estado interesado en ella antes, sin duda alguna ahora lo estaba. No tenía la menor duda de que se había disparado hasta la lista de *Los Diez Más Buscados del Rey Hada*. Por lo que sabía serían publicadas fotos de ella en las oficinas de correos y las comisarías y enviadas por fax al *FBI*.

Siempre podía hacerse la cirugía plástica y huir a vivir fuera de la red a un pueblo remoto de México. Si pudiera recoger el material de sus tres alijos restantes y salir de la ciudad de nuevo. Esto no se detendría la detección mágica, sin embargo. Dragos ya le había advertido que la encontraría si trataba de huir.

¿Qué iba a hacerle? Ella no lo sabía. ¿Sería su prisionera, cuando llegaran a *Nueva York*? ¿Era en serio lo de considerarla de su propiedad ahora o eso había sido una broma? Tenía un extraño sentido del humor a veces, así que era difícil de decir.

Sólo dime lo que quiero saber y te dejarte ir. Ja. Ella puso los ojos en blanco. No podía creer que se hubiera tragado aquello.

Ella creía que él la había perdonado por el robo. Suponía que eso era un milagro por sí solo, ya que no hacía mucho tiempo que había estado convencida que la iba a despedazar. Y le había prometido que no trataría de escapar. Lo había dicho en serio en ese momento.

Se preguntaba si iba a mantener esa promesa. La vida se había vuelto tan impredecible que no estaba dispuesta a apostar por nada ni nadie en este punto, mucho menos por sí misma.

Todo lo que sabía con seguridad era que aún se enfrenta a un futuro peligroso e incierto.

Y que estaba... sola otra vez. Peor que nunca.

Capítulo 11

Traducido por Shellene

*Corregido por V!an**

Ella cayó en un sopor incomodo e irregular, apoyando la cabeza sobre un brazo mientras ella se apoyaba en una garra curva. Ahora que lo pensaba, era un poco como tratar de dormir la siesta en el asiento de un avión. El cambio en la altitud la despertó. Se enderezó con una mueca de dolor y miró a su alrededor. *Nueva York* se extendía por todo su alrededor. La salpicadura panorámica de las luces en la profunda oscuridad la apuñalaron en los ojos. Hizo una mueca y se frotó la cara en un intento de despertarse.

Dragos se ladeó y giró en un gran círculo. Se dirigían a uno de los rascacielos más altos. Ella gimió cuando su estómago se tambaleó. Luego cayeron sobre la plataforma de lanzamiento en la azotea de la Torre Cuelebre.

Ella miró a su alrededor, aturdida, y trató de permanecer en pie sin tambalearse cuando Dragos la dejó de pie. El techo era una vasta extensión de espacio, más que suficiente para el manejo de alguien del tamaño de Dragos con espacio para los despegues y aterrizajes de otras criaturas, al mismo tiempo.

Un grupo de personas estaban esperando junto a una serie de puertas dobles. Frente a ellos un hombre de cabellos leonados estaba con los pies plantados separados y los brazos cruzados. Una hermosa mujer de aspecto salvaje estaba a su lado, con las manos en las caderas. Un hombre de aspecto nativo americano estaba un poco apartado de los demás en un chaleco de cuero negro sin mangas y jeans negros con cabello negro cortado corto con dibujos de remolinos rasurados a través de él y los musculosos brazos tatuados.

Todos ellos, sin excepción, iban armados hasta los dientes. Todos medían metro ochenta y tres de alto o más. Ninguno de ellos se parecía a alguien con quien se sintiera cómoda corriendo en un callejón.

El aire detrás de ella brilló con *Poder*. Miró por encima del hombro mientras Dragos se transformaba, hasta la última gota de fuerza del dragón y energía se compactó en la forma alta, muscular del hombre. Por algún truco de la magia en el cambio, él

todavía llevaba sus jeans y las sucias botas maltratadas y nada más. Miró de su pecho a la cara afilada como una hoja y los ojos rapaces y perdió el aliento de nuevo.

Él la tomó del brazo y se dirigió con ella al grupo esperando en las puertas. Su cara ardió mientras los ojos curiosos y hostiles la evaluaban.

—Por fin has aparecido —dijo el hombre de cabellos leonados. Él hizo un gesto con la barbilla hacia el nativo americano—. He enviado a Tiago a América del Sur y algunos de la caballería. ¿Estás bien?

—Estoy bien —dijo Dragos. Dos de los hombres tenían las puertas abiertas. Dragos ignoró las puertas abiertas del ascensor y tomó las escaleras. A ella no le quedó más remedio que trotar junto a él. Los otros les siguieron.

—Conferencia en diez minutos. ¿Está lista la habitación?

¿Qué habitación? ¿Su habitación? Pia le miró de reojo mientras llegaban al rellano de la planta del ático.

—Todo listo —dijo el hombre leonado justo detrás de ella. La mayoría del resto se había separado de ellos para ir a la sala de conferencias.

Recorrieron un gran pasillo, giraron y bajaron por otro. Los pasillos tenían lujosos suelos de mármol. Obras originales de arte colgaban en las paredes poco iluminadas. Ella estiró el cuello. *Espera... ¿eso era una pintura de Chagall?*

Dragos se detuvo ante una puerta de madera clara. La abrió y entró. El macho leonado y otros dos se quedaron en la entrada junto a la puerta.

Pia miró a su alrededor. Consiguió una borrosa impresión de una habitación que era más grande que una casa pequeña. Sus sucias zapatillas se hundieron en la blanca alfombra de felpa. Una chimenea independiente y salón hundido con sofás y sillones de cuero claro se encontraba en un extremo. Una cama negra enmarcada de hierro forjado del tamaño de un bote en el otro extremo, con montones de almohadas y edredones. Una inmensa pantalla plana de plasma colgaba en una pared, y un pequeño bar con fregadero estaba metido en una alcoba. Otra pared no era más que ventanas de cristal desde el suelo al techo con puertas francesas. Las puertas abiertas daban a vestidores y un baño.

Él le dio la vuelta para mirarlo de frente y le inclinó el mentón hacia arriba. Ella lo miró, con los ojos desorbitados y cautelosos.

—Sé lo cansada que estás —dijo en voz baja—. Quiero que te quedes aquí, tomes un baño caliente y descanses. Todo lo que necesitarás está aquí, ropa, bebidas, y voy a hacer que te envíen una comida. ¿Está bien?

De alguna manera este panorama actual era más ajeno que la Otra Tierra en la que habían estado. La maraña dentro de ella se enredó aún más. Estaba medio temerosa de él otra vez, pero al mismo tiempo no quería que se fuera. Se mordió los labios, apretó los puños para no estirar los brazos hacia él o parecer que requería demasiada atención. Ella le hizo un gesto brusco.

Él puso una mano en su nuca, un peso pesado, caliente, su se cara endureció. Él dijo, como si ella hubiera argumentado:

—He estado hablando con Rune a medida que nos acercábamos a la ciudad. Hemos estado fuera una semana. Tengo que informarles sobre lo que pasó.

—Debe haber un millón de cosas que tienes que hacer —dijo. Se salió de su agarre, cruzó los brazos alrededor de su cintura y se alejó de él—. No puedo ni imaginarlo.

Él se quedó con la mano suspendida en el aire, frunciéndole el ceño. Ella alcanzó a ver el pasillo, donde el macho leonado que debía ser Rune, estaba de pie junto con otros dos grandes hombres descomunales. Los tres estaban mirando a Dragos como si no lo reconocieran.

Giró sobre sus talones y salió. Él dijo:

—Bayne, Con, quédense aquí. Consíganle todo lo que ella quiera.

—Bien —dijo uno de los hombres. Él intercambió una mirada con el otro hombre—. Todo lo que quiera.

Dragos desapareció con Rune, dejándola sola en la grande y hermosa habitación del tamaño de un granero con dos hombres en la puerta.

Guardias armados. Suponía que tenía una pregunta contestada. Era una prisionera.

Uno de ellos se apoderó de la manija de la puerta y cabeceó hacia ella, su curtido rostro inexpresivo.

—Vamos a tocar cuando la comida llegue —le dijo—. ¿Necesitas algo ahora?

—No, gracias —dijo con la garganta seca—. Estoy bien.

Su guarda cerró la puerta y la dejó a solas.

Se dio la vuelta en un círculo, asimilándolo todo. El cuarto vacío estaba envuelto en las sombras que se profundizaron con la llegada del anochecer. El extraño lujoso ático parecía más frío y vacío, sin la vitalidad de la presencia de Dragos. Se frotó los brazos y se estremeció.

Se quitó las repugnantes zapatillas y las puso en el suelo de baldosas justo dentro de un baño que era más grande que el conjunto de su apartamento. Luego caminó sin hacer ruido a la alcoba que ocultaba el bar con fregadero.

Aunque pequeño, estaba provisto de una gran variedad de licores, todos de primerísima calidad, por supuesto. Hizo una pausa, distraída por la colección.

Ella siempre había querido probar una copa de *Johnnie Walker Blue*. Había una máquina de café en el mostrador y un fregadero. Debajo del mostrador había una nevera de tamaño medio. Revisó el contenido. Botellas de agua *Evian* y *Perrier*, cerveza y cerveza, zumos varios, vino blanco y champán.

Sacó dos botellas de agua. Se tragó la *Evian*. Luego, con su sed un poco aliviada, abrió la *Perrier* y se la bebió más lentamente.

La chimenea era real, no de gas. Era impecable y tenía colocado un pulcro montón de madera, listo para encenderse. Había una caja de largos fósforos junto al mando a distancia del televisor sobre la mesa frente a dos de los sofás. Ella cedió a la tentación y encendió el fuego. El parpadeo amarillo de las llamas contribuyó a disipar una parte del frío vacío de la habitación.

A continuación se metió en un armario vestidor y un vestidor. Un lado estaba lleno de ropa masculina. El otro lado estaba lleno con su ropa.

De su apartamento.

Apartó las perchas y abrió los cajones del aparador. Su ropa interior, calcetines, camisetas y shorts, todo impecable, todo planchado y plegado.

Ella levantó un pequeño paquete limpio en el que había un par de bragas blancas. ¿Algún extraño había lavado y planchado su ropa interior?

Lo mismo era válido para la ropa en las perchas. Sus zapatos ya no estaban en una montón sino pulidos y almacenados en orden. Su pequeño cofre de cedro de joyas estaba en uno de los aparadores. Lo abrió y se le llenaron los ojos de lágrimas al ver el antiguo collar de su madre. Ella acarició el collar, a continuación, lo encerró en su pecho con cuidado y se apoyó en el tocador.

Esto era tanto escalofriante como... amable. Encontrar cosas familiares era reconfortante a la vez que la asustaba casi hasta la muerte.

¿Cuándo había dado la orden para recoger sus cosas? ¿Había sido en la casa en la playa cuando llamó a Rune? Él había dicho que le había dicho a Rune que consiguiera un cocinero vegetariano. ¿Cuándo había decidido trasladar sus cosas a su cuarto?

Ella agarró una camiseta, un sujetador deportivo, las bragas y un par de boxers de franela. Entró en la cuarto de baño. Podría pasarse una semana de vacaciones sólo en el baño a solas. Había una bañera del tamaño de una pequeña piscina con escalones y banquetas, y había frascos sin abrir de espuma de baño con aroma a *Chanel*. Sus artículos de tocador y maquillaje estaban dispuestos en el mármol del lavabo. Nuevas botellas de la marca de champú y acondicionador que le gustaban se encontraban en la cabina de ducha.

Alguien había pensado al parecer en todo, cada última maldita cosa salvo para pedir su opinión sobre nada de ello. Una jaula dorada.

Aunque Dragos la había instado a darse un baño caliente, se sentía demasiado vulnerable e inestable para relajarse. Al igual que hizo en la casa de la playa, cerró la puerta del baño antes de desnudarse.

La ducha era varios metros de tamaño con una banqueta y cabezas múltiples. Después de averiguar cómo se encendía, se puso de pie bajo los múltiples chorros de agua con los ojos cerrados hasta que la empapada calidez se llevó toda la fuerza de sus piernas. Se sentó en el banquillo mientras se enjabonaba y acondicionaba el cabello y se restregó el cuerpo hasta que tuvo la impresión que se había quitado una capa de piel. Después de aclararlo, envolvió el cabello en una toalla, se secó y se vistió. Racional o no se sintió mejor tan pronto como llevó puesta ropa limpia.

Cuando salió del baño, descubrió que un carro portátil de servicio, una mesa de comedor y una silla habían sido establecidos cerca de las ventanas. Había un gran mantel de lino blanco y vajilla sencilla pero elegante y platos de plata cubiertos. Una pequeña botella de vino blanco en un cubo de hielo. Consumida por el hambre, descubrió todos los platos.

Encontró un delicado risotto de espárragos trigueros espolvoreados con almendras finas, una ensalada de verduras mixtas, peras en rodajas y arándanos secos, pan recién horneado con paquetes individuales de margarina de soja y crumble de arándanos como postre. Cayó sobre la comida y devoró hasta el último delicioso bocado.

Después de ponerse limpia, cómoda, y llenar su estómago, no tenía espacio para la alarma o la ofensa. Ni siquiera podía mantener los ojos abiertos. Se las arregló para cepillarse los dientes antes de arrastrarse entre las sábanas de la enorme cama. Como las cárceles eran, esta sería muy difícil de superar. Bostezó, renunció a pensar y se durmió.

En el piso de abajo, Dragos entró en la sala de conferencias, seguido por Rune. Ubicada a una conveniente corta distancia, por el pasillo de sus oficinas, se trataba de una gran sala de juntas, con asientos de cuero negro, una mesa amplia de roble pulido y equipamiento de alta tecnología de teleconferencia.

Todos sus centinelas estaban presentes, con excepción de dos grifos Bayne y Constantine, que estaba de guardia en la puerta de Pia. Rune se sentó al lado del cuarto grifo, Graydon, e inclinó la silla hacia atrás. Tiago se apoyó contra la pared del fondo, una inquietante presencia oscura. Aryal se repanchingó y golpeó los dedos sobre la mesa. Ella nunca lograba un estado inmóvil a menos que estuviera cazando una presa. La gárgola Grym orientó su silla para poder ver Aryal.

Tricks, la hada conocida como Thistle Periwinkle, la directora de relaciones públicas de Cuelebre, se sentaba con los brazos y las piernas cruzadas en el otro extremo de la mesa. Su nube de cabello lila, luciendo un corte de pelo de cuatrocientos dólares, estaba despeinada. Ella sacudía un pie diminuto y fumaba un cigarrillo tras otro.

Dragos, como Tiago, no tomó asiento. En su lugar, fue a apoyarse contra el mostrador de roble al frente de la habitación. Cruzó un pie sobre el otro y se cruzó de brazos, bajó la barbilla y rumió mirando el suelo.

No le gustaba cómo se sentía. No le gustaba ni una jodida pizca. Se sentía nervioso e inquieto por dejar a Pia sola. La sensación aumentaba con cada paso que daba lejos de ella y con cada minuto que corría. Ella tenía un aspecto muy perdido y solitario de pie en medio de aquella habitación grande y vacía.

Tampoco le gustaba cómo lo había mirado, como si fuera un rompecabezas impredecible que no podía descifrar. O una bomba que podría estallarle en la cara. Lo había mirado con incertidumbre, y desconfianza. Con algo muy parecido al miedo de nuevo.

Se había apartado de él.

Era inaceptable. Pero antes de que pudiera ir a ocuparse de lo que se estaba gestando en su cabeza, tenía que hacer esto primero.

Levantó la vista y miró a su alrededor a los ocupantes de la habitación. Todos estaban observándolo y esperando.

—Eh, Tricks —dijo a la hadas fumándose un cigarrillo tras otro—. Tu tío Urien dice hola.

Tricks comenzó a jurar, sus rasgos de pilluela se retorcieron. Ella apuñaló un cigarrillo a medio fumar en el cenicero. —¿Qué hizo el hijo de puta esta vez?

Rune, dijo:

—Todo el mundo sabe lo que pasó hasta el momento en que nos llamaste de *Carolina del Sur*. Hemos estado lidiando con las repercusiones Élficas. Han invocado un embargo comercial y empresarial con cualquier cosa que tenga que ver con las

empresas Cuelebre, junto con todos los negocios de otros Wyr conocidos. También juraron acompañarte a ti y a la mujer a la frontera de los Elfos. Están insistiendo en saber qué pasó con ella.

—¿Quieres decir, aparte de alojar a la criminal en una suite del ático y contratar a un chef privado para ella? Sí, estamos hablando de un castigo cruel e inusual —le susurró Aryal a Grym, pero la agudeza auditiva de Dragos lo atrapó de todos modos. Él optó por ignorarla por ahora.

—Nos escoltaron a la frontera. Eso es verdad hasta donde va —dijo. Les dijo el resto, omitiendo lo ocurrido en privado entre él y Pia, y pasando por alto cualquier cosa que tuviera que ver con sus secretos. Pia era su misterio. De nadie más. Tenía la intención de resolverlo él solo.

El humor en la sala se volvió de perros cuando describió el enfrentamiento en la llanura de la Otra Tierra.

Cuando terminó, Tiago se movió. En su forma de pájaro de trueno, era tan grande como cualquiera de los grifos.

—Por lo tanto, es la guerra. Ya era hora maldición —dijo. Oscura satisfacción brillaba en los ojos de obsidiana.

Dragos asintió con la cabeza.

—Es la guerra. Ahora no nos detenemos hasta que Urien está muerto —miró a Tricks—. Eso significa que por fin conseguirás ser la Reina de las Hadas Oscuras.

—Oh, Dios no —gimió la hada—. Odio la maldita Corte de las Hadas Oscuras.

—Bueno, aspira, Tricks. Has corrido de esto el tiempo suficiente. Y esta vez Urien me ha empujado demasiado lejos.

Hacía más de doscientos años, el tiempo de la humanidad, Urien había tomado la corona de las Hadas Oscuras en un sangriento golpe de estado. Urien había matado a su hermano, el Rey, a la esposa del Rey y a cualquier otro que tuviera un reclamo directo al trono, pero se las arregló para olvidarse de una pequeña persona, la hija mayor de los reyes, Tricks.

Con sólo diecisiete años, Tricks había sido considerada poco más que un bebé en el momento en que había logrado escapar. Ella había corrido directamente a Dragos, la entidad que ella sentía seguro que podría enfrentarse a su tío sin ningún temor, y había pedido asilo. Había estado con él desde entonces.

—Ha sido un divertido juego de Jódete, ¿no? Nos las arreglamos para mantenerlo en funcionamiento durante bastante tiempo, pero sabes que tenía que terminar en algún momento —le dijo. Ella le dio una miserable cabezada.

—Bueno, esto es lo que vamos a hacer —dijo—. Tiago, envía algunas de las tropas que trajiste de vuelta contigo a recorrer esa fortaleza Trasgo. Ellos saben lo que hacer a cualquiera lo suficientemente estúpido como para estar todavía allí.

Tiago sonrió. —Está bien.

—Aryal —continuó—, investiga la conexión de los Elfos. Quiero saber quién pudo haber filtrado información a Urien. —La arpía le dio una inclinación de cabeza. Él volvió su atención a la gárgola—. Grym, quiero que trabajes con Tricks para trazar el diseño del palacio de las Hadas Oscuras y los terrenos para posibles planes de ataque. Tengo algunas ideas, pero también quiero saber lo que se les ocurra. Tricks, sé que vamos a estar muy ocupados, pero agradecería que te las arreglaras para contratar un reemplazo para ti antes de irte, o al menos tener una pequeña lista de sugerencias. Vamos a necesitar una nueva persona de relaciones públicas.

—Por supuesto que lo haré —dijo Tricks—. Es lo menos que te debo.

—Nunca va a ser lo mismo —dijo Graydon con voz triste—. Ver su linda carita cuando salía por la televisión y saber cómo Urien debía tener rechinando los dientes cada vez que la veía. —Todo el mundo se echó a reír. Incluso Tricks logró sonreír.

Rune y Graydon lo miraban. Él les dijo:

—Hasta nuevo aviso, ustedes dos, Bayne y Con, están en destacamento especial. Consigan lugartenientes para seguir el ritmo con sus tareas regulares. Ustedes cuatro van a proteger a Pia cuando yo no esté con ella. Dos dentro dos fuera, las veinticuatro horas del día. Nunca debe ser dejada sola. ¿Entendido?

La silla de Rune cayó sobre las cuatro patas. El guapo macho parecía muy alerta. La expresión de Graydon fue la imagen de la incredulidad. Fue más o menos lo que se repitió por toda la habitación. Las cejas de Tricks se elevaron y frunció los labios.

—¿Estás poniendo a cuatro de tus guerreros más poderosos en un destacamento de canguros para una ladrona? —dijo Aryal—. ¿En un momento como este?

Dragos la miró por debajo de las cejas bajadas. Grym le puso a Aryal una mano en su brazo. La gárgola le dijo a Dragos:

—A menos que haya cualquier otra cosa, nos pondremos a trabajar, mi Señor. Creo que todos tenemos mucho que hacer.

Él contempló a la arpía unos instantes más, el dragón despertado, y moviéndose profundamente en sus pensamientos. Aryal bajó la mirada y agachó la cabeza en una postura de sumisión.

—Váyanse —dijo.

Los otros se dispersaron. Rune y Graydon lo siguieron mientras se dirigía al piso de arriba. Bajó airadamente por el pasillo, todavía meditando, mientras ellos le seguían de cerca desde cualquier lado. Llegó a la puerta de Pia donde Bayne y Constantine holgazaneaban contra la pared, hablando. Los dos hombres se enderezaron a su acercamiento.

—Ponles al corriente —dijo a Rune, que asintió con la cabeza. El dragón todavía despertado, los examinó a todos. Los grifos lo observaban con el rostro atento, tranquilo. Él dijo—: Quiero dejar esto perfectamente claro. Para que no haya malentendidos. Hemos trabajado bien juntos durante casi mil años. Todos ustedes han llegado a significar mucho para mí. Valoro su servicio y aprecio su lealtad por encima de todos los demás —miró a Rune—. Te cuento como mi mejor amigo.

Todos ellos se habían erguido mientras hablaba. Señaló a la puerta. —Ladrona o no, es mía y la estoy cuidando. Si un solo pelo en la cabeza de esa joven se vea perjudicado, ustedes cuatro hijos de puta mejor que estén masacrados y en pedazos cuando los encuentre.

La mirada de Runa se reunió con la de él.

—No te preocupes, mi Señor —dijo el grifo—. Vamos a protegerla con nuestras vidas. Lo juro.

Cansada como estaba y pese a la comodidad de la cama, Pia daba vueltas, incapaz de asentarse en un profundo sueño. Soñaba con ser perseguida. Las escenas iban cambiando. Primero se arrastraba por los caminos secretos de una casa enorme, tratando de encontrar algún lugar para esconderse. A continuación estaba entrando y saliendo de una calle muy concurrida, de una ciudad desconocida, mientras que alguien amenazador la seguía. Ella nunca pudo ver la cara de su perseguidor, pero la aterrorizaba mortalmente.

Entonces, alguien levantó la colcha. Un gran hombre húmedo, desnudo se deslizó en la cama junto a ella. Se sobresaltó, despertando con una sacudida violenta.

—Shh, soy yo —le susurró Dragos—. No tenía la intención de despertarte.

—Está bien —murmuró—. No me gustaba ese sueño de todos modos.

Había una razón por la cual no era tan buena idea que él estuviera en su cama. ¿O estaba ella en la suya? No estaba lo bastante despierta para comprender nada de esto. Sólo estaba lo bastante despierta para sentir una oleada de placer y alivio.

Sus brazos la rodearon. Ella hizo un ruido y se enterró en su costado. Su calidez y energía la envolvían. Puso su mejilla en su hombro, contra la piel húmeda, oliendo a limpia que cubría los músculos duros y voluminosos como la seda, y apoyó una mano en su pecho.

—¿Te ha gustado la cena? —preguntó.

—Riquísima.

—Bien —él presionó un beso en su frente—. Quítate el hechizo.

—Soñolienta —se quejó.

Él acarició su pelo.

—¿Por favor?

Ella masculló, rebuscó para agarrar el hechizo amortiguador y lo liberó. Su ancho pecho se movió en un suspiro profundo. —Eso está mejor.

—Shh —lo regañó. Se volvió hacia su costado. Él envolvió su cuerpo alrededor de ella. Su mejilla se apoyaba en un bíceps, mientras que el otro brazo estaba enroscado alrededor de su torso. Él cubrió sus piernas con un pesado muslo. Ella lanzó una mirada nublada por el sueño a sus cuerpos entrelazados. El brillo pálido de su figura estaba enjaulado en un posesivo varón, de bronce oscuro. Era un agarre celoso y sofocante. Ella debería querer librarse de él. Suspiró. Algo profundamente dentro se instaló en su lugar y ella cerró los ojos, contenta.

Esta vez cuando se quedó dormida no hubo más sueños.

Mucho tiempo después, algo relajante la sacó de la profunda inconsciencia. Ella flotó por un tiempo en un estado crepuscular. Una mano grande bajaba por la parte delantera del torso. Dedos suaves se arrastraban de su vientre plano hasta sus costillas para rodear primero un pecho y luego el otro.

Ella suspiró y se estiró. Se dio la vuelta sobre su espalda mientras se arqueaba hacia ese toque itinerante y agradable. Labios rozaron su hombro desnudo, acariciaron la graciosa curva de su cuello. Dientes rasparon la piel sensible y mordisquearon el lóbulo de su oreja.

¿Hombro desnudo? Ella abrió los ojos. Fue de nuevo impactante permanecer desnuda con él. Ella frotó un pie en su pierna, los suaves pelos le cosquillearon los pies. El pre amanecer florecía afuera y traía al cuarto una luz grisácea. Dragos descansaba su peso sobre un brazo mientras se inclinaba sobre ella. Su severo rostro estaba atento mientras la estudiaba con una mirada entrecerrada. La línea grabada de su boca estaba curvada en una sonrisa perezosa y sensual. Él era tan magnífico

que todo su cuerpo palpitaba. Su fina nariz cortada bufó y ella supo que lo había percibido. Se humedeció los labios. Su mirada bajó y él observó el movimiento.

—Estoy bastante segura de que me fui a la cama con la ropa puesta —murmuró.

—Así fue —dijo su tono lánguido. Rodeó la areola de un pecho. Ella lo vio tragarla mientras su pezón se fruncía—. Las encontré en el camino.

—¿Me desnudaste mientras estaba durmiendo? —Ella se estremeció cuando rodeó la aureola de su otro pecho—. Debo haber estado muy cansada.

—Puede ser que te haya echado una mano. —Ella arqueó una ceja ante él. Él le dijo—: Fue sólo un pequeño encantamiento. Necesitabas descansar.

—Sin mi ropa. —Allí estaba él, jugando con su cabeza de nuevo. Si hizo una nota para sí misma: Tenían que discutir cómo ella no era su muñeca Barbie personal para vestirla y desvestirla cada vez que le apetecía.

—Yo necesitaba descansar también —dijo con voz suave—. Y me estaban molestando.

Ella resopló una carcajada. ¿Quién sabía que este terrible hombre exótico, sería tan divertido? A ella le encantaba, le encantaba que la sorprendiera.

Él rastreó sus labios a continuación. Ella tuvo la sensación de que estaba siendo acosada sin haber dejado la cama.

Ella tomó su dedo en su boca y lo chupó, y eso lo encendió con fuego. Él sacó su dedo. Sus oscurecidos ojos dorados destellaban con voraz calor. Su cabeza descendió con fuerza. Él la incrustó en la almohada mientras se hundía en su boca con una lengua dura y hambrienta. Al mismo tiempo que ahuecaba entre sus piernas, probaba su sexo húmedo y empujaba dos dedos dentro de ella.

Ella gimió y se aferró a su brazo. Su agresividad sacó una respuesta indefensa de ella. Creció líquida e hinchada, empapando sus dedos. Él gruñó y empujó la lengua y los dedos en ella en una penetración simultánea. Sus caderas corcovaron contra su mano.

Ella se arrastró lejos de su boca y jadeó.

—Espera... no quiero...

Él se quedó a centímetros por encima de ella, el ave rapaz esperando a caer en picada, mientras que el pulgar encontraba y frotaba su clítoris. Ella gimió y él apretó la mano más fuerte en su contra.

—¿No quieres? —murmuró, dándole un sonrisa cruel.

Ella encontró su pene duro y lo agarró. Él siseó y empujó en su mano, palpitando contra su palma.

—Quiero explorarte también antes de que me destroces de nuevo. —Lo miró a los ojos, insegura. Él era tan dominante. Ella no tenía ni idea de lo que le gustaría—. ¿Te gustaría eso?

Él hizo una pausa y ella lo observó luchar con impulsos opuestos. Entonces le sacó la mano de él y la prendió sobre su cabeza. —Me encantaría —le susurró al oído—. Después de que te llevemos a únicamente un primer clímax pequeño.

Él empujó profundamente con esos hábiles dedos largos y frotó la palma de su mano contra ella, encontrando el lugar correcto. Ella se sacudió y luchó contra su control, empujando contra la presión, tratando de encontrar la liberación.

—Llega dentro de mí —insistió ella.

—No —susurró él contra su oído, tragándose cada respuesta—. Todavía no. Llegaras así, querida.

—¡Maldita sea! —Él era diabólico. La presión se acumuló, y sus dedos se sentían tan bien mientras acariciaba el interior... ¡Dios!... pero ella lo quería a él grueso, duro y enterrado dentro de ella. Ella se volvió y le mordió el hombro.

Él se rió, un sonido sensual y ronco. Se inclinó para succionar uno de sus pezones en su boca, tirándolo y dándole golpecitos con la lengua mientras la trabajaba.

Allí estaba, un clímax creciente en el interior como un fósforo ardiendo llameando. Ella se arqueó y le dio sus sonidos de placer. Él dejó su pezón para rozar su boca sobre la suya mientras ella gemía, sus músculos internos contrayéndose.

—Eso es todo, ahí está —le susurró contra los labios. Él lo facilitó frotando la palma de su mano contra ella, trayéndola de nuevo con mucho cuidado—. Hermoso.

Permanecieron inmóviles un momento, respirando juntos. Luego ella se agitó y le dio una sonrisa maliciosa.

—¿Querías saber por qué dije que no estaba bien de la cabeza?

Una esquina de su boca se alzó. —Sí, lo hacía, ¿no?

Ella dirigió sus dedos sobre su pecho. —No dejaba de tener fantasías sexuales de ti a veces muy inadecuadas.

—¿Como cuándo? —preguntó, acariciando su cadera y abajo del muslo. Él pasó los dedos por la maraña de rizos de oro blanco entre sus muslos, su toque delicado y ligero. Parecía muy interesado.

Ella suspiró de placer. ¿Cómo conseguía saber todas las formas de excitarla?

—Como cuando caíste del cielo y te sentaste sobre mí. Parecías la ira de Dios, y me asustaste casi hasta la muerte. Luego todo lo que podía pensar era en ese maldito sueño y lo caliente que eras. No está bien estar asustada y totalmente cachonda al mismo tiempo.

—Eso era en todo lo que yo podía pensar también —levantó la mano y besó la costra sobre la palma de su mano—. Tenía la intención de ponerte una trampa con ese sueño. Me atrapé a mí mismo en lugar de eso.

—Y luego —susurró, con los ojos brillantes—, ¿recuerdas cuando estabas encadenado en la fortaleza Trasgo?

—No es un recuerdo que pronto se vaya a desvanecer —respondió en un tono seco.

—Fue terrible —dijo—. Me sentía muy mal, la celda estaba sucia y tenía miedo de nuevo. Y ahí estabas tú encadenado y extendido como un banquete gastronómico. A pesar de todo, por un momento al verte se me hizo la boca agua.

Su interés se agudizó, se convirtió en eléctrico. —Tengo que recordar añadir grilletes a todas las habitaciones.

Ella se rió entre dientes y se situó más cerca. —Fue sólo una fantasía. Lo real era bastante inquietante.

—Entonces, vamos a fingirla —rodó sobre su espalda y se apoderó de los rieles de la cama por encima de su cabeza. La postura extendía los músculos de sus brazos y pecho, acentuaba sus costillas y ahuecaba su abdomen.

Ella lo miró con los párpados entrecerrados, su cuerpo cosquilleó. La sensualidad acumulada alumbró su mirada. Su cuerpo excitado y su cara eran lo más sexy que había visto nunca. Era incluso más excitante que se ofreciera a yacer suplicante ante ella, este gran y peligroso hombre.

Ella se deslizó sobre él hasta que estuvo torso con torso, sus pechos apretados contra su pecho. Inclino la cabeza y frotó los labios abiertos a lo largo de él. Lamió, besó y mordisqueó. Su respiración se volvió áspera. Él la mordió, tratando de convencerla para un beso más duro, pero ella se apartó y se deslizó hacia abajo.

Deslizó la boca abierta a lo largo de los bultos y huecos de su pecho, besando el esternón y frotando su nariz por la flecha de encrespado pelo oscuro esparcido que

bajaba por su largo cuerpo hasta su ingle. Se movió bajo ella, estirándose como un gato. Ella jugaba con sus pezones oscuros, planos, haciendo que se endurecieran.

Ella se estaba excitando tanto como él. Se agachó y se apoderó de su pene. Él siseó y empujó sus caderas hacia arriba. Ella miró su mano pálida y brillante agarrándolo, su respirando se volvió errática. Él estaba hermosamente contorneado, su erección grande y gruesa, la piel del eje y el bulbo de la cabeza suave terciopelo. Sus testículos estaban ascendentes apretados por debajo. Ella los masajeó. Eran globos pesados, redondos y voluptuosos.

Levantó la cabeza para ver que ella lo acariciaba, los ojos brillantes. Él era duro todos ángulos y bordes. Los músculos de sus brazos temblaban. Ella miró a sus manos agarrando los rieles de la cama. Tenía los nudillos blancos.

—Este es mi juego ahora. No te sueltes —le advirtió. Ella le sostuvo la feroz mirada mientras se deslizaba por su cuerpo. Independientemente de los asuntos importantes o preguntas que estaban sin resolver entre ellos, cuando se trataba de esto ellos generaban la magia inflamable juntos.

Ella se inclinó sobre él, levantó su erección, tomó la cabeza en su boca y lo mamó. Él dio un grito breve y agudo, golpeando su cabeza sobre las almohadas. Sus caderas se salieron de la cama mientras empujaba en su boca.

Ella agarró su pene en la base con una mano, ahuecó el saco con la otra y se dio un festín. El gusto y el tacto de él eran embriagadores. Ella canturreó mientras trabajaba con él para llevarle más profundo, abriendo los músculos de su garganta tan amplios como pudo, retrocediendo lenta y firmemente y luego empujando para llevarlo profundamente de nuevo. El hambre una espiral fuera de control, salvaje y caliente.

Su juego olvidado, él recogió su pelo en un puño y bombeó en su boca. Puso la otra mano entre sus piernas y exploró y acarició los pliegues mojados y sedosos.

Luego tiró de su pelo, obligándola a apartar la cabeza. Ella hizo un ruido como de queja cuando su polla salió de su boca. Él le dio un tirón para arriba para un beso devorador, con la boca abierta. Temblaba en todas partes, y eso la volvió loca. Él la puso encima de él y ella abrió las piernas para sentarse a horcajadas, enroscándose sobre él y frotando su sexo en su erección mientras continuaba sujetándola por el pelo, presa de su asalto.

Abrumada por la avaricia, ella se levantó y lo colocó de modo que su ancha y gruesa cabeza traspasara su entrada. Luego él se hizo cargo, la agarró por las caderas y empujó hasta el fondo. Todo su cuerpo se apretó y él soltó un grito.

Ella estaba haciendo demasiado ruido, urgentes sonidos animales, temblando por todas partes mientras su cuerpo se ajustaba a la pesada longitud invasora. Él

encontró un ritmo, empujó en ella con creciente urgencia, cavando los dedos en su carne blanca y suave.

Ella trató de reforzarse de cualquier manera que pudo, apoyó los codos sobre su pecho. Tenía la cabeza levantada para que estar nariz a nariz con ella, la cara grabada con agresión sexual, la feroz mirada centelleante puesta en ella. Él le enseñó los dientes.

Su salvaje belleza la envió a una fusión líquida. Ella extendió los brazos y empujó manos abiertas en las almohadas, los labios entreabiertos, llegando, llegando, y entonces fue abrumada con una descarga de placer tan intenso mientras él la empalaba, ella se retorció en un orgasmo.

Él se unió a ella con un gemido áspero, empujando hacia arriba y arriba mientras su clímax brotaba dentro de ella. Se mantuvieron tensos por un largo momento. Sus pulmones trabajaban mientras ella intentaba aspirar un poco de aire. Su maldito cabello estaba por todos lados. Ella lo empujó fuera de los ojos a tiempo para echar un vistazo a su cara. Él parecía desesperado y fuera de control.

Negó con la cabeza, murmurando: —No es suficiente. —La asió bajo las caderas con un brazo para mantenerlos unidos, la volteó para que aterrizara de espaldas sobre el colchón con él encima. Todavía estaba duro. Empezó a moverse de nuevo, entrando y saliendo de su jugosa y apretada vagina.

—Oh Dios, me vas a matar —se quejó. Él hizo una pausa y buscó sus ojos. Ella envolvió sus brazos alrededor su cuello y le susurró—: Será mejor que no pares hasta que hayas terminado. Recuerda, que puedo tomar cualquier paso que puedas establecer, grandote.

Su rostro se iluminó con una sonrisa salvaje. Luego perdió la sonrisa, perdió las palabras, lo perdió todo con la incontrolable pasión que la arrasó junto con él. No se detuvo hasta que hubo gastado todo lo que tenía.

Destrozada. Él la había destrozado otra vez. La llevaba tan lejos y profundo fuera de sí misma, regresaba cambiada de manera fundamental que no entendía. Hacía ruidos con él y hacía cosas que nunca había hecho antes, cosas que nunca había concebido hacer. Nunca se había dado cuenta de cómo el acto sexual podría ser una pérdida total de todo comportamiento civilizado. Él la traía cara a cara con el animal que vivía dentro de ella. Ya no tenía nada a que aferrarse, ya sea dentro o fuera de sí misma en los rápidos cambios que había superado su vida. Sólo estaba él, el destructor de su mundo, y ella se aferraba a él con todo lo que tenía.

Yacieron juntos en una maraña de piernas, su cabeza en el hombro de ella, mientras la luz de la mañana se arrastraba por el techo. Ella podría haberse dormido. Había perdido la cuenta de sus orgasmos, por no hablar de los de él. Él presionó un beso con su pecho. Él dijo:

—Te marqué de nuevo.

Ella bostezó e intentó imaginar cómo sonaba. Complejo, ese era la palabra, su voz llena de tanto pesar y satisfacción.

—Tú también tienes algunos mordiscos y marcas de arañazos que no tenías antes, grandote.

Él sonrió contra su piel. El pesar huyó y dejó la pura satisfacción masculina como vencedor en el campo. —Eso hago.

Llamaron a la puerta y se abrió a una Hada empujando un carrito de comida en la habitación. —Buenos días —dijo ella con voz de pito.

Más rápido que el pensamiento, Dragos tiró la sábana y se arrojó para taparla. Rugió por encima del hombro:

—¿Qué estás haciendo?!

Ella lanzó el hechizo amortiguador en sí misma tan rápido como pudo. Dragos se veía homicida. Ella puso una mano contra su mejilla, lo besó y miró por encima del hombro.

La pobre Hada se había vuelto de un blanco ceniciento y parecía que estaba a punto de desmayarse. Ella balbuceó: —Yo siempre... nunca le importó...

Pia dijo con voz suave: —Lo que él quiere decir es, “Muchas gracias por el desayuno”. Y no hiciste nada malo. No está realmente enojado contigo. Sólo se sorprendió. —Debajo de las sábanas, ella le pellizcó con fuerza. Él agarró la mano pero no la contradijo—. Las cosas son un poco diferentes ahora mismo, así que tal vez sea una buena idea llamar y esperar la próxima vez hasta que alguien te diga que puedes entrar.

La Hada osciló de arriba abajo varias veces en frenéticas reverencias.

—¡Por supuesto! ¡Por supuesto! Gracias, mi Señora. Lo haré... —Ella señaló la puerta y se escapó.

La puerta se acomodó en su lugar. Pia miró a Dragos con desconcierto. Había tantas cosas que acababan de suceder. No sabía qué pensar de todo esto ni qué decir. Ella le acarició la cara y esperó hasta que se tranquilizó.

—Ella me llamó “mi señora” —le dijo con voz lastimera—. No sé quién es ésa. Yo no soy una dama.

Lo último de su furia se desvaneció para ser reemplazada por un destello rápido. Miró debajo de la sábana. —Puedo dar fe de ello.

—¡Ooh! —Ella golpeó su hombro.

Se miraron, entonces estallaron en risas.

Él apiló las almohadas para arriba, se acomodó contra ellas y la tiró contra su lado. Ella puso su cabeza en su hombro y trató de alcanzar su anterior sensación de paz flotante. Resultó ser un sentimiento fugaz y comenzó a escabullirse.

Él le paso los dedos por el pelo. —Me debes un mechón de cabello —dijo.

Ella cerró los ojos y trató de ignorar las realidades de la mañana. Preguntó: —¿Cuánto quieres?

—Un montón —dijo, sosteniendo un mechón para que brillara a la luz. Luego frunció el ceño—. No mucho.

Ella empezó a sonreír. —Decídete. Puedo cortarlo corto y tú puedes tenerlo todo, si lo deseas.

—No te atrevas. Sólo quiero lo suficiente.

—Ah, como que tiene sentido —levantó la cabeza para darle una mirada burlona. Estaba frunciendo el ceño. Ella suspiró—. Espera.

Caminó desnuda al vestidor, tomó una bata rosa hasta los muslos de una percha y se la ató. Rebuscó a través de los cajones que contenían sus cosas, encontró su costurero portátil y regresó al dormitorio. Se sentó frente a Dragos las piernas cruzadas sobre la cama. Él entrelazó las manos detrás de la cabeza, mirándola con interés.

Ella tomó las tijeras del equipo, aisló algunos cabellos cerca del cuero cabelludo en la parte posterior de su cabeza, donde el corte estaría escondido y lo cortó. Sostuvo el mechón para su inspección. Era una pieza de buen tamaño, con la anchura de su dedo meñique y la longitud completa de su cabello.

—Perfecto —dijo él, con los ojos brillantes de satisfacción.

—¿Deuda pagada? —preguntó ella.

—Deuda pagada —él frotó las puntas entre sus dedos.

—¿Qué vas a hacer con eso? —preguntó ella.

Él frunció el ceño otra vez. —No lo sé.

—Dame, lo entretejeré para ti. De lo contrario lo tendrás por todo el sitio. Él observó en fascinación mientras ella cortaba dos trozos de hilo dorado casi del mismo color exacto que su pelo. Casi, pero no del todo. Era lo más cercano que ella

pudo encontrar en su costurero y no se notaría a cualquier distancia, pero el hilo carecía de la brillante calidad de su cabello.

Ella se puso un trozo de hilo entre los dientes. Enrolló el otro hilo varias veces alrededor de un extremo del cabello y lo ató. Utilizó un imperdible para fijar la punta a una almohada y con rápida competencia entretejió el mechón. Ella dijo entre dientes:

—¿No vas a hacer algún tipo de magia negra vudú en mí con esto, verdad?

—Oh no —dijo, la mirada fija en sus dedos—. Sólo me gusta el color.

Ella sonrió para sus adentros, tanto calentada como extrañada por la forma en que actuaban entre sí. Se sentía tan natural, tan correcto. Había muchas razones por las que no debería. Ella tomó el segundo tramo de hilo para atar el extremo de la trenza.

Un impulso tonto la hizo ofrecer: —Lo podría atar alrededor de tu muñeca, si quieres.

Ella esperó que le dijera que no fuera estúpida. En lugar de eso, para su sorpresa, él levantó las cejas y dijo: —Me gustaría.

Le tendió la muñeca derecha. Ella enrolló la trenza alrededor. A pesar del grueso de su muñeca, la trenza era lo suficientemente larga para rodearla casi dos veces. Ella tomó más hilos de coser y se dedicó a unirlos a la trenza. Después de asegurarse que lo había puesto sujeto, ató y cortó los extremos del hilo.

Levantó la muñeca y admiró el brillo del oro pálido. Pasó un dedo alrededor de su muñeca, sintiendo la suave protuberancia de la trenza. El bronce oscuro de su piel parecía hacer su cabello resplandecer más brillante.

—¿Dragos, soy una prisionera? —preguntó. Después de agobiarse desde la noche pasada, la pregunta salió con bastante facilidad después de todo.

Entrecerró los ojos mientras miraba hacia arriba. Ella mantenía su atención en poner las cosas en su costurero y deseó que sus dedos no temblaran.

—No —dijo tras un momento pensativo—. ¿Por qué me lo preguntas?

—Los guardas anoche. —El alivio la hizo ofrecerle una sonrisa indecisa.

—Los guardas son para tu seguridad. Cuando yo no esté contigo, ellos lo harán.

—Cuando ella abrió su boca, él dijo: —Eso es no negociable.

—Pero...

Su rostro se endureció.

—Sin discusión, Pia —dijo—. Estoy en guerra ahora. Hasta que entierre a Urien, él va a seguir siendo un grave peligro. Si él sabía antes de ti o no, no es un punto discutible. Después de lo ocurrido en la llanura, acabas de convertirte en un objetivo importante.

—¿Pero guardias incluso aquí? —Ella sintió que cualquier esperanza de incluso una ilusión de libertad se deslizaba entre sus dedos.

—Un par de miles de personas trabajan aquí todos los días. Varios miles más vienen de visita. Sí, hay seguridad y hay zonas restringidas, pero no es un sitio cien por ciento seguros, no cuando se trata de *Poder*. ¿Te acuerdas de cómo llegué a ti con el sueño? ¿Y si se produce algún ataque mágico? Tendrás guardias hasta que todo esto termine. Fin de la discusión.

Sus labios se apretaron. Su lógica era irrefutable y su actitud autocrática casi intolerable. Cuando pensaba que tenía bajo control su temperamento, le dio un breve asentimiento. No necesariamente estaba en desacuerdo con él una vez que le había explicado las cosas. Ella sólo esperaba tener algo que decir en lo que sucedía en su vida.

Él se recostó contra las almohadas y entrelazó las manos detrás de su cabeza. Él le dio una relajada y despiadada sonrisa.

—Ahora que esto ha surgido y podemos tener esa conversación tan esperada, ¿Por qué no me cuentas todo sobre tu madre y cómo me has curado?

Capítulo 12

Traducido por Shellene

Corregido por cYeLy DiviNNa

Después de un congelado momento, ella se arrojó de la cama. Agarró su costurero y entró a grandes zancadas en el vestidor.

—No puedo creer que me estés preguntando eso.

Él la siguió y apoyó un hombro contra el marco de la puerta. Se había deslizado en un par de pantalones negros de seda. Sus ojos brillaban de color dorado.

—Es bastante evidente que me sanaste con tu sangre. Por eso estabas tan desesperada por destruirla. Tu sangre indica algo importante sobre ti. No podías dejar nada atrás.

Ella ingirió su oscura figura reclinada y desvió la mirada con determinación. Sí, era demasiado sexy para las palabras. También era completamente insoportable y él no tenía ni una pizca de vergüenza o bochorno en su haber.

—Supongo que cuando prometiste no preguntarme por eso, quisiste decir que no preguntarías si no querías —dijo con voz sombría. Empujó el costurero en un cajón y pasó junto a él.

—Por supuesto. —se volvió para seguirla—. Eso lo aprendí de alguien que conozco. Ya sabes, la que prometió no discutir sólo cuando ella no quiere —dijo, enarcándole las cejas—. Ahora, ¿quién puede ser?

Se le acercó furiosa y le metió el dedo bajo la nariz.

—Eso fue diferente.

—¿Cómo lo sabes?

—Estábamos en una mala situación. Me reservo el derecho de saber a veces mejor que tú lo que debe hacerse. Así que voy a discutir contigo cada vez que tenga ganas de discutir, tipo grande.

Su boca se aplanó. Él se cruzó de brazos. Era obvio que estaba impresionado con el dedo o su postura.

—¿Al igual que lo hiciste cuando estábamos en el coche con los Tragos observando?

Ella frunció el ceño.

—Eso fue un error. Ya lo dije y me disculpé. También me gustaría señalar que si hubiera sido una niña buena y seguido cada cosa que me dijiste que hiciera cuando lanzabas órdenes por todos lados, todavía podría estar sentada en mi celda. Mi iniciativa te salvó el trasero.

—Yo también dije eso ya —dijo, los ojos entrecerrados. Estaba cara a cara con ella—. Estás eludiendo. Realmente no quiero hablar de esto, ¿verdad?

Ella se apartó de él, sus ojos redondos.

—¿Qué parte de “no me preguntes nada sobre esto” te dio esa idea?

Él siguió, al acecho, su cuerpo moviéndose con líquida gracia.

—Por lo tanto, vamos a ver, ¿qué sé? No hay cerradura que pueda detenerte, eres herbívora, tienes que usar un hechizo de amortiguación para parecer humana, y tu madre era venerada por los Elfos.

—Ya basta —susurró. Se sentía como si la estuviera pelando viva, dejándolo todo al descubierto.

No había piedad en esa mirada de depredador.

—Sabes, sentí el *Poder* en tu sangre cuando te la limpie en el coche. Luego en la llanura, cuando pusiste tu mano sobre mí, pensé que ibas a tirarme al suelo. Pero no estabas segura de que fuera a funcionar. Eso es porque eres una mestiza, ¿no? Todas las habilidades son de la sangre de tu especie Wyr. La cual recibiste de tu madre.

Ella se volvió y miró la habitación. Parecía mucho más pequeña que antes. Fue a las puertas francesas, las arrojó abiertas y se precipitó fuera, desesperada por aire fresco.

Eso fue justo antes de que ella viera que no había barandilla o muro, sólo una cornisa recta y plana al aire libre. Agudas ráfagas de viento silbando le agitó el pelo. Todo giró su alrededor y comenzó a inclinarse. Duros brazos la atraparon y la sostuvieron rápidamente.

—Mierda —dijo ella, temblando. Le aferró el brazo—. No hay barandilla.

—Lo hiciste muy bien en el vuelo. Pensé que no temías a las alturas —dijo. Él tiró de ella hacia atrás y la metió dentro con un brazo por la cintura mientras cerraba y bloqueaba las puertas. Frunció el ceño hacia ella—. Estás blanca como el papel.

—No tengo un problema con las alturas, ¡cuando hay una barandilla! ¡Una pared, o algún tipo de barrera! —dijo, y señaló a la ventana—. Esa es una caída directa desde el piso ochenta. No es una cosa tan pequeña para alguien sin paracaídas o alas.

—Pia, el borde está a unos seis metros de distancia. —Su mano era gentil mientras le frotaba el brazo.

—Ya lo sé. ¿He dicho que estaba siendo racional? —dijo. La vergüenza y el miedo la pusieron aún más irritable. Ella encontró el equilibrio y se irguió fuera de su agarre. Hubo un fuerte golpe en la puerta. Rune y Graydon entraron. Ella alzó las manos y espetó—: ¿Y nadie en este lugar espera una respuesta cuando llama?

Los dos hombres se congelaron. Ellos miraron a Pia, con su pelo rubio y desaliñado rostro furioso, la bata rosa hasta el muslo y las delicadas piernas contorneadas hasta las brillantes uñas rojas de los dedos. Luego miraron a Dragos, con los pantalones de pijama de seda negra, el pecho desnudo y la rubia trenza de pelo en una muñeca oscura.

Dragos la siguió mientras ella irrumpía en el cuarto de baño. Ella cerró la puerta. Él puso sus manos sobre sus caderas y levantó la voz cuando le dijo a través de la puerta:

—No hemos acabado con esta discusión.

La puerta del cuarto de baño se abrió de golpe. Ella espetó:

—¡Y mi madre no es asunto tuyo! —Otra vez dio un portazo.

Dragos se volvió para mirar a los dos hombres. Graydon, el más forzado de los grifos, había comenzado a sacudir la cabeza y salir de espaldas de la habitación. Rune sólo miraba.

Dragos dijo:

—¿Qué?

—¿Quién eres tú —dijo Rune—, y qué has hecho con Dragos?

Él les dio su afilada sonrisa. —No tenía ni idea que esto podría ser tan divertido.

Rune, dijo:

—Sólo pensamos que estarías dispuesto a continuar con tu día. Hay una acumulación de asuntos pendientes esperando por tu atención.

Graydon dijo:

—Nos iremos ahora y regresaremos más tarde, mucho más tarde.

—No, no se molesten. —Él se dirigió hacia el carrito y comenzó a inspeccionar el contenido bajo la plata cubierta. Uno escondía gachas de avena con nueces y manzanas. Él lo volvió a cubrir. El otro tenía medio kilo de tocino frito y una media docena de huevos revueltos. Agarró el plato y un tenedor.

Le dijo a Graydon:

—Haznos una cafetera —hizo una pausa y se vio pensativo—. Por favor.

Graydon volvió la cabeza hacia un lado y abrió los ojos a Rune mientras que decía:

—Sí, mi señor.

Dragos se acomodó en un sofá, agarró el mando y puso *CNN*. Él desayunó en rápidos y eficientes bocados. Rune se tumbó desgarbadamente en otro sofá. Graydon trajo tres tazas de café del bar con fregadero.

Con los ojos en los titulares matutinos, Dragos dijo:

—No más interrupciones dentro.

—Nunca más —dijo Graydon. El grifo tenía una nota ansiosa en su voz—. Correremos la voz.

—El hada del desayuno sin duda ya ha hecho eso —comentó Dragos con la boca llena de tocino—. Ustedes dos payasos se perdieron el memo.

—El hada del desayuno. —Rune se pellizó la nariz y tosió. Los divertidos ojos de oro se encontraron con los suyos, entonces se volvieron hacia la cinta de teletipo que se ejecutaba en el plasma de la pantalla plana.

—¿Qué cosas necesitan ser tratadas?

Terminó su comida mientras escuchaba. Corrieron una lista de cosas, una variedad de productos nacionales, asuntos administrativos, y asuntos militares. Él respondió con su habitual firmeza. Los dos grifos comenzaron a transmitir sus órdenes telepáticamente a la gente apropiada.

La puerta del baño se abrió y el aroma a Chanel flotó por la habitación. Los hombres quedaron en silencio. Pia salió vestida con su corta bata rosa. Entró en el vestidor y cerró la puerta.

Dragos frunció el ceño.

—Conseguían un comprador personal para Pia. Asegúrense que una bata larga esté en la lista.

—Bien. —Graydon parecía como si estuviera siendo torturado.

—¿Han realizado los contratistas la reparación de la otra habitación?

—Casi —dijo Rune—. Hubo algunos daños estructurales cuando, eh, golpeaste la pared. Están trabajando duro para ser lo más silenciosos posible. Puesto que es en el otro lado del edificio, el ruido no debe ser demasiado malo. Ya saben que pueden tener que parar a veces, y están preparados para trabajar alrededor de tu horario si es necesario.

Miró por la ventana y se frotó la barbilla.

—Cuando acaban, hazles erigir una pared en el balcón. Diles que bordee a medias el edificio y pongan vallas cerradas en cada extremo. Eso aún dejará bastante cornisa abierta.

Pia emergió llevando unos jeans de cintura baja y una ajustada camiseta de punto azul de manga larga que dejaba al descubierto su estómago. Llevaba una bolsa de tela con cremallera bajo el brazo. Hizo una pausa, mirando de los tres hombres al carrito comida y a la cama deshecha, con expresión incierta. Parecía mucho más tranquila.

Dragos se desenrolló del sofá y caminó hacia el carrito.

—Ven a tomarte el desayuno con nosotros —dijo. Él puso su plato vacío en el carrito y recuperó su tazón de gachas de avena y una cuchara—. ¿Quieres café?

Ella asintió con la cabeza, yendo tras él hasta los sofás. Graydon se puso en pie.

Dragos puso las gachas de avena y una cuchara en una mesita junto al sofá donde estaba sentado.

—Te voy a conseguir una taza —le dijo. Graydon se detuvo medio fuera de su asiento.

Ella le dio a Dragos un cauteloso ceño fruncido.

—¿Estás haciendo la pelota?

—Por supuesto. —Él se inclinó para darle un rápido beso. El color oscuro tocó sus mejillas. Él tocó un pómulo alto y delicado.

Ella miró de reojo a los otros dos hombres. Iban vestidos con jeans y camisetas. Chaquetas de cuero estaban arrojadas sobre la espalda del sofá, y cada hombre llevaba una pistolera de hombro y la pistola. Sospechaba que ambos tenían varias armas ocultas.

Graydon parecía que estaba viendo un accidente de tren. Rune recostado, las largas piernas estiradas, con una expresión indescifrable. Ella se acurrucó en un extremo

del sofá, agradeció a Dragos por el café cuando él lo puso a su lado y se concentró en mantener la cabeza baja y comerse el desayuno, mientras los hombres hablaban. Estaba tan hambrienta otra vez estuvo a punto de aspirar las gachas de avena con nueces y manzanas.

Sacó de la bolsa un frasco quitaesmalte, bolas de algodón y una botella de esmalte rosa oscuro. Limpió el astillado esmalte rojo, metió bolas de algodón entre su delgados dedos de los pies y comenzó a pintarse las uñas.

Por lo que Dragos había descrito, la *Torre Cuelebre* era una ciudad pequeña. Sólo de escuchar a los hombres, consiguió una pequeña idea de cuán vastas y complejas eran las empresas Cuelebre. Era realmente una corporación mundial.

Hubo una pausa en la conversación. Ella levantó la vista. Dragos se había girado hacia ella, con una pierna larga conectada a los cojines del sofá, un brazo envuelto en la espalda. Tenía la cabeza inclinada mientras la observaba trabajar. Ella miró a los otros dos hombres. Aún no una gran cantidad de cordialidad proveniente de esa parte. Ella se miró los pies medio pintados y sus mejillas ardieron.

—Voy a ir al baño —dijo.

—No —dijo Dragos—. Debes estar cómoda aquí.

Ella suspiró y murmuró:

—Sencillamente no puedes dictar que ocurran ese tipo de cosas, gran hombre.

—Puedo dictar lo que quiera —le dijo.

Ella puso los ojos en blanco. Decidió intentar ignorar a los otros dos hombres y volvió a pintarse las uñas. Terminó un pie y comenzó con el otro.

—¿Algo más? —Dragos le preguntó a los grifos.

—Una última cosa —dijo Rune—. El Gran Lord de los Elfos exige una teleconferencia y una prueba del bienestar de Pia. Ella se ha convertido en algo problemático. —La inexpresiva mirada del grifo leonado, se desvió hacia ella; luego apartó la mirada.

La repentina ira ardió.

—Yo no soy un problema —anunció. Ella terminó de pintarse el dedo meñique—. Soy una “consideración táctica”.

Dragos dejó caer la mano en su hombro. Él la apretó. Ella miró de reojo. Él le sonrió. Él le dijo a Rune:

—El Gran Lord de los Elfos puede irse la mierda. Puedes citarme.

—Srta. Giovanni —dijo Rune—. Perdóneme. No quise sugerir que usted es un problema. Quería decir que los Elfos están convirtiendo el tema de que esté aquí en un problema.

Con la barbilla apoyada en las rodillas levantadas, miró al grifo. La disculpa parecía ofrecida demasiado fácil, su hermoso rostro demasiado suave.

No creo que digas eso en serio, mañoso. Ella lo miró duro y se aseguró de que la viera.

Pero ahora no era el momento de elegir un nuevo enfrentamiento. En cambio, dijo:

—Si están convirtiendo el tema de mi presencia en un problema, ¿por qué no simplemente hacer que se vaya? —se volvió a Dragos—. Podrías tener la teleconferencia y dejarme estar allí.

Sus dientes blancos se mostraron un poco demasiado cuando anunció:

—No tengo intención de complacer las demandas de ese hijo de puta.

Dejó de lado el esmalte de uñas y puso su mano sobre la suya.

—¿Es esto importante? —le dijo. Él la miró por debajo de la oscura barra de sus cejas, los ojos de oro inflexibles. Ella frotó el pulgar sobre la palma de su mano—. ¿No sería mejor si los Elfos sólo se callan y se van? Eh, ¿y si dejaran de hacer berrinche por ti atravesando su patio trasero? No es como si te hubieras comido sus tulipanes o cavado hoyos en su jardín. No measte en los árboles cuando yo no estaba mirando, ¿verdad?

La nube de tormenta que había oscurecido su rostro se rompió. Se echó a reír.

—Lo habría hecho si hubiera pensado en ello.

Rune sonrió. Un bufido explotó de Graydon, que cubrió su sonrisa con una mano tan grande como un plato de comida.

Ella agachó la cabeza y movió las bolas de algodón de entre sus dedos. No era aceptación. Pero al menos era algo.

Mientras Dragos se duchaba y se vestía, Pia cedió a la tentación que la había estado comiendo desde que Rune y Graydon entraron en la habitación, e hizo la cama con rápida eficiencia. Se sintió mejor cuando estuvo hecha, menos expuesta, aunque estaba claro que ella y Dragos habían compartido la cama la noche anterior. Mantuvo la cara apartada de las encubiertas miradas de los grifos, mientras la *CNN* continuaba en el trasfondo.

Dragos salió en botas, uniforme de faena y una camisa negra que moldeaba su musculoso torso. El simbolismo de su traje no se le escapó. Todavía estaba en un estado de ánimo combativo. Ella se agachó junto a él para recoger un par de sandalias desgastadas. Eligió zapatos de salón negros con tiras de lentejuelas

plateadas y tacón bajo. Lamentó sus zapatillas. Habían sido un gran derroche, hechas a medida, y dudaba que la sangre seca y la suciedad pudieran ser limpiadas lo suficiente como para que se sintiera cómoda usándolas de nuevo.

Dragos abrió el camino a la planta inferior. Pia tuvo que trotar para seguirle. Rune y Graydon bajaron detrás de ellos. Ella miró a su alrededor, asimilando tanto como podía mientras estaba en movimiento. Se sentía a la deriva. No conocía la distribución del ático, y no podía tener una idea del diseño de esta planta con la ruta que tomaron. Pasaron un gimnasio enorme con equipo aeróbico, pesas y un área de entrenamiento con armas. Ella miró a través de las ventanas a los cuatro Wyr dedicados a un ejercicio de entrenamiento de espada y casi chocó contra una pared. La mano de Dragos salió disparada y le corrigió el rumbo.

Su presencia era un ariete que despejó su camino. La gente cedía el paso a medida que se acercaba, saludándolo con una variedad de acciones, arcos y otros gestos de respeto. Ella evitó centrarse en cualquiera del mar de caras desconocidas y miradas curiosas.

Llegaron a una sala ejecutiva de conferencias, exquisitamente decorada y construida en la misma enorme escala como todo lo demás. Un par de personas ya estaban presentes. El Hada de relaciones públicas de las *Empresas Cuelebre*, Thistle Periwinkle, estaba en una pose formal, con las manos en la cintura. Ella vestía un traje pantalón de seda azul pálido y sandalias estilo gladiador. De pie no superior al metro cincuenta, se veía aún más diminuta cuando estaba rodeada de enormes Wyr. El hada encaraba una pared y estaba hablando Élfico. La teleconferencia ya había comenzado.

Dragos tomó a Pia de la mano y avanzó. Mirando con curiosidad a Pia, el Hada se retiró del camino. Dragos se volvió hacia la gran pantalla plana en la pared de enfrente. Rune y Graydon asumieron los lugares detrás de ellos.

Tres Elfos, altos y esbeltos llenaban la pantalla. Estaban en una oficina iluminada por el sol muy similar la sala de conferencias. Ferion estaba a la derecha. Una graciosa mujer Élfica con el largo pelo negro y una mirada estrellada estaba a la izquierda. El Elfo en el medio tenía la misma belleza atemporal que los otros, pero el *Poder* en sus ojos era palpable incluso a través de la distancia de la teleconferencia.

Todos tenían expresiones frías mientras contemplaban a Dragos. La mirada del Gran Lord de los Elfos resplandecía. Dragos no parecía impresionado, su postura corporal agresiva. Su rostro se había vuelto peligroso, y sus ojos planos y malvados.

Bueno. Tal vez esto no era tan buena idea.

El Gran Lord de los Elfos la miró, y la primavera llegó a la elegante cara de frío invierno.

—Vemos que Ferion no exageró —dijo en una voz profunda y musical. Él inclinó la cabeza hacia ella—. Mi señora. Es nuestro gran placer conocerte. Me llamo Calondir y esta es mi consorte, la dama Beluviel.

Un fino temblor se instaló debajo de su piel. El sentido de exposición estaba de vuelta, y esta vez era casi insoportable. En toda una larga serie de malas ideas, hacer esta teleconferencia en presencia de testigos estaba cerca de superar el pastel. Los dedos de Dragos se apretaron sobre los de ella hasta el punto de dolor.

Ella respiró hondo. Era demasiado tarde para echarse atrás. Bien podría ver lo que podía hacer de otro error cometido.

—Me siento honrada de conocerte —dijo—. Por favor, perdóname. No tengo ningún entrenamiento cortesano formal.

La mujer Élfica le sonrió.

—Tales cosas no cuentan en comparación con un buen corazón.

Dragos dijo:

—Querías ver si estaba bien. Lo está. Hemos terminado.

—Espera. Queremos oírlo de ella —dijo Calondir fríamente. El Gran Lord de los Elfos miró a Pia—. ¿Señora, está bien?

Ella miró el frío perfil de piedra de Dragos y luego otra vez a los Elfos. Ella dijo en un impulso.

—He sido tratada con extraordinaria amabilidad, mi señor. Aunque no quería, en realidad cometí un delito. Dragos ha escuchado las circunstancias de lo sucedido y lo que me obligó a hacerlo. Ha elegido perdonarme. Con todo respeto, pedimos que considere hacer lo mismo por él. Ningún perjuicio ha llegado a usted de sus acciones. Pero una gran cantidad de perjuicio ha llegado a él de la mía, lo cual lamento profundamente.

Algo se agitó a través de la sala de conferencias, un suspiro de movimiento. Dragos se volvió para mirarla. El Gran Lord la observó durante un momento largo y grave.

—Vamos a pensar en sus palabras —dijo al fin—. Si la Gran Bestia es capaz de la Gracia, tal vez no podamos hacer menos.

Sintiéndose incómoda, se inclinó ante el Gran Lord de los Elfos.

—Gracias. Se lo agradezco.

—Mientras tanto, pedimos que venga a visitarnos —dijo Beluviel. Sus ojos sonrientes eran cálidos—. Su presencia nos traería gran placer. Nos gustaría hablar con usted... bien, de cosas de hace mucho tiempo.

Pia tradujo que significaba que Beluviel había conocido, y querido a su madre. Sus ojos se nublaron y ella asintió.

Dragos dio un paso adelante y tiró de ella detrás de él. El gesto era sin lugar a dudas posesivo. Incluso desde su punto de vista limitado detrás de su hombro, se podría decir que los Elfos se habían tensado.

—Deja de hacer eso. ¡¿Qué te pasa?! —le susurró. Él iba a deshacer todo lo bueno que ella intentó hacer por él. Le empujó el brazo. Era como tratar de mover una roca. Él giró la furiosa mirada hacia ella. Ella se inclinó hacia un lado para mirar a su alrededor y prometió a los Elfos—: Hablaré con él.

El Gran Lord de los Elfos levantó las cejas. La cara de Ferion era la imagen de la ofensa. Beluviel se sobresaltó. La mujer Élfica había empezado a sonreír cuando la pantalla quedó en blanco.

Dragos se volvió hacia ella. Él parecía furioso.

—¡No vas a visitar a los Elfos!

—¿Dije que iba a visitar a los Elfos? —espetó ella—. ¡Estaba siendo educada! ¡Podrías buscar esa palabra en alguna ocasión en un diccionario!

Él miró alrededor.

—Fuera.

La habitación se vació. Thistle le dio a Pia una alegre sonrisa de oreja a oreja, los ojos chispeantes. El Hada sostuvo su mano en la mejilla, el pulgar y el meñique, imitando un teléfono.

—Hablares —pronunció mientras salía por la puerta de forma atropellada.

Pia tiró con fuerza. Dragos se negó a soltar su brazo. Ella suspiró y puso una mano sobre sus ojos mientras sus hombros hundían. Ella murmuró para sí:

—¿Cómo he llegado aquí y qué demonios estoy haciendo?

A su lado, Dragos respiró hondo varias veces. Ella podía sentir el aire en torno a él ardiendo de *Poder*. Estaba muy enfadado con ella, quizá por primera vez desde la playa. Dejó caer su brazo y empezó a caminar a su alrededor.

—Los Elfos saben más sobre ti que yo —gruñó en su oído al pasar—. Inaceptable. Saben quién es tu madre. También inaceptable. Quieren que vayas a vivir con ellos. Son mis enemigos.

La exposición, la tensión constante, la incertidumbre de su situación actual, todo se volvió demasiado.

—¡Todo lo que quería era tratar de ayudarte! —estalló. Ella echó los brazos sobre su cabeza y se echó a llorar.

Empezó a jurar, un flujo constante de virulencia. Sus manos llegaron sobre sus hombros. Ella se apartó bruscamente y se volvió de espaldas a él. Sus brazos la rodearon por detrás. Él la atrajo hacia él, curvándose a su alrededor, y puso su cabeza junto a la suya.

—Shh —dijo sin dejar de sonar enojado—. Para ahora. Cálmate.

Ella sollozó más fuerte y encorvó los hombros, resistiéndose a su agarre.

Su cuerpo se tensó. Él dijo:

—Pia, por favor no te apartes de mí —sonó tenso.

Eso le llamó la atención de modo que lo dejó darle la vuelta. Él se echó hacia atrás contra la mesa de conferencias, tiró sus brazos hacia abajo y la abrazó con fuerza. Ella inclinó su cuerpo contra él y apoyó la cabeza en su hombro.

—No se suponía que le dijera nada a nadie acerca de mí —dijo. Las lágrimas corrían por su rostro y le empapaba la camiseta—. Tenía que vivir mi vida en secreto. Pero no quería estar sola. Todo lo que dije fue un maldito secreto y se mantiene creciendo sobre mí. En primer lugar Keith, luego, a continuación, los Elfos, después, Trasgos, entonces, el Rey Hada, y después, más Elfos de nuevo, y toda la gente en esta sala observando, y tú sólo sigues excavando y tirándome indirectas y no te detendrás hasta que me sienta como si fuera a gritar.

Él apoyó la mejilla contra su cabeza y le frotó la espalda.

—Estoy maldito con un caso terminal de curiosidad —dijo—. Soy celoso, egoísta, codicioso, territorial y posesivo. Tengo un temperamento terrible, y sé que puedo ser un cruel hijo de puta. —Él ladeó la cabeza—. Solía comer gente, sabes.

Si quería conmocionarla para que dejara de llorar, lo logró. Un bufido estalló de ella.

—Eso es terrible —dijo. Tenía la nariz tapada—. Lo digo en serio, eso es horrible. No es gracioso. No me río.

Suspiró.

—Fue hace mucho tiempo. Miles de años. Una vez realmente fui la Bestia que los Elfos me llaman.

Ella cerró los ojos, respiró hondo, temblando y frotó los dedos a lo largo de la costura de su camiseta.

—¿Qué te hizo parar?

—Tuve una conversación con alguien. Fue una epifanía. —Su voz fue triste. Él la meció—. A partir de ese momento juré que no volvería a comer algo que pudiera hablar.

—Eh, eso es una especie de tu versión de convertirse en vegetariano, ¿no? —dijo.

Se echó a reír.

—Creo que tal vez lo es. Todo esto está es una forma larga y velada de decir lo siento. No siempre conozco los matices emocionales de una situación y no quería hacerte llorar.

—Es todo, no sólo tú. —Ella volvió la cabeza y puso la cara en su cuello.

La sostuvo más cerca.

—Quiero que confíes en mí más de lo que confiabas en ese idiota novio tuyo.

Ella suspiró.

—¿Cuándo vas a dejar estar eso? Ex-novio. Ex. Y de todos modos, está muerto.

—Quiero que me digas qué y quién eres, no sólo porque quiero saberlo sino porque tú quieras decírmelo.

—¿Por qué? —susurró ella.

—Porque eres mía —espetó.

—No soy sólo una posesión, como si tuvieras una lámpara propia. —Ella se apartó y le miró. Él simplemente le devolvió la mirada, el rostro duro y sin arrepentimientos en los ojos. Ella suspiró—. Creo que ese es el pedacito posesivo y territorial, ¿no? Sabes, no quiero pelearme contigo.

Como cualquier depredador eficiente, olfateó la debilidad y actuó sobre ella.

—Entonces no lo hagas —dijo. Él le dio a una sonrisa halagadora—. Simplemente dame todo lo que quiero.

Ella gimió y dejó caer la cabeza hacia atrás. Se quedó mirando el techo. Tenía que conceder una gran cantidad de respeto. Por lo menos, era sincero, no ocultaba nada. Fue muy directo desde el principio con quién era y qué quería, y no se avergonzaba ni un poco de eso. No como ella.

—Creo que tengo mucho para pensar —dijo.

A pesar de que le gustaba mirar la línea pura y limpia de su garganta, él frunció el ceño. Eso no era lo que quería oír. Le tomó la parte posterior de la cabeza y tiró de ella en posición vertical para poder mirarla a los ojos. Eran de un empapado violeta

azul oscuro, más grandes y más hermosos que nunca. Ella miró hacia él, esperando a ver qué iba a hacer a continuación. Eso tampoco era lo que quería.

Allí estaba ella, dentro de su piel, y era más un misterio para él que nunca. Se estaba volviendo loco. La curiosidad se apoderó de él, y sin darse cuenta de que estaba dando un paso trascendental, preguntó:

—¿Qué quieres?

La sorpresa iluminó su rostro. Ella inclinó su cabeza y le sonrió. ¿Ella se atrevería a tener el tipo de valor que él tenía y simplemente decir lo que quería en voz alta?

—Supongo que quiero lo que mucha gente quiere. Quiero sentirme segura —dijo, levantando un hombro—. Quiero tener una voz en mi propia vida. Quiero ser amada. No quiero vivir esta media vida de no ser ni humana ni Wyr. Me gustaría ser una cosa o la otra. Quiero pertenecer a alguna parte.

Tenía una expresión extraña y atenta en su rostro mientras la escuchaba. Tenía los ojos abiertos con aceptación de una manera que ella no creía que hubiera experimentado antes de cualquier otra persona.

—No sé lo que significa el amor —dijo—. Pero perteneces a alguna parte. Perteneces a aquí conmigo. Yo te mantendré a salvo. Y creo que podrías ser más Wyr de lo que crees.

Ella frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir?

—Eres más fuerte desde que estuvimos en la *Otra tierra*. Lo puedo sentir en ti. —Sus ojos se estrecharon—. ¿No lo has notado?

—Bueno, sí, ahora que lo dices. —Ella dio una media sonrisa—. Quiero decir, he estado un poco demasiado ocupada para procesar todo lo que ha pasado, pero me sigo sintiendo como lo hice allí, no sé, más viva. Mi audición, visión, todo es... más.

—No tenías la seguridad de poderme sanar —dijo, como lo había hecho antes—. Y tal vez no lo podías hacer por semanas. Recuerda, dije que podía mejorar a algunos mestizos de esa manera cuando se sumergían en la magia de la *Otra tierra*. A veces la magia provoca una reacción y ellos son capaces de llegar a la plenitud de su naturaleza Wyr.

Ella agarró puñados de su camiseta. ¿Podría, lo que le estaba diciendo, ser verdad?

Cubrió sus manos con la suya, observándola.

—¿Cuánto tiempo ha pasado desde la última vez que trataste de transformarte?

—Hace años —susurró. Sus ojos fueron desenfocados al pensar de nuevo—. Después de la pubertad. Fue antes de que mi madre muriera. Creo que tenía dieciséis años. Lo intentábamos cada seis meses aproximadamente. Una vez que fui adulta, médicamente hablando, decidimos que no había ninguna razón más para que lo volviéramos a intentar nunca más. Ella estaba bien, me quería pasara lo que pasara. Pero seguía poniéndome demasiado decepcionada cuando no podía cambiar.

Le tocó la nariz.

—Dieciséis es una edad muy joven para darse por vencido. La mayoría de los Wyr tienen una esperanza de vida mucho más larga que los seres humanos, incluso los Wyr mortales, y maduran a una edad más tardía.

Ella apenas se atrevía a respirar.

—No sé qué pensar.

—No te puedo hacer ninguna promesa —le dijo—. Pero con el paso del tiempo le he ayudado a una buena cantidad de especies Wyr a atravesar un primer cambio difícil. Si quieres hacer otro intento y confías en mí, haré todo lo que pueda para ayudarte.

Capítulo 13

Traducido por Shellene

Corregido por Niii

Ella echó los brazos alrededor de él, abrazándolo con fuerza. Luego se apartó y caminó en círculos, su mente a la carrera. Se arrojó sobre él y lo abrazó de nuevo. Él se rió y la agarró por las caderas para tenerla en un solo lugar.

—¿Me escuchaste cuando dije que no puedo prometer nada? —exigió.

—Sí, por supuesto que sí —dijo, distraída. Se centró en él, su rostro grave. Si funcionara, sería cazada por el resto de su vida. Pero por la manera en que su vida estaba fuera de control, iba a ser cazada de todos modos.

—Muy bien, entonces —hizo una pausa—. Piensa en ello. Hazme saber lo que decides.

Ella asintió con la cabeza.

Él la besó, acarició su mejilla. Luego se acercó a la puerta y la abrió. Varios grupos de personas hablando en el pasillo saltaron a la atención.

—¿Quién tiene que estar aquí? —preguntó. La mayoría se dispersó como perdigones. Algunos de sus centinelas, incluyendo Rune y Graydon, se quedaron. Pia se limpió la cara en sus mangas en un vano esfuerzo para hacerse más presentable.

El Hada de Relaciones Públicas de las Empresas Cuelebre se deslizó alrededor de Dragos y entró en la sala de conferencias mientras él hablaba con los demás. Radiante, ella brincó hacia Pia.

—¡Hola! Oh, wow, estoy encantada de conocerte.

Desconcertada, Pia tomó la manecita que el Hada puso debajo de su nariz.

—Hola, muchas gracias. Eres ThistlePeriwinkle, ¿verdad?

—Oh, por favor —gimió el Hada—. Ese es mi estúpido nombre televisivo. No me llames así. Llámame Tricks, todo el mundo lo hace.

—Está bien... Tricks. Soy Pia. —Ella sonrió. Por mucho que nunca le hubieran importado las apariciones en la televisión del Hada, era difícil no sonreír a este compacto paquete de entusiasmo.

—Escucha, sé que no tenemos mucho tiempo. —Tricks agitó las manos—. Yo estoy ocupada, tú estás ocupada, todo el mundo está ocupado. Tengo muchas cosas que quiero decirte, sin embargo.

—Muy bien —le dijo Pia—. Impáctame con ello.

—En primer lugar, siento mucho lo que mi tío Urien te hizo. Lo odio, mató a mi familia, y vamos a cortarle la cabeza, y luego tengo que ser Reina, pero antes que eso suceda nos vamos a almorzar, ¿de acuerdo?

Pia se sintió como si el Hada acabara de saltar sobre su cabeza y comenzara a zapatear sobre ella. Dijo:

—¿Hablas en serio?

—Como un ataque cardíaco —le dijo Tricks—. Y quería decirte que hiciste un trabajo increíble con el Sr. y la Sra. “Conservo mi dignidad pegada en el culo”. Realmente un trabajo impresionante.

Pia estalló de risa.

—Estás hablando de los Elfos.

Tricks pestañeó y arrugó su pecosa nariz.

—Por supuesto. ¿Quieres un trabajo?

—¿Qué?

—Tengo que contratar a alguien para hacerse cargo de mi trabajo de Relaciones Públicas, con el próximo asesinato, subir al trono y todo, y creo que serías maravillosa. No me hagas caso, no tenemos tiempo para hablar de eso ahora mismo. Vamos a hablar sobre eso durante el almuerzo. —El hada miró por encima del hombro. Ella hizo una V con los dedos primero y segundo de las dos manos y las agitó como el presidente *Nixon*—. Dos cosas, rápidamente. Uno, para que lo sepas, no todo el mundo está muy contento con que estés aquí. Muchas personas son geniales, quiero decir, sabes, en una clase de modo Wyr, pero también hay algunas personas que creo que son personajes desagradables y peligrosos. No es que esté hablando de alguien en concreto, simplemente... hay una gran cantidad de depredadores que trabajan aquí. Eso significa que hay algunos muy impulsivos y, a veces explotan cosas sin mucho aviso, por lo que sólo tienes que cuidarte.

—Depredadores, impulsivos —dijo Pia, mirando al Hada fascinada—. Así es. Creo que quiero almorzar contigo.

—¡Por supuesto que sí! —dijo Tricks. Bajó la voz a un susurro—. Y por último pero no menos importante. ¿Dragos? Oh, Dios mío, ¿está tan loco por ti! —Ella se rió—. He vivido en la Corte Wyr por 200 años y nunca le he visto de esta manera. Todo el mundo está asustado porque nadie lo ha visto así, ni siquiera la gente que es mucho mayor que yo. Así que, sabes, es un hombre y un dragón y todo eso, y sé que significa que tiene problemas de comunicación, pero yuju, cariño, está tan caliente que fuma sin tener que encenderse un cigarrillo, si sabes lo que quiero decir, tan... ¡manera de ser, mi mamá! —El hada se rió de nuevo y tendió la mano para un golpe de puño—. Bueno, eso es lo que quería decir. —Ella sonrió a Pia—. El almuerzo es hoy, a la una, ¿entendido?

—Lo tengo —dijo Pia con voz aturdida mientras un puño golpeaba la pequeña mano tendida. ¿Dragos, estaba loco por ella? ¿Realmente loco por ella? ¿No sólo teniendo una aventura sexual? ¿No sólo teniendo un ataque posesivo?

Oh Dios, eso espero. ¿No? ¿Verdad? Ella se mordió el labio.

—Me tengo que ir. —Tricks le guiñó un ojo y salió brincando justo cuando Dragos, Rune y Graydon entraban. El hada golpeó ligeramente a Rune en el brazo—. Asegúrate de tener a Pia en mi oficina a la una, ¿entendido?

—¿Me veo como una secretaria para asuntos sociales? —dijo Rune.

Tricks entrecerró los ojos y el buen humor, feliz que había mostrado a Pia desapareció como si nunca hubiera existido. Señaló a su propia cara.

—¿Me veo como que me importe en este momento? Tengo un millón y una cosas que hacer antes de irme, así que no me da ninguna pena.

Rune se echó a reír y le dio un abrazo con un solo brazo.

—Lo siento, mocosa. Sé que estás teniendo una semana difícil.

Tricks reajustó su dedo apuntando y señaló a Rune.

—Sí, bueno, no me hagas ir a buscarte tampoco. —Se alejó, los pequeños tacones repiqueteando en el pasillo.

—Te ves más bien conmocionada, querida —dijo Dragos a Pia con una sonrisa perezosa. Él cruzó lentamente la habitación para darle un beso—. Tricks tiende a tener ese efecto en las personas.

—Supongo. —La sonrisa de Pia fue insegura.

—Cuando está en su fase maníaca, es un poco como probar crack por primera vez —dijo Rune. Él parpadeó hacia ellos, con la cara suave—. No es que me gustaría saber lo que se siente.

—Bien —dijo Dragos en una voz enérgica—. Tengo cosas que hacer, hablar con Tiago, una decapitación que planificar. —Él la miró—. ¿Estás bien?

Ella le sonrió otra vez con más seguridad.

—Sí.

—Bien. —Él hizo una pausa—. Gracias por lo que hiciste en la teleconferencia.

—De nada.

Miró a Rune y Graydon.

—Ella puede hacer lo que quiera. ¿Entendido?

Graydon se miró los pies con una expresión de resignación y se frotó la nuca. Rune frunció los labios y dijo:

—Dragos, eso podría requerir... mucha consideración táctica. ¿No piensas que sería más sabio restringir sus movimientos?

—¿Por qué están hablando de ella en tercera persona mientras está de pie justo aquí en la sala? —dijo en un murmullo resentido. Los ojos de oro caliente se encontraron con los suyos. ¿Era su imaginación o estaba apretando los labios con algún tipo de emoción contenida? Luego se volvió para dar una sonrisa afilada a Rune.

—Que te jodan —le dijo Dragos—. No soy su jefe.

Se dirigió hacia fuera. La sala de conferencias pareció oscurecerse y expandirse a la ausencia de su presencia nuclear. Entonces Pia estuvo de pie, mirando a sus dos enormes guardias, de rostro impávido. *Oh, cielos.*

—Srta. Giovanni —dijo Rune con una voz suave, mientras miraba fijamente a un punto más allá de su hombro izquierdo—. Para su comodidad y placer Dragos ha enviado un personal shopper para asistirle hoy. El shopper debe llegar en cualquier momento.

Pia se quedó mirando el grifo. Se dio la vuelta, sacó la silla del final de la mesa de conferencias y se hundió en ella. Ella aplano sus manos sobre la superficie pulida. Ropa crujió cuando alguien pasó detrás de ella.

Muy bien. Ella asintió con la cabeza. *Muy bien.*

—¿Tomarían asiento ambos por favor? —preguntó.

Después de un momento, Rune ocupó el asiento a su derecha y extendió las largas extremidades hacia afuera. Graydon ocupó el asiento a su izquierda. Los dos hombres intercambiaron una mirada. Ella apostaba que se preguntaban qué iba a hacer a continuación. Ella se hacía esa pregunta a sí misma.

Sus uñas se habían vuelto irregulares. Se frotó el borde irregular del dedo índice derecho. No había suficiente tiempo en un día.

—Entonces —dijo en voz baja mientras miraba sus manos—, funciona es esta zalamera actitud pasiva-agresiva para vosotros, ¿mañosos? Porque tengo que deciros, que no funciona para mí. En la última semana y media o así, he sido chantajeada, perseguida, amenazada, tenido un accidente de coche que me hubiera convertido en hamburguesa si no hubiera sido por vuestro jefe, secuestrada, golpeada y perseguida de nuevo. Estuve en un enfrentamiento con un ejército Trasgo y el Rey de las Hadas y cuarenta o cincuenta de sus chicos favoritos, y la vida que tuve ha sido destruida.

Oyó aspirar a Rune un soplo. Luego dijo:

—No he terminado todavía. También estoy hasta la coronilla del comportamiento machista autocrático ya que Dragos es todo eso. Para que lo entiendan cuando digo que me estoy quedando sin paciencia en este momento. Sé que no quieren hacerme de canguro. Lo han dejado bien claro. Yo no los quiero tampoco, pero es lo que hay. Podemos hacer esto fácilmente, o ¿tenemos que hacer que sea difícil? Estoy tratando de ser amable, pero no tengo ningún problema en absoluto con hacer que sea difícil, si eso es lo que realmente quieren.

Ella contempló a los dos hombres. Graydon había puesto en la mesa sus codos. Él la estaba observando. Por primera vez notó que tenía bonitos ojos gris pizarra. No vio aceptación en su marcada cara pero al menos ya no había rechazo categórico.

Rune había cruzó los brazos sobre el pecho y entrecerró los ojos sobre ella.

—Mañoso —dijo Graydon—. Ella te pilló con eso, amigo.

—Que te jodan —dijo Rune.

—Lo creas o no —le dijo Graydon—. Es el diplomático del grupo. Dragos le envía a hacer todo tipo de mierda zalamera pasiva-agresiva.

Runa se inclinó hacia adelante y plantó los codos sobre la mesa.

—Cállate, imbécil.

Ella se mordió los labios y se rehusó a sonreír.

Rune la miró.

—Muy bien, Srta. Giovanni, vamos a darnos una segunda oportunidad. Veamos cómo va.

—Llámame Pia.

Él asintió con la cabeza.

—Para que lo sepas, sin embargo, haces cualquier cosa para traicionar a Dragos y te destriparé.

Puso los ojos en blanco.

—Wow, mañoso, eso nos hace prácticamente mejores amigos, ¿eh?

Graydon explotó. Luego de un momento, Rune también sonrió.

—Está bien, Pia —dijo—. ¿Qué te gustaría hacer hoy?

Ella lo contempló.

—Ya sabemos que tengo que encontrarme con Tricks para el almuerzo. ¿Qué piensas que debería hacer?

Eso debió de haber sido lo correcto para decir, porque ambos hombres se relajaron.

—Bueno, ahora que lo preguntas —dijo—, lo más seguro sería que pasaras el tiempo en el ático. —Ella suspiró. Él siguió—. Pero puedo ver que eso no te gustaría. Lo siguiente mejor, permanecer en la Torre. Seguiremos las órdenes y te sacaremos fuera si en realidad quieres salir, pero no creo que sea una buena idea ahora mismo, y para ser franco, tampoco creo que lo piense Dragos.

Ella se volvió pensativa. La breve lucha de Dragos con algo que no había sido sólo su imaginación. Él había refrenado sus propios impulsos y opiniones para permitirle al menos cierta libertad de elección.

Rune continuó:

—También, en algún momento hoy me gustaría ir al gimnasio y repasar algunos indicadores de seguridad contigo.

Ella volvió a centrarse en él y asintió con la cabeza.

—Está bien. He tomado clases que deberían contribuir a ello.

—Sé sobre esas clases. *Cardio Kickboxing* —dijo Graydon—. *Turbo Danza*. Puedo ver los publrreportajes.

—No estás ayudando, Gilligan —dijo Rune.

Ella sonrió.

—¿Qué tal esto? Si no les importa, me gustaría un recorrido por la Torre. —Ambos asintieron—. También mataría por un café con leche de soja Starbucks con sabor a vainilla si no es mucha molestia. Tiene que haber una cafetería cerca. Y tengo que tener zapatillas nuevas. Las mías quedaron destrozadas. Tengo alrededor de mil doscientos dólares en mi cuenta de ahorros si puedo llegar a ella. Entonces, tal vez después de comer con Tricks, podamos ir al gimnasio.

Rune escarbó en su bolsillo y sacó una tarjeta. Él la puso sobre la mesa y la empujó hacia ella sin decir una palabra.

Ella se quedó mirándola. Y mirándola.

Una tarjeta *American Express Centurión Negra*. Con su nombre.

Una media docena de emociones la atravesaron a gran velocidad, comenzando con la ofensa. ¿Estaba tratando de pagar por ella, como si fuera una especie de puta? ¿Era esto para mantenerla entretenida mientras él estaba ocupado, hasta que se cansara de ella y decidiera deshacerse de ella? Ella se sujetó las temblorosas manos y tomó profundas, respiraciones medidas hasta que encontró un poco de autocontrol.

Cuando se calmó recordó lo que Tricks había dicho. Dragos era un hombre y un dragón, lo cual significaba que tenía problemas de comunicación.

La diversión fue la última emoción de la lanzadera de la estación. Dio un frenazo y se quedó. Dragos no la estaba tratando como una puta. Estaba tratando de darle un gusto.

Los grifos la estaban vigilando con cara de póker.

—Esta tarjeta está tan equivocada que no quiero ni hablar de ella. Es una especie de diversión para mirar, pero está mal. —Moviéndola como si la tarjeta pudiera explotarle, puso un dedo en una esquina y la empujó de nuevo hacia Rune—. Mira, todo lo que quiero es un par de cientos de dólares de mi propio dinero, un café con leche y calzado nuevo. ¿De acuerdo?

Rune sonrió esta vez con una sonrisa auténtica cuando tanto él como Graydon se relajaron más.

—¿Qué tal si te presto un poco de dinero hasta que podamos acceder a tu cuenta bancaria? Hay un *Starbucks* en la planta baja, junto con algunas otras tiendas, un *CVS* y un restaurante decente.

—Muy bien, gracias.

Justo en ese momento entró de sopetón en la sala de conferencias un hombre delgado de cabello oscuro parloteando. Era el shopper personal, un *WYR visión* llamado *Stanford*.

—Hola, amiga, es agradable conocerte. Mira lo que tengo para ti-hi. Una bata de satén negro de *Dolce&Gabbana*, oh, vas a verte tan impresionante con tu pelo y color. —Puso una caja de la *Saks Fifth Avenue* en frente de ella, la abrió y, con un movimiento dramático de la muñeca, sacudió la bata—. Sigue adelante y siente esto, cariño. Es divina.

Pia escuchaba la charla incesante del Wyr. Miró la bata. De *Saks*. Apretó los dedos sobre la piel por encima de su ceja derecha, donde un dolor de cabeza empezaba a palpitar. Ella preguntó:

—Hola, un placer conocerte también. Stanford, ¿cuánto cuesta eso?

El shopper la miró como si le hubieran brotado cuernos.

—¿Costo?

—¿Y por qué la compraste para mí? Ya tengo una fina bata.

Graydon se aclaró la garganta. Le tocó el brazo. Ella se inclinó y él susurró:

—Creo que el jefe quiere que tengas algo que sea más que un trozo pequeño de color rosa que apenas cubre tu culo. No me malinterpretes. Es un culo precioso.

Ella se echó hacia atrás y se quedó mirando al grifo.

—¿Perdona?

Las mejillas del enorme hombre se oscurecieron. Levantó un dedo.

—No es que yo quisiera decir eso o que me fijara ni nada. Mierda. Quiero decir, lo entiendo sobre la tarjeta, pero en tu lugar, me pensaría en dejar que el jefe te de una bata. Sabes, porque a veces suceden cosas y nosotros los muchachos estamos alrededor, sin mucha advertencia. Y no creo que él esté bien con nosotros viéndote envuelta en ese lindo pequeño pañuelo rosa.

Ella apretó los dientes. Después de un momento le dijo a Stanford.

—Gracias por traerme la bata. Es hermosa.

El *WYR visión* sonrió radiantemente.

—Bravo, ahora estamos hablando. Vayamos a hacer compras importantes. Tú y yo, cariño. ¡Voy a ayudarlo a lucir como una reina!

—Stanford —dijo, en relación con el hombrecillo—. ¿Te pagan a comisión o por horas?

Sus fosas nasales se apretaron y él negó con la cabeza.

—Oh, yo no lo hago a comisión, cariño. Unh-unh.

Se volvió hacia Rune.

—¿Tienes dinero en efectivo que pueda pedirte prestado en este momento? —Él escarbó su cartera y le entregó un billete de cien dólares—. ¿Puedo recuperar la tarjeta de nuevo también? —Él levantó una ceja leonada y le entregó la tarjeta *Centurión*.

Se volvió a Stanford y le dio el dinero y la tarjeta.

—Quiero dos cosas, por favor. En primer lugar, quiero que tomes el dinero y me compres un par de zapatillas de correr del número treinta y nueve de *New Balance*, y las traigas de vuelta aquí con el cambio. Después de hacer eso, quiero que tomes la tarjeta y aprovisiones a todos los bancos de alimentos de *Nueva York*.

El hombre pequeño palideció.

—¿Todos los bancos de alimento? ¿En la ciudad o en el estado?

Su boca se abrió.

—No había pensado en eso. Vamos a hacer a todos en el estado. ¿Qué tan pronto puedes estar de vuelta con las zapatillas?

—Te las tendré esta tarde —dijo Stanford. Su cara se había vuelto sombría.

—Gracias —miró a Rune, la lengua entre los dientes—. Él dijo que consiguiera todo lo que quisiera.

El grifo sonrió.

—Lo dijo, ¿no?

Se quedaron mientras Stanford se escabullía, y los dos grifos la llevaron en un recorrido por la Torre como habían prometido. Ellos se habían relajado lo suficiente como para charlar, lo que hizo todo más soportable. Ella tuvo una idea de la disposición general lo suficientemente rápido.

La planta del ático alojaba los aposentos privados de Dragos. La pintura que le había enganchado la atención la noche anterior era de hecho un *Chagall*, y estaba colocado frente a un *Kandinsky* en el pasillo. Además del dormitorio que ocuparon anoche, había otros dos dormitorios, uno de los cuales estaba envuelto en pesado plástico de construcción, en reparaciones que se están haciendo bajo la estricta supervisión de los guardias de seguridad. La cocina del ático parecía algo sacado de una revista de cocina profesional. Estaba junto a un comedor que podría acoger a doce grandes Wyr con comodidad. Había una amplia biblioteca con dos claraboyas, estropeados y cómodos muebles de cuero y más de veinte mil volúmenes sobre una amplia variedad de temas. La biblioteca también tenía una vitrina que albergaba libros antiguos, los más frágiles.

La zona del salón era como su dormitorio, con una pared que abarcaba las ventanas del piso al techo intercaladas con puertas francesas. Tenía dos televisores de plasma de cincuenta pulgadas en cada extremo de la sala, varias áreas de descanso con sofás y sillas y una barra que era comparable en tamaño a la de *Elfie's*. Sólo los centinelas, la seguridad, y el personal doméstico y de cocina seleccionado tenían acceso a la planta ático.

El piso de abajo celebró las grandes zonas comunes para el personal clave, como el comedor ejecutivo, la sala de teleconferencia, el gimnasio y el área entrenamiento, las oficinas de personal de Dragos y una sala de reuniones. Debajo de eso estaban los cuartos de los centinelas y de algunos ejecutivos y funcionarios de la Corte y de los invitados de otras heredades Antiguas.

A continuación, el resto de la Torre estaba ocupada por oficinas de negocios... asuntos corporativos internacionales, domésticos, especies de Wyr, y las Razas Antiguas. Dos pisos estaban dedicados a las oficinas de la ley. Un bufete de abogados que trabajaba entero para Empresas Cuelebre sobre cualquier cosa desde derecho corporativo internacional a las relaciones Antiguos-humanos, y las cuestiones que surgían entre las comunidades Antiguas como las sanciones comerciales impuestas por los Elfos en la heredad de la especie Wyr. El bufete de abogados litigaba asuntos delante de un tribunal Antiguo, que se componía de representantes de las siete heredades, algo así como las *Naciones Unidas* humanas, que escuchaba y resolvía las disputas legales.

La riqueza, la extravagancia de las Torre, con suelos de mármol vetado de oro de *Turquía*, luces brillantes de cristal esmerilado y accesorios de latón pulido, era una maciza proclamación arquitectónica del dinero y el poder de Cuelebre. Pensó en la Ciudad Prohibida, Versalles, los templos de los dioses egipcios. No tan alto como los 102 pisos del *Empire State*, el edificio no era inferior a un palacio en una ciudad que adoraba al dios del comercio.

En el centro del vestíbulo de la planta baja de la Torre había una escultura del siglo III, que se elevaba sobre las cabezas de los transeúntes. Una hermana intacta de la dañada *Victoria alada de Samotracia* alojada en el *Louvre*, la escultura representaba a una hermosa diosa, poderosa con rostro severo. Estaba envuelta en túnicas, con las grandes alas desplegadas en el aire detrás de ella. Tenía una espada en una mano, mientras que la otra ahuecaba su boca como si llamara en un grito de batalla a las tropas invisibles. La estatua era de la antigua *Grecia*, pero la inscripción en el moderno pedestal era en latín, y muy sencilla.

REGNARE.

Para reinar.

Ella había llegado a una sobrecarga en el momento en que llegaron a la planta baja y estuvo extra agradecida por conseguir su café con leche de soja y ese tiro de caféina. Graydon se pidió un moca grande, y Rune un café negro helado. Los hombres ordenaron una docena de pasteles y varios bocadillos. Luego tomaron una mesa del rincón. Si bien su actitud era relajada y casual, Rune y Graydon ladearon sus sillas para poder mantener un ojo en el resto del Starbucks. También podían ver el tráfico general de la planta baja a través de las ventanas.

Pia pateó un pie mientras bebía su café con leche. Trató de no mirar demasiado a lo rápido que la montaña de alimentos desaparecía entre los dos hombres. Ella dijo:

—La gente usa palabras como “imperio” pero es imposible de entender a menos que tengas la oportunidad de ver todo esto en persona.

—Dragos es el que lo hizo —dijo Rune cuando demolió un pedazo de pastel de zanahoria—. Hace unos 1.500 años, se dio cuenta de los Wyr tenían que unirse y formar nuestra propia sociedad. Era la única manera de proteger nuestra propia identidad e intereses de las sociedades humanas y otras Razas Antiguas desarrolladas.

—Sí, ese dragón es un sucio hijo de puta —Graydon se rió entre dientes—. No creo que nadie más pudiera haberlo hecho. Él unió a los inmortales con los mortales, empujó sus leyes en nuestras gargantas y pateó culos depredadores duro y el tiempo suficiente hasta que todos comenzamos a comportarnos. Teníamos que hacerlo o morir. Aquellos fueron unos años sangrientos al principio.

—Parece muy feudal —dijo. Frotó los dedos alrededor del borde de la tapa del café.

—No sólo parece feudal —dijo Rune—. Es feudal. No creo que haya ninguna otra forma de hacer las cosas. Una gran cantidad de Wyr son criaturas pacíficas, como Stanford, que no tienen problemas en mezclarse con la sociedad humana. Muchos más necesitan saber que conseguirán que los muelan a palos si no siguen las reglas. El mundo se ha vuelto demasiado pequeño para cualquier otra cosa.

—Eso es lo que hacen, ¿no? Quiero decir, cuando no están de niñera.

—Cada uno de los cuatro grifos Wyr comandamos las fuerzas que patrullan un cuadrante de la heredad Wyr —dijo Graydon—. Somos una especie de jefes de policía. Pero hemos sido retirados de vez en cuando para hacer de destacamento niñera antes. —Él la golpeó con el hombro—. No eres tan especial, chiquilla.

Ella se echó hacia atrás con una sonrisa.

—Gracias, me siento mucho mejor ahora.

En ese momento sonó el reloj de Rune. Pulsó un botón para silenciarlo.

—Es tu turno para almorzar. Tiempo de dirigirse a la oficina de Tricks ahora —dijo mientras se levantaba.

Cuando subieron al ascensor, los hombres conversaron entre sí con la facilidad de la larga amistad. Pía se quedó en silencio mientras consideraba la próxima reunión almuerzo con Tricks. Ella se volvió hacia el espejo posterior de la pared de la cabina del ascensor. Al igual que su bata rosa, sus vaqueros eran de Target y ella misma se había cortado el pelo.

El traje pantalón de seda de Tricks tenía las líneas clásicas de un diseñador famoso, como *Ralph Lauren* o *Dior*, y sus elegantes sandalias de estilo gladiador probablemente costaban tanto como un buen coche usado. ¿Y cuán loco era ir a hablar con el hada sobre una oferta de empleo público implacablemente famoso? Aunque la posición le fuera ofrecida, no podía aceptarla. Curioso, cómo no se había dado cuenta de esas cosas antes, cuando había estado hablando con Tricks. Consciente de sí misma, tiró de la cintura de los vaqueros y alisó el pelo mientras trataba de pensar en elegantes maneras de retirarse de la futura conversación.

Ella se volvió hacia el frente de nuevo junto con los dos grifos mientras se acercaban al piso setenta y nueve. Las puertas se abrieron para revelar a Tricks corriendo hacia ellos, sus pequeños puños apretados y el dulce rostro de duendecillo transformado por la furia. El hada saltó detrás de una esquina y presionó la espalda contra la pared, con la atención claramente centrada en el pasillo detrás de ella.

Pia deslizó una mirada insegura de Rune a Graydon. Los dos grifos intercambiaron una mirada. En un movimiento aparentemente casual Rune se apoderó de su brazo, en silencio la instó a una esquina mientras presionaba el botón de puerta abierta para mantener el ascensor. Graydon colocó una mano en su arma.

Pisándoles los talones al hada irrumpió el gigantesco indio americano que Pia había notado en el grupo de los centinelas que saludaron a Dragos en su regreso a *Nueva York*. De metro noventa y cinco y 113 kilos, con tatuajes de alambre de púas rodeando su grueso, musculoso bíceps y afeitados remolinos en el pelo corto y negro, el macho Wyr no era una visión menos aterradora en pleno día de lo que había sido en la noche. Su cara parecía haber sido tallada con un hacha.

El trueno retumbó en la distancia. Las cejas de Graydon se elevaron. Sin notar o no preocuparse por su presencia, el hombre dio la vuelta a la esquina. Tricks salió detrás de él y le dio un golpe en la parte de atrás de su cabeza.

El indio americano giró sobre los talones con una velocidad vertiginosa. Agarró a Tricks por los hombros y tiró de ella hasta que estuvo cara a cara con él.

Pia hizo un ruido involuntario. El instinto se hizo cargo de ella y trató de avanzar, para hacer algo para ayudar a la delicada hada. La mano de Rune se apretó en su brazo, anclándola en el lugar. Él susurró:

—No cuando hay truenos en el aire.

¿Qué diablos quería decir *eso*?

Tricks gritó a bocajarro en la enojada cara del hombre Wyr.

—¡He tenido suficiente de tu mierda, Tiago obstinado cascarrabias! Te agradeceré que recuerdes que mi nombre no es “Tricks maldita sea” o “Dios te maldiga,

Tricks”. De ahora en adelante esas frases están contra la ley..., cuando me grites otra vez lo próximo que saldrá de tu boca mejor que sea “¡Maldita sea, señora!”

Por un palpitante momento se miraron el uno al otro. Luego la ira en el rostro de Tiago se astilló.

—«De ahora en adelante?» —dijo. Empezó a reír—. Estás bromeando, ¿verdad?

Ella le pateó en la espinilla.

—¡No te atrevas a reírte de mí!

Él se rió más fuerte, y el asesino despiadado cara de hacha se transformó en un hombre guapo.

—Pero estás tan malditamente linda cuando te enojas. Mírate. Las puntas de tus orejas se volvieron rosa.

Mientras la ira del hombre Wyr se disipó el hada pareció comprimirse, incluso vibrar, con más furia.

—Cosa incorrecta para decir, imbécil —replicó ella. Echó hacia atrás el puño y lo plantó en su ojo.

La risa de Tiago hipó.

—Ay. —Él puso una mano sobre sus ojos y la fulminó—. Ten todas las pataletas que quieras... ni así vas abandonar *Nueva York* sin un destacamento de seguridad Wyr.

A alguna señal tácita que no captó, Rune y Graydon se relajaron. La mano de Graydon cayó de su arma mientras Rune soltaba el brazo de Pia. Ella lo miró y se frotó el lugar, a pesar de que había sido muy cuidadoso de no causarle malestar. Ella siguió a los grifos, que ya salían del ascensor.

—Tiago —dijo Tricks, sonando gravemente molesta—. En primer lugar, Urien todavía no está muerto.

—Le doy una semana —dijo Tiago.

—En segundo lugar —continuó el hada—, después de que esté muerto, Dragos y yo ya hemos decidido que no me llevaré Wyr cuando me vaya. Las Hadas Oscuras nunca aceptarían la presencia de una fuerza Wyr, y si alguna de las otras heredades incluso sospecha que la Wyr está tratando de controlar la sucesión de las Hadas Oscuras, se armará la de Dios.

—Eso es suicida —dijo Tiago rotundamente. Se cruzó de brazos, agrupando los gruesos músculos—. Y no pasará.

—En tercer lugar —continuó Tricks con los dientes apretados—: Yo voy a ser Reina. Es el juego de piedra-papel-tijera. Reina derrota a imbécil caudillo Wyr. Entiendo que estás acostumbrado a mandar tu propio ejército, corriendo y matando cosas y haciendo lo que te da la gana. Eso no ocurre en *Nueva York*, y no sucede a mí alrededor. Supéralo, o vete a casa. Si tienes casa. Si siquiera vives en una casa.

Tiago frunció el ceño.

—Vivo en una casa cuando tengo tiempo.

Rune se adelantó, exigiendo.

—¿Cuándo tú y Dragos decidieron que dejarías *Nueva York* sin guardaespaldas Wyr?

El hada le lanzó una mirada acosadora.

—Lo discutimos esta mañana.

Graydon se unió el triángulo.

—Cielo, creo que deberíamos revisar esa decisión. Va a ser un infierno de shock cuando hagas pública tu verdadera identidad. La mayoría de la gente piensa que toda tu familia está muerta. Va a haber algunas Hadas Oscuras que se sientan muy desplazadas cuando descubran que eres la verdadera heredera de su trono.

Tricks golpeó con los puños sobre sus orejas.

—No estamos hablando de esto. No estoy hablando.

Aún de pie junto al ascensor, Pia observó al enojado cuarteto con fascinación. No entendía todo lo que había sucedido, pero estaba claro que los cuatro estaban vinculados por mucho más que la política entre los Antiguos. Estaban en medio de una fuerte y prolongada pelea familiar.

Miró a su alrededor, sintiéndose torpe y bastante fuera de lugar. Reconoció donde estaban del recorrido anterior. A final del pasillo había unas grandes puertas doble de roble, en la actualidad entreabiertas. Conducían a las oficinas de Dragos.

Llena de curiosidad, avanzó por el pasillo y se asomó al santuario interior para encontrar aún más detalles de lujo y una exhibición desenfrenada de riqueza. Contuvo el aliento. No reconoció muchas de las obras de arte que había visto en el ático, pero estaba bastante segura de que estaba mirando una pintura de *Jackson Pollock* colgada justo enfrente de las puertas abiertas.

Dragos se encontraba cerca. Estaba enfrascado en una conversación con un gran joven melencólico que lograba verse algo arrugado y desharrapado a pesar de que llevaba un traje caro. Dragos la vio y le sonrió. La calidez de su sonrisa se difundió a través de ella, y le devolvió la sonrisa.

Un momento después, su rostro se ensombreció de ira, la rápida transformación tan inexplicable e inesperada, la hizo retroceder. Él se dirigió hacia ella y la atrajo contra su costado.

—Ella no está sola. Estamos aquí. La tenemos —dijo Graydon desde la esquina, detrás de ella. El grifo la había seguido. Estaba de pie ni a cinco metros de distancia, relajado pero alerta, con la espalda contra la pared.

Ella miró a su alrededor mientras Dragos miraba furioso al pasillo. Rune se había plantado varios metros más lejos. Todavía estaba discutiendo con Tiago y Tricks, pero se había colocado entre ellos y Graydon y Pia.

La rigidez dejó el cuerpo de Dragos y alivió su expresión. Fue entonces cuando Pia lo entendió. Ella se pellizó el labio inferior entre el pulgar y el índice. Su mirada de rabia no era por ella. Había sido por sus guardaespaldas. Ella le dijo:

—Si alguna vez te enojo tanto, de nuevo, me darás la oportunidad de disculparme, ¿no?

Él retiró la mano de su boca y la besó con rapidez.

—No me enojaras tanto otra vez.

Ella estaba muy consciente del melenudo joven mirándolos fascinado. El color oscuro se pintó en sus pómulos. Ella acarició el brazo de Dragos y murmuró:

—Siempre y cuando creas eso, gran hombre.

Se volvió, tirando de ella con él.

—Pia, este es uno de mis asistentes, Kristoff.

Ella se reunió con la mirada del melenudo Wyr, que estaba iluminada con apreciación. Él le dio una sonrisa tímida.

—Hola.

El día de Pia se iluminó. No desagradaba a todos a primera vista. Ella dijo:

—Es un placer conocerte.

—Tómame diez —dijo Dragos a Kristoff. Llevó a Pia a su oficina.

Las persianas verticales estaban recogidas desde las dos paredes exteriores, y la gran oficina estaba llena de luminosa y caliente luz solar, a comienzos de la tarde. Ella parpadeó, deslumbrada. Hizo un gesto a la puerta y dijo:

—No era mi intención interrumpir. Todos estaban fuera ocupados hablando y pensé que podría echar un vistazo rápido...

—Ellos fueron los que interrumpieron. Están haciendo ruido suficiente para despertar a los muertos —dijo Dragos. Pulsó un botón en la pared. Con un ronroneo de motor casi silencioso las persianas verticales se cerraron sobre las ventanas, permaneciendo medio abiertas, pero ofreciendo un poco de sombra de las llamas de luz cegadora.

—Tu llegada fue un extra bienvenido.

Su atención regresó a las ventanas y el brillante cielo azul despejado afuera.

—¿Oímos un trueno?

Él suspiró.

—La forma Wyr de Tiago es el pájaro del trueno. Rayos y truenos llegan cuando realmente pierde los estribos. Es algo para ver en batalla. Normalmente, su temperamento está mucho mejor controlado, pero todo el mundo tiene los nervios de punta ahora mismo.

Pia vio los dos paisajes colgados en las paredes internas.

—¡Oh, estos son magníficos! —susurró. Se dirigió hacia ellos. El efecto del paisaje aéreo había sido creado por una combinación de medios, con pintura, tela, diamantina y cuentas. El paisaje de día tenía un río cortando a través del lienzo. El paisaje nocturno transmitía una impresión de pueblos esparcidos en un mosaico de tierras. No podían ser más perfectos para él. Ella justo podía verle sentado en su escritorio y mirándolos mientras se imaginaba sobrevolándolos, y contemplando todas las piezas que componían el conjunto. Ella volvió a sonreír su satisfacción por Dragos—. Más patrones.

Su expresión se aligeró con sorpresa y placer. Él dijo simplemente:

—Sí.

Un golpeteo les hizo darse la vuelta. Tricks estaba de pie con una sonrisa tímida en la puerta abierta. Le dijo a Pia:

—Siento mucho que hayas tenido que presenciar lo sucedido en el pasillo.

Sonriendo, Dragos le dijo al hada: —Maldita sea, Señora.

Las mejillas del hada se oscurecieron. Ella dijo:

—¿Qué?, ¿nunca has dicho algo estúpido en una rabieta?

—Nunca —dijo Dragos. Él enganchó la muñeca de Pia y tiró de ella con él, se recostó contra su escritorio. Cuando se instaló a su lado, dibujó círculos ligeros sobre su espalda.

Pia tosió. Él la miró. Ella masculló detrás de su mano:

—¿El gran rugido, la semana pasada?

Sus dedos se deslizaron bajo el dobladillo de su camisa, y la pellizcó. Pia se sacudió en posición vertical y le resopló.

Preocupada por su propia sensación de agravio, Tricks no se dio cuenta de su juego. Ella dijo:

—Dragos, tienes que hacer algo. Tiago está haciendo que me dé un soponcio.

—Es evidente —dijo Dragos.

Tricks frunció el ceño. Ella le dijo a Pía:

—Soy muy amiga del resto de centinelas, pero apenas conozco a este tipo. Él siempre está en algún lugar fuera combatiendo cosas. En los últimos 200 años hemos tenido tal vez una docena de conversaciones cada vez que ha sido llamado de vuelta a *Nueva York*. ¿De repente está furioso y gruñendo alrededor del lugar, pensando que me puede decir qué hacer? —El hada se volvió hacia Dragos—. Él es un perro guardián. No se le debería permitir entrar en la casa. ¿Podrías por favor enviarlo de vuelta a *Sudamérica*?

—El contrato de *Sudamérica* no es importante. Lo canceló hace media hora —dijo Dragos—. Estamos trayendo al resto de las tropas a casa.

Los delgados hombros de Tricks se hundieron. Tenía la expresión de alguien observando su vida saltar en trozos a su alrededor. La boca de Pia se deslizó a una mueca de simpatía. Ella sabía exactamente cómo se sentía el hada.

Tricks le dio una sonrisa triste.

—¿Qué tal algo de alcohol con la comida?

—Me parece bien —dijo Pia.

Capítulo 14

Traducido por Shellene

Corregido por Niii

Tia y Tricks se despidieron de Dragos y dejaron sus oficinas. En el pasillo, Graydon y Rune estaban hablando con Tiago. Tricks ignoró al trío mientras pasaba junto a ellos. Tiago la fulminó con la mirada tras ella. El apuesto hombre riendo que Pia había visto tan brevemente una vez más estaba suplantado por el asesino con cara de hacha. Pia igualó el paso más corto del hada y mantuvo su expresión escrupulosamente neutral.

Tricks la llevó al *Cat Manhattan*, el restaurante en la planta baja.

—Es propiedad de una *WYR* zorro, Lyssa Renard —dijo el hada mientras caminaban por el vestíbulo lleno de gente—. Lyssa es un poco perra snob, pero conoce su comida.

—He oído hablar del restaurante —dijo Pia. Ella alcanzó a ver de Rune y Graydon seguían el ritmo unos metros de distancia, sus ojos permanentemente ambulantes sobre la multitud—. Ha recibido algunas opiniones decentes.

—Eres vegetariana, ¿verdad? —Tricks abrió la puerta del restaurante de un empujón—. Por supuesto, hay un montón de animales muertos y peces en el menú, pero también hay algunas buenas ensaladas y unos platos de tofu que me gustan. Lo mejor de todo, tiene un *Piesporter de 2004*, que me enloquece. ¿Te gusta el vino blanco?

—Absolutamente.

—Una de las mías. —Tricks se volvió cuando la anfitriona, una oscura y esbelta joven *WYR* gato con ojos rasgados, se acercó con los menús y una sonrisa—. Hola, Elise, Lamento llegar tarde.

—No hay problema, Tricks —dijo la anfitriona.

La decoración del restaurante era sencilla y elegante, con maderas oscuras, manteles de lino blanco y flores frescas. Cada mesa estaba llena, y mientras que una o dos personas saludaron a Tricks, la mayoría de los ocupantes no les prestó atención. Los sonidos de conversación y cubiertos las acompañaron cuando la

WYR gato las llevó a una pequeña sala privada en la parte trasera que estaba, explicó Tricks, en permanente reserva para los ejecutivos de Cuelebre.

Había tres mesas en la sala vacía. Después de dejar que Pia las precediera, Tricks se detuvo en la puerta. Ella le dijo a Elise_

—Vamos a hacer dos pedidos de tofu salteado, una botella de *Piesporter* y no se permiten hombres. —Esto fue lanzado a los dos grifos que estaban pisándoles los talones. Elise asintió con una sonrisa y se escabulló.

—Ay, Tricks, vamos —dijo Graydon.

—No —dijo el hada—. Conoces este cuarto. Sabes que hay una sola forma de entrar o salir. Y sabes que está conmigo. Acéptalo.

Tricks cerró la puerta en sus narices. Pia se echó a reír.

—No hay ningún sitio para que se sienten ahí —dijo.

—Ya lo sé. Todavía estoy enojada con ellos. Además, estas paredes son insonorizadas. Sabes, la audición súper sensible Wyr, secretos empresariales, almuerzos de negocios confidenciales y todo eso. —Tricks sonrió—. Eso significa que tú y yo vamos a tener algunas conversaciones de chicas.

Pia no estaba bajo ninguna ilusión acerca de lo que había presenciado. La confianza absolutamente intrépida del hada alrededor de los centinelas Wyr se basaba en 200 años de residir con ellos. Eran hombres peligrosos, poderosos y Pia iba a tener que forjar su propio camino con ellos. Sin embargo, era alentador ver que tenían un lado suave. El almuerzo no tardó en llegar. El camarero sostuvo la puerta abierta mientras les servía. Justo afuera Rune se apoyaba en una partición frente a la puerta. Succionó a través de los dientes y las observó con los ojos entrecerrados hasta que el camarero se marchó y cerró la puerta detrás de ellos.

Algún impulso hizo decir a Pia:

—Están preocupados por ti. Está claro que van a extrañarte cuando te vayas.

La sonrisa de Tricks se deslizó.

—Yo también voy a extrañarles.

¿Había un brillo húmedo en los bonitos, voluminosos, ojos grises del Hada? Pia desvió la mirada mientras tomaba asiento.

—Lo siento —dijo—. Eso fue bastante personal. No tenía ningún derecho a decir nada.

Tricks se deslizó en una silla a su lado.

—Está bien. Tienes razón. —La mirada Pia se deslizó hacia un lado. Ella vio cómo el hada flexionaba las delicadas manos y las miraba—. Son buenos chicos, Pia. Incluso esa montaña gruñona de Tiago. Hasta el último de ellos tomaría una lluvia de balas por ti.

—Bueno —dijo Pia en voz suave—, ellos podrían tomar una lluvia de balas por *ti*.

—Oh no. —Tricks la miró, con ojos anchos—. Digo, sí, las tomarían por mí. Sin lugar a dudas. Pero las tomarían por ti también, solamente porque Dragos te quiere segura.

Maldita sea, la tristeza del hada estaba haciendo que sus propios ojos, picaran con las lágrimas. —Creo que sé algo de lo que estás pasando ahora —dijo Pia—. No la cosa inminente de la Reina. Eso está fuera de mi estratósfera. Si no lo demás.

—¿Quieres decir el final de la vida que conoces?

—Sí, eso.

Tricks dio una risa repentina.

—¿Cómo estamos tan acongojadas? Ni siquiera nos hemos terminado nuestro primer vaso de vino. —Ella tomó su vaso y lo chocó con el de Pia—. *Salut*, nueva amiga.

Pia tomó su vaso.

—*Salut*.

Tricks se bebió de un trago su vino.

—Ahora viene lo bueno. ¡Chismes! Necesitas saber quién está mintiendo, engañando, apuñalando por la espalda, en busca de venganza, “quien hace que mal” y con quien es simplemente difícil llevarse bien en este lugar. Estoy aquí para darte la guía que toda chica debe tener antes de que empiece a trabajar en este manicomio.

Hambrienta, Pia pinchó con un tenedor algunos salteados y se los metió en la boca. Ella comentó:

—Suena como que necesito un organigrama.

El hada jadeó.

—Hermoso. Necesito un bolígrafo.

Pia la vio palmearse los bolsillos del traje de seda, y luego trotar a la puerta del pabellón por un camarera pasando. Tricks regresó triunfante. Comenzó a garabatear sobre el mantel blanco, dibujando círculos y flechas entre los nombres

mientras charlaban. Terminaron su almuerzo. El camarero vino y se fue con sus platos. Más vino fluyó.

Algún tiempo después Pia se frotó la nariz. Miró su copa de vino vacía, a continuación, a las botellas vacías en la mesa vecina. Miró a su nueva mejor amiga, que enumeraba a un lado en su silla.

—¿Cuál es tu nombre?

El hada rió.

—Tiene que estar en esta tabla. Estoy segura de que lo escribí en alguna parte.

Pia miró por encima de los densos y negros garabatos que cubrían el mantel.

—Íbamos a hablar de algo. ¿No es así?

—Claro que íbamos. Vas a asumir mi trabajo de Relaciones Públicas.

—Está bien. —Ella asintió con la cabeza. Era la solución perfecta. Por supuesto que lo era.

Pero espera. Había algo que tenía que recordar sobre eso. Dudas, otras consideraciones, mortales buenas razones por las que no debería aceptar. Había algo...

Algo que brillaba en el aire, un *Poder* femenino tan ligero, delicado y efervescente que apenas se dio cuenta, después de las horas de sentarse saturada en su presencia.

Su mejor amiga estaba escribiendo algo. T-r-i-c-k-s. El hada dibujó corazones y flores alrededor de la palabra mientras tarareaba para sí misma.

—Tricks —dijo Pia.

Tricks levantó la vista de los garabatos, la lengua entre los dientes.

Pia puso un codo sobre la mesa, el mentón en la mano, y sonrió a la otra mujer.

—¿Está tu *Poder*, por casualidad, relacionado con el encanto o el carisma?

Tricks se rascó la punta de una oreja.

—¿Y qué si lo está?

—No creo que debería decir que sí a todo lo que me pidas ya que estamos juntas en la misma habitación, y yo estoy borracha, eso es todo —dijo Pia.

Uno de los párpados de Tricks bajó a media asta, una mirada astuta, no arrepentida. Entonces el hada sonrió, y la luz del sol y la felicidad estallaron en la habitación. —Oh, ¡bah! —dijo.

La tarde descendió al anochecer. Dragos, Kristoff y Tiago veían las noticias de la noche en la oficina de Dragos. Kristoff estaba con un brazo alrededor de su cintura, con una mano cubriendo su nuca. Tiago estaba con los pies plantados separados, los brazos cruzados. Los tatuajes de alambre de púas flexionados mientras su bíceps se apretaba.

Dragos sentado en su escritorio. Golpeteaba con los dedos juntos contra su boca mientras observaba como a las empresas Cuelebre les daban una sonora bofetada en la televisión nacional.

Dos hermosas personas estaban en la pantalla. Una de ellas era una periodista humana. La otra era el Rey de las Hadas Oscuras.

Por primera vez en muchas décadas, Dragos veía la cara de su enemigo. Urien tenía la típica coloración y rasgos de las Hadas Oscuras, con voluminosos ojos grises, pómulos altos, piel blanca y cabello negro que le caía hasta los hombros. Llevaba el pelo hacia atrás, revelando las elegantes y largas orejas puntiagudas.

—... por supuesto, desechar el proyecto es un duro golpe financiero para la gente de esta comunidad y el estado de *Illinois* —dijo Urien, con una sonrisa encantadora, dolida—. Y no sólo por los posibles puestos de trabajo que se han perdido. Hemos perdido una valiosa fuente de energía limpia y económica que habría sido producida por una nueva planta eléctrica generadora de energía nuclear, y tenemos que dar las gracias a las empresas Cuelebre por ello. Como usted sabe, la nación se enfrenta al reto de reducir nuestras emisiones de carbono. La única manera de lograr la reducción de las emisiones es la eficiencia energética y el desarrollo de tecnologías limpias, como la eólica y la solar. La energía nuclear tiene que ser parte de esa mezcla de...

Dragos golpeó el botón de silencio. Miró a Tiago y su asistente triste.

Tiago dijo:

—Urien se ve bien para un hombre muerto.

—Demasiado bien —gruñó Dragos.

—No puedo creer qué jodido hipócrita que es —dijo Kristoff con amargura—. Él está hablando acerca de energía limpia y reducir las emisiones, cuando sigue volando montañas y tiene una de las empresas más contaminantes del planeta. Ya

sabes nuestro contacto del *Departamento de Energía*, Peter Hines, rechazó la solicitud de subvención para *RYVN* como lo pedimos. Él fue despedido hoy. Y el ataque sorpresa de los medios de comunicación de Urien golpeó esta tarde. Las acciones han caído en seis de nuestras empresas.

—Aquellas con sede en *Illinois* —dijo Dragos.

—Sí.

—Oh, alegre esa cara, Kris —dijo Tiago, impaciente—. ¿Creíste que Urien se dejaría perder su proyecto sin protestar? Por supuesto que iba a devolver el golpe. Por lo menos tienes la satisfacción de saber que realmente le molestó. Por lo general, no tiene nada que ver con los medios de comunicación humanos.

Kris se mordió una uña.

—Sé lo que va a ocurrir después. *RYVN* va a volver a solicitar la subvención al reemplazo de Hines. Después de esto, el sentimiento público estará en su lado.

—Van a obtener esa subvención por encima de mi cadáver —espetó Dragos—. Dije que se hiciera lo necesario para romper la alianza *RYVN* y lo decía en serio. —Él se levantó y dio una palmada con las manos sobre el escritorio. Tiago estaba en silencio y Kris miró a sus pies, mientras que Dragos luchaba con su rabia. Después de un momento, continuó, con una apariencia de calma. Ponte en contacto con Hines, ofrécele un trabajo. Es una burócrata, debe ser capaz de hacer algo que nos guste.

Kris dijo:

—Tal vez pueda unirse a nuestro equipo de presión de Washington.

—Ve —Kris huyó. Dragos volvió la mirada caliente en Tiago—. Y por el amor de Dios, ¿vas a encontrar a ese resbaladizo hijo de puta, para que lo pueda desgarrar en pedazos?

—Estoy en ello —dijo Tiago—. Él puede huir de mí, pero no puede esconderse para siempre. Lo agarraremos, Dragos.

Fulminó con la mirada a su centinela mientras salía. La localización de Urien no era lo suficientemente rápida. Él gruñó frente a su escritorio y se obligó a levantar las manos y obtener un control sobre su temperamento. Tengo que dejar de despedazar el mobiliario. Hay demasiadas jodidas cosas por hacer. No hay tiempo para otra reparación y remodelación.

Sus pensamientos se desviaron a Pia. Miró por la ventana y frunció el ceño ante la temprana luz de la noche. Salió de la oficina y trotó por las escaleras hasta un ático en silencio. Caminó por las habitaciones. Resonó en el vacío.

No le gustó. Su gesto se convirtió en un ceño. ¿Pero, qué más tenía que esperar? ¿Pensaba que Pia estaría aquí esperando por él cada vez que decidiera buscarla de esta manera, como una empleada o sirviente? *Mierda*.

Rune, dijo telepáticamente.

Rune contestó, *Todavía están almorzando*.

¿Aún en el almuerzo? *Dragos* invirtió la dirección y se dirigió hacia el ascensor. Minutos después entró en el *Manhattan Cat* e hizo su camino a través del restaurante a la habitación ejecutiva.

Rune y *Graydon* estaban de pie a cada lado de la puerta cerrada. *Graydon* se balanceaba sobre sus pies. *Rune* se apoyaba contra la pared con los brazos y los tobillos cruzados. *Dragos* puso las manos en las caderas y los miró.

Rune, dijo:

—Almuerzo tofu salteado a la una y media. Cuatro botellas de vino. El camarero llevó en una bandeja de postres de chocolate y una botella de coñac hace unos cuarenta y cinco minutos. La última vez que se abrió la puerta, estaban cantando “*I will survive*”

—¿Qué es eso? —dijo *Dragos*.

Graydon sonrió.

—Es un éxito de los setenta de *Gloria Gaynor*. Creo que lo estaban cantando como una especie de “vinculación femenina sobre malos ex-novios”.

Su cabeza se sacudió para arriba. Tuvo uno de los pensamientos más sorprendente y desagradable del último siglo.

¿Soy yo un *novio*?

Gruñó y bruscamente abrió la puerta.

Pia y *Tricks* estaban de manos y rodillas en el suelo, riéndose a tontas y resoplando.

Las mesas y sillas estaban empujadas contra la pared. *Pia* estaba doblando un mantel blanco que estaba cubierto con escritura negra.

—Dame un minuto —decía *Pia*—. Te lo juro que lo vi. Si doblas el organigrama justo... mira, los nombres coinciden. Todas esas personas también durmieron juntas.

Tricks rió.

—¿Cómo te diste cuenta? Eso es como algo salido de *La búsqueda* o *El Código Da Vinci*. Tenemos que conseguir unas antiguas gafas extrañas con lentes especiales y tal vez vamos a ver otra cosa. Espera. Aquí vamos. —Soltó un eructo largo y fuerte.

Pia contó a través del eructo.

—...diez mil dos, diez mil tres, diez... oop, tú ganas. —Ella miró a la pequeña hada con temor—. ¿Dónde pusiste todo ese aire?

—Es un don —dijo Tricks.

El mal humor de Dragos estalló como una pompa de jabón, y sonrió. La coleta rubia de Pia se había aflojado y resbalaba sobre una oreja. Tricks se había quitado las sandalias y arremangado los pantalones de seda de diseño hasta las rodillas. Parecía una refugiada de *Pucci* en la *Quinta Avenida*. Se apoyó contra la puerta y esperó a ver cuál de las dos lo advertía la primera.

Fue Pia. Se sentó sobre sus talones mientras la sorpresa y la alegría iluminaban su rostro.

—Hola.

Sorpresa y alegría, un presente envuelto para regalo todo para él. Él le sonrió.

—Vas hasta el culo de alcohol.

A cámara lenta por la embriaguez, Tricks lo notó a él y a los dos grifos a sus espaldas. Ella gritó y abrió los brazos sobre el mantel.

—¡Nadie puede ver esto!

Rune se deslizó en torno a Dragos, con la cabeza en ángulo por la curiosidad.

—¿Por qué, qué es, secreto de estado?

—¡Más o menos! —Tricks comenzó a liar la tela. Rune agarró una esquina y tiró de ella. Ella se arrojó encima—. *NOOO*.

Dragos los ignoró. Se agachó en frente de Pia y metió un mechón de pelo detrás de la oreja con una mano gentil. Su piel pálida estaba roja, y sus ojos brillantes no podían concentrarse del todo.

—Vas a estar enferma como un perro en la mañana.

—Sólo pensamos... —dijo. La frase se desvaneció. Ella lo miró con asombro—. Eres el hombre más guapo que he visto nunca. También te lo diría si estuviera sobria. —Entonces le dio una sonrisa ñoña mientras negaba con la cabeza. Su coleta se deslizó más—. No, no lo haría. Me daría demasiada vergüenza.

Su furia y frustración anteriores se deslizaron en el pasado como si nunca hubieran existido, una transmutación alquímica provocada por esta encantadora borracha. Riendo en voz alta, deslizó las manos bajo sus codos y la levantó con cuidado.

—¿Qué más estás lo suficiente borracha para decirme?

Se inclinó hacia delante y se tambaleó, mientras le confiaba en un susurro:

—También eres el hombre más sexy que he visto nunca. Sabes, tu larga y escamosa, cola de reptil en realidad es más grande que cualquier otra. No es que yo haya estado con muchos tipos. O hecho indagaciones comparativas, ni nada. —Ella hipó y lo miró preocupada cuando él soltó una carcajada—. ¿Acabo de caer por un precipicio conversacional?

—Casi —dijo. Puso un brazo alrededor de ella y la guió en torno a Rune y Tricks, que forcejeaban sobre el mantel—. Eso está bien, querida. Estoy aquí para atraparte. Así que, ¿con cuántos hombres has estado?

Ella levantó dos dedos y los miró con un ojo cerrado.

—Uno de ellos ya no cuenta, porque está muerto. —Ella se empujó la mejilla con los dos dedos—. No puedo sentir mi cara. ¿Cómo fue tu día?

—Bien —dijo. Capturó su mano, dobló hacia abajo un dedo y depositó un beso contra su dedo índice restante mientras la conducía fuera del restaurante—. Fue bueno.

A la tarde siguiente Pia se puso ropa deportiva, junto con sus nuevas zapatillas. Se recogió el pelo hacia arriba y se lo ató en una apretada cola en la nuca.

Su recuerdo de la noche anterior era difuso. Recordaba hablar y coquetear, sintiéndose genial, hermosa y ocurrente, mientras que Dragos le gastaba bromas, su cara oscura arrugada de risa. Recordaba caer en la cama, gritando y pateando mientras él le hacía cosquillas sin piedad. Recordaba dormirse, envuelta a su alrededor, con sus manos en puños en la cascada de su cabello.

Había estado sola en la cama cuando una resaca finalmente había martilleado su conciencia a la mañana siguiente. Había rodado lejos de las ventanas con un gemido para descubrir un frasco apoyado en la almohada. Que tintineaba con magia. Una nota estaba atada al cuello. Decía, *Bébeme*.

Esa poción le había salvado la vida. Ella esperaba que alguien hubiera tenido la amabilidad de conseguir también una para Tricks. Incluso con la ayuda de la poción, había pasado algún tiempo antes de que pudiera enfrentarse a poner otra cosa en el estómago. Ahora, después de una comida ligera, que se había comido con cautela, ella, Rune y Graydon finalmente iban al gimnasio como originalmente planearon.

Abrió la puerta. Los dos grifos en el pasillo interrumpieron la conversación. Sus expresiones eran totalmente demasiado suaves. Ella frunció el ceño. —¿Hice o dije algo ayer por lo que debería disculparme?

—Tú no, pastelito —dijo Graydon—. Pero al parecer, un montón de otras personas en la Torre sí. Rune cree que deberíamos renombrarla como *Melrose Place*. Creo que *Peyton Place* tiene una percepción más clásica para ello, ¿y tú?

—Oh no —dijo—. ¿Conseguiste alejar el mantel de Tricks?

Rune sonrió.

—No antes de que la pequeña mierda me mordiera.

Tomaron las escaleras. Tal vez veinte personas se encontraban en el gimnasio. Algunos trabajaban en equipo y otros enfrentándose entre sí en las dos grandes áreas de entrenamiento. Un área tenía suelos de dura madera usada pero bien cuidada y la otra estaba cubierta con colchonetas.

Rune confiscó el espacio cubierto de colchonetas mientras Graydon iba al vestuario y se cambiaba. Luego Rune fue a cambiarse también. Cuando volvió les hizo señas a ella y a Graydon para que se colocaran en el centro de la colchoneta. Ambos hombres llevaban apretadas camisetas sin mangas y pantalones negros de algodón. Parecían más grandes que nunca mientras ella permanecía de pie entre ellos, un total de 220 kilos de sólido músculo Wyr.

Aquellos que Rune había desplazado merodeaban en el borde de la zona, observando. Pia respiró hondo, tratando de disipar el nerviosismo que se había apoderado de su estómago, muy consciente de la curiosidad, las miradas no del todo agradables dirigidas en su dirección. Ella se balanceó sobre las almohadillas de los pies, movió los brazos y las piernas y estiró el cuello.

Rune dijo:

—Bueno, vamos a poner en práctica algunas técnicas básicas de autodefensa. Pia, el principal punto significativo es que nosotros somos los guardaespaldas y que sabemos lo que es mejor. Tienes de hacer lo que te digamos, cuando te lo digamos. Si te digo que te agaches, será mucho mejor que te agaches. Si Gray te dice que te tires al suelo, plantas la cara. Lo más difícil es que un ataque muy probablemente se

producirá sin previo aviso por lo que seguir las órdenes, sin vacilación ni argumento es absolutamente esencial.

—En otras palabras —dijo Graydon—, si te decimos que te agaches, no levantes la cabeza en alto, mires a tu alrededor y digas, “¿Eh?” Eso es lo que tu instinto puede decirte que hagas, pero si estás diciendo “eh”, probablemente significa que estarás recibiendo un tiro en la cabeza.

—De acuerdo —dijo, mirando de uno a otro—. Ningún “eh”.

Rune dijo:

—Gray, ponte detrás de Pia. Vas a ser su asaltante. Pia, Gray va a colocarse detrás de ti y agarrarte como si fuera a arrastrarte. Quiero que le prestes atención a cómo se apodera de ti y la posición de los cuerpos. Vamos a trabajar en las formas que puedes soltarte de su agarre, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —dijo ella.

Graydon se movió detrás de ella. Para un hombre tan grande era silencioso de pies. Se centró en el suelo delante de ella y siguió respirando profundamente mientras se hundía en su entrenamiento.

Mantente firme pero flexible, inmóvil pero blanda.

Alcanzó por detrás con su conciencia y allí estaba él. Consiguió fijarle, más fuerte de lo que hubiera hecho con nadie antes. Le oía respirar, sintió su cambio de peso con su intención. Su oído, vista, su sentido de todo en su entorno era... más de lo que había sido nunca.

Se acercó a ella, inhumanamente rápido.

Fluyó como agua.

Ella se deslizó hacia un lado, doblando las cintura, y sintió su mano rozar a lo largo de su brazo. Un giro, y se balanceó sobre un pie, lo sintió extenderse, y esa fue su palanca.

Graydon aterrizó sobre su espalda en un impacto que sacudió el piso. El silencio llenó el gimnasio mientras las máquinas de ejercicios desaceleraban y se detenían. Ambos grifos clavaron los ojos en ella.

Graydon juró, dejando caer la cabeza en la lona.

—¿Qué infiernos hiciste? Eso no fue un movimiento de *Turbo Danza*.

Rune puso las manos en sus caderas y se echó a reír.

—Ella te tumbó, es lo que hizo.

—Lo siento, ¿lo hice mal? —dijo, cada vez más ansiosa a medida que continuaban mirándola—. No seguir las órdenes, ¿no? ¿Se suponía que tenía que dejarle agarrarme?

—No. No, creo que lo hiciste muy bien —dijo Rune. Él le ofreció una mano a Graydon y alzó al otro grifo en pie.

Graydon la fulminó con la mirada.

—Está bien. Lo llevé como si fuera un sonámbulo. Mi fallo. Dijiste que habías tomado clases, y deberíamos haber escuchado. Pero vamos a hacerlo de nuevo, pastelito, y no vas a conseguir sorprenderme esta vez.

Ella asintió con la cabeza.

—Muy bien.

Asumieron sus posiciones anteriores, y se balanceó sobre las almohadillas de los pies de nuevo, la cabeza inclinada mientras se concentraba en el suelo. Esta vez, intrigada con sus sentidos aumentados, fijó tanto a Graydon como a Rune. Su *Poder* y energía física hizo sus posiciones fáciles de sostener en su mente.

Graydon se movió para atacar, su letal cuerpo afilado por los incontables siglos de combate. Ella fluyó y se deslizó lejos de él. Esta vez él se movió con ella, reptando un poderoso brazo para envolverlo alrededor de su cintura.

Pero ella no estaba allí. Se movió, en contra de este punto, detectando la fuerza de la energía que ponía en el brazo y cómo lanzaba su cuerpo hacia adelante, y esa fue su palanca. El suelo retumbó cuando él golpeó el tatami.

Él golpeó la colchoneta con el puño.

—¡No me jodas!

Rune gritó de risa.

Graydon se volteó sobre sus pies. Fue un espectáculo sorprendente de fuerza, agilidad y velocidad para un hombre tan grande, y ella se estremeció de nuevo. Él le gruñó a Rune. —Muérete de risa, imbécil. Es tu turno de intentarlo.

—Deja de ser tan llorón —dijo Rune. Se movió en torno a Pia, el depredador en él despierto y lleno de sonriente amenaza—. ¿Lista?

Con un chute de adrenalina, levantó los hombros en un gesto rápido, entrecortado.

—Dame lo que tengas, mañoso.

Él se abalanzó, usando la astucia y la velocidad, y se podría decir que realmente estaba dándosele, no conteniéndose. Ella cayó en una curva elegante cuando él la alcanzó, y la potencia de su impulso fue su palanca. Golpeó la colchoneta, y

mientras iba hacia atrás usó sus pies y una mano para propulsarlo sobre su cabeza. Por un breve instante él estuvo en el aire. Luego se estrelló contra la colchoneta, incluso mientras ella terminaba su salto mortal y se ponía de pie con suavidad.

Rune tosió fuerte, con una expresión congelada. Alguien silbó y gritó. Distraída, miró hacia el ruido. Su público estaba aplaudiendo.

—¡Eso fue un maldito ballet! —rugió Graydon. Él la golpeó en el hombro y la tiró de lado. Ella gruñó y se tropezó, y él la agarró—. Oh, mierda, pastelito, lo siento. No quería. ¿Te he hecho daño?

Parecía tan preocupado mientras la se estabilizaba que no tuvo el corazón para quejarse. Se frotó el lugar donde la había golpeado, y él le quitó la mano para girarle el brazo y explorarle los músculos del hombro con dedos cuidadosos.

—Estoy bien —le dijo—. Está bien.

Rune se levantó rodando.

—Ve a buscar a Bayne y Con —le dijo a uno de sus observadores, que echó a correr. Se acercó a ella, los ojos entrecerrados—. ¿Qué has estudiado?

—*Wing Chun, jiu-jitsu*, algunas armas —dijo—. Cosas básicas, trabajos con espada y cuchillo. Puedo cargar y disparar a un arma de fuego o una ballesta. No soy tan buena con un arco largo.

Él la estudió como si fuera el *Cubo de Rubik* que realmente no había entendido.

—Dragos dijo que no eras una luchadora.

—No lo soy. —Graydon se negó a ser ahuyentado. Ella renunció a tratar de apartarlo y le dejó masajearle los músculos del hombro—. No como ustedes lo son. No elegiría una pelea si puedo evitarla, no tengo un instinto asesino y no me gustan las armas.

—¿Podrías matar si tuvieras que hacerlo?

—Si no tuviera otra opción —respondió sin dudar—. Creo que podría hacerlo para sobrevivir. Pero por lo demás, toda mi atención y formación está en conseguir alejarme.

—Excelente. Podemos trabajar con eso. ¿Cuál de las disciplinas con las que has trabajado te gusta más?

Ella lo consideró.

—Tendría que decir que la *Wing Chun*. Me gustan los principios de eficiencia, sentido práctico y economía de movimientos, y la detección de la energía de los movimientos de tu oponente. Es elegante. Tuve un maestro que una vez me dijo

que el mejor tipo de combate era como el *haiku*, muy libre y simple, y la lucha muy corta. *Wing Chun* parece tener algo de esa filosofía.

Él asintió con la cabeza.

—¿Cuál dirías que es tu fuerza?

—Esa tiene que ser la velocidad. Seamos realistas, si ustedes chicos fueran realmente tras por mi sangre y me atraparan, sería historia.

—Muy bien. ¿Y tú debilidad?

Ella inclinó la cabeza, se frotó la nuca y confesó:

—Seguir órdenes. No he hecho nada de esto antes. Voy a hacer mi mejor esfuerzo, pero si uno de vosotros grita agáchate, podría llegar a ser esa idiota que levanta la cabeza y dice: “¿Eh?”

—Bueno, eso tal vez no importaría si fueras lo suficientemente lenta como para inmovilizar —dijo Graydon—. Tenemos que gritar agáchate, ya que podrías llegar a sorprenderte y saltar de por debajo de nosotros, si tratamos de placarte, aunque sea por tu propio bien.

Ella se estremeció ante él.

Los otros dos grifos, Bayne y Constantine, se habían unido a ellos mientras hablaban, hasta que Pia estuvo rodeada por una enorme pared de músculo sólido y cercana atención masculina. Rune les dijo:

—Chicos tienen que ver esto. Pia, ¿Tienes ganas de más?

—¿Qué quieres decir con tienes ganas de más? —Ella resopló y sacudió la cabeza—. Todavía no he roto a sudar, mañoso.

—Eso es una provocación, pastelito —dijo Graydon con alegría. Él hizo crujir los nudillos.

Bayne y Constantine tomaron turnos para tratar de placarla. Cada grifo golpeó la colchoneta. Tuvieron mejor suerte cuando fueron tras ella en parejas. La camiseta sin mangas de Pia se volvió húmeda con el sudor. No sólo eran formidables guerreros con siglos de experiencia, sino que eran aprendices motivados y rápidos. Muy pronto tuvo que ampliar a su esfuerzo.

Ella cambió a una velocidad más alta sabiendo que tenía que aprender aún más de ellos que lo que ellos lo hacían de ella. Toda su atención se centró en los cuatro Wyr que estaban decididos a derribarla. Si bien se reían y hacían un montón de bromas, ella sabía ahora que lo que todos ellos estaban trabajando en la clase no era un mero ejercicio, sino que podría ser cuestión de vida o muerte.

Dragos había disfrutado de una noche completamente cautivadora con Pia. Esta mañana había sostenido su suave figura dormida y vio salir el sol, y había descubierto otra experiencia nueva y extraña, una sensación de satisfacción absoluta y paz en el silencio, una certeza de que todo estaba bien en su mundo.

Todo eso era en el pasado. Su estado de ánimo desde entonces se había vuelto de perros.

La fortaleza Trasgo había sido abandonada. No había nadie para interrogar. Los grilletos encantados habían desaparecido sin dejar rastro. El bombardeo de Urien de los medios de comunicación había sido pregrabado. Él hacía mucho tiempo que se había ido para el momento en que ellos habían conseguido a alguien para investigar el lugar de la entrevista, y nadie podía localizar el paradero del hijo de puta. Quienes investigaban la pista del ex-novio de Pia y su corredor de apuestas se habían tropezado con un callejón sin salida. Y el valor de las acciones de las compañías en *Illinois* seguía cayendo.

También estaba la consideración no tan pequeña de que si el Rey de las Hadas había sido capaz de conjurar un hechizo que había encontrado su tesoro, entonces, la ubicación se ha visto comprometida. No importaba si el encanto había funcionado una sola vez y que Pia fuera la única que conocía la ubicación actual del tesoro. Urien podría hacer otro encanto, ¿verdad? Y tal vez Pia fuese la única en estos momentos que podía navegar a través de los candados y defensas de Dragos, pero una vez que algo había violado era sólo cuestión de tiempo hasta que alguien encontrara la manera de hacerlo de nuevo.

Tampoco se sabía qué más podría hacer un encanto de búsqueda de esa fuerza. Pensó en alertar a sus aliados Antiguos sobre lo que había sucedido, pero si lo hacía tendría que admitir su propia vulnerabilidad. Todavía no estaba dispuesto a llegar tan lejos. Por encima de todo eso, la tortura china del agua había comenzado tan pronto como se dirigió a su oficina.

El alcalde de *Nueva York* estaba exigiendo hablar con él. Nadie más podría hacerlo. Sus constituyentes estaban insistiendo que llegaran a un acuerdo sobre el control del ruido, de forma que lo de la semana pasada no volviera a suceder nunca. *Gota*.

El gobernador de *Illinois* llamó personalmente para hablar de su persecución de la sociedad *RYVN*. *Gota*.

El tribunal Anciano había emitido una citación para él para discutir su “acto de agresión” en la heredad de los Elfos, y las acusaciones de una masacre en una Otra

tierra Hada. Al parecer, habían decidido ignorar el hecho de que no había respondido a una citación de nadie, nunca. *Gota*.

Un mensajero personal había llegado de parte del Gran Lord de los Elfos, con una invitación escrita para Pia para visitarles en el solsticio de verano. Sólo Pia, nadie más. Sin duda él no. El Gran Lord estaría encantado de levantar el embargo comercial con la especie Wyr tan pronto como recibiera su aceptación. Por escrito. *Gota, jodida gota*.

Luego estaban las interminables decisiones de negocios en todo lo demás. Sus auxiliares administrativos y los equipos de gestión eran excelentes. Todo lo que llegaba a su oficina realmente no necesitaba su atención directa. Como norma, disfrutaba trabajando con todas las operaciones internacionales ejercidas por las empresas Cuelebre. Era como jugar a varios juegos de ajedrez a la vez. Pero hoy se sentía como si llevara ropa ajustada sobre la piel lastimada. Quería arrancárselo todo y arañar las paredes.

Estableció el paso. No podía dejar de pensar en Pia. Allí estaba, delante y al centro, sin importar a qué intentara girar su mente. No quería estar trabajando en toda esta mierda. El negocio era aburrido. ¿A quién le importaba un carajo si las acciones de las seis empresas de Illinois se desplomaban por un tiempo? No era como si necesitara el dinero. Todas las entidades reclamando atención eran como una manada de chihuahuas ladrando y pisándole los talones. La idea de buscar otro lugar secreto y mover todo su tesoro era un grave dolor en el culo.

¿Y por qué no podía alguien sólo enviarle por *FedEx* la cabeza de Urien?

Plantó las manos en la ventana y se apoyó en ellas mientras miraba a lo largo de su ciudad. Cuando él le había preguntado la noche anterior si estaba interesada en el trabajo de Tricks de relaciones públicas, la prudencia como un ladrón le había robado el brillo a su hermosa mirada.

Ella había dicho, *Tendré que pensar en ello*. Otra vez. Al igual que hizo ayer, cuando le había dicho, *Creo que tengo mucho en que pensar*.

¿Qué diablos tenía que pensar?

Ella lo miró con deseo en esos magníficos ojos de color medianoche. Él juraría que cuando lo abrazó fue con sincero afecto. Era generosa y se entregaba y no se guardaba nada físicamente. Él podía ponerse un poco loco sólo con pensar en el grado de tensión que sentía cuando estaba dentro de ella, cuán magnífica estaba ella cuando llegaba al clímax. Se endureció al recordar los sonidos que ella hacía cuando se amaban.

A él le sorprendía cuán fácil era hablar con ella, lo mucho que *quería* hablar con ella, y luchar con ella era la mejor diversión que había tenido nunca. La había visto hacer unas horas, maldita sea, y no podía esperar para pelear con ella de nuevo,

para hablar con ella y escuchar la cosa ridícula que dijera a continuación, para abrazarla y reír con ella, para inmovilizarla y conducirse dentro de ella otra vez hasta que no quedara nada dentro de él, no queda nada dentro de ella, excepto su nombre.

Ella era *suya*. ¿Por qué no podía admitirlo?

Cada vez que llegaban a ese punto, cada vez que pensaba que tenía un buen agarre sobre ella, se sentía como el encantamiento de sueño cuando ella se había convertido en humo y derretido a través de sus dedos.

Los hechizos de protección en su mente. Ahí era donde ella desaparecía. Se metía nuevamente dentro de esa ciudadela elegante. No podía llegar a ella a menos que derribara la barrera y le quebrara la mente.

Él frunció el ceño. De algún modo iba a encontrar una manera de conseguir entrar en esa ciudadela. Él la tendría. Lo juraba, aunque le llevara el resto de su considerable vida, tendría todo de ella.

Cualquier otra cosa era inaceptable.

Decidido a tratar de quitárselo de encima y concentrarse en algo útil, abrió la puerta y salió de su oficina para ver si Kris tenía una actualización para él.

No había nadie en las oficinas exteriores. Fue entonces cuando se dio cuenta del alboroto. Su ritmo de aumentó mientras caminaba por el pasillo. Dobló una esquina.

La gente se había acumulado en el pasillo fuera del gimnasio. Estaban mirando por las ventanas. Al acercarse un grito subió, y la gente en el interior vitoreó y aplaudió.

Apartó a la gente del camino mientras entraba en el gimnasio, vio a Graydon y Bayne en el borde de las colchonetas. Los grifos de pie con los brazos cruzados. Estaban observando algo en el suelo y riendo.

Cuando Dragos se acercó, Graydon lo vio sobre las cabezas de los espectadores y sonrió.

—Eh, jefe. Gracias por el nuevo juguete.

Dragos preguntó:

—¿De qué estás hablando?

Graydon le dijo:

—Estamos jugando a inmovilizar a la herbívora. Ninguno de nosotros puede entender qué demonios es, pero maldita sea, es rápida. Hasta el momento el Equipo

Grifo está dos a diez. Engrásala y apuesto a que no la podríamos inmovilizar en absoluto.

Llegó al borde de la colchoneta y bajó la mirada.

Constantine estaba en cuclillas, con los brazos extendidos, concentrado en la lucha desarrollándose delante de él.

—Agárrala... agárrala...

Rune y Pia se encontraban en una maraña de piernas sobre la colchoneta. El poderoso cuerpo de Rune tenso mientras luchaba por cubrir el de ella. La figura más pequeña de Pia se retorció y fluía debajo de él, con el rostro feroz y enrojecido. Los dos estaban jadeando y manchados de sudor. Los pálidos y delgados músculos flexionados mientras evitaban su agarre. El grifo juró cuando se movió con ella, a una posición que era una reminiscencia de la misma que Dragos había usado ayer por la mañana cuando la había tomado por detrás.

El dragón estalló.

Capítulo 15

Traducido por Shellene

Corregido por Sera

El ataque se produjo sin advertencia, justo como Rune dijo que podría ocurrir. Un minuto ella estaba inmersa en la maniobra/contramaniobra de su lucha contra Rune, la mente corriendo para crear una estrategia contra su flujo de intenciones. Él había conseguido derribarla en la colchoneta. Nada bueno. Eso significaba que tenía una mejor probabilidad de inmovilizarla. Tenía que salir de debajo de él rápido, o entre él y Constantine estaba acabada.

Entonces, su peso desapareció.

Desequilibrada, cayó sobre su espalda. Ella jadeó para recobrar el aliento y trató de dar sentido a lo que estaba sucediendo.

Constantine estaba tirado contra una pared. Escupía sangre, rodó y obtuvo una rodilla debajo de él.

Bayne empujaba a la gente hacia la puerta. —Fuera. Todo el mundo fuera.

Graydon se arrodilló, deslizó un brazo alrededor de ella y la levantó a una posición sentada. Él se había puesto pálido. —¿Estás bien, pastelito?

Ella dijo: —¿Qué pasó?

Él no estaba prestando atención. Ella siguió la dirección de su mirada.

Dragos tenía a Rune clavado en la pared, con una mano en la garganta. Rune estaba inmóvil en las garras más grandes del hombre, los brazos laxos y las manos abiertas. Su mirada alerta estaba fija en Dragos, mientras su rostro se oscurecía.

Constantine llegó a sus manos y rodillas y tosió. —Lo está matando.

Pia empezó a caminar, evitó a Graydon, que trató de agarrarla, y saltó hacia adelante.

No había nada racional en Dragos. El dragón miró por los ojos. Él había cambiado parcialmente. Las líneas de su cuerpo y la cara eran monstruosas, todo incorrecto. Las garras se clavaban en el cuello de Rune. La sangre brotaba de las punciones.

Ella no se detuvo, no pensó. Caminó hasta Dragos y le tocó en el hombro para indicar su presencia. Ella le acarició el brazo mientras se deslizaba debajo de él, insinuando su cuerpo entre los dos hombres. Puso las manos en la extraña y mortal cara y acarició sus mejillas.

Su *Poder* era un infierno. Ella intentó algo que no había hecho nunca antes y rozó su propia energía más fría y suave contra la de él.

—Hola —dijo. Suave, calmante. Ella tomó una profunda respiración, lenta y controlada—. Dragos, quiero que me mires ahora, por favor. Me olvidé de decirte sobre la primera parte de mi día de ayer. Envié a mi *personal shopper* a alimentar *Nueva York*. El estado, ya sabes, no la ciudad. Así que vamos a tener una factura de supermercado muy grande en breve. Lo siento mucho, salvo que, bueno, supongo que no lo siento.

El dragón pestañeó. Él la miró. Ella nunca había visto nada tan magnífico.

Ella le sonrió y alisó el cabello negro como la tinta mientras continuaba el suave parloteo. —Ahora que lo pienso, apuesto que vas a tener un montón de facturas de compras. No me puedo imaginar que Stanford sea capaz de obtener tanta comida de un sólo proveedor. Stanford es el comprador. Es un WYR visón. Y mi nueva bata es hermosa. Es de raso negro, muy suave y elegante. Me la puse esta mañana y pensé en ti cuando me di una ducha. —Ella puso una mano en los músculos rígidos de su brazo mientras se inclinaba sobre su pecho—. Vamos baja de la repisa ahora. Suelta a tu amigo. Te gusta. Vas a recordar eso pronto y, a continuación te molestaras si lo has dañado. Además, quiero que me des un beso, de forma que pueda darte las gracias correctamente por la bata... y la poción que dejaste en tu almohada esta mañana. Fue muy considerado de tu parte.

Los ojos del dragón se estrecharon. Su poder cambió para envolver una capa invisible de calor alrededor de ella.

—Todavía no estoy bien de la cabeza —le susurró. La sexualidad brilló en esos ojos rapaces de oro. Ella deslizó la punta de su dedo entre sus labios y frotó la parte interior del muslo a lo largo de su pierna—. Vamos, grandote, sabes que quieres.

Él deslizó un brazo alrededor de ella, la tomó de la barbilla con esas largas garras sangrientas e inclinó su cabeza con un cuidado exquisito. Ella se levantó de puntillas, cerró los ojos y alzó la cara hacia él en plena confianza. Su boca dura rozó contra la suya.

Ella pudo sentir el rápido movimiento a su espalda cuando Graydon apartó a Rune de ellos. El grifo tuvo arcadas y tosió. A continuación, el resto del mundo cayó

cuando Dragos profundizó el beso. Ella deslizó sus brazos alrededor de su cuello. Sintió el cambio de su cuerpo y fluir de nuevo a contornos más familiares.

Él deslizó su boca a lo largo de la curva de su mejilla, hasta la clavícula y enterró su rostro en su cuello.

Su mirada se deslizó hacia un lado. Los grifos serios se habían dispuesto alrededor de la zona. Bayne se apoyaba en una pared cerca de Constantine, que estaba sentado en el suelo con una botella de agua. Rune estaba más lejos, cerca de las pesas mientras se secaba el cuello con una toalla. Las heridas penetrantes ya estaban curándose.

Graydon estaba ni a un metro de ellos, con los brazos cruzados, mirándola con una expresión ansiosa. Bueno, tanto que estaba tal vez un poco demasiado cerca cuando ella estaba ocupada perdiéndose en el beso de Dragos. Ella lo echó con los dedos.

Él negó con la cabeza. Luego articuló: —¿Qué coño?

Puso los ojos en blanco, respondiéndole articulando. —Ni idea. —Ella lo echó de nuevo.

El grifo era terco como una mula. Se aclaró la garganta y dijo en voz alta: —Jefe, tienes que saber que nunca le haríamos daño. Estábamos practicando algunas maniobras de auto-defensa. Ella resultó ser tan condenadamente buena que empezamos a divertirnos, eso es todo.

Dragos levantó la cabeza. Ahuecó la parte trasera de su cabeza y la atrajo hacia sí mientras se alejaba de los grifos, poniendo su cuerpo entre ella y ellos.

De pronto lo entendió. Él no estaba siendo protector. Casi había matado a su Primero, porque estaba celoso.

Ella puso las manos en su pecho y lo empujó. Dejó a su agarre aflojarse. Ella miró hacia él, pero al ver la tensión en su oscuro rostro su rápida llamarada de ira murió. Tal vez ella no entendía lo que estaba pasando. Tal vez nunca lo entendería.

Ella se inclinó. —¿Hay algo más que pueda hacer?

—Necesito hablar con mis hombres —dijo él.

Ella inclinó la cabeza y asintió. Miró a su alrededor al gimnasio vacío. —Está bien. Me gustaría tomar una ducha.

Él la soltó. —Todos vamos a subir al piso de arriba.

Mientras él hablaba con sus hombres, ella se volvió hacia las puertas.

Una poderosa mujer alta estaba en el pasillo, mirándolos. Armada y vestida de cuero, tenía una extraña belleza, con músculos delgados, enmarañado cabello negro y tempestuosos ojos grises. Pia tardó un momento en reconocerla. Ella era uno de los centinelas de la azotea de la Torre. Aryal, la arpía.

La mujer se alejó mientras ella observaba, pero no antes de que Pia contemplara la despiadada mirada y el frío y blanco rostro de la resolución.

Pia, Dragos y los cuatro grifos subieron al ático. Pia tomó la caja de *Saks* de la cama y desapareció en el cuarto de baño sin pronunciar palabra. Unos momentos más tarde encendió la ducha.

Los grifos asaltaron el bar con fregadero por botellas de *Heineken*. Dragos abrió las puertas francesas. Se quedó en la puerta mientras una fuerte brisa entraba. El aire fresco era enérgico y calmante.

Rune se unió a él y adoptó una postura despreocupada y relajada, con las manos en sus caderas mientras también él miraba hacia la ciudad.

Él le dijo a su Primero en voz baja. —Te debo una disculpa.

El grifo buscó su rostro. —Está bien, mi Señor. Puedo imaginarme cómo las cosas debieron haberse visto. Ya nos habías advertido que la cuidáramos.

—No —dijo—. No está bien. Está claro que no tengo el control. Soy muy consciente de que no estoy actuando o pensando con normalidad o incluso de manera racional.

La mirada de Rune era penetrante, tal vez más penetrante de lo que era cómodo. —Dragos —dijo—, todos hemos visto a un Wyr actuando de esta manera antes, ya sabes. Sólo que nunca te hemos visto que actuando de esta forma.

Él inclinó la cabeza. —¿Qué quieres decir?

—Vamos, piensa en ello —dijo el grifo, una sonrisa arrugándole la cara bronceada—. ¿Cuándo has visto actuar a un Wyr demasiado celoso, posesivo y obsesionado? ¿Cuándo tienen el temperamento demasiado volátil? ¿Demasiado irracional?

Su boca se torció. —Siempre he tenido mal genio.

—Bueno, sí, puedes ser un hijo de puta gruñón, especialmente cuando las cosas no salen bien. Pero sabes, cuando pierdes el temperamento tienes una razón. Hay una razón para todo esto.

Sus pensamientos se retorcieron y giraron. Consideró el drama que se representaba cuando las pasiones Wyr corrían calientes. —Crees que estoy emparejándome.

Su Primero se encogió de hombros. —La posibilidad se me ocurrió. También hay muchas cosas en este momento. Has estado bajo una considerable tensión. Es raro cuando has estado en verdadero peligro de ser asesinado.

Él respiró hondo y asintió.

Emparejamiento. Mmm.

Él era un Ser solitario por naturaleza. Podía interactuar con los demás, pero por dentro siempre había estado solo. Respondía al estrés de la constante socialización en la vida moderna escapando en largos vuelos regulares donde podía perderse en el viento y la luz del sol.

Esa era la yuxtaposición que lo desconcertaba. En lugar de sentir alivio por escapar de la presencia de Pia el día de hoy cuando la había dejado durmiendo en su cama, había sentido su ausencia como una pérdida.

La había... extrañado.

—Supongo que tengo mucho en lo que pensar —dijo. La ironía de esta afirmación se le ocurrió, llegando tan pronto como la hizo después de su molestia por el estribillo favorito de Pia. Él se frotó la barbilla y empezó a pasearse por la gran sala—. Sólo... no la toque ninguno ahora mismo. No hasta que resuelva esto.

Runa paseo para unirse a los otros en los sofás alrededor de la chimenea y aceptó la botella de cerveza que le ofreció Bayne. Él dijo: —Entendido. A menos, por supuesto, que su vida dependa de ello.

Él exploró el extraño panorama dentro de sí mismo por un momento y asintió con la cabeza. Cambió de tema. —Todavía no hay un cerco sobre la localización de Urien —les dijo—. Sin importar los Tragos que podrían haber sobrevivido se han dispersado. El alcalde está lloriqueando, el gobernador de *Illinois* está tratando de abrir un túnel por mi culo, los Elfos están siendo manipuladores, y... —Él se detuvo y sacudió la cabeza. —Ella no dijo que había alimentado al estado, ¿verdad?

Graydon se frotó la cara, se cubrió la boca con una mano y dijo, ahogadamente: —Sí.

Rune y los otros no fueron tan circunspectos. Gritaron de risa a su expresión. Rune explicó: —Ella pidió al *shopper* que abasteciera a todos los bancos de alimentos en el estado. Para ser honesto, creo que la tarjeta de crédito la asustó un poco. Tal vez es más del tipo de mujer de flores y dulces.

Cuando él frunció el ceño, Graydon agregó: —A ella le gustó la bata, sin embargo. Dijo que era muy bonita.

—Da igual —dijo, descartando el tema con un gesto de la mano—. Creo que está bastante claro para todos que no puedo estar cerca de mucha gente en este momento o realmente podría desgarrar la garganta de alguien.

Bayne gruñó. —Es muy difícil pedir disculpas después de que la conversación se degenera hasta ese punto.

Él les dio una sonrisa triste. Terminó un circuito de la habitación y comenzó otro. —Otro día como hoy no va a suceder. Vamos a empezar a vender algunos de los negocios y conseguir una vida más simple.

—Tal vez sería una buena idea a ir al Norte del estado a *Cartago* durante algunas semanas en lugar de eso —dijo Constantine en una voz cautelosa. Se refería a la hacienda de Dragos de un kilómetro cuadrado en el norte de *Nueva York*—. Ya sabes, ¿tomar algunas tardes y volar a lo largo de las montañas *Adirondack*, averiguar lo que realmente quieres hacer, dejar que las cosas en tu cabeza se aclaren?

—Ir al Norte del estado por un tiempo no es mala idea —dijo—. Pero tengo claras un par de cosas en este momento. Aparte del hecho de que Urien tiene que morir, quiero reducir el tamaño de mi vida y deshacerme de una parte del ruido blanco. Y mientras estamos en ello, quiero que ustedes me ayuden a averiguar qué hacer con toda la mierda que tengo hacinada debajo del metro.

Bajo la cobertura de la ducha, Pía se sentó en el banquillo con la cabeza entre las manos. Una violenta reacción del miedo y la adrenalina la golpeó, y lloró hasta que le dolió la garganta y la nariz se le obstruyó y no pudo llorar más.

El último par de días habían estado tan llenos de extremos, que sentía que padecía una especie de latigazo psíquico. Todo era extraño, lleno de corrientes ocultas y matices, con episodios de intensa alegría y de repente un brusco aumento en la ansiedad y el aislamiento. La realidad se había convertido en un caleidoscopio que continuamente se rompía y se reconstruía.

Durante un tiempo, cuando se había armado la de Dios, Dragos había sido su centro, su único punto estable. Extraño, pero ella había estado bien con todo el peligro y la incertidumbre que los rodeaba. Aquí Dragos era parte de todo lo demás, impredecible y desconocido.

Tenía momentos de claridad cuando sentía que estaba conectada a él de una manera que era más profunda de lo que ninguno de ellos comprendía. Se sentía como si lo entendiera mejor que él mismo.

Entonces toda la certeza se deslizaba y se quedaba aferrada en el aire. Cuando eso sucedía, se sentía fracturada en su interior. Tal vez ella era el caleidoscopio, rompiéndose y reconstruyéndose. Tal vez ella era parte de todo lo que era impredecible y desconocido.

Él estaba más allá de lo espléndido. Hacía que su aliento se enganchara y su corazón corriera, que su temperamento llameara y su sentido del humor se afilara. Tenía a su sexualidad bailando de alegría.

Él quería que ella confiara en él, pero ¿cómo podía confiar en alguien que no entendía?

¿Cómo podía amar a alguien que incluso admitía que no sabía qué era el amor, quien la reclamaba como su posesión, y que era capaz de casi matar a su más antiguo y fiel, aliado y amigo?

Espera un minuto. Ella no acababa de pensar eso, ¿verdad?

Bueno, no era cierto. Estaba sufriendo un gigantesco de exagerado efecto síndrome de Estocolmo. Ella admitía tener una deliciosa locura basada en él. *Eh*, no es como si pudiera negarlo a estas alturas. Pero no admitiría la palabra que empieza por *A*.

Oh Dios.

Quería irse a casa, pero no tenía un hogar. Su apartamento ya no era suyo. Algún otro podría haberlo alquilado. Incluso si no lo estaba, tenía miedo de que si era capaz de regresar a ese espacio, encontraría que era estrecho y demasiado pequeño y tan extraño como todo lo demás en lo que se había convertido su vida.

La cabina de la ducha se abrió. Respingó y retrocedió, cubriéndose los pechos en un gesto reflexivo, mientras Dragos entraba totalmente vestido.

Se arrodilló delante de ella, agarrando el banquillo a ambos lados de sus muslos. Las severas líneas de su rostro y cuerpo musculoso se empaparon en un momento, el oro de sus ojos se oscureció. Ella le agarró el cuello de la camiseta empapada y suspiró. —¿Qué estás haciendo?

—Has estado llorando otra vez —dijo él—. ¿Por qué?

Ella se rió, un sonido pequeño, hueco. —Día duro, supongo.

—No te desvíes —dijo—. Dime por qué.

—¿Y si no quiero? —espetó ella.

—Mala suerte —le dijo. Él se apoderó de sus hombros y la atrajo a sus brazos—. Tienes que decírmelo para que pueda aprender a no hacer lo que fuera que hice.

Maldito fuera. ¿Cómo podía terminar diciendo lo exactamente correcto justo cuando más lo necesitaba?

—¿Quién dijo que fuiste tú? Ya te lo dije, todo me afecta —metió la cara en su cuello y lo acarició con la nariz, deleitándose en su piel caliente y húmeda.

—Todavía desviando —dijo. Agarró una botella de gel de baño a base de hierbas perfumadas, roció un poco en una palma y empezó a masajearle el cuello y los hombros—. Estabas pasando un buen rato con los grifos. Fui yo.

—No siempre estábamos pasando un buen rato —refunfuñó. Ella se tragó un gemido de lo bien que sus manos se sentían mientras él le presionaba los cansados músculos—. He tenido que ejercer una gran parte de mi considerable encanto sobre ellos en los últimos días.

Su pecho se movió en una risa silenciosa. Sus dedos recorrieron la pálida forma de violín de su espalda, arrastrando la espuma. Hizo una pausa y dijo en un tono oscuro: —Tienes una contusión infernal en el hombro.

—Ni siquiera intentes eso conmigo —dijo. Ella le frotó la espalda—. Después de todo mi duro trabajo terminamos llevándonos bastante bien hoy. Te hago saber que estaba teniendo un momento perfectamente espléndido machacándolos cuando interrumpiste la fiesta.

Él se retiró y se puso a quitarse la ropa empapada y arrojarla en una esquina. Ella se quedó mirando las elegantes y fuertes líneas de su cuerpo desnudo y su corazón comenzó a latir con fuerza. No podía hacer frente a la fuerza de su reacción ante él ahora mismo. Apartó la mirada.

Él se sentó en el banquillo y la recogió. Ella trató de apartarse. —Dragos, no lo hagas. No puedo.

—Calla. Confía en mí.

Él la puso sobre su regazo y le dio la vuelta para que lo mirara. Luego se recostó contra la pared, envolvió sus brazos alrededor de ella, puso su cabeza sobre su hombro y simplemente la sostuvo. Ella apoyó la cabeza en su hombro también, y él la meció.

Él dijo: —Quítalo.

—Eres un dolor en el culo. —Ella suspiró, quitando el hechizo de amortiguación.

—Ya lo sé. —Él presionó un beso en su clavícula.

Su erección se apretaba entre ellos, pero no hizo ningún movimiento sexual. Ella sollozó conforme la calidez y el confort se introducían a través de sus miembros. —Y soy tan cobarde.

—Así habla la señorita que Rune dijo que lanzó a cuatro de mis combatientes más duros como si fueran almohadas —dijo. Él puso champú sobre su cabeza y le enjabonó el cabello—. Me tienes miedo de nuevo, ¿no?

—No. Sí. Oh, no lo sé. —Ella se enderezó y lo miró. El agua corría por los duros planos de su rostro y las puntas de sus pestañas negras—. ¿Cómo pudiste hacerle eso? Es tu segundo al mando. Lo has conocido durante... durante mucho más tiempo de lo que puedo comprender. ¿Si puedes hacerle eso a él, a quién más podrías hacérselo?

—En este momento, podría hacérselo a cualquiera excepto a ti. —Él la alzó de sus rodillas, se levantó y se enjabonó. Se lavó la ingle y los genitales. Manejó su pene erecto con enérgico sentido práctico, pero ella aún tuvo que apartar los ojos de cuán delicioso se veía. Ella terminó de aclararse el cabello mientras él se enjuagaba. Él apagó la ducha.

Ella envolvió el cabello en una toalla y se secó con otra, mientras que Dragos se frotaba una toalla sobre la cabeza y el cuerpo. Lo doméstico de la escena era a la vez extraña y seductora. Luchó contra ceder a una sensación de pertenencia. Era una ilusión. Ella se deslizó en la bata negra de *Dolce&Gabbana* y vio sus ojos iluminarse con aprobación.

—¿Por qué a cualquiera excepto a mí? —preguntó—. ¿Por qué soy la única que está segura?

¿Por qué puedo confiar en ti?, quería preguntar. Pero la tensión había disminuido de sus rasgos y no quería perturbar la paz que se había deslizado a ocupar su lugar. Se quitó la toalla del pelo y comenzó a cepillar la mojada longitud.

Él estaba de pie detrás de ella, una toalla colgada alrededor de sus caderas, y le agarró el cepillo. Le cepilló el cabello mientras ella lo miraba en el espejo. La trenza mojada en su muñeca era del mismo tono miel oscura.

Después de varios momentos de verse pensativo, dijo: —No sabes mucho sobre la vida en la sociedad Wyr, ¿verdad?

Ella negó con la cabeza.

—Se me olvida cuán aislada has estado. —Le besó la nuca del cuello—. Todo se aclarará con el tiempo. Te lo prometo. Sólo créeme cuando digo que no sólo no voy a hacerte daño, te protegeré de cualquier otro que te hiciera daño.

Ella le creyó. Eso encajaba con la forma en que respondió a ella cuando trabajaba para calmarlo, con todo lo que le había dicho y con todas sus acciones. Las cosas se

acomodaron en su legítimo lugar. —Muy bien —dijo—. Pero, ¿cómo nos aseguramos de que no hagas daño a los demás entonces? Te son leales, Dragos.

—Sé que lo son. Son hombres buenos. Tendrás que aceptar mi palabra de que ellos entienden lo que pasó antes, tal vez incluso mejor que yo. Todos fuimos un poco negligentes hoy. No volverá a suceder.

—¿Puedes ser un poco más enigmático? —preguntó. La irritación traía el sarcasmo en ella como ninguna otra cosa—. Algunas de esas frases tenían sentido, sabes. ¿Qué no volverá a suceder?

Él sonrió. —¿Tienes hambre? Vamos a cenar. Debería estar puesto el comedor a esta hora.

Una vez que él mencionó la comida, se dio cuenta de cuán famélica estaba. De repente se sentía vacía y temblorosa. —Me muero de hambre. Todo lo que tuve para almorzar fue una ensalada.

Él frunció el ceño mientras caminaba hacia el vestuario. —Deberías comer más que eso. Debe costar una gran cantidad de lechuga y zanahoria para mantener cualquier tipo de peso normal.

—Muy gracioso.

Él inclinó la cabeza hacia ella. —No era consciente de que estaba haciendo una broma.

Ella lo siguió y escogió una camiseta sin mangas roja y una falda blanca a juego salpicada de grandes flores de pascua rojas. Se puso bragas de encaje, pero no se molestó con un sujetador o zapatos. Los ojos de Dragos brillaron con aprobación cuando la vio. Él se había vestido con sencillez y, con otra camisa de seda blanca de Armani, con las mangas enrolladas y pantalón negro.

Caminaron hacia el comedor. Su estómago gruñó ante el delicioso olor de carne asada, pan fresco y ajo.

Delicioso olor... carne asada...

Una vertiginosa ola de náuseas la golpeó. ¿Qué demonios? Ella se detuvo bruscamente, colocó una mano sobre la pared y presionó la otra en su estómago cuando la saliva le inundó la boca.

Dragos se dio la vuelta. Él deslizó un brazo alrededor de su cintura. —¿Qué te pasa?

Ella levantó una mano mientras se concentraba en respirar profundamente. Las náuseas vertiginosas pasaron después de un momento. Ella se enderezó. —Estoy bien.

—Vas a volver a la habitación —dijo. Su rostro se puso en líneas duras—. Voy a enviar a nuestro médico Wyr.

—No, yo no volveré, y tú no llamas a nadie —le dijo. Ella tiró contra su agarre. Se negaba a soltarla—. Dragos, por favor. Ya basta. Estoy bien. No comí mucho antes hoy y sólo... tengo mucha más hambre de lo que pensaba. Todos los buenos olores están por ese camino, ¿y quieres vaya en la otra dirección? No seas tan mezquino.

Él asintió y la soltó con evidente reticencia. Ella levantó las manos y se encogió de hombros. Él continuó observándola mientras iban al comedor.

Dos sitios estaban colocados en un extremo de la mesa de caoba pulida, cerca de la ventana, rodeados de varios platos cubiertos. Había velas blancas encendidas, y un gran ramo de rosas blancas en un jarrón de cristal estriado. El horizonte de la ciudad era el telón de fondo para el entorno.

El placer la inundó. —Qué bonito. Adoro las rosas.

Él sonrió. —Bien. Esperaba que lo hicieras —sostuvo su silla para ella y luego se sentó también.

Un plato de algún tipo de carne asada trinchada estaba cerca del codo de Dragos, junto con patatas asadas y salsa. Asqueada y confusa por la visión, desvió la mirada. Cerca de ella había un plato de pasta pajaritas con pimientos rojos y brócoli en salsa de ajo cubierta con «queso» vegano rallado y una ensalada de espinacas cubierta con rebanadas de mango y nueces. Entre ellos había una canasta de panecillos blancos e integrales. Una botella abierta de PinotNoir estaba colocada cerca.

El estómago le dio otra sacudida inestable, pero ella tenía tanta hambre que a pesar de eso se obligó a tomar un bocado de la pasta. Las náuseas desaparecieron como si nunca hubieran existido. Ella dijo: —Esto está delicioso.

—Si eres golosa, es posible que desees guardar espacio para el postre —dijo él—. Hay fresas bañadas en chocolate negro.

Ella suspiró. —He muerto y he ido al cielo.

Se hizo el silencio mientras se concentraban en la comida. Ella sintió otra vez esa sensación de lo extraño, compartir una simple escena doméstica como tomar la cena con él. Atrapada en las garras del hambre compulsiva, comió como si no hubiera mañana. A continuación, se relajó por lo que fue capaz de pensar de nuevo.

Sintiéndose indecisa le preguntó sobre su día, y se sorprendió y halagó cuando él respondió con toda apariencia de rápida franqueza. Le contó la desaparición de Urien, sus conflictos empresariales, el alcalde, y los Elfos. Ella se mordió el labio

cuando la inquietud se entrometió. —Esto no va a tener una solución rápida o fácil, ¿verdad?

Él la miró por debajo de las cejas bajadas mientras tomaba un trago de vino. —No parece de esa manera. Podría ser una buena idea para nosotros pasar un tiempo en mi hacienda. No sólo es más tranquila y más privada, es bien defendible.

Nosotros. Nosotros. Su ropa en su dormitorio. Dormir en su cama. Pensó en su enfrentamiento con el Rey de las Hadas en la llanura y cómo Dragos había negado su instinto de perseguir para poder protegerla.

—¿Dragos, qué está pasando aquí?

—¿Qué quieres decir?

Dejó el tenedor. Él la miraba, los pensamientos cambiantes en su oscurecida mirada de oro. Después de unos momentos, dijo: —Me gustaría hacerte una serie de preguntas, si me las permites.

Él dejó el tenedor y también el cuchillo y apoyó los codos sobre la mesa, las manos entrelazadas ligeramente, juntó los dedos índices presionados contra su boca. —Adelante.

Ella comenzó a plegar el borde de la servilleta de lino. —¿Estarías cazando a Urien mismo si yo no estuviera aquí?

—Sí —contestó sin titubear.

Por un momento perdió el aliento. Multitud de implicaciones trataron de abarrotar su mente. Huyó de ellas y se centró en otra pregunta. —¿Qué le pasó a mi apartamento?

—Supongo que está donde lo dejaste —dijo—. ¿Por qué? ¿Quieres algo de él?

Ella apretó las manos. —¿Y si quisiera irme? ¿Y si quisiera volver allí?

—Me prometiste que no lo harías —dijo con voz firme e implacable.

Muy bien. Empezó a plegar la servilleta de nuevo. —¿Y si quiero mi propia habitación?

Silencio.

Se obligó a continuar. —¿Y si quiero ir a ver a mis amigos? ¿Y si quiero empezar a trabajar en mi trabajo de nuevo?

Silencio. Ella alzó la vista y se reunió con la mirada del dragón. No había cambiado de posición, pero sus manos se habían cerrado. Sus dedos eran más largos y las puntas con garras afiladas.

No estaba segura de qué emoción se trasladó en ella a la visión. Él era una criatura demasiado peligrosa para la piedad. Ella sintió preocupación. Se inclinó sobre la mesa, sosteniendo su mano hacia él, y dijo con voz suave: —Son sólo preguntas, grandote.

Él miró la mano, que estaba sobre la mesa, sus dedos se doblaron sobre la palma vacía. Por un momento, eso llegó a ser más terrible de lo que ella podía haber imaginado, pensó que iba a ignorar su mano extendida hacia él. A continuación, los largos dedos con garras se envolvieron con la máxima delicadeza en torno a los suyos.

Él dijo, sin expresión: —¿Qué quieres?

Había algo en peligro en este lugar indefinido en el que estaban. Ella escogió sus palabras con mucho cuidado. —No estoy segura, aparte de que me gustaría saber que mis deseos cuentan. No quiero que se hable de mí en tercera persona mientras estoy de pie ahí mismo o que mi vida sea arreglada sin mi consentimiento. Me gustaría dar sentido a lo que estamos haciendo.

—Eso nos ayudaría a ambos —dijo. Las líneas se agruparon en su boca.

Ella le estudió. —Hace cinco días, más o menos —al menos para nosotros— mi vida estaba en peligro y huía de ti. Ahora mis ropas están en tu dormitorio, estamos compartiendo una cama y estoy preocupada por cómo puedo encajar aquí. Eso es aparte de todo lo demás como Urien y los Trasgos y las relaciones con los Elfos. Mi pasado se siente como que se ha ido. No tengo a amigos aquí. Tricks no cuenta ya que ella no va a quedarse. El futuro no tiene definición, y se siente como que cualquier cosa que estamos haciendo no tiene cualquier contexto o fundamento para ello.

—Tienes razón, tu pasado se ha ido —dijo—. Harás amigos aquí si quieres. En cuanto concierne al futuro o cualquier contexto posible o fundamento que pueda tener, tienes que tomar algunas decisiones. Creo que es mejor que las tomes muy rápido.

Él habló con la misma agudeza directa como lo había hecho cuando le dijo cómo tratar los peligros de su captura por parte de los Trasgos. En lugar de desanimarse por su actitud, una profunda calma se estableció en su lugar interior. Ella le apretó la mano y los dedos devolvieron la presión.

—Muy bien, ¿qué tipo de decisiones crees que tengo que tomar?

—Rune piensa que puedo estar *Emparejándome* contigo —dijo, el dragón todavía asomándose por sus ojos—. Creo que puede tener razón.

Emparejándose con ella. Todo el aire salió de la habitación, y sus mareos anteriores volvieron con toda su fuerza.

Ella no sabía mucho sobre las complejidades de vivir íntegramente en la sociedad Wyr, pero sabía que los Wyr no siempre se emparejaban. Cuando lo hacían era para toda la vida. Le sucedió a su madre, que se había unido con un hombre mortal. Después de que hubiera muerto, ella se había aferrado a la vida por el bien de su hija, pero cuando Pia ya no fue tan dependiente de ella perdió la voluntad de vivir y desapareció de este mundo.

—Oh Dios. —Su cara se sintió pálida—. No puedes aparearte conmigo. Soy una híbrida mortal. Te matará.

—Eso no parece ser un factor relevante —sonó sereno como siempre, pero él la agarró por la mano tan fuerte que no podía sentir los dedos—. Además, lo que eres parece estar en cuestión. ¿Era tu madre mortal?

—No hasta que se apareó con mi padre y él murió. —Ella se frotó la frente—. Ella se sostuvo durante mucho tiempo. Él murió antes de que yo tuviera la edad suficiente para recordarlo. Cuando era pequeña no tenía ni idea. Pero cuando llegué a la edad suficiente para cuidar de mí misma, pude sentirla escapando. Ella ya no estaba interesada en la vida. Fue una cosa terrible de ver.

—Si eres capaz de llegar a la plenitud de tus capacidades Wyr, serás lo que tu madre era.

—¿Pero y si no puedo? —susurró, mirándolo con los ojos oscurecidos de terror.

—Es lo que hay, Pia. —Parecía tan impertérrito como siempre—. Todo tiene su fin. Incluso yo terminaré de una manera u otra. En este momento ese no es el punto. Si quieres dejar mi habitación o mi vida, es mejor que lo decidas ahora. Voy a hacer todo lo posible para tratar de dejarte ir. Si eso es realmente lo que necesitas. No puedo garantizar nada. Va en contra de todos mis instintos, *porque eres mía*.

Su gruñido sacudió el piso.

También la sacudió a ella. Tiró de su mano y después de un momento él la soltó. Ella envolvió sus brazos alrededor de su cintura y se quedó mirando el aceite de oliva y los pedacitos de ajo cuajándose en el plato. El silencio entre ellos se volvió pesado y sulfuroso.

El rápido ritmo de tacones de botas sonó en la sala. Graydon dobló la esquina del comedor con jeans y una chaqueta de *Harley Davidson*. —Eh, jefe, tengo lo que querías. —Él se detuvo y miró de la cara angustiada de Pia a la oscura expresión de Dragos—. Regresaré...

—No. —Dragos estuvo de pie en un movimiento rápido—. Dáselo y quédate con ella. Me voy a volar.

¿Un vuelo, en un momento como este? Ella miró hacia arriba y dijo: —Dragos, no.

Su reacción fue inmediata. Se detuvo bruscamente y la miró.

—El Rey de las Hadas —dijo—. Él todavía puede rastrearte. No es seguro.

Podía decir que no era lo que quería oír de ella. La oscuridad volvió a su rostro. Él dijo con deliberada brutalidad. —Estoy mucho más seguro solo.

Ella se sobresaltó y apartó la mirada.

Dragos miró a Graydon. —Estaré en alcance telepático. —Él se dirigió fuera.

—¿Qué significa eso? —dijo—. Alcance telepático. Todos los que conozco con la capacidad solo pueden hablar si están a pocos metros el uno del otro.

—Dragos tiene un alcance que es más como ciento sesenta kilómetros —le dijo Gray.

Empujó su plato lejos y puso la cabeza entre las manos.

Graydon suspiró y fue a sentarse junto a ella.

—Lo siento —dijo dentro de sus manos—. Sé que no quieres estar aquí.

—Cierra el pico —le dijo—. Estoy bien con estar aquí. Creo que sería mejor si Dragos estuviera aquí en mi lugar.

Miró al grifo sobre los dedos. Él había tomado la botella de vino y estaba mirando el líquido restante en el interior, sus curtidos rasgos contemplativos. La botella estaba sobre un tercio. Inclino la cabeza hacia atrás y se la bebió toda.

Ella dijo: —¿Te sientes mejor?

—No —dijo—. Para eso tendría que tomar una botella de whisky. O dos. Ha sido uno de esos días, ¿me entiendes?

Ella asintió con la cabeza. Sí, compañero, lo hacía.

Metió la mano en su chaqueta y sacó un paquete envuelto en oro. Dándole una mueca, se lo puso delante de ella. —Estoy bastante seguro de que no iba a ir así, pero bueno. Esto es del jefe.

Ella se quedó mirando el delgado paquete. —¿Va a estallarme en la cara, como todo lo demás ha hecho hoy?

—No lo sé. Tal vez, a juzgar por en lo que acabo de entrometerme. —Graydon aplanó sus manos sobre la mesa y se levantó—. Vuelvo enseguida.

Ella agarró el paquete y le arrancó el papel. El estuche negro estaba inscrito con *TIFFANY & COMPANY*. El sentido de lo extraño volvió más fuerte que nunca al abrir la tapa.

Un collar situado en terciopelo marfil y un anillo de cabujones de ópalo en oro. Los ópalos eran más grandes que el tamaño de la uña de su pulgar y había un brillo multicolor diferente de cualquier otro ópalo que había visto nunca. Las lágrimas le picaron en la parte trasera de la nariz, bajó la caja y sacó el collar. Ella extendió los dedos, las piedras de colores intensos fulguraron a la luz de las velas.

Graydon apareció con una botella de whisky bajo el brazo. Llevaba otra botella abierta en la mano. Él cabeceó cuando vio la expresión de su cara y tomó un trago. Luego se rodeó la esquina de la mesa y se sentó a su lado otra vez. Él deslizó la botella abierta hacia ella.

Una Johnnie Walker Azul. Bueno. Ella tomó un buen trago y miró a la botella. *Maldita sea,* era suave. Cortarlo con hielo sería simplemente incorrecto.

—Un dragón me acaba de dar una pieza de joyería —dijo. Ella tomó otro trago y le entregó la botella a Graydon—. ¿Me he sumado a su tesoro?

Negó con la cabeza y bebió también. —No, pastelito —dijo—. Estoy bastante seguro de que lo has sustituido.

Capítulo 16

Traducido por Shellene

Corregido por Sera

Ella se quedó mirando al grifo. —¿Qué quieres decir? —Él está reduciendo el tamaño. Ha decidido vender algunos negocios, y está haciendo planes para o bien reducir enormemente el tamaño de su tesoro y moverlo, o mierda, no sé, tal vez se deshaga de todo. Dice que quiere librarse del “ruido blanco”. —Graydon se frotó la frente—. Creo que tal vez el infierno tiene realmente un día frío de vez en cuando. No suena como si estuviera totalmente en sus cabales, ¿verdad?

Sus ojos brillaron húmedos. Viéndose alarmado, él extendió la mano para acariciar la suya, luego pareció repensarse el gesto.

Él dijo: —Sé que él no es un tipo romántico. Quiero decir que me acaba de entregar tu presente y todo. Incluso sé que fue flojo, pero creo que lo está intentando. Incluso hay bonitas flores en la mesa y mierda...

Su voz se desvaneció mientras ella se limitaba a mirarlo. Le ofreció la botella. El estómago le dio otra sacudida inexplicable. Ella negó con la cabeza. Dobló la servilleta y le susurró: —Necesito un amigo con quien hablar.

La áspera voz del grifo se volvió suave. —¿Qué soy yo, hígado picado? Me diste una paliza esta tarde. Todo eso nos hace muy amigos en mi libro.

Ella recogió el collar de nuevo, girándolo de manera que se incendiara a la luz. —No te di una paliza.

—Si tuvieras una pizca de maldad en tu cuerpo, podrías hacerlo —le dijo Graydon—. Ahora Rune está recorriendo la ciudad en busca de un experto en *Wing Ding* para que nos entrenemos. Todos vamos a aprender a ir con la corriente o lo que coño sea lo que dijiste que hacías. ¿Crees que vamos a vernos tan bonitos como tú cuando lo hacías?

—Ni una posibilidad —dijo ella, sonriendo mientras lo miraba de reojo.

Sus fijos ojos grises le devolvieron la sonrisa. —Eso es lo que yo le dije también. Con, sin embargo. Él piensa que nos veremos de la madre, pero claro, él siempre lo hace. Chico, se pasa una hora todas las mañanas arreglándose el pelo con cuidado. En serio. ¿Productos para el cabello para hombres? Eso no es correcto.

Ella se echó a reír. Un silencio de camaradería descendió entre ellos. Ella jugó con el collar mientras él se extendía en su silla y bebía whisky.

—Así que —dijo el grifo, por fin—, cuéntale al tío Gray todo. ¿Dragos hirió tus sentimientos o algo así?

—Wow, eso sería simple —dijo—. He estado allí, hecho eso, vamos a hacerlo otra vez en algún momento pronto, me imagino. Dijo que podría estar emparejándose conmigo.

—Oh —dijo Graydon—. Eso.

—Sí, eso. —Las palabras comenzaron a salir a borbotones de ella—. Nos conocemos desde hace unos días, y él ha asumido el control de mi vida. Exige que confíe en él, afirma que soy suya, como si fuera una pieza de su propiedad. Ni siquiera sabe lo que soy y eso lo está volviendo loco.

—Bueno, ninguno de nosotros lo sabe, pastelito. No podemos averiguarlo y no estás dispuesta a hablar de ello. —Graydon bebió un poco más.

—Tengo mis razones. —Ella tembló—. Y soy una híbrida. Le matará si no puedo hacer un cambio completo.

—Entonces, ¿hablaron sobre esto y se marchó? —dijo Graydon—. No suena del todo bien.

—Bueno, no. Me dijo que tenía que decidir rápido acerca de lo que quería, así él podría tratar de dejarme ir. Entonces dijo que no estaba seguro de poder. Luego se fue. Por otra parte está el Rey de las Hadas del que ocuparse, y esto es todo tan extraño. —Ella agitó una mano en un gesto destinado a incluirlo todo—. Apenas conozco a nadie aquí, y parece que ya he despertado resentimientos. Todo lo que mi mamá me enseñó fue a correr y esconderse. Esto no es correr y esconderse. Esto es una locura.

—Eh, no te pongas tipo *Sensación de Vivir conmigo* —dijo Graydon—. Vamos a dejarnos de florituras por un minuto y desenmarañar las cosas. Hay que ocuparse de Urien, y es un hecho peligroso de la vida en este momento, pero no es parte del verdadero problema, ¿verdad?

Después de un momento, ella negó con la cabeza.

—Muy bien. Ahora, ¿quién te odia? Ninguno de nosotros lo hacemos. Eres sin duda alguna un cambio de juego, y voy a admitir que nos tomó por sorpresa. No

recibimos bien la idea al principio, y algunos de los centinelas siguen de mal humor al respecto. Pero nos adaptaremos. Los cambios ocurren. Eso no quiere decir que no habrá otros con los que tendrás problemas si te emparejas con Dragos. Él es muy poderoso, económica, política y mágicamente, y no voy a mentirte. La política de la Corte puede ser bastante espinosa. Tienes que saber que eso forma parte del paquete.

Ella entrecerró los ojos sobre él, recordando la mujer fuera del gimnasio. Le describió a la mujer. —Esa es uno de los centinelas, ¿no? Parecía que tenía un verdadero odio por mí.

Golpeó la punta de sus dedos romos contra la botella, con el ceño fruncido. —Esa es Aryal, y sí, es una de nosotros. No es exactamente que te odie. Las arpías sencillamente no son conocidas por ser realmente indulgentes. Dale tiempo. Va a entrar en razón.

Ella asintió con la cabeza. —Tricks mencionó algunos depredadores impulsivos.

Él sonrió. —Sí, hay una manada flaca y hambrienta de leones Wyr en la división de derecho corporativo. Ellos traen un significado nuevo y amplio a la palabra “zorra”, pero tienen su sitio. Si alguien te da algún problema, todo lo que tienes que hacer es hacérmelo saber y yo me encargaré de él.

—Gracias. —Ella le lanzó una mirada irónica. No lo dijo, pero si iba a hacer un intento de vivir aquí, tendría que pelear sus propias batallas y labrarse su propio lugar.

Él dijo: —Esto puede ser difícil, pero todo es simple, al mismo tiempo. Sabes a lo que se reduce. ¿Quieres a Dragos o no? ¿Lo quieres lo suficiente para superar lo que tu madre te enseñó y bajar la guardia, para aguantar con toda su mierda, la Corte Wyr, y tratar con lo que depare el futuro? ¿O quieres salir corriendo y dejar todo esto atrás? Eso es todo lo que tienes que averiguar. El resto se resolverá con el tiempo.

Trató de imaginarse huyendo y empezar de nuevo. Podía ir al sur. Estaría sola. Sabía sin haberlo discutir que si le decía adiós a Dragos, no habría una segunda oportunidad. Ella dijo: —Todo está pasando tan rápido.

—A menudo, el vínculo de emparejamiento Wyr lo hace. Conozco veces cuando ha sucedido el momento en que dos Wyr ponían los ojos uno en el otro. Ahora bien, hubo algunos caminos llenos de baches.

—¿Alguna vez has conocido que el vínculo emparejamiento le suceda a una persona y no a la otra?

Él soltó un aliento. —Esa es una pregunta difícil. Es mucho más difícil si un Wyr se vincula con un no-Wyr como un ser humano, ya que los no Wyr no pasan por la

misma experiencia que nosotros. Por lo que respecta al emparejamiento Wyr, recuerdo que una vez hace unos doscientos años no funcionó bien. Al menos eso creo. ¿Experimentaban el proceso de la vinculación o estaban simplemente teniendo sexo? Ella se suicidó cuando él no la tomó.

Su frente se arrugó. —Eso es horrible.

—Y que lo digas.

—¿Qué pasa si sigo siendo mortal?

Se encogió de hombros. —Dragos no parece estar huyendo por eso. ¿Te negarás un compañero y la posibilidad de la felicidad sólo porque vas a morir algún día?

—Eso es diferente. Voy a morir de un modo u otro, si no puedo cambiar. Sólo parece terrible pensar que Dragos moriría por mí.

Él encogió los hombros y miró sus manos mientras giraba la botella de whisky en círculos. —No hay garantías en la vida. El hecho de que algunos de nosotros seamos excepcionalmente longevos y nos llamamos “inmortales” no significa que no podamos morir. Me apresuraría a aceptar la oportunidad de tener una compañera, mortal o no. La mayoría de nosotros lo haríamos, sabes. Nunca esperamos que le sucediera a Dragos, pero te apuesto que cada uno de nosotros está pensando qué afortunado hijo de puta es.

Se quedaron en silencio otra vez. Entonces ella deslizó su mano para tocar el dorso de la suya. —Gracias, Gray. Eres un buen oyente y un hombre sabio.

Él le tomó la mano y depositó un beso contra sus dedos. —Shh —susurró sobre su mano, los ojos arrugados—. No se lo digas a nadie.

Ella le sonrió. —Tu secreto está a salvo conmigo.

Tuvo la tentación de cambiarse por ropa de gimnasio y pasar una hora en una cinta de correr, pero entonces el cansancio se arrastró por ella. Había sido un día largo y los grifos ya le había dado su buen entrenamiento antes de que Dragos los detuviera.

Sobre las protestas de Graydon, puso el collar en la caja, limpió la mesa, colocó las sobras en el gran frigorífico de acero inoxidable y enjuagó los platos y los apiló en el lavavajillas. Luego decidió esperar el regreso de Dragos en la biblioteca. Rune llegó para unirse a ellos mientras hojeaba los volúmenes.

Ella lo saludó, tomó uno de historia antigua de los Wyr y se acurrucó a leer en un sillón de cuero de gran tamaño. La silla era la pieza más estropeada del mobiliario en la habitación, de suave cuero marrón oscuro y, tenía un débil pero inconfundiblemente familiar aroma masculino. Ella justo podía imaginarse a Dragos relajándose en este asiento mientras leía sus diarios científicos. Rune y

Graydon respetaron su deseo tácito de privacidad y se sentaron al otro lado de la habitación a jugar al ajedrez.

Después de un tiempo dejó descansar el libro sobre su pecho mientras cerraba los ojos.

Un suave toque en su hombro la despertó. Rune estaba en cuclillas junto a su sillón, sus ojos amables. Ella se arqueó hacia atrás en el sillón y bostezó. —¿Qué hora es?

—Después de las dos —dijo—. Te ves reventada. ¿Por qué no te vas a la cama? Mejor aún, Dragos dijo que se quedaría en rango telepático. Podrías llamarlo si quisieras.

Ella negó con la cabeza. —No quiero hacer eso. Él necesitaba un poco de espacio. Ha tenido un día duro. Y no quiero irme a la cama sin él. —Sus ojos comenzaron a cerrarse y se obligó a abrirlos—. ¿A menos que ustedes chicos necesiten irse a la cama?

Él sonrió. —Estaremos levantados hasta que vuelva. No te preocupes por nosotros; estamos bien.

Ella asintió con la cabeza y sintió el suave calor cuando él la envolvió con una manta de cachemira. —Gracias.

—Gracias *a ti*, Pia.

Él regresó a la mesa de ajedrez con Graydon. Ella cerró los ojos otra vez. Pronto estaba caminando en un bosque muy antiguo, respirando su fresco aroma a tierra fértil. Un pequeño dragón nacarado y luminiscente estaba envuelto alrededor de sus hombros como una estola. Ella le acarició una graciosa pierna sinuosa, y el dragón levantó la cabeza para mirarla con hermosos ojos, azul violáceos oscuro. Ella estaba llena de emoción mientras miraba su inocente mirada totalmente abierta.

Te amo, dijo el pequeño dragón.

Ella besó su delicado hocico. *Yo también te amo, cacahuete.*

Ella se despertó totalmente con un sobresalto y se sentó, mirando a su alrededor. Por un momento se sintió desorientada y abandonada cuando puso su mano en la garganta y los hombros vacíos.

Graydon y Rune la observaban desde el otro lado la habitación. Ambos hombres estaban completamente despiertos y alerta. Graydon dijo: —¿Qué pasa?

Ella negó con la cabeza. —Sólo un sueño.

Se quedaron esperando. —¿Qué clase de sueño? —preguntó Rune, con ojos penetrantes.

Ella los miró ceñudamente, no queriendo compartirlo. —No pasó nada. Fue sólo un sueño.

Ambos miraron al techo. —Dragos ha regresado —le dijo Graydon—. Él viene hacia aquí.

—De acuerdo —dijo ella, herida porque Dragos no hubiera contactado con ella telepáticamente y decidida a no dejar que le importara. Ahora no era el momento para desarrollar una piel fina. De hecho, mientras se quedara en la Torre debía deshacerse por completo de cualquier delicada sensibilidad que pudiera tener.

Dragos entró y la atmósfera en el cuarto se volvió eléctrica. Parecía vigorizado. Echó una mirada a los grifos y sacudió la barbilla hacia la puerta, y ellos salieron mientras él se acercaba y se agachaba delante de la butaca. Ella le dio una sonrisa tentativa mientras él apoyaba los antebrazos en los brazos del sillón y la miraba. Su mirada era de mal humor, con la boca apretada.

—Son casi las cuatro de la mañana —dijo—. Si tanto querías evitar mi cama, deberías haber dormido en una de las otras habitaciones.

Su sonrisa se desvaneció. Ella luchó por sentarse y sacar la caja de joyería de debajo del libro abierto. Le tiró la caja. Imposible fallar a bocajarro. Le golpeó en el pecho.

—Estaba esperando para agradecerte por el regalo —le espetó—. Que, oh, por cierto, no me diste tú. Muévete.

Se quedó agachado frente a ella con los ojos entrecerrados.

Estiró la cara hacia la suya, dándole una completa mirada. Ella enseñó los dientes. —Dije que te apartaras de mi camino.

Él la agarró contra su pecho y condujo su boca sobre la de ella. Ella luchó, logró conseguir liberar un brazo y lo golpeó en el hombro. Él la agarró por la detrás de la cabeza para mantenerla quieta mientras la devoraba. Ella gruñó contra su boca y le dio otro golpe más débil. La obligó a abrir los labios y condujo su lengua en la profundidad.

¡Maldito sea! Ella arrojó su brazo libre alrededor de su cuello y lo besó de nuevo con furia. Toda la electricidad en la habitación se disparó a su cuerpo en un ataque atronador.

Después de un momento él se relajó, se volvió más suave. Ella le chupó el labio inferior entre los dientes y lo mordió duro.

Él se echó hacia atrás, los ojos de oro quemado. Se tocó el labio, miró la mancha de sangre en sus dedos, y su cara arrugada de risa. Él dijo: —Te gustó que te besara.

Ella no trató de negarlo. —Bueno, hay mucho sucediendo aquí, además de eso. Todavía estoy un poco enojada. No es que lo pidieras. ¿Has venido aquí buscando pelea? ¿Cómo quieres que confíe en ti cuando actúas como un cerdo?

Eso no le gustó y la fulminó con la mirada. Herida por la fuerza y la ferocidad de la expresión, ella lo miró fijamente. Si lo estuviera conociendo por primera vez y él la mirara así, estaría girando sobre los talones y a la carrera antes de que se pudiera decir *Kentucky Derby*. Cómo habían cambiado las cosas.

Aflojó su agarre sobre ella. Él retrocedió sobre sus talones. Ella se enderezó e inspeccionó el libro abierto que se había aplastado entre ellos. Algunas de las páginas habían quedado arrugadas. Ella las alisó y colocó el libro en una mesa cercana. Todo el tiempo se concentró en él agachado demasiado cerca en frente de ella.

—Lo siento —dijo él.

Su ira no era tan rápida en desvanecerse sólo porque él sabía cómo decir las palabras “Lo siento”. Pero no quería empezar una escalada de cosas de nuevo, así que se limitó a asentir. Tal vez suponiendo que hablar con él había sido un error. Evitó la mirada mientras doblaba la manta y la colgaba sobre el brazo de la silla.

—Pia. —Ella le miró. Él le tendió la caja con la joya—. Tengo un regalo para ti.

El almidón manteniendo su columna tiesa como un palo se derritió. *Maldito otra vez.*
—¿Lo tienes?

Él abrió la caja y sacó el collar. El oro y el fuego del arco iris brillaban en sus dedos oscuros y se reflejó en el brillo de sus ojos. —Quería ver cómo los ópalos se verían contra tu piel.

—Es un hermoso regalo —le dijo—. Gracias.

—Me gustaría ponértelo.

—Muy bien —dijo ella.

Ella agarró el pelo en una mano y lo sostuvo a un lado como se retorció en la silla. Sus dedos trabajaron en la nuca, asegurando el cierre. Entonces el peso del collar se estableció en su lugar alrededor de su cuello, mucho más pesado que las delgadas cadenas a las que estaba acostumbrada. Era más que una gargantilla y cayó a la parte superior de sus pechos. Ella lo miró y tocó una de las piedras.

Sus dedos acariciaron el hueco en la base de su cuello y se arrastraron a lo largo de su piel. —Precioso —susurró. Se inclinó y dobló la cabeza para presionar un beso contra su garganta. Ella le acarició el pelo negro, con los ojos medio cerrados.

Él retrocedió. Las líneas de tensión estaban rodeando la boca de nuevo. —¿Quieres quedarte o no?

—Seré honesta contigo —le dijo—. Es difícil querer quedarse cuando estás siendo imposible. Pero no quiero irme.

Su mirada se encendió con algo, triunfo o alivio, o tal vez ambas cosas. Empezó a atraerla de vuelta a sus brazos.

—Espera. —Ella colocó ambas manos sobre su pecho—. No he terminado. No veo cómo podemos terminar esta conversación hasta que algo más esté concluido.

—¿Y qué es eso? —Él entornó los ojos.

—Necesito saber con seguridad quién y qué soy. Los dos necesitamos saberlo. Eso tiene que venir antes que nada. Crees que quieres que me quede, ¿pero y si cambias de opinión? —Ella le puso los dedos en la boca cuando él empezó a hablar y dijo—: No importa lo que digas ahora, ya que esto en realidad se trata de mí. No voy a ser capaz de confiar en las cosas entre nosotros hasta que crea que sé quién soy. Diablos, hasta que sepa quién soy. Quiero que me ayudes a intentar cambiar, por favor.

Él se apoderó de su mano y quitó los dedos de su boca. —¿Puedo hablar ahora? —exigió.

Sonaba enojado otra vez. Se preguntó si alguien le había dicho alguna vez antes de que no importaba lo que él decía o pensaba. Ella se lamió los labios secos y dijo: —Sí.

—Muy bien. Quieres hacer esto, vamos a hacerlo ahora mismo. —Él se puso de pie y la levantó.

—¿Ahora? —Ella miró el cercano reloj de pared—. Son las cuatro y media de la mañana.

—¿Cuál es la maldita diferencia? No voy a darte tiempo de sobre para analizar las cosas y te rajés. Tomaste una siesta, ¿verdad? —La tomó por la muñeca y se dirigió hacia la puerta.

—Bueno, sí. —Ella corrió para seguirle el ritmo—. Maldita sea, esto es otra cosa. Tienes de dejar de arrastrarme a todas partes como un saco de patatas. —Siempre era una especie de cuestión súper macho con él.

Él cambió su agarre para enlazar sus dedos a través de los de ella. —¿Mejor?

—Tal vez —refunfuñó.

Él la llevó al dormitorio y al vestidor. —Vas a querer ponerte jeans y algún calzado, tal vez agarrar un suéter o una chaqueta. Hay una bolsa de Otras tierras alrededor

de quince minutos de vuelo al oeste de la ciudad. La he utilizado antes para este tipo de cosas. No es muy grande, pero la magia es fuerte y constante.

—Está bien. —Ella entró a su ropero y se detuvo. Los nervios comenzaron a atar sus entrañas en nudos.

¿Iba a dejarle que la apremiara para hacer esto ahora?

Sí. Porque tenía razón, ella sobre analizaría y ya estaría tentada a rajarse. Era lo suficientemente duro intentarlo por su cuenta y no cambiar. Tanto que parecía estar en riesgo con esto.

No dándose la oportunidad de pensar, se quitó la falda y se metió en un par de vaqueros. Se sentó en el suelo para ponerse los calcetines y sus nuevas zapatillas de correr, a continuación, cogió una sudadera negra de cremallera. Luego se quitó el collar de ópalo con cuidado y lo colocó sobre la cómoda junto a su pequeño joyero. Entró al baño para pasarse el cepillo por el pelo un par de veces, y recogérselo de nuevo con un coletero.

Dragos apareció en la puerta del baño. Se había puesto jeans y cambiado la camisa de *Armani*, a otra camiseta negra que moldeaba su musculoso torso. Llevaba botas negras y tenía una pistola enfundada a la cintura y una espada a la espalda.

Ella se paró en seco a la vista. —De acuerdo

—Es sólo una medida de precaución, Pia. Estamos saliendo de la ciudad —dijo—. No vamos lejos, los grifos vienen con nosotros, y aún estaremos bien dentro de mi heredad, pero tienes que acostumbrarte a esto. Salir armado es un hecho de la vida ahora.

—Por supuesto. Sólo es otra cosa a la que acostumbrarse. —Ella miró la pistolera—
¿Una pistola?

—Es por cualquier problema con el que pudiéramos toparnos en este lado del pasaje. Es lo bastante segura como para llevar si no la disparas en el otro lado.

Ella hizo una mueca. —Supongo que me adaptaré.

—Lo estás haciendo más que bien con todo esto —le dijo—. Estoy orgulloso de ti.

Ella le sonrió mientras el placer brotaba. Pensó que era una medida de hasta dónde había llegado que su elogio pudiera afectarla así. Pero también sospechaba que él no alababa a la ligera o con frecuencia.

—¿Todo listo? —preguntó él.

—Sí. —Esta vez, cuando intentó agarrarla estaba lista para él y se apoderó de su mano.

Bayne, Constantine, Graydon y Rune estaban armados y esperando por ellos cuando subieron a la azotea. Ella miró de uno a otro. Estaban relajados y alerta y no daban indicios de que ser llamados antes del amanecer fuese algo inusual. Graydon le guiñó un ojo y ella le dio una sonrisa insegura.

Ella realmente no había previsto tener tal audiencia cuando tratara de cambiar de nuevo. Luchó por no dejar que importara pero la terrible sensación de exposición de ese mismo día regresó, convirtiendo su nerviosismo en miedo.

Dragos caminó con ella hasta el centro de la azotea. Alguna señal pasó entre los hombres que ella no entendió. Los cuatro centinelas cambiaron a grifos. Ella perdió todo sentido de temor mientras la admiración la invadía y los contemplaba. Tenían el cuerpo de un león y la cabeza y las alas de un águila. Ningún dibujo de un grifo que hubiera visto en su vida había logrado capturar completamente su extraña majestuosidad o la feroz dignidad. Eran más pequeños que Dragos en su forma de dragón pero seguían siendo enormes a sus ojos, los elegantes y musculosos cuerpos de cada uno del tamaño de un SUV.

El *Poder* de Dragos brilló a su espalda. Se volvió y miró al dragón de bronce y negro y se olvidó de los grifos. Él inclinó la inmensa cabeza triangular con cuernos hacia ella. Ella extendió las manos sobre su hocico y ojos brillantes.

Él le dio un empujón muy cuidadoso y bufó. Ella presionó un beso en la cálida piel entre sus dedos. Él la levantó, se afianzó sobras las poderosas ancas y se lanzó de la Torre.

Tal como Dragos había prometido, el vuelo fue corto, lo que fue bueno, ya que fue tan desagradable. Ella mantuvo los ojos cerrados por lo que no tuvo que mirar el paisaje urbano desplazarse por debajo. Respiraba por la boca en un esfuerzo por controlar las náuseas que la llenaron mientras se elevaban en el aire.

Después de cinco minutos más o menos las náuseas violentas disminuyeron y se sintió aclimatarse al vuelo. Habían pasado ya sobre el *Hudson* y cruzado *Nueva Jersey*, los grifos volando en una formación protectora alrededor de ellos. No pasó mucho tiempo hasta que se ladearon y comenzaron a deslizarse hacia abajo.

Trató de dar sentido a lo que estaba viendo. El rocío de luz eléctrica que cubría la tierra se rompió delante de ellos, y una masa oscura se levantó delante de ellos contra el cielo nocturno. Ella preguntó: *¿Qué es eso?*

La Primera Montaña Watchung, dijo Dragos. *Este es un pasaje corto, estrecho a lo largo de un profundo barranco. Agárrate.*

La sensación de la magia terrestre entró rápido. Los grifos retrocedieron mientras él se dirigía en un descenso pronunciado y se deslizaba muy bajo. Pasaron entre los árboles que coronaban los bordes de un barranco. Ella podría haber jurado que las puntas de las alas de Dragos rozaron los bordes rocosos a ambos lados.

Las luces en la distancia detrás de ellos vacilaron y desaparecieron, y ella se dio cuenta de que habían cruzado a la Otra tierra. Dragos subió en altitud, pero sólo por unos minutos más. Muy pronto cayeron en un gran claro.

Ella tocó tierra con sus piernas cuando Dragos la puso sobre los pies. Miró a su alrededor, deleitándose en el viento y la tranquilidad. El cielo nocturno a este lado del pasaje estaba cubierto de nubes transparente. El resplandor de la magia de la tierra era más fuerte de lo que había sentido nunca antes. La llamaba en una marea de luna plateada, despertando a la criatura enjaulada que vivía en ella para que gimiera y se lanzara contra el interior de su piel, palpitando por salir. Ella miró la silueta grabada de los árboles que ondulaban y se balanceaban con el viento, preguntándose cómo esta pequeña joya de lugar se vería durante el día.

Dragos cambió, pero los grifos no lo hicieron. Empezaron a vigilar los cuatro puntos alrededor del claro. Dragos se acercó por detrás de ella. Puso sus brazos a su alrededor, tirándola hacia atrás contra él. Respiró profundo, cruzó los brazos sobre él y apoyó la cabeza contra su pecho. Su sangre latía demasiado rápido a través de sus venas. Ella dijo: —Siento que estoy en casa y en el exilio, al mismo tiempo. Ojalá pudiera calmarme.

—Tenemos tiempo. No vamos a apresurar esto. Y esto no es una situación de todo o nada. Si no funciona la primera vez, vamos a aprender de ella e intentarlo de nuevo. —Su voz era tranquila y apacible. Presionó un beso en su sien—. Voy a decirte algunas cosas ahora. Algunas de ellas son algo que conozco, y algunas son sólo mi opinión. Quiero que me escuches: No estoy pidiendo que hagas nada. Si quieres darte la vuelta ahora y regresar a *Nueva York* sin intentarlo, lo haremos. ¿Está bien?

Te amo, estuvo a punto de decir. Ella captó las palabras justo a tiempo y en su lugar le dio una brusca cabezada.

—Tienes más posibilidades de cambiar si me das tu *Nombre* de verdad. —Sus brazos se apretaron, aunque ella no se había movido—. No estoy pidiendo que me des tu *Nombre*. Podemos probar esto sin él. Sólo estoy diciendo que te puedo ayudar mejor si lo sé. A veces los mestizos quedan atrapados en medio de la transición y son incapaces de completar el cambio. Si eso sucede te puede atraer de nuevo con tu *Nombre*.

—Muy bien —dijo ella, su respiración entrecortada—. ¿Qué más?

—He estado pensando en esto. Sé que tu madre ha puesto hechizos de protección sobre ti. Pude sentirlos de inmediato la primera vez que traté de cautivarte. ¿Por cuánto tiempo los has tenido?

—Desde que tengo memoria —respondió. Ella inclinó la cabeza hacia atrás para mirarlo. Su cabeza estaba a oscuras contra el cielo nocturno, pero podía ver las tenues líneas de la cara y el brillo oscuro de sus ojos—. Mamá siempre estaba

preocupada de que algo pudiera sucederle antes de que yo creciera. También le preocupaba porque fuera una mestiza, ya que yo no era tan fuerte como ella y no podía hacer la mitad de las cosas que ella podía. Creo que se sentía culpable por haberme tenido.

Su mano rodeó su cuello por debajo de su barbilla. La besó en la boca. —Está claro que te amaba muchísimo y todo lo que quería hacer era mantenerte a salvo. Ella nunca quiso hacerte daño en modo alguno.

—Lo hizo —dijo Pia.

Dragos continuó: —No lo sé a ciencia cierta, pero supongo que los hechizos de protección obstaculizan el cambio. Están muy bien tejidos alrededor de tu núcleo. Así que de la manera en que lo veo, tienes un par de opciones. Puedes tratar de cambiar en la forma que estas, y por todo lo que sé vas a ser capaz de hacerlo. Pero si deseas dar a esto tu disparo más fuerte, creo que deberías al menos quitar la protección de los hechizos mientras intentas cambiar. Compartir tu *Nombre* es otra cuestión completamente diferente. Es un paso muy radical. Pero quería que supieras que está sobre la mesa también.

El pánico trató de tomar el control. Ella luchó contra la imperiosa necesidad de escapar. ¿Qué demonios estaba haciendo? Esto iba en la dirección exactamente opuesta de todo lo que le había sido enseñado. Ella apretó los dientes. —Dame un minuto.

—Tómate tu tiempo —dijo, su voz tranquila y apacible. Él le frotó los brazos.

¿Podría su madre haberla atrapado con los mismos hechizos que pretendían mantenerla a salvo? ¿Cómo podía confiar tanto en Dragos?

Estaban de pie al aire libre, pero todavía se sentía en el interior de la jaula. Ella siempre había sentido que nunca era fuerte o suficientemente buena. Junto a su brillante madre, de resplandeciente belleza, se sentía sosa como la suciedad e inadecuada.

Sabía que su madre la había amado y habría odiado saber que le había hecho sentir así. Pero su madre había estado siempre tan asustada por ella. ¿La muerte de su padre había hecho a su madre tan temerosa?

—No quiero vivir de esta manera por más tiempo —susurró. Dragos apretó las manos sobre ella, pero permaneció en silencio. Ella se volvió hacia él—. No puedo quitar los hechizos de protección. No sé cómo. ¿Puedes eliminarlos?

—No sin hacerte daño. —Él ahuecó su cara entre las manos—. Y no voy a hacer eso.

¿Y si te digo mi *Nombre*? preguntó ella, incapaz de decir en voz alta las palabras.

Entonces sí, podría.

Ella contempló el cielo y le dijo su *Nombre*.

El aliento dejó su cuerpo. Él se estremeció y la abrazó con fuerza, inclinando la cabeza y los hombros, envolviéndose alrededor de ella. —Nunca lo lamentarás —murmuró—. Nunca. Te lo juro por mi vida.

Ella puso una mano contra su mejilla se descansaba sobre su pecho.

Él le acarició con la nariz la mano y comenzó a susurrar.

Los susurros se enroscaron alrededor de su cuerpo, acariciándola, instándola a relajarse, a abrirse al él. Ella lo miró a la cara oscurecida y ensombrecida, con una mirada hipnótica. Él se coló en ella como un ladrón en la noche.

El dragón la llenó hasta lo más profundo de su ser, enrollando su serpentino cuerpo, de bronce a su alrededor, susurrando, susurrando. La intrincada ciudadela de hechizos dentro de ella cayó. Grandes ojos de oro llenaron su visión, tan insondables como el mundo. No hubo una sola parte de ella que él no sostuviera.

A continuación, con una habilidad consumada, comenzó a retirarse. Ella miró a lo que él le mostró, cómo acceder profundamente en sí misma por su *Poder* cuando quisiera el cambio. Entonces estaba sola dentro de su cabeza. Él la acunó y le susurró.

—¿Estás bien?

—Sí —ella le devolvió el susurro—. Pero me siento tan extraña. —Se sentía desnuda, todos sus sentidos abiertos. Los pequeños pelos sobre su piel levantados mientras el viento soplaba a través del claro, y el mundo respiraba magia.

Él sonrió. —¿Estás lista?

—Lista como nunca voy a estarlo, creo.

Él la soltó y dio un paso atrás. Ella podía sentir su *Poder* mientras él mantenía una ligera conexión con ella. Miró a su alrededor del espacio abierto. Los grifos eran centinelas ensombrecidos e inmóviles.

Ella se metió profundamente dentro de su *Poder*. Este llegó fácilmente hasta ella, brotando más abundante y más rico que nunca. La llenó de un rugiente chorro de luz. Ella se estiró y extendió todo lo que tenía hacia la criatura salvaje que estaba atrapada en el interior, la parte escurridiza de ella que nunca antes había sido completamente capaz de alcanzar...

Y el mundo cambió.

Capítulo 17

Traducido por Shellene

Corregido por Angeles Rangel

Ella se sobresaltó intensamente por un momento antes de que su forma humana brillara y desapareciera. Una exquisita criatura resplandeciendo con la luminosidad de las perlas tomó su lugar. Era del tamaño de un *pequeño pony Shetland*, pero tan diferente de un caballo como un *Galgo* lo era de un *San Bernardo*. Su pequeño cuerpo tenía líneas esbeltas y briosas. Las largas y esbeltas patas terminaban en delicados cascos. Tenía un grácil cuello arqueado y una delicada cabeza equina coronada con un afilado y elegante cuerno.

—Díablos —susurró Dragos. La posibilidad le había cruzado la mente por las diversas pistas que se le había dado, pero no con ninguna seriedad real. En toda su vida nunca había puesto los ojos en un unicornio. Había oído durante muchos siglos que las raras criaturas habían sido cazadas hasta la extinción, pero él había estado siempre inclinado a considerarlas sólo un mito.

Un cuerno de unicornio podía disipar cualquier veneno. Ella podía sanar con su sangre. Sólo podía ser capturada por medios desleales. La jaula no podía retenerla. Su vida sacrificada podía otorgar la inmortalidad.

No era de extrañar que todo lo que su madre le enseñó fuera cómo correr y esconderse.

Sus grandes ojos de color violeta, azul oscuro eran los de Pia. Estaban muy abiertos con alarma.

Depredadores. Estaba rodeada de depredadores. Se levantó a dos patas y giró, buscando una forma de escapar.

El hombre alto y moreno comenzó a canturrearle. Ella estampó un pie y bajó su cuerno hacia él.

—Shh, querida, estás a salvo. Mantén la calma. Estás a salvo.

Él dio un paso hacia ella. Ella se arrastró hacia atrás, tropezó consigo misma y miró hacia abajo con confusión. Tenía tantas patas. Ella miró hacia atrás. Y una cola.

Los grandes depredadores en el borde del claro se acercaron cautelosamente, con los ojos muy abiertos. El hombre les gruñó y se quedaron inmóviles, luego se transformaron en hombres también. Ella galopó en un círculo y emitió un sonido de angustia.

Entonces el hombre moreno susurró su *Nombre*. Ella se deslizó a una parada y lo miró fijamente.

—Recuerda quien eres. —Él habló las palabras en voz baja pero con *Poder*.

Pia sacudió la cabeza y resopló. Levantó un pie y miró a un casco.

Eh.

Había cambiado. Era una Wyr.

Dragos se arrodilló. Todo en él estaba en un estado suspendido de aprehensión. Después de todo lo que habían pasado, después de que ella hubiera dado un paso tan radical y confiado en él con su *Nombre*, parecía estar cerca del pánico otra vez de tan sólo estar cerca de él. Era su lado Wyr. Tenía que ser. El animal había tomado un excesivo control.

—Vamos, cariño —insistió él. Le tendió las manos vacías desde los costados—. No hay razón para el pánico. Acuérdate de nosotros. Te gustamos. Dios, eres lo más hermoso que he visto nunca.

Ella arqueó su cuello y lo miró de reojo. ¿Era eso en sus ojos conciencia? ¿Entendía lo que estaba diciendo?

—Dame una señal, amor. —*Suave, suave*. Ahora él tenía la idea más elemental de lo que ella experimentó cuando le replicaba—. Déjame saber que estás ahí.

Ella miró a través del campo abierto, iluminado por la luna y luego a él. Una carrera parecía bastante agradable. Pero ahí estaba él con su rostro todo iluminado. Parecía que era su cumpleaños, Navidad y Año Nuevo, todo en uno.

Ella dio un par de pasos hacia él. Estaban cara a cara cuando él estaba de rodillas. La respiración le salió agitada. Ella recorrió el resto del camino hacia él y puso su cabeza brillante en su hombro.

Él le acarició la nariz de terciopelo. Ella le besó los dedos. A él le resplandecían los ojos con un brillo húmedo. Se sentó con las piernas cruzadas y la atrajo a su regazo. Ella acurrucó sus piernas por debajo de sí misma como un gato. Él puso sus brazos alrededor de ella y apoyó su mejilla en la cima de su cabeza. Escucharon el sonido del viento entre los árboles lejanos.

—Gracias —susurró él—. Gracias.

Tuvo problemas para volver a cambiar y estuvo a punto de entrar en pánico de nuevo. Él tuvo que guiarla a través de la transición. La sostuvo todo el tiempo y habló con ella hasta que estuvo de regreso a su forma humana y de rodillas en el suelo delante de él.

—¿Por qué fue tan difícil cambiar de nuevo? —jadeó ella, aferrándose a sus manos.

—No siempre lo será —le dijo—. Me han dicho que es como aprender a caminar o andar en bicicleta. Una vez hayas dominado el cambio pronto se convertirá en una segunda naturaleza. Podrías cambiar y volver a cambiar a ti misma ahora que lo has atravesado una vez, pero yo no lo recomiendo de inmediato. La primera vez, especialmente para un mestizo, puede dejarlo exhausto.

—Dímelo a mí. —Su tono era de queja, pero sus ojos estaban luminosos.

La ayudó a ponerse de pie mientras los grifos se acercaban. Los cuatro hombres la miraban con asombro. Ella miró a Graydon, que le sonrió.

—Eres todo un regalo para la vista —dijo—. Creí que ibas va a terminar siendo algo pequeño, rápido y extraño, como un *mono tití* o algo así.

En un impulso se acercó a él y le echó los brazos alrededor del cuello.

—Gracias por ser tan buen amigo.

El hombre grande se quedó muy quieto y miró a Dragos por encima del hombro. La expresión de Dragos se tornó oscura, pero después de un momento le dio al grifo una corta cabezada. Graydon le palmeó la espalda, sus ojos grises sonriendo.

—Es un placer, pastelito.

Dragos le puso una mano en el brazo y la atrajo de inmediato. Él le dijo: —Debemos regresar ahora.

Él y los grifos cambiaron. Ella prestó mucha atención a la facilidad y la habilidad con la que cambiaron de forma. Quería volver a intentarlo por su cuenta, pero eso iba a tener que esperar hasta que hubiera descansado un poco. Se sentía como si cada nervio estuviera expuesto e hiperconsciente. Al mismo tiempo, sus párpados expresaron su propia opinión cerrándose sobre ella le gustara o no.

Se quedó dormida en el vuelo de regreso. Ni siquiera se despertó cuando Dragos cambió, lo que hizo con agilidad y extremo control. Él tenía ambas patas delanteras debajo de ella cuando el cambio comenzó. Cuando se compactó, sus patas delanteras cambiaron a brazos humanos por debajo de sus rodillas y hombros, hasta que él estuvo de pie como hombre en la azotea de la Torre, manteniendo su figura dormida muy cerca de su pecho.

Los grifos ya habían cambiado. Se reunieron alrededor, mirándola junto con Dragos. Ella seguía brillando.

Rune estaba con las caderas ladeadas, sus pulgares metidos en los agujeros del cinturón de sus pantalones. Dijo en voz baja:

—Te das cuenta, ¿verdad?, que si esto se divulga va a ser cazada para el resto de su vida.

—Ella ya es consciente de eso, y yo también —la cara de Dragos estaba sombría—. Así que no se divulgará. Nadie se enterará. ¿Entendido?

—¿Qué pasa con Aryal, Grym y Tiago?

—Ni siquiera a los otros centinelas, no ahora. Esto queda entre nosotros —miró abajo a su rostro dormido apoyado en su hombro—. Ha tenido una semana infernal por un montón de razones. Quiero darle un descanso y dejarla estar sólo por un rato. Luego ella podrá decidir quién va a saberlo y quién no.

Ella medio se despertó cuando Dragos le quitaba la ropa y la metía en la cama, sólo para darse la vuelta y enterrar la cara en la almohada, una pierna doblada. Él se desnudó, se deslizó bajo las sábanas a su lado y moldeó su cuerpo al de ella, enganchando la pierna bajo la suya, un brazo metido a su alrededor. Ella entrelazó los dedos con los suyos. Él hundió la cara en su pelo.

Ella durmió profundamente y soñó con correr. Se despertó con un sobresalto cuando se dio cuenta que estaba corriendo a cuatro patas, y el recuerdo de lo que había pasado envió una luz de felicidad a través de ella. El sol matinal había iluminado la habitación.

Miró a Dragos, que yacía a su lado de cara a ella, con un fuerte brazo situado en torno a ella. Las duras líneas de su rostro estaban tranquilas durante el sueño. Las sábanas se habían deslizado hasta la cintura, y los músculos de su pecho y brazos estaban relajados. Sus pestañas eran negros rizos gemelos contra las delgadas mejillas de bronce, con el negro cabello despeinado. Su erección matutina se apretaba contra su cadera.

Él nunca sería un hombre suave. La capacidad para la violencia vivía y respiraba en su piel. Pero le había mostrado momentos de extraordinaria ternura, y sospechaba que verlo tan relajado durante el sueño indefenso era un raro regalo de confianza.

Te amo, estuvo a punto de decir. Pero él ya había confesado que no sabía qué era el amor. Sus manos se apretaron.

Tal vez nunca lo haría. Tal vez esto era lo más cerca que nunca podría conseguir si lo aceptaba como compañero. Si tuviera que elegir entre estar sola con él y estar sola sin él, más bien preferiría tener lo que pudiera de él. Tendría que aprender a

adaptarse a cualquier relación que él fuera capaz de tener. Tendría que ser suficiente.

Ella curvó dedos alrededor de su grueso pene y apretó sus labios a los suyos. Él emitió un sonido profundo en su pecho y le devolvió el beso mientras empujaba sus caderas en su mano acariciante. Entonces él empujó sus piernas, rodó por encima de ella y alivió su erección dentro. Ambos suspiraron cuando él estuvo completamente dentro.

—Ya está —murmuró. Él le frotó la oreja con la nariz—. Eso es.

—Justo donde pertenece —susurró ella. Ella le pasó una pierna a su alrededor y frotó su ancha espalda.

Se meció en ella, flexionando su gran cuerpo sobre ella, dentro de ella. Era tan bueno, tan bueno. Él la trajo lenta y tranquilamente a un clímax que fue tan rico que hizo llorar a sus ojos. La estaba besando, con las manos enmarcando su rostro, cuando él llegó.

Ella lo sintió comenzar a pulsar en el interior mientras se apoyaba en los codos y se encorvaba sobre ella, jadeando, y su rostro estaba tan transformado, tan hermoso, que tuvo que susurrar.

—Eres mío.

Él abrió los ojos y miró fijamente a los suyos, todavía temblando.

—Soy tuyo —dijo.

Ambos se durmieron otra vez con él en su interior, disfrutando del sol matinal. Algún tiempo después, ella se movió y murmuró una protesta cuando él se retiró y levantó su peso de ella.

—Tengo cosas que hacer —dijo en voz baja—. Quédate en la cama y descansa.

Ella le dio un mohín soñoliento. La besó en la frente. Ella se acurrucó en su cálido lugar, abrazó su almohada y dormitó.

Un gracioso pequeño dragón tan blanco. Su cabeza era demasiado grande para su cuerpo. Se concentraba en ella, amor puro, decidido en sus hermosos ojos mientras se tambaleaba hacia ella. No podía conseguir que sus patas traseras coordinaran con las delanteras. Él cayó al suelo.

Ella no podía reírse. Lastimaría sus sentimientos. Juntó las manos con fuerza para evitar ayudarle. Ella dijo: *Hola dulce bebé.*

Mami, dijo, gateando rápidamente hacia ella. *Mami*. Se incorporó de golpe en la cama, el corazón golpeando como un loco. *¿Qué...?*

La cama dio vueltas. Las náuseas subieron, esta vez sin control. Ella saltó de la cama. No pudo llegar a tiempo al inodoro, pero al menos llegó al lavabo antes de vomitar hasta que no pudo vomitar más. Varias veces, cuando creía que había acabado, su estómago se sacudió otra vez hasta que las lágrimas corrieron por su cara y ella estuvo seca jadeando de los dolorosos espasmos.

¡Oh, no! ¡Oh, no, no! Esto no podía estar pasando, con todo lo demás.

Una de las ventajas de ser Wyr, ya sea hombre o mujer, era la capacidad de la anticoncepción natural. Ella nunca había estado muy segura de cómo funcionaba. Tenía algo que ver con fijar en la mente una barrera para el embarazo, y de alguna manera esta estaba conectada a la capacidad de cambiar de forma. Todo era parte del control sobre el propio cuerpo.

Siendo medio humana, nunca había tenido la capacidad, por lo que tuvo que recurrir a métodos anticonceptivos humanos. Ella había tenido un *DIU* de cobre implantado por más de un año. Debía de funcionar hasta doce años.

Sólo que ahora estaba Dragos en su vida, derramando todo en ella, inundándola con su poder y su semen una y otra vez.

Reclamándola de cualquier forma que podía.

Tambaleándose por el shock, apenas recordó comprobar si las cuerdas transparente del *DIU* seguían en su lugar. Lo estaban. Sin embargo... ella extendió sus sentidos, recientemente ampliados hacia abajo en su cuerpo. Allí. Una chispa de una nueva diminuta vida anidaba en el interior.

La traición la fileteó. *Ese cabrón.*

Se duchó y se vistió. Camiseta, cortos pantalones cargo hasta la rodilla color caqui, zapatillas deportivas. Treinta y cinco dólares prestados de Rune que quedaban de la compra del calzado. Salió de la habitación.

Esta vez eran Bayne y Aryal quienes holgazaneaban en el vestíbulo. Pia se paró en seco a la vista de la alta y poderosa mujer, vestida de cuero con el enmarañado pelo negro, una extraña belleza delgada y tormentosos ojos grises, lleno de juicio.

Bayne la saludó con una amplia sonrisa. Aryal no. La arpía le lanzó una mirada penetrante, su rostro angular frío.

—¿Dónde está Con? —preguntó Pia.

—Él tenía otros asuntos que atender —le dijo Bayne—. Aryal lo está suplantando por la tarde.

—¿Tienes algún problema con eso? —preguntó Aryal, una ceja arqueándosele con insolencia.

La boca de Pia se apretó. *¿Qué coño?* Estaba agradecida de no tener que mirar a Graydon en la cara. Ignoró la pregunta de la arpía y sacudió el pulgar a la puerta abierta.

—Entren y veán lo que sale en la televisión. ¿Podrían hacer un poco de café, por favor? Mejor que sea una cafetera si quieren algo. Voy a tomar el desayuno. Enseguida vuelvo.

—Lo haré —dijo Bayne con una alegre sonrisa.

Actuar despreocupada. Ir por el pasillo. Más allá de la cocina y el comedor.

Ella miró por encima del hombro mientras doblaba la esquina. Bayne y Aryal habían desaparecido en la suite. Corrió hacia el ascensor y la escalera que daba a la enorme sala de estar. El ascensor estaba con llave en el nivel del ático, un problema que no podía resolver, ya que no podía abrir a la fuerza las puertas. La puerta de la escalera estaba cerrada con llave.

No hay problema. Sería cosa de un momento empujar la puerta y atravesarla con cuidado.

Colocó sus temblorosas manos en el panel de la puerta y se apoyó en él, respirando con dificultad, mientras la sensación de estar atrapada en una jaula regresaba más fuerte que nunca. El impulso de correr fue abrumador. Luchó por conseguir pasar el pánico, el dolor y la traición para pensar las cosas con cierta apariencia de racionalidad.

Incluso si lo intentara no podría dejar la Torre. Había un montón de infernales escaleras hasta el nivel de la calle. Podía tener cinco minutos para salir del edificio, diez a lo sumo, si bloqueaba la puerta del baño y los centinelas pensaban que estaba tomándose su tiempo para hacer las cosas que las mujeres hacen en el baño.

¿Y qué iba a enfrentar si se las arreglaba para salir? El peligro de Urien y sus fuerzas no se había desvanecido sólo porque ella tenía un mal día y necesitaba salir pitando de aquí.

Sé inteligente, por una vez. No añadas otra cosa a tu lista estúpida.

Las náuseas surgieron de nuevo. Cerró los ojos, apretó los puños y luchó por el control de su cuerpo.

Detrás de ella, dijo Bayne: —¿Pia? ¿Todo está bien?

Respiró hondo, cuadró los hombros y se volvió. Ella dijo: —Dragos dijo que podía ir a cualquier parte. Tengo que salir.

Dios sabía lo que la expresión de su rostro revelaba. No podría haber sido bueno, pues el grifo la miraba con una cara grave y ojos preocupados, muy diferente de su anterior alegría.

—¿Me puedes decir lo que necesitas? —preguntó—. Estaría más que feliz de conseguir lo que quieras...

Su autocontrol se deslizó de la correa. Entró en crisis. Se volvió y pateó la puerta, que resonó con un *boom* hueco y metálico. El sonido fue un poco como una bomba estallando en su cara. Fue un poco como descubrir que estaba embarazada cuando no debería estarlo. Sí, un poco como eso.

—Tengo que salir —gritó. Ella empujó contra la puerta cerrada con los puños—. No estoy bien. —Patada—. Necesito no hablar de ello. Necesito que Dragos me deje sola, joder. —Patada—. Necesito que dejes de hacerme preguntas y sólo me lleves a donde tengo que ir. ¿Harás esa mierda por mí o no?

De repente Aryal estaba allí. Ambos centinelas se movieron para colocarse a cada lado de ella, sus rostros todavía girando y vigilantes. Se movían como soldados, cuerpos atléticos ligeros sobre sus pies. La actitud despreocupada de Bayne se había evaporado. Él la cubrió de masculina energía protectora y le puso la mano en la espalda.

—Por supuesto que lo haremos —dijo—. Te vamos a llevar a cualquier lugar donde necesites ir.

—Bayne —dijo Aryal.

—Órdenes fijas —le dijo. El labio de la arpía se curvó pero no dijo nada.

La respiración de Pia salió. Se volvió a ciegas hacia el ascensor. Bayne la guió al interior. Mantuvo una mano tranquilizadora sobre el hombro mientras Aryal pasaba a estar entre ella y las puertas del ascensor. Ella envolvió sus brazos alrededor de la cintura, mirando ciegamente un punto entre los hombros de Aryal mientras el ascensor bajaba desde el ático en la planta ochenta a la planta baja.

Las puertas se abrieron y salieron a grandes zancadas. Aryal permaneció en el borde, mientras que Bayne se movía tan cerca de su hombro que rozó el suyo, mientras su aguda mirada vagaba por la gran planta, llena de gente. Luego empujó a la puerta giratoria al sol y a una concurrida calle de *Nueva York*.

Hizo una pausa, con una mano en su abdomen. Apenas podía creerlo. Ellos realmente habían mantenido su palabra y la habían sacado de la Torre.

En silencio, Bayne la instó hacia adelante, hacia un *Porsche* SUV negro que había aparecido como por arte de magia y estaba al ralentí en la acera. Aryal miró a su alrededor con una mirada penetrante, el enredado cabello golpeándole la cara angular mientras se deslizaba en el asiento del conductor. Bayne abrió la puerta

trasera para Pia. Ella subió, giró y le prohibió que se deslizara en el asiento junto a ella. Por un breve instante su mirada se encontró con la suya, y la amabilidad y la preocupación en sus ojos traspasaron a través de su agitación interna. Luego él retrocedió, cerró la puerta y se trasladó al asiento del copiloto.

—Está bien, Pia —dijo Bayne. La fría mirada de Aryal encontró la suya en el espejo retrovisor—. ¿A dónde?

—*Brooklyn*. —Cuando la mano de Bayne salió para sobrevolar el sistema del *GPS* del coche, ella dijo—: Te voy a dar las instrucciones a medida que las necesites.

Los dos centinelas intercambiaron una mirada.

—Está bien —dijo Aryal.

El *Porsche* se metió en el tráfico.

Pia se acurrucó en el asiento y miraba por la ventanilla al pasar por la estación de metro de la *calle 59*. Dragos dijo en su cabeza, *Pia, ¿qué estás haciendo?* Ella cerró los ojos. Había sido demasiado esperar que los centinelas guardaran silencio sobre su excursión. Lo que no daría por un poco de privacidad en estos momentos.

No me hables, le dijo a Dragos.

Dejaste la Torre. Su voz mental era tan tranquila y controlada que un escalofrío le recorrió la espalda. *Me prometiste que no lo harías*.

Ella gruñó: *Dije que no me hables, hijo de puta*.

Un latido del corazón, y luego, con su calma completamente despojada, preguntó: *¿Qué ha pasado?*

Cállate. Sal de mi cabeza.

Pia, maldita sea. Cuando ella no respondió rugió, *¿QUÉ COÑO HICE AHORA?*

Su grito telepático reverberó en su cráneo. Ella se dio una palmada en la frente. *No me grites así. ¡No puedo pensar! Dame un minuto*.

Su cuerpo se sentía entumecido, el cinturón de seguridad era lo único que la anclaba a su lugar cuando Aryal de repente cortó a través del tráfico. ¿Cómo podía Dragos incluso preguntarle eso? ¿Cómo no se daba cuenta de que ella lo sabía, ahora que había hecho el cambio completo a Wyr?

Siento haberte gritado. Se volvió persuasivo. *Bayne y Aryal no dicen nada, sólo que estás molesta y que te llevan a donde necesitas ir. Gray está preocupado por ti. Podemos hablar de cualquier cosa que esté mal, ¿no? Pia, por favor. Me estás matando*. Independientemente de lo que sea que pudiera decir de él, tenía una sabiduría astuta que podría

deslizarse dentro de una persona como un estilete. Se limpió los ojos y trató de procesar. *¿No sabes... nada... sobre lo que está pasando?*

Juro que no. Su respuesta fue fuerte e inmediata. *Cualquier cosa que haya ocurrido, podemos arreglarlo.*

¿Podrían? ¿Cómo?

Dime dónde vas, dijo. Vamos a hacerlo juntos.

Dragos, dame la tarde. Ella se aferró a la manija de la puerta cuando el *Porsche* alcanzó un tramo abierto y ganó velocidad. *Tengo que calmarme y pensar, y tengo que saber algunas cosas antes de que pueda hablar contigo.*

El silencio pulsó. Entonces, tranquila y sedosamente, dijo: *Podría utilizar tu Nombre para llamarte de regreso.*

Ella sollozó mientras miraba por la ventanilla. Dijo: *Las amenazas no son una buena idea en este momento, grandulón.*

Los segundos corrieron. Entonces él le dijo: *Tienes la tarde. Después de eso voy por ti.*

¿Me estás dando una tarde entera de mi propio tiempo? Vaya, gracias. Muy generoso de tu parte, dijo con dolor la parte de ella que era sarcástica. Logró refrenarse y permanecer en silencio.

Entonces él también guardó silencio y ella estuvo sola.

Sin él.

Rune y Graydon estaban de pie en la oficina de Dragos, sus manos en las caderas mientras llevaban idénticos ceños fruncidos.

—Al menos está protegida —dijo Graydon—. Tiene a Aryal y Bayne con ella. —Él no se veía reconfortado por sus propias palabras.

Rune preguntó:

—¿Dijo dónde necesitaba ir o qué andaba mal?

—No. —Dragos merodeaba el perímetro de la habitación. Era demasiado pequeño y cerrado—. Ella dijo que necesitaba tiempo. Yo le dije que le daría la tarde.

Rune dijo:

—¿Realmente vas a darla toda la tarde?

—Joder, no. Mentí.

Abrió las puertas francesas con tal violencia que rompió los cristales. El fuerte viento de mayo azotó a través de la habitación. El aire fresco disminuyó la sensación de confinamiento, pero él todavía vibraba con la necesidad de actuar.

—La bruja no contesta el teléfono —dijo—. Encuéntren a alguien para poner un hechizo rastreador en esto y háganlo rápido —sostuvo en alto un puño. Era el del pálido pelo trenzado en su muñeca.

—En ello —dijo Gray. Se lanzó por la ventana y cambió en el aire.

Dragos y Rune se miraron el uno al otro. Bayne y la arpía eran excelentes guerreros. Eran dos de sus mejores.

Pero una tarde podría ser mucho tiempo en *Nueva York* con el Rey de las Hadas en general y decidido a causar daño.

Una tarde como esa podría ser un tiempo muy largo.

Pia dio instrucciones a Aryal, cuando era necesario, pero aparte de eso el viaje hasta *Brooklyn* permaneció afortunadamente en silencio. Pronto llegaron al gran centro de salud Wyr de *Brooklyn* que había usado por el último par de años. La clínica se encontraba en una sencilla plaza, construida de bloques de hormigón en un barrio lleno de tiendas de empeño y barberías, licorerías y tiendas alquiler con opción a compra y negocios ofreciendo préstamos a nóminas. Un abandono fugitivo se cernía alrededor de los bordes de las calles, una sensación de algo agudo y desesperado que se acurrucaba en lugares sombreados esperando para mostrar sus dientes después de caer la noche, pero la clínica estaba abierta durante el día, y tenía un personal profesional, solidario y un alto número de pacientes mestizos, así es que estaba continuamente concurrida.

Aryal detuvo el *Porsche* en el bordillo y apagó el motor. Tanto ella como Bayne se abrieron los cinturones de seguridad mientras escrudiñaban la calle.

El estómago de Pia se apretó de nuevo.

—Quédense aquí —dijo.

—Lo siento, Pia —dijo Bayne. El grifo se movió rápido. Él estaba fuera del coche y montando guardia antes de que ella pudiera llegar a abrir la puerta del coche. Aryal se deslizó por la parte delantera del *Porsche* y se unió a él.

Ella estranguló el impulso de gritarles mientras salía. Miró de un centinela a la otra. La expresión de Aryal era de piedra, los ojos de Bayne estaban cuidadosamente en blanco. Se preguntó qué pensaban de su destino, qué tipo de conversación telepática podría estar sucediendo detrás de esos rostros asesinos.

—El tema es —dijo. Ella señaló al edificio—. Nadie ahí dentro sabía que veníamos. Ustedes chicos no van a entrar y asustar de muerte a todo aquel que resulte estar dentro, así que guarden las entradas y permanézcan fuera.

Bayne frunció los labios mientras la estudiaba. Ella entrecerró los ojos y dijo:

—Podría haber salido sin ti. Tenía muchas ganas, Bayne. No me obligues a lamentar tratar de jugar con sus reglas.

Aryal le dijo de repente:

—Toma la salida trasera.

Bayne frunció el ceño.

—Bien —dijo. Se dio la vuelta sobre los talones y se alejó.

Pia no esperó a oír más. Se dirigió hacia las puertas delanteras. Casi las había alcanzado cuando Aryal la agarró por la camisa y la empujó contra la pared del edificio.

—¡Qué demonios! —balbuceó. La conmoción se convirtió en indignación. Sus puños se acercaron hasta apartar las manos de la centinela de un golpe.

Sin esfuerzo casi desdeñoso, Aryal la mantuvo inmovilizada en el lugar con el antebrazo en la garganta.

—Cállate —espetó Aryal—. No estoy haciéndote daño. Tú y yo vamos a tener una charla.

—¡Suéltame! —Pia hundió los talones y trató de apartar el brazo de la arpía de su garganta. Aryal la agarró de la muñeca. Los delgados dedos de acero se hincaron en su carne.

Aryal dio a la calle un análisis rápido con una mirada como una espada afilada.

—Haz causado más problemas en las últimas semanas que una pandilla de Wyr-ratas corriendo enloquecidas —dijo la arpía—. Quiero saber qué coño estás haciendo ahora.

—Eso no es asunto suyo.

—Es asunto mío si pone en peligro a Dragos otra vez.

Pia intentó empujar los nudillos de su mano libre en la zona intermedia de la arpía, pero Aryal la evitó con un limpio toque de sus caderas.

—No estoy haciendo daño a nadie. Todo lo que necesitas saber es que Dragos me prometió la tarde.

—Y le creíste. —Aryal soltó una breve carcajada—. Muy buena, chica genio.

¿Había mentido? Eso dolía. Ella dirigió una mirada de súbita desilusión hacia la arpía y se sintió como una idiota. Sus ojos ardieron. Ella gruñó:

—Quita tus manos de mí.

Aryal la liberó tan rápido que casi se tropezó, demasiado cerca entre ella y la calle, apretujándola. La arpía llevaba una chaqueta de cuero que se abrió totalmente cuando se puso las manos en las caderas. Pia alcanzó a ver la pistolera de la centinela.

—Sabes, podría superar esa cola de caballo tuya de animadora —dijo Aryal, dándole una sonrisa que podría cortar el cristal—. Tardaría un tiempo, pero podría. Podría superar que los grifos hayan perdiendo la maldita cabeza por cualquier razón y te adulen por todas partes. Lo que no puede superar es lo siguiente: infringiste la ley. Pusiste en peligro la vida del Señor Wyry al hacerlo, nos pusiste en peligro a todos nosotros, y no has sido castigada por ello. Así que tengo que admitir, que eso me enoja.

—No sabes de lo que estás hablando —espetó Pia, justo cuando su estómago se cerraba. Se frotó los ojos ardientes. Ella se había sentido atrapada en el momento, ¿pero podía haber hecho algo diferente para evitar lo que había sucedido? Se sentía fuera de equilibrio, estúpida y completamente confundida.

—¿Qué no sé... que puedes ser o no la consorte de Dragos? —dijo Aryal—. Bueno, pastelito, ese es el problema irresoluble y porque no puedo matarte.

Las manos de Pia se apretaron. Ella dijo entre dientes:

—No, no puedes, ¿verdad? —Ella tiró el puño con tal velocidad que superó la guardia de la arpía. Golpeó a Aryal en el hombro tan duro que la centinela se tambaleó hacia atrás—. No tengo que gustarte o aprobarme. No tienes que estar de acuerdo con las decisiones de Dragos. Tienes que hacer lo que te dicen. ¿Te dijo que me llevaras de vuelta a la Torre?

Aryal la fulminó con la mirada y guardó silencio.

—No, yo no lo creía. Así que deja de entrometerte de una puta vez. No vas a intimidarme o cuestionarme y exigir respuestas, como si fuera una especie de soldado de infantería bajo tu mando porque no lo soy y nunca lo seré. —Ella se adelantó hasta que estuvo cara a cara con la centinela, su cuerpo tenso en combate—. Y Graydon es quien consigue llamarme pastelito... tú no. No te lo has ganado. Ahora voy a hacer lo que vine a hacer aquí. Vas a hacer tu trabajo o Dragos va a querer saber por qué no lo hiciste.

La sorpresa estalló en la tormentosa mirada de Aryal, seguida por una expresión reflexiva.

Pia no esperó a ver más. Se dio la vuelta y atravesó las puertas de la clínica.

Media docena de personas estaban sentadas en la sala de espera. Unos cuantos estaban observando *All My Children* en una TV colocada a gran altura en una pared. Ella fue a la ventanilla de la recepcionista. Una enfermera que reconoció le dio una sonrisa maquinal.

—Buenas tardes. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Me llamo Pia Giovanni. Tengo que ver a un médico o una enfermera comunitaria —dijo Pia, manteniendo la voz tranquila, para que los demás no pudieran oírla. Su cara y los músculos del cuello le dolían por la tensión. Se retorció las manos juntas—. La doctora Medina me conoce. Lo siento. No tengo una cita. Yo... —Sus ojos brillaron—. Me temo que podría ser una emergencia.

—Oh, querida —dijo la enfermera con rápida compasión. Ella le entregó un *kleannex* a Pia y le indicó que atravesara las puertas y entrara en una alcoba con un lavabo, una silla y una báscula—. Está bien, ¿qué pasa? ¿Seguro de que deberías estar aquí y no en urgencias?

—No lo sé. Hoy ha estado pasando mucho —tragó—. Soy una Wyr mestiza, así que tengo un *DIU*. Ya sabes, el de cobre, no el de las hormonas, porque no soy del todo humana. Y estoy en esta nueva relación con un Wyr completo, y me las arreglé para cambiar la última noche...

—¡Felicitaciones! —ofreció la enfermera con una amplia sonrisa. *RACHEL*, decía su etiqueta de identificación.

—Gracias. —Ella trató de sonreír al recordar lo feliz que había sido—. Pero de repente me he enfermado en los últimos días. Fue realmente malo esta mañana, y Estoy casi segura que de algún modo me quedé embarazada. Puedo sentirlo ahora que he cambiado. Y el *DIU* todavía está en su sitio. —Se concentró en la enfermera, su expresión intensa—. Estoy en shock. No puedo pensar con claridad, pero sí sé una cosa. No quiero perder a este bebé.

La enfermera puso la mano sobre el abdomen de Pia, su mirada yendo hacia el interior. Pia se quedó inmóvil. Ella sintió el cosquilleo de la magia mientras la enfermera la escaneaba.

—Oh vaya, tienes razón, estás embarazada —dijo la enfermera, sus ojos se iluminaron—. ¡Qué dulce y fuerte pequeña chispa!

—¿El cambio de anoche lo lastimó? —preguntó ella.

—¡No! Oh no, el cambio es lo más natural en el mundo. Tus náuseas suenan un poco diferente, sin embargo. Y con el dispositivo intrauterino, hiciste lo correcto al venir. Vamos a ver a una enfermera comunitaria o un médico. Simplemente sigue

adelante y toma asiento allí, y sacaré tus registros. De hecho, voy a ver si puedo agarrar...

Murmurando para sí misma, la enfermera se fue corriendo. Pia se desplomó en la silla y puso su cabeza entre las manos. Gracias a Dios Dragos había dejado de rugir en su cabeza, porque de lo contrario pensaba que podría girar en el aire y volar en pedazos. Pensaba que su silencio era inquietante, pero no le importaba, siempre y cuando se oyera pensar a sí misma sólo por un maldito corto tiempo.

Se sentía temblorosa y al borde de las náuseas otra vez. Puso la mano en el abdomen. *Quédate ahí, cacahuete.*

La suerte continuó fluyendo en su camino, como la doctora Medina se estaba preparando para irse de vacaciones acababa de ver al último de los pacientes que había tenido programado para el día. Pia estaba familiarizada con la Dra. Medina y confortada por la familiaridad. Ella era una dinámica, Wyr canina de cabellos grises con una actitud sensata y un sentido del humor que Pia encontraba calmante.

Después de un examen rápido y un pulso de *Poder*, la doctora quitó el *DIU* y le sonrió abiertamente.

—Buenas noticias. Tú, querida mia, estás en excelente forma y no es un ectópico, que es uno de los mayores riesgos cuando el embarazo se produce con un *DIU*. Ese bebé está exactamente donde debe estar, bien acurrucado adentro y apretado en tu útero y no en las trompas de Falopio o cualquier otra parte. Me alegro de que vinieras tan pronto sin embargo. Las mujeres que postergan esto por mucho tiempo tienen un alto riesgo de aborto involuntario u otras complicaciones serias. Ahora cuéntame sobre estas náuseas que has estado experimentando.

Pia se hundió con alivio. Ella describió los últimos días.

—No he sentido la tentación de poner la carne en mi boca —dijo con un estremecimiento—. Pero olía tan bien. Y eso es tan malo.

La médico la miró sobre las gafas de lectura.

—¿Estás por casualidad con un depredador?

—¿Sí? —Ella no quería decirlo como una pregunta. ¿Verdad?

—Bueno, eso es tu problema. —La doctora se recostó y le sonrió—. La mezcla depredador/herbívoro es mucho más inusual que las parejas homogéneas, aunque ocurren, por supuesto, ya que Wyr es mucho más que sólo nuestra naturaleza animal. No voy a mentirte. Estás en un viaje lleno de baches mientras dure, y a veces puede parecer como que tus instintos se han vuelto locos.

—¿Será un embarazo de alto riesgo? —Su mano fue a su abdomen otra vez.

—Yo no diría eso. No hay ninguna razón para ir allí ahora mismo. Piensa en proteínas y calcio. Si no puedes obligarte a ser omnívora por la duración del embarazo, tendrás que abastecerte de bebidas proteínicas. La soja es buena. El suero de leche es mejor. Junto con las vitaminas prenatales, voy a recetarte un encanto contra las náuseas que debe ayudar. No va a bloquear el dolor, claro está. El dolor es demasiado importante como mensajero. Pero te ayudará a mantener la comida. Mantenlo contigo en todas partes salvo en la ducha. Pierde su eficacia si se moja demasiado a menudo.

—Muchas gracias, sobre todo por verme antes de irse de vacaciones —respondió ella sintiéndolo con todo su corazón. La médico escribió en un recetario y le entregó una receta. Ella dijo—: Una última pregunta, si no le importa.

—Claro, adelante, siempre y cuando no lleve demasiado tiempo. Tengo un vuelo a *Cancún* esta noche y un consorte que no va a estar feliz conmigo si lo pierdo.

Ella vaciló, sin saber cómo expresar el asunto, y le dio un tirón al borde de su bata de examen.

—El embarazo es un verdadero shock. Quiero decir que tenía el *DIU*, así que pensé que debería haberlo impedido, ¿verdad? Ni siquiera ha surgido como tema de conversación con mi... pareja. Empecé a sentir náuseas antes del cambio de esta mañana, así que ya debía de haber estado embarazada. Entonces tuvo que haber sido el padre quien... ¿cambió las cosas?

Los ojos de la doctora eran astutos y amables.

—No hay un solo control de la natalidad que sea cien por cien infalible, ya sea para Wyr o humanos. Sí, en igualdad de condiciones, el *DIU* es un método anticonceptivo muy eficaz, en su mayor parte. Y sí, los Wyr pueden controlar su ciclo de reproducción. En su mayor parte. Pero también he conocido Wyr que pierden el control durante los primeros días del frenesí de emparejamiento. Solamente ustedes dos pueden decir si sí es o no es sólo tu amante o tu consorte. Si fuera tú, sin embargo, pensaría en tratar con mano suave a tu pareja en este caso, si es tu consorte. ¿Eso ayuda?

Su garganta se movió. Ella tuvo que tragar saliva antes de poder responder.

—Sí. Ayuda mucho. Dra. Medina, muchas gracias.

—Es un placer. Me encantan los bebés. Debería haber sido obstetra. —La doctora cerró su expediente y se enderezó, pero se detuvo antes de salir. Ella miró a Pia con curiosidad—. Por cierto, nunca me dijiste en qué cambiaste.

Atrapada con la guardia baja, ella tartamudeó:

—Oh, un... un mono tití.

—Extraño —murmuro la doctora, dándole una mirada interrogativa—. Yo no había clasificado a los monos tití como herbívoros. ¿Y tu consorte?

—Él es... no lo es.

La doctora entrecerró los ojos en Pia.

—¿Me lo dirás, verdad, si se vuelve médicamente pertinente?

—Sí, por supuesto —dijo con una tímida sonrisa—. Lo prometo.

La doctora la señaló.

—Tomate tus vitaminas. Te veré el próximo mes.

Se puso la ropa, mareada de tanto alivio como hambre. Podría comerse un caballo si no fuera de alguna manera caníbal. Se agachó y ató los cordones.

Embarazada. Emparejada. Voy a tener a un bebé dragón.

No, eso no llegó hasta el fondo. Vamos a decirlo de nuevo.

Voy a tener a un bebé dragón.

Se enderezó mientras estrellas negras bailaban delante de sus ojos. Tal vez realmente iba a girar en el aire y volar en pedazos de todos modos, con o sin la ayuda de Dragos. Había tantas cosas en su interior, pensamientos aleatorios y sentimientos estaban surgiendo, como fuegos artificiales en el Cuatro de Julio.

El pánico a la posibilidad de perder el embarazo se había retirado, para ser reemplazado por el pánico de estar embarazada. Se sentía aliviada, no sólo de que el embarazo fuera viable sino, aún más, que todas las pruebas dijeran que Dragos no la había atrapado intencionalmente en él. Parecía que le debía una gran disculpa.

¡Pero de todos los momentos para que esto sucediera! Hacía sólo, literalmente, horas, decidió quedarse con Dragos. Luego estaba la guerra con Urien, que no había hecho más que empezar. Y quien sabía cómo iba a reaccionar Dragos cuando se enterara de la noticia. Podría girar en el aire y volar en pedazos también.

Ella apretó la mano sobre su abdomen. *Oh, cacahuete, siempre tuve la furtiva esperanza de poder tener un hijo algún día, pero tengo que decirte, que este momento es horrible.*

Se encontró con un inesperado inconveniente cuando empezó a salir. A la salida, la enfermera de recepción le preguntó:

—¿Todavía el mismo seguro y copago?

Mismo seguro. El de *Elfie's*. Y con treinta y tres dólares en su bolsillo y ninguna chequera. Se pellizcó el puente de la nariz. Ofreciéndole una disculpa mental a todos los interesados con la promesa de pagar la cuenta de verdad, ella mintió:

—Sí, gracias.

Ella soltó veinticinco dólares de copago, negó con un gesto la oferta de un recibo y trató de no lanzar miradas furtivas sobre cualquiera mientras continuaba su diálogo interno con el cacahuete. *¿Y si odia la idea del embarazo? ¿Y si no te quiere? Tiene que quererte, es todo que hay que hacer. De todos modos, yo te quiero. No sé lo que voy a hacer contigo. Sólo una cosa más que voy a tener que averiguar, junto con la forma de vivir con el resto de los alocados cambios sucediendo en mi vida.*

El asunto estaba concluido, ella caminó a través del vestíbulo hacia la puerta clínica donde hizo una pausa. No pensó que tuviera la virtud de alcanzar a Dragos telepáticamente, pero decidió hacer la prueba de cualquier manera. *¿Dragos?*

Su respuesta fue inmediata y, gracias a Dios, tranquila. *Sí.*

Ya terminé. Me dirijo a casa, le dijo. *Tengo algunas noticias y te debo una gran disculpa.*

Podemos hablar de lo que sea más tarde, dijo. *¿Dónde estás? Iré a buscarte.*

¿No lo sabes? Estaba segura que Bayne o Aryal se lo habrían dicho a estas alturas. Empujó la puerta de cristales, entrecerrando los ojos a la brillante luz del sol. *¿Dónde estaba la arpía?* Se cubrió los ojos mientras miraba a su alrededor. *Oye, fui a mi doctora...*

Pisó algo y desplazó el pie, mientras miraba hacia abajo. Ella había pisado... ¿era un dardo?

Un dolor repentino le pinchó el cuello. Se apartó del dolor y vio otra caída de dardos a la acera. El entumecimiento se extendió a través de su cuerpo a una velocidad increíble. El mundo se volvió hacia los lados y la acera se estrelló contra ella.

Bayne. Aryal. Ella intentó llamarlos, pero su boca no estaba funcionando.

Alguien estaba gritando en otra parte de su cabeza, pero no podía conectarse con él o comprender lo que estaban diciendo.

Tres personas caminaron en la vista y clavaron la mirada en ella. Dos eran Hadas Oscuras varones con largos ojos inclinados, pómulos salientes, orejas puntiagudas y pelo oscuro.

Una era una mujer hispana, con una regia belleza y unos ojos que se conectaron a los de ella con un chasquido de *Poder*. La bruja Adela, del Caldero.

—Oh, eres tú. Otra vez. —La boca de Adela se frunció y ella suspiró—. Eso es lo que me temía.

Tú estúpida perra, intentó decir. Voy a patearte el culo.

Si Dragos no llega a ti primero...

Todo se alejó flotando.

Capítulo 18

Traducido por Shellene

Corregido por masi

*U*na voz mefistofélica tronó en su cabeza. Esta gritaba su *Nombre*.
Usa tu Poder, maldición. Puedo sentir que estás ahí. Esfuérzate, exigió la voz imperiosa. *DESPIERTA DE UNA PUTA VEZ.*

Todo giraba a su alrededor. Apestaba a aceite y tubo de escape. Yacía sobre algo duro que vibraba, su mejilla presionada contra una áspera alfombra. Se sentía mareada, enferma. Respiraba en jadeos superficiales.

Alguien estaba haciendo un débil sonido lloriqueante. Oh, era ella. *Cállate, estúpida.*

Luchó para hacer lo que exigía la voz y llegar muy adentro. Su instructor le había dicho que alcanzara su *chi*, su flujo de energía, la sede de su respiración.

Por un terrible momento estuvo desorientada y a la deriva en la oscuridad. Luego se conectó. El *Poder* fluyó desde la base de su columna e inundó su cuerpo. No disipó todos los efectos de la droga, pero ayudó a aclararle la cabeza un poco.

Estaba atada con los brazos detrás de ella, amordazada y en el maletero de un coche que circulaba a gran velocidad. Ella se inclinó. Al parecer, en realidad no llovía sino que diluviaba.

Contéstame ahora, ordenó Dragos.

Teniendo una semana infernal, logró articular. Su voz mental fue filiforme y carecía de control, pero él la escuchó.

Esa es mi chica. El trueno había desaparecido reemplazado por desesperado alivio. *Habla conmigo. ¿Estás herida?*

No, algún tipo de droga. Luchó por encontrar palabras que tuvieran sentido. *Atada. En el maletero de un coche. Viajamos rápido.*

Está bien. Permanece tranquila, dijo Dragos.

Bayne y Aryal. Trató de encontrar la manera de articular sus nombres en una pregunta.

Los encontramos fuera de la clínica. Ellos también fueron drogados. Están bien, se lo están sacando de encima. Dragos sonaba compuesto de nuevo. Finalmente, conseguimos a alguien que puede lanzar un hechizo de rastreo. Voy a ser capaz de seguirte en un momento. ¿Cómo estás atada? ¿Puedes soltarte?

La náusea acechaba. Ella apretó los puños abajo en eso duro. Ella no podría permitirse el lujo de vomitar con el gag en su boca. Ella se dobló hacia atrás en un arco así es que ella podría sentir lo largo de sus piernas más abajo con las manos que tenían picazón y comenzaban a entumecerse.

Son esas ligaduras de plástico. Sin cerrojos. No puedo quitármelas.

Está bien, dijo otra vez. No te preocupes por eso.

Tenía cosas importantes que decirle. ¿Qué era lo que se habían dicho? ¿Por cuánto tiempo iba a ser capaz de hablar con ella? Graydon había dicho algo acerca de su rango telepático siendo más de ciento sesenta kilómetros. No tenía idea de cuánto tiempo había estado inconsciente o lo lejos que estaban el uno del otro.

Ella dijo: *Tengo que decirte algo por si perdemos el contacto.*

No vamos a perder el contacto, la espetó. Eso es todo. Tengo un hechizo de seguimiento en tu trenza. Estoy de camino.

Ella mantuvo la respiración profunda y regular. Parecía que la ayudaba a mantener el estómago asentado aunque los humos le daban ganas de vomitar. Intentó pensar. ¿Era eso que sentía en la distancia, magia terrestre?

¿El hechizo rastreador todavía surtirá efecto si atravesamos para una Otra tierra?

Él dijo: *No voy a dejarte llegar tan lejos.*

Él no le dijo que el hechizo iba a funcionar. Ella tenía la sensación de que significaba que no lo haría.

Ella dijo: *Son dos Hadas Oscuras. Están trabajando con una bruja del Distrito Mágico.*

Su voz se volvió inquietante: *Descríbela.*

Es morena, humana, su nombre es Adela. Posee la tienda Divinus. No puedo recordar el apellido. Hizo un esfuerzo para pensar.

No te preocupes. No importa, dijo. ¿Puedes describir a las Hadas Oscuras para mí?

Ella hizo todo lo posible, pero sólo había tenido un breve vistazo de ellos antes de caer inconsciente. *Lo siento.*

Él se volvió cortés. *Nada de eso importa ahora mismo. Vamos sólo a concentrarnos en recuperarte.*

Su sensación de magia terrestre se hizo más fuerte. *Uh-oh. Pero tengo que decirte algo. Estoy embarazada.*

Su rugido llenó su cabeza. *¡QUÉ!*

Ella habló con mayor rapidez. *Nunca tuve control sobre eso así que tenía un DIU implantado. Cuando me di cuenta de lo que estaba pasando esta mañana, estaba tan asustada de sufrir un aborto, que lo único en que podía pensar era que tenía que llegar al médico rápidamente y retirar el DIU. Y estaba tan condenadamente enfadada contigo. Creía que lo habías hecho a propósito.*

Pia. Dios mío.

Soñé con él esta mañana. Creo que era real. Era un dragón blanco, el niño más hermoso que he visto nunca. Entraron en una amplia curva, aceleraron por un breve momento, luego desaceleraron en otro giro. Le dijo con forzada calma: Estamos dejando una carretera y aminorando la velocidad. Puedo sentir magia terrestre cerca.

Rápido, dijo. Su voz sonaba más agitada que nunca antes. El maletero del coche tiene una cerradura. Trata de levantarla, y dime lo que ves.

Si sus manos estuvieran libres o atadas delante de ella podría simplemente saltar el pestillo de la cerradura del maletero desde el interior. Luchó para conseguir colocar sus rodillas debajo de ella y empujar el maletero con el hombro. El pestillo cedió justo cuando se detuvieron.

¿Por qué demonios no? Empujó el maletero abierto más amplio para poder escabullirse y cayó en el pavimento con un golpe doloroso. Contempló el frontal de una camioneta *Dodge Ram* viniendo directamente hacia ella. La camioneta frenó a unos centímetros de su cara. El coche en el que había estado se alejó de la parada y giró a la izquierda.

—¡Eh! —gritó un hombre desde la camioneta.

Cállate, estúpido, cállate.

Una puerta de la camioneta se estrelló.

Ella se sentaba cuando un hombre de mediana edad apareció. Se arrodilló junto a ella, su rostro lleno de sorpresa e indignación.

—¿Qué demonios? —dijo—. Oh, dulce Jesús, ¿Señora, ha sido secuestrada?

¿Te parece?

A metros de distancia, las luces de freno del coche se mostraron. Ella le gritó al hombre contra la mordaza.

—Aguanta, cariño. Vas a estar bien ahora. —El hombre trabajaba de conseguir soltar la mordaza.

Me escabullí en una parada, le dijo a Dragos. Se dieron cuenta. Están en un Lexus gris y están dando la vuelta. Estoy viendo señales hacia... Autopista 17 y... la avenida Averill o carretera estatal 32. Hay un cartel del parque estatal. No puedo ver el nombre. Son los mismos dos hombres, ninguna bruja.

Sé dónde estás, dijo con satisfacción. Bien hecho.

El hombre le soltó la mordaza y se la puso sobre la cabeza justo cuando el *Lexus* se detuvo. Ella gritó al hombre:

—¡Corre!

Las dos Hadas salieron, viéndose enojados. Ellos estaban armados.

No, no está bien hecho. Cometí un gran error. Oh Dios, oh Dios, oh Dios.

Dragos estaba tratando de hablar con ella, pero ella no podía callar, no podía correr, no podía hacer nada más que mirar con horror cómo el hombre se levantaba y se volvía. Un Hada levantó su arma y le disparó.

Ella sollozó: *creo que acabo de matar a alguien.*

Entonces la otra Hada levantó su arma y le disparó. Ella bajó la mirada hacia el dolor en el pecho. Otro dardo atrapado en su camiseta.

Todo quedándose negro.

El dragón rugió de dolor mientras se precipitaba hacia el Norte con cada gramo de su fuerza y velocidad. Le seguían todos sus centinelas, excepto uno que se había quedado atrás para tratar con la bruja.

Estaba demasiado lejos, demasiado lejos, y ahora ella se había ido de nuevo.

Sus enemigos habían agarrado a su consorte. Su hijo.

Ella tenía que estar viva.

Cualquier otra cosa era inaceptable.

Un ardiente *Poder* frío la despertó con brusquedad. Tosió y rodó hacia su lado. La mordaza había desaparecido y así también las restricciones de los tobillos y las muñecas. Sus brazos y piernas llenos de punzadas del dolor mientras su circulación regresaba.

Estaba tumbada en el suelo. Tocó la dura madera pulida. En el interior entonces.

—Esa es nuestra ladrona —dijo una culta voz masculina sobre su cabeza—. Es hora de levantarse y brillar.

Inhumano. Hada. Sabía quién era. Lástima que su cabeza todavía estuviera unida a su cuerpo. Había tenido la esperanza de que lo encontraría del otro modo.

—Soy dormida, soy despertada. Luego soy dormida y ahora soy despertada otra vez —dijo con voz ronca—. Decídete ya.

El hombre se echó a reír.

—Bueno, no has sido aburrida, lo admito, pero has sido una zorra resbaladiza para agarrarte. Y al parecer para aferrarte a Cuelebre.

Sí, *bueno, no hablemos de eso*. Ella miró las elegantes botas negras cerca de su cabeza. Perteneían a las piernas que subían más de lo que podía enfocar por el momento.

—¿Puedo tener un poco de agua?

—Claro, por qué no.

Él le echó agua fría en la cara. Ella estaba demasiado agotada para reaccionar mucho con excepción de jadear.

—Muy bien —dijo después de un momento—. ¿Puedo tener un poco de agua para beber ahora, por favor, Alteza?

Se rió de nuevo.

—No eres aburrida ni estúpida. Eso es mucho mejor que tu novio, que me aburrió y fue estúpido. Para ser honesto, no sé lo que viste en él.

—Ex. Ex-novio —dijo—. Juro por Dios, nunca voy a superarlo.

Finalmente sintió como si sus piernas pudieran funcionar. Se incorporó a una posición sentada. Estaba en una gran sala que tenía un ambiente medieval. Había una gran chimenea de piedra y un grupo cercano de sillas, una larga mesa de madera con bancos, los apliques de luz le daban a la escena una iluminación vacilante que encontró extraña, y un alto techo de vigas.

También había guardias Hadas a largo de las ventanas trenzadas en metal. Los dos que la habían capturado estaban apostados en las grandes puertas dobles.

Una vez más no tenía ni idea de cuánto tiempo había estado inconsciente, o dónde estaba. Ella esperaba que los medicamentos no hubieran lastimado al cacahuete. Su mano se deslizó a su abdomen. Realizó una exploración encubierta. Suspiró de alivio cuando encontró la pequeña vida brillante en su interior. *Ahí estás. Parece que estamos solos tú y yo, cacahuete. Por el momento, de todos modos.*

El Rey Hada se agachó junto a ella. Le entregó una copa. Tomó un sorbo cauteloso. Agua fría, clara y nítida. Se tragó el contenido.

Entonces miró al asesino de Keith. Hacía unas semanas no sabía que había tanta gente en el mundo para odiar. Urien. La bruja Adela. Los dos hombres Hadas Oscuras en la puerta que habían matado a un ser humano inocente, sin ni siquiera un pestañeo de ojos. Su lista de venganza se hacía cada vez más y más larga.

Las pocas Hadas a las que había echado un vistazo iban desde los que tenían una cualidad traviesa, como Tricks, hasta aquellos que tenían una extraña belleza severa, como Urien. Era una lástima que fuera un monstruo. Con su delgada constitución flexible, los pómulos altos, la piel blanca y el cabello negro azabache, debería haber sido uno de los milagros de la naturaleza.

—Este es uno de mis refugios de campo —le dijo, después de haber notado su curiosidad—. No hay plena Corte presente, sólo yo y mis hombres. Y ahora tú, por supuesto —hizo un gesto a la copa—. ¿Más?

—Sí, gracias. —Ella se la entregó y se puso en pie mientras él la rellenaba de una jarra de plata en la mesa. También se bebió esa copa de un trago.

—Toma toda la que quieras. El sedante puede dejar a uno con una gran sed, o eso me han dicho —dijo Urien—. Sospeché que despertarías sedienta ya que tuviste dos dosis consecutivas. Eso sorprendió bastante a mis hombres, ya que una dosis debería haber sido suficiente para el viaje.

—Siempre he tenido un metabolismo alto —dijo. Llenó la copa una vez más y la vació. La hidratación marcaba la diferencia en el mundo. Las cosas dejaron de girar en el borde de su visión y se sintió más fuerte—. ¿La anestesia local en el dentista? Olvídalo. No actúa hasta que bombean lo suficiente en mí para dormir a un elefante.

—Entiendo. —El Rey Hada se paseó hasta una de las sillas de respaldo alto, cerca de la chimenea y se sentó. Hizo un gesto hacia la silla frente a él con una sonrisa—. Por favor, únete a mí. Tenemos mucho de qué hablar, tú y yo.

Lo peor que puedes hacer con un depredador es demostrarle tu miedo y huir. Ella sospechaba que tratar con el Rey Hada era una experiencia similar. Tomó la silla que él indicó, se reclinó y cruzó las piernas.

Urien la miró a través de los dedos juntos, a continuación, agarró el vaso de vino en la mesa junto a la silla y tomó un sorbo.

—Qué sorpresa y misterio has sido, señorita Giovanni.

—No fue intencional —dijo—. Bueno, tal vez la parte del misterio lo fue, pero se suponía que eso se quedaba sin resolver.

Él le dirigió una sonrisa que no llegó a sus ojos negros y fríos.

—Sabía que me gustarías en el momento en que recibí ese penique. Ahora eso me hace reír. —Sus ojos se aguzaron—. Hay algo en ti...

Todos estos estúpidos viejos. ¿Habían todos y cada uno de ellos conocido, oído, hablado, u olido a su madre en la distancia? *Bonita manera de ser discreta. Muchas gracias, mamá.*

Ella pellizcó la nariz y suspiró.

—Sí, me parezco a *Greta Garbo*. Consigo mucho de eso.

—¿De verdad, y esta *Greta Garbo* quién es?

Ella lo miró por encima de su mano.

—Una vieja estrella de cine.

—No sigo tales novedosos pasatiempos humanos. —Él rechazó el tema con un movimiento de sus dedos—. El mindundi ese no dejaba de molestar a mis hombres, así que cuando me enteré de sus absurdas afirmaciones acerca de su novia, pensé, echemos una especie de encanto de búsqueda ahí fuera a ver qué pasa. Ya sabes, sólo para probar un prototipo de una cosita que he estado preparando en mi tiempo libre. Imagínate mi sorpresa cuando todo lo que afirmó se hizo realidad. Luego imagina mi sorpresa cuando no dijo una palabra acerca de ti. —Se inclinó hacia delante—. Ni después de haber sido castrado, ni después de haber sido destripado, ni después de haber sido cegado. No pensé que el chico tuviera ese tipo de lealtad. Creía que te entregaría en los primeros diez minutos.

Se tapó la boca, luchando duramente por no mostrar ninguna emoción. Después de un momento, tuvo el suficiente control para decir:

—No podía decir nada. Le hice un juramento vinculante.

Urien chasqueó los dedos.

—Eso lo explica. Un misterio resuelto. Así que dime qué aspecto tenía el tesoro del dragón. ¿Era tan magnífico como la leyenda dice? —Su expresión se había vuelto avariciosa.

—Para ser honesta, estaba demasiado asustada para mirar alrededor. —Ella cerró los ojos, recordando el terror. Parecía que hacía mucho tiempo de eso—. Por lo que sabía que él iba a aparecer en cualquier momento. Entré, encontré un tarro de monedas en la entrada, agarre la moneda y salí corriendo. Podría haber agarrado algo más, pero estaba tan malditamente enojada con Keith que no iba a darle la satisfacción de entregarle algo con un valor real. Y esperaba que si me llevaba sólo el penique, sólo tal vez Cuelebre no podría matarme si alguna vez me atrapaba.

—Lo cual es una introducción a nuestro siguiente gran misterio —dijo Urien. Ladeó la cabeza, estudiándola como si fuera un bicho bajo un microscopio—. ¿Por qué no te ha matado Cuelebre todavía?

Ella entrelazó sus manos delante de su estómago. *Resiste, cacahuete. Si alguien tiene la capacidad de detectar mentiras, es él. Aquí viene un complicado zapateado.*

—Tendrías que preguntarle —dijo. Ella abrió mucho los ojos—. Porque tengo que decirte, que ha sido toda una monumental sorpresa para mí.

Sus ojos se estrecharon, sin pestañear. Ella sintió que su frío *Poder* flotaba a través de su piel y luchó por no tener miedo.

—¿Cómo escapaste de los Trasgos?

Ella sacudió la cabeza.

—Una vez más, tendrías que preguntarle a él. Yo estaba encerrada en mi celda, cuando vino por mí. Tomar la moneda no ayudó ni un poco. Él estaba lleno de una rabia infernal cuando me atrapó, y tienes que saber que no es del tipo misericordioso. Estaba decidido a ser quien me juzgara, nadie más. —Entonces, algo se le ocurrió—. Sabes, nunca pensé en esto antes, pero él tampoco habría querido que escapara con vida porque conozco donde está su guarida.

Las cejas del Rey de las Hadas se alzaron.

—Muy cierto.

—No es que importe ya —ella agregó.

—¿Qué quieres decir?

Ella se encogió de hombros.

—Uno de mis guardias, dijo que Cuelebre decidió trasladar su tesoro. Supongo que ahora que la ubicación ha sido comprometida... —Ella dejó que su voz se fuera apagando.

Él se encogió de hombros también.

—Supongo que era de esperar. Es una pena. Lo ha resguardado tanto de mí. Me hubiera gustado haber robado más de él. Tal vez te haré que tomes algo de la nueva ubicación. —Él hizo un gesto con la larga y blanca mano—. Pero esa es una conversación para otro momento. Lo que quiero saber es cómo lo hiciste.

Su *Poder* la rodeó y la apretó con más fuerza, una boa constrictor invisible enrollada alrededor de su cuerpo. Se le puso la carne de gallina por toda su piel. Se mordió los labios para evitar que sus dientes rechinaran. Su mente se aceleró, trabajando para encontrar y eliminar cualquier laguna en su historia antes de que las dijera.

—¿Sabes cómo son los monos tití, pequeños raros y rápidos? —preguntó.

—Los titíes —dijo.

—¿No te dijeron Keith o alguien a estas alturas que soy una híbrida Wyr?

—Alguien lo mencionó, sí —contestó lentamente.

—Bueno, soy rara y rápida. Y tengo un don para conseguir atravesar las cerraduras —levantó sus dedos y los meneó. *Da a entender, insinúa, no afirmes. Cuidado ahora*—.

Así fue como planeaba escaparme... ¿hoy? Antes, de todos modos. Mis guardias no saben qué puedo hacerlo. Los iba a engañar para que miraran hacia otro lado, entonces salir de la zona cerrada donde me habían estado manteniendo.

Él le dirigió una sonrisa encantadora y la escalofriante compresión se alivió un poco.

—Impresionante. Así que, querida, no sólo has humillado a Cuelebre robándole su tesoro, sino que también tienes la capacidad de escapar de su Torre. Sabía que valdría la pena rastrearlo.

Que afortunado para nosotros, cacahuete.

—Esto me lleva a nuestro último pequeño misterio —dijo Urien—. ¿Qué pasó entre tú y Cuelebre en ese valle? Ustedes dos parecían realmente un equipo. Algo ocurrió, una especie de descarga eléctrica, y él fue capaz de cambiar. Nos habían asegurado que no podría tan pronto.

Un hilo de sudor frío se deslizó entre sus pechos. En pocas palabras acababa de confirmar que había un cómplice Elfo. Cerró los ojos y se frotó las sienes. Estaba empezando a sentirse agotada y le temblaban las manos.

—¿Sabías que los Tragos me golpearon muy gravemente? —Su voz se agitó también—. Ellos estaban tratando de hacer perder los estribos a Cuelebre, lo que no sucedió de ninguna jodida manera, por supuesto, porque él observó todo con esa fría mirada de piedra en la cara.

Eh, no sabía que todavía estaba molesta sobre eso, lo cual era poderosamente irracional de su parte, ¿no? No era como si Dragos hubiera tenido otra opción. Esa cara de póker podía haber salvado su vida.

El Rey de las Hadas sorbió vino y la observó.

—Bueno, nos enfrentamos a una maldita llanura entera de esos Tragos apuestos. Yo habría hecho cualquier cosa para escapar. En *Nueva York*, al menos tenía alguna esperanza de sobrevivir si pudiera encontrar una oportunidad de escapar. Había un lugar blanco en su hombro donde los Elfos le habían disparado con su mierda mágica —hizo un gesto en sí misma—. Estaba justo aquí. Así que hice una apuesta

desesperada. Lo convencí para que me dejara lancearle la herida. Y al parecer estabas allí... ¿tenías que haber estado en el acantilado? Como dijiste, sentiste su aumento de *Poder*. —Ella dejó el horror del recuerdo mostrarse en sus ojos—. Mató a todos lo que estaban en la llanura, excepto a mí.

El silencio llenó la sala. Buscó la cara de Urien, que estaba calmada y sin expresión. *¿Crees que se lo tragó, cacahuete? No puede saberlo. Quizás sí, quizás no. Nunca jugar al póker con este canalla.*

¿Pero no era lo ocurrido aún más extravagante? Todo le había sucedido a ella, e incluso a ella le costaba creerlo.

Sentía la misma desorientación que siempre sentía después de que ella y Dragos se hubieran separado por un tiempo. Se dijo con fiereza, *él está viniendo tras de mí. Me dijo que lo estaba. Somos consortes, tal vez. Probablemente. O ahora, de acuerdo con Graydon, yo soy su tesoro. Lo cual no tiene sentido. De todos modos estoy embarazada de su hijo. Puede que no nos ame, pero eso tiene que importarle. ¿No?*

—Entiendo —dijo el Rey Hada al fin. Él se terminó el vino y dejó el vaso a un lado—. Bueno, has tenido toda una aventura durante estos últimos días, ¿no?

—Mira —dijo. Se sentía tan vacía que dolía, y los bordes de la habitación estaban muy lejos—. ¿Soy una invitada o una prisionera? Se me va a torturar por alguna extraña razón que no entiendo, porque en caso de que no sea así, quiero que sepas que no he comido desde ayer y no me encuentro muy bien ahora mismo.

El Rey Hada hizo una mueca y chasqueó la lengua.

—Cuelebre no se ocupó de ti para nada, ¿verdad? Querida mía, ¿por qué en el mundo tendría alguna razón para torturarte?

—No lo sé. —Ella alzó las manos y las dejó caer en su regazo—. Han sido unos días infernales durante un par de semanas —dijo. No había ninguna razón para ocultar el cansancio en su voz exasperada por lo que no lo intentó—. Y no entiendo la mitad de las cosas que me han sucedido, ni mucho menos por qué tendrían tus matones que drogarme en lugar de caminar hacia mí en la calle y presentarse.

—Ese —dijo el Rey Hada—, es un buen punto. Digamos que no estábamos seguros de cómo ibas a reaccionar y que no estábamos dispuestos a dejarte escapar de nuevo. Ya que, según todos los informes, estuviste sorprendentemente protectora con el Wyrm al hablar con los Elfos en *Carolina del Sur*.

Se quedó helada. No había visto venir eso. ¿Qué podrían haberle dicho? ¿Cómo debería responder?

Ella dijo mediante los labios entumecidos:

—Si ese enfrentamiento se hubiera intensificado más, dos heredades Antiguas podrían estar en guerra ahora mismo. Si eso ocurriera, un gran número de personas habrían resultado muertas. Claro, que le robé, pero no soy una asesina. Si tienes un informe de esa confrontación, entonces sabes que iba a llevarlo hasta la frontera de los Elfos y largarme, pero luego tuvimos algunos Trasgos en camiones chocando contra nosotros. Y de alguna manera ese acontecimiento conduce de nuevo a ti, ¿no?

Él le dio una sonrisa socarrona.

—Bueno, verás, un día de estos voy a tener éxito finalmente en matar a Cuelebre. Solo te pusiste en el camino. Lamentable, pero todo eso es parte del pasado. —Él movió una mano—. Creo que debemos considerarte más como una empleada reclutada, en lugar de una invitada o una prisionera. Puedo ver un montón de usos para ti. Tanta gente tiene tantas cosas que quiero.

—No sabía que se trataba de una entrevista de trabajo, o me habría puesto un traje —dijo ella, la furia haciéndola temeraria. *Wow, pisa el freno, potrilla. No está torturándote. Recuerda, que eso es una buena cosa.*

Echó hacia atrás la cabeza y se rió.

—Me gustas, Pia. Esto es muy simple: vas a hacer lo que te digo. Si lo haces tendrás, comparativamente hablando, una vida muy cómoda. ¿Si no lo haces? Oh, no te recomiendo es. En realidad no. —Se puso de pie—. La conversación ha terminado. Piran, Elulas, condúzcanla a su habitación y asegúrense de que no se pierda. Recuerden cachearla por cualquier cosa que pudiera usar para abrir una cerradura. Ah, y encuéntrénle algo de comer. La pobre tiene círculos púrpuras bajo los ojos. Se ve como si estuviera lista para desmayarse.

Sus secuestradores se acercaron. Sus propios *Cosa Uno* y *Cosa Dos* personales. Se levantó y se fue con ellos. ¿Qué otra cosa podía hacer?

La dejaron usar el baño en la planta baja. Se sintió aliviada al ver que la casa no era muy medieval. Por lo menos había agua corriente y un inodoro. Luego la llevaron por un tramo de escaleras y por un largo pasillo hasta una habitación vacía, sin nada en ella excepto una cama estrecha, dos mantas dobladas y una ventana con barrotes.

Entonces *Cosa Uno* la hizo un registro exasperantemente exhaustivo mientras *Cosa Dos* observaba. El hada palpó a lo largo de las costuras de su ropa, pasó las manos por el interior de sus piernas y apretó su ingle, sondeó entre y por debajo de sus pechos y la hizo quitarse los zapatos para poder inspeccionarlos.

Ella apretó los dientes y lo soportó. Fue capaz de mantener a raya su rabia sólo porque era obvio, por la lacónica expresión de aburrimiento del Hada, que el

registro no tenía connotaciones sexuales. No había manera de que pudiera haber colado una ganzúa delgada y plana con ella, si lo hubiera intentado.

La encerraron en la habitación. Ella extendió una manta sobre el colchón desnudo y se echó sobre ella, escuchando como las dos Hadas hablaban entre sí en su lenguaje que sonaba céltico. Un juego de pasos se alejó, con un poco de suerte para traerle algún tipo de sustento. Iba a tener que tragarse todo lo que le trajeran para poder estabilizarse y prepararse para los siguientes pasos, cualquiera cosa que fuera. Esperaba que no fuera carne.

Parecía como si en el exterior fuera de noche, gris y plomizo, con la promesa de lluvia, dejando a la habitación en la penumbra. Su mirada avanzó a través de las paredes desnudas mientras descansaba. *¿Dragos? intentó. ¿Estás ahí?*

Nada excepto un silencio amortiguado. *¿Qué significaba eso?* Con precaución expandió su conciencia. No podía sentir nada, ninguna magia terrestre, ni otros Hadas, más que el pesado y frío manto del *Poder* de Urien. *¿Era capaz de suprimir la magia en su entorno? Si era así, ese era un mecanismo muy útil de autodefensa.*

Sus cejas se levantaron mientras bajaba la mirada a sí misma. No estaba brillando. Él debía ser capaz de suprimir la magia, pero no de deshacer los hechizos ya existentes. Sea cual sea la especialidad, suponía que él podía sentir cualquier incremento cercano de *Poder*.

Repasó su historia otra vez. *Oye, cacahuete, me encontré bajo presión y la cagué.*

Pero la historia no se sostendría por mucho tiempo. Por un lado, no sabía el grado de conocimiento de Adele sobre ella o cómo de profundamente la bruja estaba involucrada con las Hadas Oscuras. Si ella sabía algo de la verdad, tarde o temprano, Pia tenía que asumir que se lo diría a Urien.

Y acerca de esa conexión con los Elfos. Ferion conocía su herencia real, había hablado con el Gran Señor y la Señora de los Elfos y había estado presente en la teleconferencia. *¿Se atrevía a esperar que el Elfo contacto de Urien no fuera Ferion? Él la había tratado con tanta calidez. ¿Significaba eso que no le había hablado de ella al Rey de las Hadas?*

Trató de recordar lo que había dicho en voz alta Ferion en *Playa Locura*, y lo que había dicho durante su conversación telepática privada. No pudo. Eso era preocupante. Pero al menos parecía lógico que no fuera Ferion la conexión Élfica de Urien.

Había demasiadas variables desconocidas, y entre ellas en particular estaba el hecho de que ella no tenía la capacidad de detectar las mentiras. Urien bien podría haber estado jugando con ella o mintiendo por sus propias razones. Así que lo único que se atrevía a esperar era haber conseguido un poco de tiempo.

Pasos se acercaban. Se incorporó cuando una llave ingresó en la cerradura. *Cosa Dos* dio un paso en el interior. Puso una bandeja en el suelo. Salió y cerró la puerta. Ella comprobó el contenido de la bandeja.

Media hogaza de un pan francamente oscuro, manzanas y más agua. Suficiente.

Cayó sobre la comida. El pan era tal vez de hacía un día, ya que estaba empezando a volverse rancio, pero aún era masticable, granulado y delicioso. Las manzanas eran una maravilla. Tenían una calidad que le hizo pensar que eran de Otra tierra, tal vez de este lugar. Se lo comió todo, se bebió la mitad del agua y sintió una oleada de energía inmediata. Mucho mejor.

¿Y ahora qué? Había dos maneras de salir de esta habitación. Empujó la bandeja contra la pared para no derramar lo último de su agua. Fue a inspeccionar la ventana.

Se quedó mirando, sin atreverse a creer su suerte. Los barrotes de la ventana estaban en la parte exterior del cristal. Eran dos simples rejillas verticales de metal con travesaños de apoyo en las partes, superior e inferior. Estaban con bisagras a ambos lados de la ventana y fijadas con un candado y envueltas en una cadena metálica alrededor de los extremos de las barras. Lo que parecían eran reemplazos para los postigos de la antigua ventana. Alguien había preparado este espacio para su llegada.

Ella abrió la ventana lo más silenciosamente que pudo y luego se detuvo a escuchar. Sus dos guardias Hada seguían hablando, tranquilos.

Urien podría ser capaz de suprimir la magia, pero su madre siempre había dicho que la magia frente a la intrínseca habilidad natural era una cosa difícil de definir, y en su demostración a Dragos no había sido capaz de sentirla hacer nada. Ella se apoderó de la cerradura y tiró. Se abrió.

Deslizó el candado y desenrolló la cadena. La sopesó, considerándola. Era agradable y sólida, más de un buen metro de longitud. Ella la dobló, envolviendo un extremo alrededor de su mano y la hizo girar para obtener la sensación de su peso.

No era una mala arma para alguien con pocas opciones. Dejó caer el candado en la cama, se bebió el resto del agua y abrió la rejilla metálica un par de centímetros, mientras trataba de mirar hacia el suelo alrededor de la casa.

Ya fuera Urien o quien se encargara de su seguridad era lo suficientemente inteligente como para mantener el área alrededor de la casa libre de arbustos. El paisaje no era muy atractivo, pero tampoco le daba a nadie un lugar para esconderse. Se apartó cuando un guardia rodeó la esquina y caminó por debajo. Su suerte sólo llegaba hasta aquí, parecía.

Observó por un rato, contando para calcular el tiempo y mantuvo un seguimiento de los guardias. El quinto guardia era el inicial, por lo que había cuatro guardias en el exterior, uno a cada lado, que patrullaban en círculo. Cuatro además de *Cosa Uno*, y *Cosa Dos*, los guardias interiores en las ventanas de la sala de reuniones y, sin duda algunos que no había visto. Tal vez Urien tenía un total de veinte hombres con él, un número razonable si quería moverse rápida y silenciosamente.

De la forma en que lo veía, tenía dos opciones: podía encerrarse y esperar el momento oportuno, lo que era arriesgado. O podía saltar por la ventana, liquidar a un guardia rápidamente y correr como si el demonio fuese tras ella. Muy arriesgado.

No tenía ninguna defensa u opciones si se quedaba. Estaría a merced del Rey de las Hadas y la historia que había tejido tenía su propia bomba de tiempo incorporada. Y no se atrevía a estar bajo cualquier escrutinio más cercano. No podía soportar la idea de lo que sucedería si él descubriera que estaba embarazada del hijo de Dragos.

Así que, en realidad, no tenía otra opción en absoluto.

Observó a los guardias rotar de nuevo. ¿Cuál se veía más soñoliento, más lento, más incompetente? *Maldita sea*, todos se veían bien.

Bueno, la muerte no era una opción. Ella luchaba por dos ahora.

—Espera, cacahuete —susurró, apoyando el pie en el alféizar de la ventana.

Mientras el guardia pasaba, ella abrió la reja de metal y saltó. El ruido sordo cuando golpeó el suelo hizo que el guardia levantara la ballesta, incluso mientras se volvía.

Él era rápido.

Ella era más rápida.

Ella giró y utilizó hasta la última gota de fuerza centrífuga que pudo reunir mientras arremetía contra él con la cadena. Supo por cómo le golpeó en la sien que estaba muerto cuando cayó al suelo.

No sintió nada, ni piedad, ni remordimientos, mientras miraba a su cuerpo inerte. Eh. Así que esto es como se siente un instinto asesino.

Muy bien.

Le quitó la ballesta y la evaluó detenidamente. Ya estaba cargada, un arco moderno compuesto, ligero y elegante, con mira telescópica y un carcaj montado en el brazo principal que contenía media docena de flechas. Conocía esta arma.

Eh.

Con el corazón palpitándole, corrió hacia la esquina de la casa donde el guardia aparecería en tan sólo unos segundos. Presionó la espalda contra la pared, respiró hondo y esperó con la ballesta levantada.

Se encontró cara a cara con el siguiente guardia Hada cuando él dobló la esquina. Sus ojos se abrieron por completo. Ella le disparó a quemarropa y se asomó con rapidez alrededor de la esquina.

Por la visión que tenía de esa parte de la casa era grande, y no formaba parte del otro edificio visiblemente cerca. ¿Tal vez era un establo? ¿Dónde guardarían esas cositas libélulas, dentro de un edificio o en el exterior?

Se apartó, recargó la ballesta y contó.

Diez mil cuatro, diez mil tres, diez mil dos...

No podía oírle, pero al guardia tenía que estar allí. Giró en la esquina, le disparó y arrastró su cuerpo girando por la esquina, amontonándolo encima del otro guardia. Recargó y contó.

No podía creerlo cuando el último guardia cayó. Contempló su cuerpo, agradecida de estar todavía entumecida. Acababa de matar a cuatro personas en unos cuantos minutos, todo para poder conseguir más ventaja que sólo unos segundos.

Mejor que sus vidas contaran para algo.

Dejó caer su arco, agarró la ballesta del último guardia muerto con una carga completa de munición y salió corriendo.

Capítulo 19

Traducido por Shellene

Corregido por aldebaran

Media hora había transcurrido desde que Dragos había perdido la conexión con Pia a través del hechizo de rastreo. Entonces él y sus centinelas llegaron al cruce de la carretera 17 y la avenida Averill. Encontraron coches de policía, una ambulancia y un camión de bomberos alrededor de un *Dodge Ram* negro. Envio a Tiago, Rune y Grym volando al sureste al *Parque Estatal Harriman* en busca de un *Lexus* gris.

En más de diecinueve mil hectáreas, el parque era el segundo más grande de Nueva York y tenía más de treinta lagos y unos trescientos veintidós kilómetros de senderos. También había un pasadizo a una gran superficie de Otra Tierra.

Todavía ocultando su presencia al ojo humano, Dragos descendió como una flecha, seguido por Graydon, Bayne y Constantine. Después de cambiar, corrió hacia los vehículos de respuesta de emergencia, flanqueado por los grifos.

Graydon se acercó a una policía y se presentó. —¿Qué pasó?

—Hubo un tiroteo —dijo la mujer, mirando de Dragos a los grifos con los ojos muy abiertos—. La víctima es un hombre de mediana edad que fue tiroteada en la calle. Un par de chicos lo encontraron...

Dragos ignoró el resto. Él pasó junto a la camioneta. Había un charco de sangre. Bayne se detuvo para inspeccionar el lugar. Las puertas de la ambulancia estaban abiertas. Él miró dentro. Dos técnicos sanitarios están trabajando sobre el hombre.

—¿Está consciente? —preguntó a uno de los paramédicos.

—No puede estar aquí ahora —dijo el hombre, sin levantar la vista.

Metió la mano, agarró al hombre y lo echó de la ambulancia. Él le dijo al otro paramédico_ —¿Está este hombre consciente?

Él asintió con la cabeza, los ojos muy abiertos. —Estamos trabajando para estabilizarlo. Tenemos que llevarlo al hospital.

Dragos subió y se acuclilló junto a la camilla. Los ojos de la víctima estaban vidriosos por el shock. Dragos le bajó la máscara de oxígeno. Él preguntó: — ¿Estaba viva cuando se la llevaron?

La boca del hombre se movió. Jadeaba en respiraciones cortas y superficiales y su color no era bueno.

—¿Qué...

Dragos se acercó más. —La mujer que fue secuestrada. *¿Estaba viva cuando se la llevaron?*

—S-sí, creo que sí... —logró decir el hombre con voz entrecortada—. Le disparó... le disparó...

La mano del paramédico se acercó a la suya para sujetar la máscara de oxígeno y colocarla en su lugar.

—Por favor —le dijo a Dragos—. Ya ha sido detenido una vez. Tiene que irse.

Constantine soltó al paramédico que había echado mientras subía a la ambulancia. Se detuvo con la cara blanca y las manos apretadas, mientras Graydon y Bayne trotaban. Él dijo a través de labios blancos. —Cree que estaba viva. Dijo que le dispararon.

—Ah, mierda —dijo Graydon mientras palidecía.

Constantine apretó el brazo de Dragos con fuerza. —No vayas a imaginártela muerta en tu cabeza —dijo—. Recuerda, la drogaron y secuestraron la primera vez... no la mataron. La quieren viva.

—Tienes razón —dijo. Los miró con los ojos inyectados en sangre. Por primera vez, se las arregló para expresar lo que ella le había contado antes—. Está embarazada. Urien tiene a mi consorte embarazada.

Los grifos lo miraron con partes iguales de horror y consternación.

Entonces Tiago dijo, *Encontramos el Lexus. Cruzaron por aquí.*

Impelidos, los cuatro salieron corriendo del escenario humano y se lanzaron al aire para unirse a los demás. Buenas noticias: el *Lexus* no tenía rastros de sangre. La constricción en su pecho disminuyó. Él comenzó a respirar de nuevo.

Localizaron el pasadizo y cruzaron a la Otra tierra. Dragos lo había esperado contra toda esperanza, pero el hechizo de rastreo establecido en su trenza no sobrevivió a la desconexión y al cruce. Tendrían que rastrearla a ella y a sus secuestradores por tierra.

Menos mal que tenía a uno de los mejores rastreadores de todas las especies de su lado. Tiago anduvo por el suelo en arcos amplios, estudiando el terreno, hasta que comenzó a correr en una dirección. Rune y Graydon exploraban más allá, mientras que los otros continuaban en el suelo con Tiago.

Dragos se mantuvo al aire, ocultando su presencia mientras exploraba en círculos, proyectándose por delante de la trayectoria de Tiago.

La muerte era otra buena amiga suya y volaba a su sombra.

Pia no tenía idea de dónde estaba ni a dónde iba. La historia de su vida, al parecer. Tenía un objetivo: correr lo más lejos de Urien lo más rápido posible. Esperaba que no tuviera ninguna de esas cositas libélula con él. Si todo se redujera a una carrera en el suelo, tenía una buena oportunidad de luchar.

La campiña estaba cubierta de gruesos grupos de bosques y espacios abiertos tapizados de desordenadas profusiones de flores silvestres. Se detuvo en el linde de un bosque y corrió la mirada rápidamente sobre el escenario detrás de ella. Sin vista o sonido de persecución.

El oro, el púrpura y el escarlata espolvoreaban el campo de color verde esmeralda que acababa de atravesar. Su mirada se posó en una brillante flor púrpura con pétalos estriados como un lirio, mientras escupía con la rapidez de un látigo un tallo largo y plumoso, como un estambre, y atrapaba un insecto zumbando en el extremo pegajoso, luego se retractó en la flor con su presa.

Ella retrocedió. No había que considerarlo una metáfora de nada.

Ella se colgó la ballesta a la espalda y se internó en una zona boscosa de cubierta vegetal. Evitó cualquier cosa que se pareciera a un camino. Si se las arreglaba para alejarse lo suficiente, empezaría a pensar en cómo ocultar mejor sus huellas, pero ahora no tenía tiempo para considerar la delicadeza.

Una ligera lluvia comenzó a golpetear en la copa de los árboles, la gota ocasional lo suficientemente lejos para aterrizar en ella. Tal vez tendría suerte y comenzaría a diluviar. Una lluvia fuerte podría ayudar a disipar su olor.

El Wyr recién liberado en ella estaba deseoso de estirar las piernas y profundizar en una dura carrera, pero la mente humana de Pia no podía evitar estar frustrada. Dentro de seis meses habría tenido la oportunidad de practicar muchos de los trucos que su madre había intentado enseñarle sobre cómo ocultar su paso de sus

perseguidores. Así las cosas, no se atrevía a tratar de explotar su *Poder* por si cometía un error y regalaba su posición.

Ella consiguió unos quince minutos de paz y tranquilidad. Entonces Urien siseó en su cabeza, *Acabas de cometer un error muy grave, Pia Giovanni. Lo que le hice a tu novio no es nada comparado con lo que voy a hacerte cuando te atrape.*

Arrogante, arrogante. Amenaza, amenaza.

La lunática que habitaba su cuerpo, le dijo al Rey Hada, *Puedo superar cualquier velocidad que establezcas imbécil. Atrápame si puedes.*

Bueno, seamos sinceros. No era la cosa más inteligente que jamás había hecho. Pero por hoy estaba hasta la coronilla de gente mezquina.

La lluvia comenzó a caer con más fuerza. Ella corrió más rápido.

Su conciencia se redujo a lo que estaba a su alrededor, en busca de obstáculos, trazando el rumbo por delante a través de los árboles, y trabajando para mantener su equilibrio en un terreno que se hizo cada vez más resbaladizo. Pronto estaba calada hasta los huesos. El bosque se volvió más oscuro y traicionero.

Entonces vio un claro entre los árboles adelante. Se las arregló para patinar hasta detenerse antes de caer rodando por una pendiente rocosa.

Oh, eso no era muy bueno. Delante de ella se extendía una extensión muy grande de ondulada pradera. No era del tamaño de la llanura, donde ella y Dragos habían quedado atrapados, pero aún así era demasiado grande y expuesta para su gusto.

Se mordió el labio y trató de pensar. No podía regresar. Tampoco debería ir a ambos lados. Urien extendería a sus hombres, ya que la perseguían. *Maldita sea.* No había nada que hacer excepto seguir adelante. Tal vez podría llegar al otro lado antes de ser vista.

Ella saltó pendiente abajo, llegó al fondo y corrió con todo lo que tenía.

Pia, dijo Dragos.

Entró en una especie de agujero animal y cayó al suelo. El dolor le atravesó la pierna. Ella se la agarró y se meció. *¡Dragos! Maldita sea.*

Ella pensó que le oyó decir: *Gracias, dioses.* A continuación, exigió más fuerte, *¿Dónde estás?*

Bueno, no sé eso, ¿verdad? le espetó. Me drogaron y me llevaron otra vez a una de las casas de vacaciones de Urien. Luego escapé, y ahora me está persiguiendo, y me metí en una maldita madriguera de tuza o de conejo. Maldición, MALDICIÓN, maldita, maldita sea...

¿Te has roto algo?

No lo sé. Se mordió los labios y con un esfuerzo gigantesco flexionó el tobillo. El dolor fue una escarpia que se disparó por la pierna.

¿Puedes correr?

¡No lo sé! Se puso en pie y trató de apoyar su peso en el tobillo.

Describe dónde estás, exigió.

Ella se apartó el pelo de los ojos, miró a su alrededor y le contó lo que vio. El tobillo protestó, pero soportó su peso. A duras penas. Ella se tambaleó en un correr cojeando, pero su anterior velocidad se había ido.

Eh, grandote, dijo, apretando los dientes contra el dolor. *No puedo decirte cuánto me alegro de que hayas venido, o cuán bueno es oír tu voz.*

Cuánto te alegras de que haya venido, dijo con una voz plana. *¿Qué diablos significa eso?*

¡¿Qué crees que significa?! le espetó. Olvidalo. No puedo hablar ahora. Esto es demasiado duro.

Trató de presionar con más fuerza, para ganar un poco más de velocidad, pero no había nada más en ningún sitio. Fragmentos irregulares de dolor se dispararon por su pierna con cada paso. Si fuera un caballo, se habría sacrificado a sí misma.

No iba a hacerlo.

Puso las manos en las caderas, recuperó el aliento y caminó. La lluvia se sentía bien, agradable y fresca en su cuerpo sobrecalentado. Estaba a medio camino por el prado cuando una sensación de maldad la hizo darse la vuelta. Miró de nuevo a la línea de árboles de la que acababa de llegar.

Urien y sus hombres, montados a caballo, estaban parados mirando hacia ella.

Había pasado la señal de tráfico de perdidos, hacía mucho tiempo. Diablos, estaba cruzando las calles del barrio de tonelaje, por ahora. Cojeando hacia atrás, levantó el dedo corazón al Rey Hada.

Sus caballos bajaron por la pendiente. Con una naturalidad que hablaba de desprecio, él y sus hombres trotaron hacia ella.

Ella sacó la ballesta de su espalda. Tan pronto como estuvieran a su alcance, ella estaría al alcance de ellos. Debía destacar en el crepúsculo como un faro. Se arrancó la camiseta blanca y la arrojó a un lado y luego volvió su cuerpo para presentar un blanco menor.

Lo siento mucho, cacahuete.

Localizó a Urien en el telescopio de ballesta. El muy cabrón había comenzado una desagradable sonrisa. Pateó para un medio galope. Ella disparó justo cuando un golpe se estrelló contra ella.

La derribó.

Se quedó tendida sobre la espalda y parpadeó a la lluvia que se sentía tan bien, así que tal vez fue la única sobre el terreno que vio al dragón caer en picada, chillando, desde el cielo.

Las patas delanteras extendidas, las garras desplegadas, los siniestros dientes desnudos, Dragos arrancó a Urien desde encima del caballo. Él extendió sus alas para elevarse en el aire por encima de los árboles, luego echó atrás la cabeza y rugió mientras desgarraba al Rey de las Hadas.

—Ahí está mi chico malo —susurró. Dios, era impresionante.

Un extraño cuerpo a cuerpo se desempeñaba en el prado. Era como algo salido de una pesadilla. Los grifos atacaron a las Hadas mientras los caballos gritaban y se sumergían en el terror. Creyó ver una criatura alada, de aspecto demoníaco arrancar la garganta de un Hada. Había un enorme pájaro oscuro que provocaba truenos con el golpe de sus enormes alas. Relámpagos destellaban por sus ojos, pero quizás en ese momento estaba empezando a alucinar.

Graydon se inclinó sobre ella. —Oh mierda, no —susurró. Él agarró la camiseta que se había arrancado y la apretó alrededor de la flecha de ballesta incrustada en su pecho—. Aguanta, cariño.

Ella le tocó la mano. —Estoy bien —intentó decirle—. Todo va a estar bien ahora.

No creía haber conseguido decir las palabras, porque él se secó la mejilla en el hombro y gritó. —¡Dragos!

Entonces Dragos cayó de rodillas junto a ella, y su mundo giró a la derecha otra vez. Su rostro estaba pálido y sus ojos sombríos. Agregó presión a la herida en su pecho y puso una mano sobre su mejilla.

—Pia —habló como si las palabras le fueran arrancadas—. No te atrevas a dejarme. Te juro por Dios, te seguiré al infierno si hace falta y te arrastrare de vuelta por los pelos.

Una de las comisuras de su boca se levantó. Ella puso la mano sobre la suya en su mejilla y dijo: —Dices las cosas más atroces.

Estaba cansada así es que descansó los ojos por un minuto.

Después recordaba una serie de imágenes, como las perlas de un collar.

Abrió los ojos para descubrir que Graydon la sostenía contra su pecho, un brazo sobre los hombros, el otro brazo fijado alrededor bajo su cintura. Estaban sentados en una jaula hecha de las garras de las dos patas delanteras de Dragos. Rune estaba de pie sobre ellos, mirando a través de las garras. —Sujétala así —dijo con el rostro sombrío—. No dejes que se zarandee.

—La tengo —dijo Graydon—. Vayamos.

Actuaban tan dramáticamente como si fuera cuestión de vida o muerte o algo así. Eso en cuanto a ser grandes y duros guerreros. Eran peores que un grupo de colegialas.

Ella se adormiló cuando Dragos se lanzó.

Lo siguiente que supo fue que Dragos la sostenía. Ella podría haber llevado a una copa de vino llena y no derramar una gota mientras él subía corriendo un tramo de escaleras. —¡No me importa! —rugió—. Trae cualquier maldito médico tan rápidamente como sea posible. Róbale uno a Monroe, si es necesario. ¡Uno de ustedes que vuele a *Nueva York* y traiga a nuestro sanador Wyr!

Ella trató de enfocar su mirada borrosa. *¿Esta es la casa de Urien otra vez? Estoy despierta, estoy dormida, estoy despierta, estoy dormida. Estoy en la casa, estoy fuera. Ahora estoy dentro estoy otra vez. Esto está volviéndose ridículo.*

Y ella se adormiló.

Luego las cosas se pusieron realmente extrañas.

Estaba inmersa en el *Poder* del dragón. Él la había consumido. Con cada respiración, él hacía funcionar sus pulmones. Los latidos de ella vacilaron. El gran motor de su corazón asumió el ritmo. Su *Poder* empezó a desvanecerse, pero él tenía su *Nombre*. Exigía que se quedara en su carne. Ella se deslizaba dentro de él inextricablemente tejida con su fuerza vital.

Le pareció oír decir a su madre: *Él no puede sostenerte para siempre. Puedes venir a mí si lo deseas.*

Pero había alguien más con ellos, una brillante y pequeña chispa, terca. Era sólo una nueva criatura, pero él ya tenía sus propias opiniones. Dragos sostenía su vida a su cuerpo, pero el *Poder* de su hijo pulsaba dentro de ella.

Él estaba tratando de sanarla. Ella se despertó.

¡Oh, no, dulce bebé!, canturreó. Eres demasiado pequeño para eso.

El cacahuete no estaba de acuerdo.

Un resplandor cálido de energía impregnó su cuerpo, así como el *Poder* curativo de su madre, así como el suyo propio. Por un momento todo fue brillante, bien y correcto. Luego, con infinita dulzura, el dragón puso su *Poder* en esa pequeña chispa de vida que resplandecía demasiado brillante, demasiado fuerte, y se movió hacia atrás hasta que se situó en su lugar.

Bebé precioso.

Sus dedos se deslizaron unos centímetros a través de una sábana. Fueron asidos por una mano mucho más grande, más poderosa que se aferró a la suya con fuerza mientras se quedaba dormida.

Capítulo 20

Traducido por Shellene

Corregido por aldebaran

Quando se despertó de nuevo de verdad estaba en su cama en la Torre Cuelebre. Miró al techo durante un tiempo incalculable mientras la luz cambiaba. Todo estaba en silencio. Estaba cálida, limpia, seca y sin dolor.

Dragos yacía a su lado, su brazo alrededor de ella. Miró su rostro dormido y vio algo que nunca había visto antes. Parecía exhausto y agotado, como si algo dentro de él se hubiera extendido demasiado. Ella frunció el ceño. ¿Se había hecho daño en la batalla?

Trató de levantar el brazo derecho para acariciar su rostro pero no pudo. Ella tiró de su brazo, y, de repente Dragos se levantó sobre el codo. Puso su mano sobre su brazo para sujetarla.

—Cariño, no lo hagas.

—Mi mano está atrapada en algo —murmuró. Ella lo miró con entumecida ansiedad—. ¿Qué pasa? Te ves tan triste. ¿Estás herido?

Él le sonrió, los ojos brillantes de oro, y desapareció la mirada agobiada. —No estoy herido, aparte de en mi corazón.

—¡Alguien te disparó en el corazón! —Ella trató de a levantar la mano de golpe.

—Pia amor, para. Mira tu brazo. —Ella se volvió y siguió la dirección de su dedo—. Tienes un gotero intravenoso. Sigues intentando quitártelo en sueños, así que tuvimos que atarte la mano. No queríamos que te hicieras daño.

—Oh. —Sintiéndose tonta, se apaciguó. Ella se volvió hacia él—. ¡Alguien te disparó en el corazón!

—Sí. —Le besó la nariz—. Tú lo hiciste, metafóricamente hablando. —Le besó la boca, sus acariciadores labios infinitamente suaves—. Te estabas muriendo, mierdecilla. Tu corazón se paró y tus pulmones dejaron de funcionar. Tuve que encargarme durante un tiempo. Entonces nuestro hijo decidió ayudar y casi se quemó sanándote. Lo que ahuyentó siglos de mi vida.

Él la acarició con la nariz, sus ojos cerrados. Ella lo respiró, frotó la mejilla contra la suya y dejó que su presencia suavizara los bordes dentados en su interior.

—Lo siento —susurró. Una lágrima se deslizó de una esquina de su ojo y mojó su pelo, seguida por otra—. Lo siento mucho por todo.

—Deja de hacer eso. —Le tomó el rostro y limpió las lágrimas—. No es culpa tuya. Hice volar a tu médico de regreso desde *Cancún* y tuve mucho que hablar con ella. En primer lugar me enteré de lo que era el *DIU* y cómo podría haberlos puesto en peligro tanto a ti como el embarazo. Entiendo por qué entraste en pánico y por qué tenías miedo de que hubiera forzado el embarazo en ti.

—Debería haber tenido mejor criterio.

—¿Cómo podrías? Hemos estado juntos durante menos de una semana y bajo circunstancias mucho menos que ideales. Pero, por supuesto, no tenía intención de embarazarte. Me has arruinado. —Su voz y cara eran tristes. Le acarició el cabello—. No sabía que mi control se hubiera deslizado hasta ese punto.

Su mirada se aferró a él mientras su mano libre se deslizaba para cubrir su abdomen, en un gesto de protección que se estaba convirtiendo en habitual. Algo vacilante y frágil en su expresión pareció llamarle la atención. La barra oscura de sus cejas se contrajo. Él le cubrió la mano con la suya, entrelazando sus dedos con los suyos.

—El embarazo es un shock total —le dijo—. La conexión con nuestro hijo cuando te curó... es una de las cosas más hermosas que he visto nunca. No puedo comenzar a describir mi reacción ante él. Nunca había sentido estos sentimientos antes.

—Eso es realmente una muy buena manera de describirlo —susurró—. Yo tampoco. Estoy aterrorizada.

La besó en los labios en un movimiento lento y suave mientras la saboreaba. —No tengo ni idea de cómo actuar frente a la pequeña nueva criatura. Pero me *alegro*.

—Yo también —susurró. Sus ojos brillaban con una humedad cuando le sonrió. Luego su mirada se volvió introspectiva y cada vez más angustiada—. Maté a cinco personas.

Sus ojos se estrecharon. —¿Cómo lo sabes?

—Es mi culpa que al hombre de la camioneta le dispararan...

Le tocó los labios. —Ese es fácil. No está muerto. Pendía de un hilo al principio, pero dicen que va a salir adelante muy bien.

—Gracias a Dios —dijo ella, suspirando.

—Pero había, cuatro guardias muertos alrededor de la casa de Urien sobre los que hemos estado muy curiosos. ¿Fuiste tú? —Él buscó su cara. Sus dedos no podían dejar de acariciarle las mejillas, la mandíbula y la garganta.

Ella hizo una mueca y asintió con la cabeza.

Él le mostró los dientes. —Estoy muy orgulloso de ti. Saliste cuando tenías que hacerlo. Hiciste lo que tenías que hacer y escapaste.

—Sí, bueno, eres un monstruo sediento de sangre. A quién le importa lo que piensas —murmuró. Ella flotó durante unos minutos y él la dejó en paz, acariciándole el cabello.

Ella despertó lo suficiente como para decir—: Para ser honesta, me sentía mal por no sentirme mal. Excepto por el tipo de la camioneta. Por él me sentía mal.

—Eso es estúpido y enrevesado. Lo vas a detener ahora mismo —ordenó.

Ella le dio un fantasma de risita. —Ya estamos otra vez, dando órdenes. Su Majestad empieza a sentirse mejor. Ah, hablando de majestades —abrió mucho los ojos—. Urien realmente pensó que iba a ser mí jefe.

—Lo que fue una de las cosas que finalmente lo mató. —Sus ojos se arrugaron—. Imagínatelo.

Ella durmió durante un tiempo por el sencillo agotamiento de un convaleciente. Se despertó una vez para decir con repentina urgencia: —No te vayas a ninguna parte.

Iba vestido con jeans cortados y estaba tendido sobre las mantas, leyendo archivos, las almohadas apiladas en su espalda. Las puso a un lado y le dirigió una mirada firme. —No voy a ninguna parte, Pia. A ninguna parte. Y tú tampoco.

Su muy querida cara era tan inamovible como una montaña. Ella asintió con la cabeza y se relajó. Él no recogió su lectura otra vez hasta que ella estuvo profundamente dormida.

Casi morir seguro que dejaba un cuerpo agotado. La breve llamarada de curación de *Poder* del cacahuete se había ocupado de lo esencial, pero ella tenía que hacer el resto por su cuenta.

Ella había estado inconsciente durante dos días. Dragos tenía un regalo para ella, un encanto contra las náuseas ubicado en un collar colgante de diamantes de dos quilates. El día después de que se despertara, cuando estuvieron seguros de que podría retener líquidos y alimentos sólidos, el médico le había quitado el gotero intravenoso.

Ella no podía concentrarse en nada más sustancial que las revistas y programas de televisión, y dormía la siesta a menudo. Cuando estuvo despierta, Dragos la engatusó para saber cada detalle de lo sucedido.

Entonces él le contó la historia de su búsqueda, hasta la parte final, cuando todos los centinelas se habían elevado por el aire para buscar la pradera que ella había descrito. Con su aguda mirada rapaz, Bayne había percibido el movimiento cuando Urien y sus hombres se había sumergido por la pendiente hacia ella. Todavía habían estado a una distancia de tres kilómetros y se habían lanzado hacia adelante con cada gramo de velocidad que poseían.

Cada gramo de formidable energía de Dragos se había centrado en agarrar a Urien antes de que el Rey Hada tuviera la oportunidad de aprovechar su considerable *Poder* y contraatacar. No había visto a Pia recibir el disparo, pero había visto su flecha golpear a Urien en el hombro. No había sido un disparo mortal, pero bastó para distraer al Rey Hada esos pocos últimos segundos mientras Dragos y los centinelas se lanzaban al ataque.

Todos habían visto darle a Urien el dedo. Los centinelas le dieron mucha importancia a medida que se despatarraban en los sofás con los pies sobre los muebles, comían pizza, bebían una cerveza tras otra y observaban *SOAP net*.

—Me gusta el gemelo malvado —dijo Graydon, apuntando con su botella a la pantalla plana—. El otro es demasiado empalagoso. Nadie es tan bueno.

—Joder, no —dijo Constantine cómodamente—. Pero tienes que admitir, que la actriz es despampanante. ¿Crees que son reales?

—Lo dudo —dijo Graydon—. Son demasiado globulares.

Constantine asintió con la cabeza. —Puedo manejar lo globular.

—Juego de palabras —dijo Graydon—. Gime.

Pia los miró por encima del *Cosmopolitan* que estaba hojeando, pero se abstuvo de hacer comentarios. Suponía que podría haber sido peor. Por lo menos, estaban más o menos entrenados.

Estaba acurrucada en un extremo del sofá, metida en un cubrecama de seda ligera. Después de haber comenzado a sentirse más estable, había sido capaz de convencer a Dragos de ir a encargarse de una acumulación de cosas, pero eso sólo significaba que tenía un flujo constante, rotación de centinelas como de visitas. No había tenido un momento para sí misma desde el secuestro.

Cuando se quejó a Graydon, le dijo: —Es sólo una precaución, pastelito. Algunas Hadas de Urien aún están siendo perseguidas, y esa conexión con los Elfos que estábamos buscando ha desaparecido. Malditamente maldita sea. —Él se rió.

—No puedo creer que les contara eso —dijo ella—. Yo acababa de torcerme el tobillo y estaba teniendo un mal día. No era responsable de lo que salía de mi boca o cabeza.

—Te manejaste como una profesional —la tranquilizó.

—Sí, lo hice. Pateé culos —gruñó ella—. Y de todos modos, estoy en el ático de la Torre. Este lugar está encerrado más estrictamente que el *Fuerte Knox*. Ya nadie me caza. Estoy segura que no voy a ir a ninguna parte ahora.

—Sí, pero tienes que recordar —dijo el grifo mientras se tocaba la nariz—. Le has dado un susto de muerte al jefe. No está acostumbrado a temer. Si no le dejas preocuparse, creo que podría estallar. Nos has dado un susto de muerte a nosotros también, por cierto. Además, eres de la familia y ahora nos estamos divirtiendo. Es como unas vacaciones —guiñó un ojo.

De la familia. Wow.

—Está bien —murmuró. Ella trató de no contonearse de alegría y fingió estar todavía de mal humor, pero le dio una sonrisa cariñosa.

Una deprimida Tricks fue a darle las gracias por su participación en el asesinato de Urien y para despedirse. El hada iba a ser coronada como Reina de la Corte de las Hadas Oscuras. Se había quitado el tinte lavanda de su pelo y ya no lo llevaba con una desenfadada vuelta en la punta. Era su azabache negro natural. Pía se sorprendió al ver lo mucho que cambiaba el aspecto del hada y la hacía parecer más seria.

—Por favor Dios, ven a visitarme pronto —dijo Tricks—. No me abandones ante la Corte de las Hadas Oscuras. Haremos otro almuerzo de nuevo.

Ella gimió. —Está bien, pero la próxima vez hagámoslo sin el *Piesporter* y el coñac.

Tricks le dio una astuta sonrisa unilateral. —Veremos.

Pia le dijo: —Voy a extrañarte.

El hada le echó los brazos alrededor de ella. —Yo también te echare de menos.

Almorzar en algún momento con la Reina de las Hadas Oscuras. Invitaciones para visitar a los Grandes Señor y Señora de los Elfos. ¡Qué extraña se había vuelto su vida!

En un impulso preguntó: —¿Has encontrado a alguien para hacerse cargo de tu trabajo de Relaciones Públicas?

—No —dijo Tricks—. No ha habido tiempo. ¿Por qué, lo quieres?

Ella se encogió de hombros, sintiéndose cohibida. —Tal vez, voy a hablar con Dragos al respecto. Ya sabes, cuando me anime.

—Sea lo que sea que decidas, harás con ese dragón lo que te dé la gana —informó el hada con una risita—. Es su karma después de tantos siglos de ser el centro del universo de todo el mundo por aquí. Le hará mucho bien.

Otra visita llegó una tarde. Pia levantó la vista cuando Aryal arrojó su cuerpo de dos metros en un sofá junto a ella. El pelo negro de la arpía estaba enredado una vez más, lo que parecía ser su estado habitual. Llevaba jeans de cintura baja, un chaleco de cuero sin mangas y las armas requeridas de los centinelas.

Pia la estudió mientras Aryal se movía nerviosamente. La extraña belleza flaca de la arpía no tenía nada que ver con la dieta, y aunque desgarbado, su cuerpo estaba sin duda esculpido. Pia miraba los ondulantes músculos del brazo y el estómago, pensando en todo el trabajo duro que llevaría para tener ese aspecto. No en esta vida.

Aryal fulminó con la mirada la serie *Hospital General* que ponían en la pantalla plana y movió un pie. Agarró una *Harper's Bazaar*, hojeó unas cuantas páginas y la tiró a un lado. Pia creyó oír a la arpía murmurar. —No sirvo para nada de esta mierda de chicas.

Ella arqueó las cejas y se preguntó si se suponía que debía decir algo.

Aryal miró la televisión. Ella dijo: —Puedes creer que, en primer lugar, la bruja Adela te vendió un juramento vinculante, al día siguiente puso un hechizo de seguimiento sobre ti para Dragos y esta semana pactó con las Hadas Oscuras para encontrarte. Resultaste ser realmente la gallina de los huevos de oro para ella.

Ella sacudió la cabeza. —Eso es bastante malo. Nunca me sentí muy bien acerca de ella.

La arpía continuó: —Encontramos su cuerpo en el río *Hudson*. Su garganta había sido cortada. Al parecer, ella contrató sus servicios demasiadas veces. El informe forense es poco concluyente, pero suponemos que las Hadas Oscuras la mataron. La hora estimada

de la muerte es poco después de que fueras secuestrada. Parece que las Hadas Oscuras intentaban cubrir sus huellas después de agarrarte.

—Entiendo —dijo, con tono neutral. Tal vez le debería importar que la bruja hubiera sido asesinada. Cualquier cosa que Adela hubiera hecho, Pia no estaba segura de que se mereciera morir por eso. Por el momento no era capaz de mostrar mucha reacción.

El silencio cayó entre ellas. Luego los extraños tormentosos ojos grises de Aryal encontraron los suyos. —Bayne y yo nos sentimos como la mierda sobre el secuestro. Pero no lamento el resto.

—No te pedí que lo hicieras. Tienes derecho a tu propia opinión, y tratabas de proteger a Dragos a tu modo. Lo respeto y no hay nada más que decir. —Pia tomó la punta de su coleta de animadora y se la arrojó a la arpía.

Una salvaje sonrisa se propagó en el rostro de Aryal. —Uh, escucha, en algún momento cuando te sientas capaz, me gustaría tener una ronda o dos contigo en la colchoneta. Durante un tiempo los grifos no podían hablar de otra cosa.

—Claro, ¿por qué no? —le dijo a la centinela—. De la forma en que las cosas han salido, será mejor continuar mi entrenamiento.

—De acuerdo. —Aryal puso sus manos sobre sus rodillas y comenzó a levantarse.

—Sólo una cosa —dijo Pia. La arpía se detuvo y la miró. Pia la contempló con una mirada fría y fija—. Intenta empujarme contra una pared de nuevo y te doy una paliza.

La sonrisa de Aryal se convirtió en una mueca. Parecía como si hubiera tragado algo amargo, pero después de un momento, asintió con la cabeza.

Pia le devolvió el gesto y miró su revista. Era un despido. La arpía lo tomó como tal, se lanzó del sofá y desapareció.

Pia también tuvo tiempo para hacerle una llamada a Quentin. Salió al balcón una tarde soleada y cerró la puerta para un poco de privacidad. Luego se apoyó contra la nueva pared y contempló la ciudad mientras hablaba.

Fue todo un cambio. Tenía que poner a Quentin al tanto sobre todo lo que había sucedido desde su breve estancia en su casa de la playa. Era mucho que contar, incluyendo que al parecer ahora era la consorte de Dragos y llevaba a su hijo.

Cuando terminó, hubo un largo, largo silencio al otro lado. Ella tocó con la punta del pie una de las baldosas y observó el tráfico debajo mientras esperaba. —Eso me va a tomar un tiempo para procesar —dijo Quentin en un tono de voz escrupulosamente neutral.

—Dímelo a mí.

—¿Cómo... es él?

—¿Has visto a *Rex Harrison* en *My Fair Lady*?

—¿El profesor, gruñón hijo de puta?

—Sí, bueno... —cerró un ojo, miró hacia el horizonte y sonrió—... Dragos es mucho peor.

Eso causó otra diatriba que estuvo más o menos en la línea del tipo “mejor que te trate bien o no me importa qué clase de bastardo sea yo mismo le mataré”. Ella se inclinó, apoyó la frente en la barandilla de la pared y la soportó con toda la paciencia que pudo, haciendo ruidos de vez en cuando para fingir que estaba escuchando en realidad.

Finalmente él dijo: —Quiero verte en persona. Quiero asegurarme de que ese hijo de puta no te ha aturcido con algún tipo de encantamiento.

—No lo ha hecho —dijo—. Pero iré pronto a *Elfie's* de visita.

—Más te vale. —Quentin sonó triste—. O tan alérgico como soy a la Torre, iré a sacarte de allí.

—Diles a todos que los extraño.

—Lo haré. Nos vemos pronto —hizo hincapié en lo último.

—Sí, lo prometo. —Por fin pudo terminar la conversación y colgar.

Estaba hecha polvo. Esto de comenzar una nueva vida era un infierno de mucho trabajo.

Ella y Dragos no hablaron mucho después de haber compartido historias, y no lo vio mucho después de haberle convencido para volver al trabajo. Estuvo pronto inmerso en la estabilización de algunos negocios en *Illinois* antes de venderlos, y él mencionó algo acerca de iniciar una adquisición hostil de una empresa de servicios públicos propiedad de inversionistas.

Ella se preguntaba si la distancia entre ellos sería la definición de su vida ahora. Él se metía en la cama con ella todas las noches y la envolvía en sus brazos, y ella obtenía mucha comodidad de su cercanía. Pero no hacían el amor o tenían sexo, o... se apareaban.

Cambiar y volverse una Wyr completa mejoró su capacidad de curación. Después de tres días de convalecencia, estaba subiéndose por las paredes. Finalmente, la Dra. Medina, quien había estado haciendo visitas diarias a domicilio, le dio autorización para caminar en la cinta andadora y hacer ejercicio leve.

—¡Sí! —Ella había estado esperando el visto bueno.

—Nada de correr hasta que yo lo diga, no importa lo bien que te sientas. Y no voy a decirlo hasta por lo menos la próxima semana —advirtió la doctora—. Esa herida de ballesta le dio a tu sistema respiratorio realmente un golpe.

—Nada de correr. Lo tengo. —Ella agarró su ropa, mallas de ejercicio de lycra y una camiseta deportiva negra sin mangas, y se las puso—. ¡Gracias!

—De nada. —La doctora sonrió—. Ya salgo sola.

Estaba sentada sobre el borde de la cama para ponerse sus zapatillas de correr, otro par nuevo, cuando la doctora dejó la suite. Después de que sus últimas zapatillas se arruinaran por la lluvia en el vuelo a través del bosque, Dragos le había comprado seis pares nuevos.

La puerta se abrió. Levantó la vista, lista para decirles a los chicos que podían ir al gimnasio. Dragos entró a zancadas. Como de costumbre, asumió el mando total del espacio aéreo en la habitación.

Él le lanzó una larga mirada, y luego cerró la puerta. Se había vestido ese día con jeans negros y una camisa de seda negra que enfatizaba las fuertes líneas atléticas de su enorme cuerpo y el bronce de su piel... y no hacía nada para aligerar la severidad de su rostro.

Incluso en su forma humana se veía capaz de desgarrar al Rey Hada con sus propias manos. ¿Debería encontrar eso tan sexy como lo hacía? Se rascó la cabeza. Se preguntó sobre sí misma, realmente lo hizo.

—Hola —dijo ella—. No te esperaba.

—Al parecer no esperas mucho de mí —dijo.

—¿Perdona? —dijo, sorprendida.

Él comenzó un paseo lento por la gran suite. Era su paseo merodeador, sus piernas largas y musculosas moviéndose como un fluido bajo la seda y la tela de mezclilla. Ella se retorció de verlo con partes iguales de placer e incertidumbre.

—La doctora te ha autorizado el ejercicio —dijo—. Así que me imagino que eso significa que estás lo suficientemente fuerte como para afrontar otras cosas ahora también.

—De acue-erdo.

—Adelante y llámame obsesivo, pero tengo un motivo para discutir contigo —dijo. Tenía el ceño fruncido.

Eso le hizo arrugar la frente en respuesta. —¿Qué pasa? ¿Qué más hice? —¿No había hecho más que suficiente por una semana? A este paso, iba a tener que volverse catatónica para asegurarse de que nada más pasara.

Giró su rostro hacia ella, las manos en sus caderas. —¿Te acuerdas de cuando te metiste en la madriguera del conejo?

Ella soltó un bufido. —No es probable que lo olvide.

Entornó los brillantes ojos como monedas de oro. —¿Recuerdas qué dijiste?

Ella se encogió de hombros, su cara y mente en blanco.

Él se acercó más, puso sus manos sobre sus hombros y la empujó hacia atrás. Cayó de espaldas sobre el colchón. —¡Eh!

Luego se arrastró sobre la cama hasta que estuvo sobre sus manos y rodillas encima de ella. La fulminó con la mirada, cada centímetro del dominante macho Wyr enojado. —Dijiste y cito textualmente: “No puedo decirte cuánto me alegro de que hayas venido, o cuán bueno es oír tu voz”.

—¿Y qué? —Ella le golpeó los hombros con las palmas de las manos. No acababa de funcionar de la misma manera cuando lo hacía ella. Por supuesto, él no se movió ni un centímetro—. Deja ya esa mierda primitiva.

—Habrás notado que soy un tipo de hombre primitivo —mostró los dientes y se metió en su rostro—. ¿Todos los siglos de civilización? Sólo un barniz.

—Oh, por el amor de Dios. —Ella se volvió laxa y se limitó a mirarlo, impotente, como siempre contra la corriente de excitación que se extendió sobre ella—. ¿Has estado de mal humor por lo que dije todo este tiempo?

Él inclinó la cabeza, los ojos lava caliente. —Lo dijiste como si yo fuera una especie de visita. O como si no estuvieras segura de que fuera cuando *habías sido secuestrada*. Cuando acababas de decirme que estabas *embarazada de mi hijo*. No sé qué demonios piensas de mí aparte de que soy un monstruo sediento de sangre.

—¡Dragos! —sus ojos se abrieron mucho. Le tocó la cara—. Estaba bromeando cuando dije eso.

—¿Y? Soy un monstruo sediento de sangre, y tú eres mi consorte. —No hubo un toque de suavidad en esa cara agresiva. Él gruñó—. Y soy tuyo. ¿Qué se necesitas para que puedas aceptar esto?

—Lo hago. Te prometo que lo hago —dijo. Aunque parezca increíble, ella le había hecho daño en más de un sentido. Le acarició la mejilla—. No sé cómo ser tu consorte. En algún lugar entre la horrible fortaleza Trasgo y cuando moviste la cola en la llanura hacia mí, me enamoré perdidamente de ti. Pero vengo de una fuerte familia humana. El amor, estar enamorado, hacer el amor, esas cosas tienen sentido para mí. Son parte de lo que soy. Y ya admitiste que no sabes qué es el amor. Así que todavía no tengo ese marco de referencia que estaba buscando. A pesar de que estamos juntos, no sé cómo comportarme o qué significa.

Su expresión se había calmado mientras ella hablaba. La besó en la palma de su mano. —Esto significa, tonta mujer, que estoy aprendiendo también. Ahora escúchame. No puedo dejar de pensar en ti. Estás conmigo donde quiera que vaya, pero te echo de menos cuando estamos separados. Ya he demostrado que mataría por ti. También moriría por ti. Me haces reír. Me haces feliz. Eres mi milagro y mi hogar. Si hasta cuando te mueves, me sale una erección. Siempre vendré por ti, siempre te querré, y siempre te necesitaré. ¿Está claro?

Ella había comenzado a ruborizarse. —Se parece mucho al amor para mí.

—Yo también lo creía —dijo el dragón. En un movimiento demasiado rápido para que ella lo siguiera, le quitó las manos y las sujetó sobre su cabeza. Ella se sorprendió, pero se obligó a relajarse en su control. Su feroz mirada rapaz ardió a la luz. Él descendió hasta que estuvo cara a cara con ella. Siseó—. Entonces dilo.

Ella le regaló una sonrisa suave y radiante, y susurró: —Soy tuya.

—Ya era la maldita hora —gruñó. Se incorporó de la cama y la arrastró con él. Luego se apoderó de la camiseta con las dos manos y la destrozó—. Dilo de nuevo.

Ella comenzó a reír. Incluso a sus propios oídos, su voz sonaba ebria. Le agarró la camisa y trató de desabrochar los botones con dedos torpes, mientras una vez más le decía. —Soy tuya.

Él la giró hasta que estuvo de espaldas a él. La violencia controlada de sus movimientos se deshizo de su risa. Sus rodillas empezaron a temblar. Le arrancó el resto de la ropa y la empujó sobre la cama hasta que estuvo sobre sus manos y rodillas, de espaldas a él. Ensanchó sus piernas hasta que quedó completamente expuesta a él. La sensación de vulnerabilidad fue casi demasiado para soportarla. Ella tembló espasmódicamente.

Ella oyó el más pequeño de los sonidos por detrás, la captura de su aliento y el susurro de tela. Trató de mirar por encima del hombro para ver lo que estaba haciendo.

Entonces él puso sus labios calientes en ella desde atrás y lamió a lo largo de los delicados pliegues de su carne más íntima y sensible. Le hizo cosquillas en el clítoris con la lengua y pronunció contra ella: —Dilo de nuevo.

La excitación rugió sobre y a través de ella. Le hizo perder el equilibrio. Ella se derrumbó hacia delante, volvió la mejilla húmeda en la colcha y lo dijo jadeando.

Su colapso la expuso todavía más a él. Lamió, mordió y succionó, persuadiendo su placer con un toque suave y diestro, y luego volviéndose exigente y duro, la agarró de las caderas y la sujetó en el lugar mientras él se deleitaba de ella con una carnalidad despiadada que la envió chillando en un clímax que alcanzó su punto más alto y más alto hasta que ella se retorció, totalmente impotente en sus garras mientras luchaba por respirar lo suficiente como para gritar.

Todo el tiempo insistía en que admitiera que era suya. Se lo dio cada vez que lo exigía. Lo gimió, lo sollozó, hasta que finalmente yació débil sobre la espalda, una masa de temblorosos, nervios expuestos.

No había parte de ella que no hubiera complacido o tomado cuando finalmente se movió sobre su cuerpo, colocó su polla en su empapada y acogedora entrada y se abrió camino en el interior. Ella le acarició la fuerte curva de su espalda con manos temblorosas mientras la llenaba y ella gemía, drogada con el placer. Las lágrimas se desparramaron de las esquinas de sus ojos.

Él le enmarcó el rostro con las grandes manos mientras llegaba hasta el fondo, arraigado hasta la raíz. Al fin había ardido incluso su propia ferocidad, hasta que lo único que quedaba de su sombría y severa cara fue la ternura.

—He aprendido muchas cosas durante los largos años —le susurró mientras se movía dentro de ella—. He tomado el tributo de soberanos y presenciado el final de los imperios. Pero tú eres mi mejor maestra.

Ella le acarició la delgada mejilla. —Te amo.

Una sonrisa llena de simple asombro iluminó esos feroces ojos de oro. —Lo sé.

La risa amenazó con tomar el control de ella, pero luego él perdió su sonrisa y creció la concentración mientras se empujaba más fuerte, más profundo dentro de ella. Ella se arqueó hacia él cuando él golpeó justo en el sitio correcto del placer, y su poderoso cuerpo tembló cuando derramó dentro de ella. Lo acunó cerca mientras jadeaba y escondía el rostro en su cuello. Después le acarició el cabello, mientras ambos flotaban.

Entonces él se despertó sólo lo suficiente para cambiar su peso de encima. Se tumbó de espaldas y la atrajo contra su lado.

—Es bueno tener esto resuelto —dijo con satisfacción. Le pasó los dedos por el pelo y con un pulso suave de *Poder* alisó los enredos.

—¿Qué, que somos? ¿Consortes? —Ella acarició su boca dura y hermosa.

—Sí —le besó los dedos—. Porque nos vamos a casar.

—Nos... —Ella se mordió el labio—. Esa es tu propuesta. Así, nos vamos a casar.

—Oh. —Él se estiró sobre el borde de la cama, metió la mano en el bolsillo de su camisa y luego dejó caer un enorme anillo de diamantes en su pecho—. Aquí.

Ella puso los ojos y se desplomó sobre su espalda. Esto era demasiado bueno para dejarlo pasar. —Bueno, Dragos, una cosa es estar de acuerdo en que somos consortes, pero no sé sobre el matrimonio —dijo—. He leído en *Cosmo*. Comes gente. Creo que el juzgado de familia podría llamar a eso la definición de irreconciliables.

Se dio la vuelta sobre su costado. La sábana se deslizó de su musculoso pecho cuando se irguió sobre el codo y la miró desde debajo de un ceño fruncido. Era su mirada malhumorada, terca. Dios, amaba esa expresión. Ella podía ver las ruedas girando en su cabeza.

Después de un momento, él dijo: —Por favor.

—Eso está mejor, grandulón. —Ella asintió y se puso el anillo.

Fin del Libro.

Biografía

Thea Harrison:



Thea Harrison es el seudónimo de la autora Teddy Harrison. Thea ha viajado mucho, habiendo vivido en Inglaterra y explorado Europa varios años. Ahora vive en el norte de California. Escribió su primer libro, un romance, cuando tenía 19 años y tuvo dieciséis romances publicados bajo el nombre de Amanda Carpenter.

Se tomó un descanso de la escritura para juntar un par de títulos de posgrado y criar un hijo. Ha sido una camarera de adolescente, ha trabajado como una activista para una organización sin fines de lucro por los derechos del consumidor, ha sido recepcionista, Gerente de oficina, una graduada estudiantil sin dinero, directora de desarrollo e investigación, y madre soltera. Sus posgrados son Estudios Filantrópicos y Ciencias de la Información, pero su primer amor siempre ha sido escribir ficción.

PROXIMO LIBRO:

Storm's Heart.

(Elder Races 2)

Sinopsis:

Traducida por flochi

Corregida por CyeLy DiviNNa

Él es un guerrero Wyr, un Dios de las tormentas. Ella es la heredera al trono de las Hadas Oscuras. Pero el deseo los pondrá de rodillas en esta nueva novela de las Razas Antiguas.

Durante el mandato del asesino de su tío Hada Oscura, Thistle “Tricks” Periwinkle encontró refugio entre los Wyr de *Nueva York*. Su belleza etérea y personalidad brillante la hicieron ganarse el corazón del público, pero después de la muerte de su tío, hay aquellos quienes no quieren verla ascender al trono...

Capaz de esgrimir los truenos y relámpagos, el centinela Wyr Tiago Aguila Negra ha gobernado los cielos durante siglos. Su enorme complexión y poder atronador hacen de él una de las mejores armas de los Wyr. Y es enviado a proteger a Tricks cuando casi es asesinada en *Chicago*.

Pronto, Tiago y Tricks caerán víctimas del hambre tormentosa que los envuelve, una pasión que hará temblar los cimientos mismos de todos los mundos...



Adelanto de:

Storm's Hearth

(Elder Races 2)

Adelanto 1.

Traducido por flochi

Corregido por majo2340

El Motel 6 no era tan malo. De hecho, era bastante mono, de la forma en que el poliéster podría serlo.

Seguro, no era el *Regent*, o el *Renaissance*, o el *Ritz-Carlton*. Pero el recepcionista se había mostrado alegremente desinteresado cuando ella se había registrado, los precios eran asequibles, y, lo más importante, había cuartos para fumadores.

Por un lado, no había ningún servicio a la habitación, ni aquellas adorables botellitas de licor en un refrigerador pequeño. Por otra parte, no hubo ningún intento de asesinato o una coronación pendiente. *Humm*. Tricks se preguntó si ellos ofrecía contratos por 12 meses.

Entró cojeando al cuarto. Se bajó las nuevas gafas de sol de su nariz y dio una larga y cuidadosa mirada sobre la montura a la escena circundante. El cálido sol de la tarde había calentado el asfalto del aparcamiento del hotel, y un inestable viento arremolinaba suciedad y humos de escape en una sopa tóxica. El motel estaba localizado cerca de alguna salida interestatal, junto a varios restaurantes de comida rápida, estaciones de gas, y un *Walgreens*³. El sonido del tráfico era una constante en el fondo, pero no debería ser demasiado perjudicial una vez que se haya cerrado la puerta.

No podía ver ni escuchar nada inusual en las inmediaciones del motel, y su vista y audición, junto con su sensibilidad a la magia, eran inhumanamente agudos. No fue capaz de una inspección más ardua. Un análisis visual desde la puerta tendría que ser suficiente.

Después que cerrara la puerta y pusiera la cadena de seguridad, lo primero que hizo fue quitarse sus elegantes tacones de cuatro pulgadas. *Ah, gracias, Dios de los pies*. Puso sus gafas de sol sobre la TV. El cuarto doble tampoco pintado o empapelado en beige. Tenía brillantes colcas estampadas con un insistente naranja, una ventana cubierta con pesadas cortinas cortas que colgaban sobre una unidad de aire

³*Walgreens: Es una farmacia*

acondicionado de pared diminuto y largo, y una mesa simple y una silla que estaba apoyada contra la pared. Soltó sus bolsas de compra sobre la cama más cercana, cojeó hasta el aire acondicionado y lo puso a máxima intensidad.

La vida con seguridad se había ido al infierno desde que Dragos mató a su tío. *Oh*, Urien tenía que morir, sin ninguna duda. Estaba contenta de que estuviera muerto. Solo deseaba que hubiera sucedido en un par de décadas más o menos. ¿Este asunto acerca de convertirse en la Reina de las Hadas Oscuras? No estaba de ánimos.

Volcó el contenido de las bolsas. Los artículos relatando un día largo y ajetreado.

Había tenido mucho que hacer una vez que había matado a su primo segundo Gueril y sus dos cómplices. El primer punto en su agenda fue huir. El segundo punto fue conseguir cosas y seguir corriendo. Había caminado hasta una farmacia abierta las veinticuatro horas, compró vendas, un par de pantaloncillos, gafas de sol y una camiseta, se cambió en el cuarto de baño del lugar y salió.

Gafas de sol a medianoche. Duh. Idiota.

Esas habían ido en su primera bolsa de compras hasta el amanecer. Después robó un auto y condujo en círculos sin sentido mientras intentaba pensar más allá de la tundra congelada en su cabeza. Se detuvo en un hipermercado y compró más cosas, dejó el auto robado en el aparcamiento y tomó un taxi hasta el aeropuerto donde consiguió otro taxi, y aquí estaba ella.

Su ruta había sido tan aleatoria, tan errática, hecha como fue por decisiones tomadas en el acto inducidas por el estrés, que desafiaba a quien sea a descubrir donde estaba “ahora”. Infiernos, ni siquiera ella sabía dónde estaba “ahora”, solo que todavía se encontraba en el área de *Chicago*. Ningún recorrido había durado el tiempo suficiente para llegar a cualquier otro lugar, era una lástima. No había querido imprimirse muy profundamente en la memoria de cada taxista por lo que ella había tratado de mantener ambos viajes tan normales como fuera posible. Podía robar un auto nuevamente y manejar lejos de la zona, pero primero necesitaba unas cuantas horas para recuperarse mientras consideraba cuales deberían ser sus siguientes movimientos. Por el momento estaba demasiado inundada de impulsos contradictorios, dolor y agotamiento con seguridad.

Una bolsa de compras contenía su arrugado vestido halter color rojo y la bolsa de noche a juego que llevaba un polvo compacto, un lápiz de labios, su billetera y dos cuchillos *stiletto* de tamaño pequeño. Mantenía sus puntas impregnadas de veneno y tenía una buena variedad de lugares en los que podía usarlos o llevarlos, en el interior del bolsillo de un lado del bolso, atado a sus brazos, o debajo de su vestido y atado a sus muslos.

Qué bueno que el color rojo del vestido ocultara las manchas de sangre o eso podría haber provocado que llamara más la atención en la farmacia. Dejó la bolsa a un

lado. Otra bolsa contenía una botella sin abrir de vodka, un paquete de *Cheetos*, tres paquetes de *Marlboro* rojos y un encendedor.

Saluda a la cita sexy de esta noche. ¿Por qué siempre quería fumar cuando estaba bajo tensión? Suspiró y lo acomodó todo sobre la mesita de noche cerca de la cabecera de la segunda cama.

La tercera bolsa contenía un botiquín de primeros auxilios, vendas extras, artículos de aseo, y ropa interior. La última bolsa tenía jeans, chanclas, un par de pantalones cortos y un par de tops.

Se sentó en el borde de la cama e inspeccionó las ampollas de sus talones. Debería haberse puesto las chanclas al momento de haberlas comprado. Debería haber comprado las chanclas en la primera tienda y después las gafas de sol, pero en todo en lo que ella podía pensar después del ataque era, *Oh Dioses, no puedo ser reconocida.*

Debería, habría, podría. Ellos eran los *Tres Chiflados* del arrepentimiento. Todos eran buenos para decir *Yap-yap-yap* y golpearse entre si la cabeza.

Apretó los dientes. Le había dado un tirón a un vendaje temporal sobre ella, cuando se cambió en el baño de la farmacia, pero necesitaba limpiarse y vendar la herida del cuchillo apropiadamente.

Primero se duchó. Fue más difícil y agotador de lo que había pensado. Después se sentó en el inodoro y siseó cuando secó la herida de cuchillo con almohadillas de algodón frescas. Lo presionó para ver si había alguna fibra de algodón de su vestido o alguna clase de suciedad todavía en la herida. Estrellas grises florecieron frente a sus ojos. *Maldición, eso dolió.* Una punción profunda, seguía rezumando un lento flujo constante de carmesí.

Se puso encima un anti-bacterial espeso, dobló la almohadilla y lo encintó en el lugar lo mejor que pudo. Untó más de la sustancia espesa sobre las ampollas de sus talones y se puso una bandita de *Hello Kitty* sobre ellas. Luego de eso, se puso su nueva ropa interior. Diminutos boxers camuflados cortísimos que colgaban bajos en sus caderas.

La siguiente parte no iba a ser fácil. Gruñó a medida que se ponía un sujetador deportivo con tanto cuidado como podía. Estructuralmente ella no podría ser muy grande pero su animado par de cachorras —*puppies*— la hacía una copa C. debería haberse comprado un sostén con un cierre frontal pero el día de hoy no había sido un claro ejemplo de sus mejores ideas. *Whoop-whoop-whoop*, golpe. Después de conseguir ponerse el sostén, se puso cuidadosamente una camiseta a juego camuflada con breteles como espaguetis que terminaba justo por encima de su ombligo perforado.

Después se hizo en el pelo coletas. Debido a que su cabello estaba rebajado para caer en una melena inclinada hacia afuera, las coletas se elevaban como destellos negros gemelos. Hizo un mohín en el espejo, arrugó su nariz y dijo: —Lamentable.

¿Se veía linda? Lucir linda e indefensa podía ayudar a uno a llegar lejos algunas veces. La había sacado de muchos problemas en el pasado. Uno nunca sabe. La manera en que iban las cosas, podría necesitar depender de ello nuevamente.

Y ahora era tiempo para una cita caliente. Cojeó hasta la cama y sobre ella alivió su cuerpo dolorido por los moretones, encendió un cigarrillo y prendió la TV. Rasgó un paquete de *Cheetos* y soltó una nube de humo brillante de color naranja de su boca.

Entonces, lo que se estaba reproduciendo en la televisión fue registrado por su cansado cerebro.

Miró fijamente. Puso el cigarrillo en el cenicero. Recogió una botella de vodka, la abrió y tomó un trago fuerte.

Esa fue la primera vez que vio el video del teléfono celular del ataque en el callejón, donde ella le había dado una paliza al cuerpo muerto de su primo segundo Geril.

No iba a ser la última vez. No por un largo tiempo.

Adelanto 2.

Traducido por flochi

Corregido por Marina012

Tiago creía en dar crédito cuando el crédito era adecuado. La pequeña cagada había tratado como el demonio evitar ser rastreada.

Para el momento en que llegó a *Chicago*, la SUV que Rune había pedido estaba esperándolo, junto a una lista detallada de diversos suministros; incluyendo dinero, un par de mudas de ropa, un ordenador portátil y un surtido de su tipo de armas preferidas. Tiago recogió el vehículo en *Lakeview* de su contacto Wyr, Tucker, quien ya había guardado los suministros en una gran bolsa de viaje en el asiento trasero.

Tucker era, como su naturaleza Wyr de tejón, un macho bajo, poderoso, robusto y antisocial. Lo había hecho bien al vivir en un relativo aislamiento fuera de la estructura social del dominio Wyr. El tejón estaba contento con un trabajo que tenía deberes esporádicos, a menudo extraños y horarios irregulares, siempre que pudiera vivir a poca distancia de su amado *Wrigley Field*⁴.

Aunque Tiago no había pensado en pedir uno, también había un celular escondido en el bolsillo lateral de la pesada bolsa de viaje de lona. Lo descubrió al momento en que sonó cuando ascendió al asiento del conductor.

Apretó el responder.

—¿Qué?

Dragos dijo:

—El informe preliminar de la autopsia es sobre tres Hadas Oscuras machos muertos.

Sus cejas se levantaron.

—Eso fue rápido.

—Con el siguiente gobernante de la esfera de las Hadas Oscuras desaparecido, las autoridades le pusieron prisa al trabajo —dijo Dragos—. Todas las Hadas Oscuras macho murieron por el mismo tipo de veneno del que Tricks envuelve sus punzones.

⁴ **Wrigley Field:** Nombre de uno de los estadios de ligas mayores de béisbol, localizado en Chicago.

Tiago ajustó el asiento y se metió en el tráfico. Gruñó:

—Al menos mantuvo sus armas envenenadas cuando dejó *Nueva York*. Bien por ella.

—El maldito que filmó el video está cooperando con la policía —dijo Dragos—. Afirma que no vio a nadie más en las cercanías cuando ella salió corriendo por la calle.

—Quiero saber donde vive él —dijo Tiago. Condujo rápido y de manera agresiva mientras miraba a los otros vehículos en el camino.

—Más tarde. Revisa el aeropuerto. La filmación de seguridad muestra a alguien que parece como si pudiera haber sido ella saliendo de un taxi.

Dragos colgó sin despedirse. Tiago apagó el celular y lo arrojó en el asiento del acompañante.

Cuando Urien había asumido el control del gobierno de las Hadas Oscuras, Tricks había tomado santuario con Dragos en 1809. Bastante joven, ella ya había alcanzado su tamaño adulto. Era pequeña y delicada, incluso para una Hada. Una mera fracción de la fuerza que los Wyr tenían. También tenía a su tío Urien, uno de los peores y más poderosos hombres en el mundo entero, quien se había empecinado en verla muerta.

Los centinelas Wyr habían procedido a enseñarle cada truco sucio que pudieran pensar, a fin de ayudar a mantenerla con vida, que fue donde consiguió su apodo. Nada estaba fuera de los límites, o eso había escuchado Tiago. Había estado ocupado en otro lugar, ayudando a mantener la paz en *Missouri* cuando los Osage firmaron el *Tratado de Fort Clark*, y cedieron su tierra al gobierno de *EEUU*.

Todo sumaba. Ella había dejado el hotel con tres machos, y tres machos estaban muertos. O bien ella había sido tomada del lugar del ataque o estaba huyendo. La lógica le decía que se había escapado y estaba huyendo.

Pero si así era, ¿por qué no había llamado a *Nueva York* por refuerzos? Tricks era familia. Cualquiera de ellos habría corrido encantado a ayudarla, pero todavía no había intentado llamar a alguno y no había respondido a ninguno de los mensajes que habían dejado en su teléfono.

Tiago planeaba hacerle esa misma pregunta cuando la atrapara. Ella podía ser difícil de encontrar, pero él estaba viejo y lleno de *Poder*, y la mayoría de sus talentos estaban concentrados en la caza. No había nada en la Tierra que no pudiera seguir una vez que había puesto la mente en esa tarea. Recuperaba el rastro perdido del aroma, hacía saltos intuitivos que a nadie más se le ocurrirían y, mierda, en la mayoría de los casos, la suerte simplemente caía en su camino. Podría tomarle un tiempo, pero al final siempre reducía a su presa.

Su presa, al final, parecía refugiarse en el cuarto de un hotel fuera de la *I-294 Tri-State Tollway*.

Se detuvo fuera de la puerta, y por un momento escuchó. El aroma de Tricks estaba por todos los alrededores de la acera circundante, pero era cerca de medianoche y no quería golpear la puerta equivocada por error.

Escuchó el interior. Ella estaba cantando con una voz clara, dulce y pura. Sus cejas se levantaron.

—*Abajo en el valle, el valle tan bajo, inclina tu cabeza, y escucha al viento soplar...* —La canción se detuvo. La escuchó murmurar—: No puedo recordar que seguía después, *algo, algo...*

Sonrió mientras se relajaba y apoyaba contra el marco de la puerta. Si estaba cantando y hablando consigo misma, no se encontraba muerta en una zanja. Estaba todo bien.

Ella dijo:

—Oh, ésa es... no, espera, esa es otra canción. Mierda, estoy demasiado ebria.

Eso sonó como su entrada. Golpeó.

Silencio. Se imaginó que eso fue un sobresalto.

Golpeó nuevamente.

—Tricks, es Tiago. Abre.

Ella dijo con la lenta incredulidad de los ebrios.

—¿Eres tú, Dr. Muerte? No hay nadie aquí llamada Tricks.

¿Dr. Muerte? Puso sus ojos en blanco.

—Vamos, Niniane. Abre la puerta.

—Espera, me estoy ocultando, no uses ese nombre tampoco.

Él puso sus manos sobre las caderas.

—Entonces, ¿cómo demonios quieres que te llame?

—Nada. Gracias por visitarme y vete. Estoy bien. Todo está bien. Está todo arreglado ahora mismo. Solamente no mires nada de televisión por un tiempo, ¿sí? Puedes volver a *Nueva York*, o donde sea que esté tu guarida cuando no estás matando cosas.

Frunció el ceño. *¿No, gracias y no mires nada de televisión? ¿Qué demonios quería decir con eso?* Él murmuró:

—No vivo en una guarida.

Recostó su hombro contra la pesada puerta de metal que fue construida para cumplir con los códigos de seguridad contra incendios, y mantener afuera a los ladrones. Después de empujar con un constante incremento de presión, las trabas y la cadena se quebraron.

El humo del cigarrillo se elevó cuando la puerta se abrió. Tosió, agitó una mano frente a su rostro y miró fijamente la escena del interior.

El cuarto del motel era una pocilga. Bolsas de compra estaban apiladas sobre la cama más cercana a la puerta. Tricks descansaba boca arriba sobre la otra cama, la que estaba repleta de fotos, tarjetas de crédito, y licencias de conducir. Estaba vestida con una especie de versión porno de camuflaje, en pantalones realmente cortos y una diminuta y ajustada camiseta que dejaba su cintura al descubierto. Su cabeza estaba colgando fuera del extremo de la cama. Sostenía una botella de vodka en una pequeña mano. Estaba significativamente baja en líquidos. Aferraba un control remoto en la otra mano. Un cigarrillo ardía en un cenicero medio lleno y un paquete abierto de *Cheetos* se encontraba en el suelo.

Su cuerpo compacto y curvilíneo descansaba como alguna especie de ofrenda a un Dios pagano. Como alguien que una vez había sido un Dios pagano, supo de lo que estaba hablando, y definitivamente apreciaba la vista. Como su cabeza colgaba del extremo de la cama, acentuaba el empuje de los redondos y voluptuosos senos que se curvaban sobre una contrastante cintura estrecha. Un aro dorado brillaba en su ombligo, rogando con ser lamido. Los gráciles huesos de las caderas y el arco de su pelvis estaban esbozados por los pantalones cortos que el Congreso debería declarar ilegales. Esbeltas y bien proporcionadas piernas desnudas coronadas con dedos pintados de un rosa insolente completaban el paquete, y su apreciativa polla se hinchó para rendir homenaje a cada centímetro visible y succulento de ella.

Frunció el ceño, desequilibrado por su propia intensa e inoportuna reacción. *Frénalo, semental*. Bajo el olor penetrante del humo pudo sentir el aroma femenino y... ¿eso era el olor de sangre?

—Oh, no deberías haber hecho eso —dijo Tricks. Los grandes ojos de Hada al revés trataron de enfocarse en los de él—. Irrumpir y entrar. Es contra la ley. —Se rió ella.

Tiago se refugió de sus extraños sentimientos en la mucho más familiar emoción de la agresión.

—¿Qué estás haciendo? —ordenó—. ¿Qué quieres decir con “*vuelve a Nueva York*”? ¿Huelo sangre?

—Sólo puedo responder una pregunta a la vez, sabes —dijo ella. Con remarcable dignidad, teniendo en cuenta—. Estoy inclinando mi cabeza para escuchar al viento soplar. Nunca recuerdo esa parte de la letra. ¿Quién escucha al viento soplar cuando inclinan sus cabezas? ¿Qué significa eso? ¿Lo sabes?

No tenía idea de lo que estaba balbuceando ella. Algo acerca de la estúpida canción que había estado tratando de cantar. Cerró la puerta con un pie y dio grandes zancadas para apagar el humeante cigarrillo.

—Esto es asqueroso —espetó él—. ¿Por qué no has llamado? Hemos estado preocupados por ti.

—Wow —dijo ella. Alzó la vista —o la bajó, por así decirlo— a la entrepiera de Tiago, quien se había detenido justo en frente de ella. Él era un bárbaro aterrador, de aspecto malvado, en jeans negros, botas negras y chaleco de cuero negro. Repleto de armas e ira, y músculos abultados por todas partes. Su entrepiera lucía un significativo bulto también. Un muy significativo bulto. Ella se lamió los labios. Podría estar borracha pero no estaba muerta. No tendría prisa en olvidar esta visión.

Los ojos de obsidiana brillaron.

—Tricks, ¿qué demonios pasa? En serio.

—Voy a ser Reina, sabes —dijo ella—. Vas a tener que dejar de llamarme Tricks. Me hace parecer como un payaso de circo. Y no creo que sea una Alteza por mucho tiempo, así que deberías practicar llamarme su Majestad. —Ella hipó y agitó una mano en el aire—. Podrías empezar.

—Noto como estás ignorando la parte importante de lo que he dicho —le dijo Tiago. Se acuclilló y súbitamente su rostro del revés estuvo frente al de ella—. Así que repetiré, ¿qué demonios pasa?

Ella trató de seguir el lugar a donde ese delicioso bulto en su entrepiera se había ido, no pudo y, en cambio, se enfocó en su rostro. Piel marrón, duros rasgos fuertes, y una sensual boca torneada que muy a menudo parecía capaz de cortar concreto. Ella siempre había pensado que él era un hombre orgulloso, distante, con las piernas más largas y los movimientos más sexis que alguna vez haya visto. Caminaba por todas partes en zancadas rápidas, ligeras, de caderas delgadas.

—¿Alguna vez alguien te ha dicho, que te pareces mucho a *Dwayne Johnson*? —preguntó ella.

Frunció el ceño.

—¿Quién demonios es *Dwayne Johnson*?

Trató de quitarle la botella de vodka. Ella se aferró a la botella.

—Ya sabes, ¿*la Roca*? ¿El ardiente y sexi luchador... jugador de fútbol americano convertido en actor de películas? Sólo que... tú eres mucho más malo. —Se concentró mucho, la lengua entre sus dientes, y tocó con la punta de su dedo índice su ceño fruncido. La botella de vodka sacudió su nariz. Movié su cabeza bruscamente fuera del camino.

Sus ojos se entrecerraron sobre ella. ¿Eso era interés masculino lo que brillaba en su mirada oscura? No confiaba en sus poderes de observación en este momento.

—Ardiente, sex... —Se detuvo en seco. Cuando habló nuevamente, su normal gruñido se había reducido a un murmullo ronco—. ¿Me estás comparando con un actor? Mierda, sí, por supuesto que soy mucho más malo.

Uh. ¿No era el gallo del gallinero?

—Como sea, no dejes que se te suba a la cabeza —dijo ella con desprecio—. No eres tan sexi como pienso que eres —entrecerró los ojos. *Espera*. Eso no había sonado bien. Trató de ordenar todo en su mente confundida por el vodka. No ayudaba que él le hubiese mostrado una rápida sonrisa blanca que revolvió su cerebro aun más.

Muy pronto esa sonrisa desapareció. Después, el *Dr. Muerte* estaba de regreso y frunciendo el ceño nuevamente.

Oh. Sexi. No, aterrador. No, sexi. Oh tonterías.

Él agarró su mano. Pudo sentir cuan delicadamente formados estaban sus huesos. Podía aplastarla tan fácilmente. Una de aquellas Hadas Oscuras pudo haberle partido el cuello sin esfuerzo alguno si hubieran conseguido agarrarla bien. Tuvo cuidado de mantener su toque suave, aún mientras decía:

—Maldita sea, hada, sería mejor si empezaras a responder algunas preguntas.

—¿O qué? —Ella le apuntó con el control remoto y presionó el botón silencio—. *Pleh*. Voy a conseguir que alguien me haga un silenciador mágico que realmente funcione.

Una especie de desesperación se apoderó de sus duros rasgos. Le arrebató la botella de vodka y le dio un trago. Ella lo miró con agudo interés cuando un disparo de conmoción atravesó el rostro de él. Tuvo arcadas y escupió el trago sobre la alfombra. Miró la botella.

—¿Vodka sabor chicle? *¿Chicle?*

—¿Qué? Es bueno —estiró la mano hacia la botella.

Él la mantuvo fuera de su alcance.

—De ninguna manera.

Ella frunció el ceño.

—Ésa es mi cena. Devuélvela.

—Oh no, jovencita. Tuviste más que suficiente.

Sólo un Wyr de millones de años podía llamar a un hada de doscientos años “jovencita”. *Dios Santo*, era un bárbaro devastadoramente apuesto, al revés o no. ¡Pero tan sermoneador! Recordó el vodka. Se estiró para alcanzarlo nuevamente.

Él se puso de pie, agarró el cenicero y se dirigió al baño. Ella apenas pudo ver lo que sucedía en la esquina del espejo del baño cuando dio vuelta a la botella de vodka en el fregadero. Ahí iba el resto de su cita caliente.

—Que te den —dijo detrás de él. Tuvo un pensamiento. Miró su trasero delgado y apretado con interés. *Wow, se ve sexi*.

Tiago la ignoró y volcó el cenicero en el basurero del baño. Se detuvo por un momento, bajando la vista a la papelera. Si fuera posible, parecía más enojado que antes. Parecía estar

dispuesto a matar a alguien. Los orgullosos y fuertes huesos de su rostro apretados como un puño.

Sus párpados se cerraron en un lento parpadeo mientras intentaba procesarlo. Si estaba enojado con ella, debería pensar seriamente en correr. Y lo haría, tan pronto como encontrara sus pies una vez más.

Un escalofrío tensó su espalda. Rodó sobre su costado, apretó sus rodillas contra su pecho y envolvió sus brazos alrededor de ellas. No quería que él estuviera enojado con ella. No quería que nadie estuviera enojado con ella.

Tiago caminó de regreso a la cama. Ella podría haber jurado que escuchó el estruendo de un trueno en la distancia. Se agachó junto a la cama y frotó su hombro con una enorme mano callosa.

—¿Dónde estás herida, hada?

Su gentileza fue tan inesperada, proviniendo de un rostro tan iracundo y tenso, que casi acabó con ella. Sus ojos se llenaron de lágrimas y señaló su costado.

Un golpe helado corrió sobre su piel, seguido por una explosión de calor. Tiago no sabía donde poner su furia. Ese bastardo Hada no la había golpeado en el callejón. La había *apuñalado*.

—Déjame echarle un vistazo —trató de levantarle la camisa.

Ella se resistió.

—Ya la he limpiado y vendado.

Explotó.

—¡Maldición, mujer! ¡He dicho que me dejaras darle un maldito vistazo!

Sus ojos se abrieron como platos y se quedó quieta. La fuerza de su enojo era palpable. Golpeaba contra su piel. El trueno retumbó, esta vez más cerca. Casi estaba sobre su cabeza.

Había escuchado historias acerca de Tiago. El trueno y el rayo llegaban cuando él se enfurecía en verdad. Con cuidado, ella se estiró, sus ojos bien abiertos. Se obligó a permanecer quieta mientras lo miraba fijamente. Algunas veces, con los guerreros dominantes Wyr lo mejor que uno podría hacer era permanecer quieto y salir de sus caminos... o en este caso, consentir. Antes o después, sus alborotos se detendrían por completo y podrían escuchar razones nuevamente.

Él puso una rodilla sobre la cama y apoyó su peso encima mientras le levantaba la camisa. La venda cubría sus costillas bajo su pecho izquierdo. Hizo una mueca cuando le quitó la venda para mirar lo que había debajo.

—¿Sabes cuán irritante eres? —dijo ella—. Porque si no lo sabes, tengo tiempo.

—Luce profundo —dijo él en voz baja. El rayo iluminando el exterior. El trueno explotando con un bramido. Ella pegó un salto y se estremeció. Él puso su mano brevemente contra su angosta cintura—. *Ssh* ahora, estate tranquila. El vendaje está empapado. Cambiaré la venda.

Se frotó los párpados con los nudillos. *Maldición*. No había dormido por dos días. Estaba empezando a descender de la parte cantarina de su borrachera. Él estaba actuando demasiado serio y preocupado, una tormenta se estaba gestando en el exterior, y toda la diversión había empaquetado sus maletas y abandonado la fiesta. Trató de aguantarlo.

—Sabes, la tecnología del siglo XXI es bastante buena —le dijo ella—. Voy a grabar mi propio ataque de nervios y enviarle un email a mi terapeuta.

No hizo más que forzar una sonrisa.

Ella se inclinó. Se estiró cuando él la urgió a descansar plana. Removió la venda empapada y con un toque cuidadoso y ligero como el terciopelo, limpió la herida y la cubrió con una almohadilla de algodón otra vez. En un momento se inclinó sobre su piel e inhaló la herida. Bien, eso pareció un poco raro pero se dio cuenta de lo que estaba haciendo; estaba comprobando con su sentido de olfato Wyr para ver si podía detectar veneno. Luego él la atrapó viendo y le dio una sonrisa rápida y tensa, que probablemente tenía que tranquilizarla, pero él no habló. Parecía ocupado con sus propios problemas internos. Un rayo golpeó en el estacionamiento. Su estremecimiento se profundizó. Eso era francamente sexi. *No, espeluznante. No, sexi. ¡Maldición!*

—Muy bien, terminé por ahora —dijo él. Su voz uniforme, suave de alguna manera era mucho peor que su voz cuando gritaba. Ajustó la venda en el lugar. Después la miró, y la furia en sus ojos oscuros la apuñaló—. Sabemos todo lo que importa.

Ella se frotó la punta de una oreja, la cual estaba ardiendo por la vergüenza.

—Aparentemente el mundo entero lo sabe —murmuró ella—. Ni siquiera he visto a ese sujeto con el teléfono celular.

—Ese idiota tendría suerte de sobrevivir la semana si de mí dependiera. No puedo creer que no llamara al 911 tan pronto como se dio cuenta de que alguien estaba siendo atacado —tomó su mano y la sostuvo—. Ahora quiero que me digas, ¿por qué no llamaste, y por qué quieres que me marche?

Apartó su mano y la apretó contra su pecho.

—No seas bueno conmigo.

—Por todos los demonios, seré todo lo que quiera ser —espetó—. ¿Por qué no llamaste?

Ella murmuró:

—Se suponía que hiciera esto sola. Ningún Wyr permitido.

—Eso es noticia vieja —dijo Tiago—. Los planes han cambiado.

¿Así de simple? ¿Los planes han cambiado? Le frunció el ceño.

—Oye, vaquero, voy a ser Reina. No creo que puedas ordenarme así como así.

Se frotó la nuca y levantó las cejas.

—¿Cómo vas a detenerme?

—Que te den —dijo ella.

—Eso ya lo has dicho —señaló—. Me estoy aburriendo.

—Sí, bueno, es lo único que puedo pensar en este momento —murmuró ella. Con un imponente esfuerzo logró evitar mirar su entrepierna otra vez.

—El juego ha cambiado. Acéptalo.

Su mirada rebotó en sus rasgos oscuros y apáticos. La fuerza de su presencia era tal que los diminutos cabellos de sus brazos se erizaron. Incineraba el estado adormecido que había alcanzado debido al alcohol. Él tenía el físico extremo de un Wyr que era un súper depredador, su cuerpo templado por años de lucha, sus músculos marcados, acentuados con tendones y venas. Su poder era una sulfurosa fuerza pesada que la presionaba en el colchón.

Luchó por sentarse. Repentinamente, él estuvo inclinándose sobre ella. Introdujo un enorme brazo bajo sus hombros para ayudarla a enderezarse. Ella frunció el ceño y lo miró.

—Mira, no puedes quedarte, y eso es todo. Estoy bien. Puedo manejarlo todo.

Él espetó:

—¡Tienes una herida de cuchillo entre las costillas!

—Deberías echarle un vistazo a los otros sujetos —le dijo ella.

Sus palabras golpearon un muro de piedra.

—Hemos terminado de discutir esto —dijo. Caminó hacia la otra cama—. ¿Qué quieres llevar contigo?

Presionó una mano en su costado.

—Regresa aquí para que pueda pegarte.

—Sí, lo haré de inmediato.

—En serio. Trae tu trasero aquí. —Ahí estaba, de regreso a lo que se estaba convirtiendo su tema favorito.

—Estoy tan motivado a hacerlo debido a que es claramente de mi interés —metió las cosas de regreso a las bolsas.

Le dio la espalda. Miró su trasero una vez más. En serio, era el trasero más sexi que ella había visto. Primero consiguió un primer plano del frente, y ahora ella era obsequiada con la vista posterior. Apretado, tenso, y vestido de negro era como un regalo envuelto para ella.

Ella le palmeó el trasero y le dijo:

—Lindas nalgas.

Comenzó a sacar de su bolsillo trasero su billetera, y le agarró la mano. *Aguafiestas*. Suspiró, abrió sus dedos y la acarició cuando la dejó ir.

—Voy a llevar las bolsas al auto —le dijo—. Volveré pronto.

Salió y así de simple perdió el poco control que había tenido sobre su vida. Se deslizó fuera del pedazo de diversión de la borrachera y se enfrascó en el montón de nieve que enmarcaba el lamentable escenario.

Él volvió y la levantó en sus brazos. Era un bárbaro malvado y estaba siendo tan cuidadoso con ella, tan gentil y agradable. Y no podía permitirse confiar en él. No podía permitirse confiar completamente en alguien nunca más.

*Traducido,
Corregido y
Diseñado en Foro
Purple Rose:*

www.purplerose1.net

¡Visítanos!